

MANUEL BOBIS REINOSO

TRECE BRASAS
SOBRE UN ARLEQUÍN
DE HIELO



*A quienes combatieron, combaten y combatirán la
estupidez humana. Siempre en desigual batalla
perdida inevitablemente de antemano*

Al genio olvidado

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

© Manuel Bobis Reinoso 2025

Registro de la propiedad intelectual de Andalucía: 04/2025/118

ISBN: 9798286132539

Sello:



Corrección y maquetación: Drakkar Ediciones.

Diseño de portada: Drakkar Ediciones y Pixabay.

Impresión y encuadernación: Amazon.

**TRECE BRASAS
SOBRE UN ARLEQUÍN
DE HIELO**



Qué difícil es vivir,
pero hay que seguir viviendo,
Señor, yo soy medio tonto
y eso me está consumiendo.
Yo creo, señor, en tu gracia
porque has hecho al ser humano,
y también en la desgracia
de, a veces, ser sevillano.
Soy un sevillano tonto,
un sevillano aburrido,
de esos que se van de pronto
sin anunciar que se han ido.
Tengo a Sevilla por dentro,
llevo a Sevilla a mi lado,
quiero a Sevilla en silencio
igual que Antonio Machado.
No me crías para ser
sevillano de los buenos,
que te rece el Viernes Santo
vestido de nazareno.
Suprímeme la desgracia
de caer en la tentación
de volverme un sevillano
de esos de televisión.
Hazme sevillano bueno,
hondo, sevillano hondo,
no me hagas sevillanito
señorito y sabiondo.
¡Ay con el ay, ay con el ay con el ay!

Sevillano.
Benito Moreno.

1

Ahí está, sentado en el mismo banco. Nada más entrar en la plaza de la Magdalena, acristalada y bulliciosa de transeúntes, los ojos de Alicia lo buscan deseosos de aventura. Cada tarde, de lunes a jueves, la chica cruza la plaza de vuelta de la facultad de Bellas Artes. Cada tarde, sin que falte un solo día, ve al desconocido en el mismo lugar, quieto como una estatua de bronce acariciada por los vientos. «¿Qué edad tendrá? Calculo que unos cuarenta». Le llama la atención su aspecto descuidado, su mirada perdida en el infinito, que se pase horas en ese banco sin hacer nada, contemplando cómo el lienzo del cielo permanece azul o torna a gris o se adorna con nubes, o cómo cae la noche de estrellas deslumbradas por el resplandor de la ciudad en los días más cortos del año. Reparó en su presencia a principios del curso pasado, cuando brincaba de ilusión porque había comenzado sus estudios de arte. En días de tormenta, refugiada bajo el impermeable y el paraguas, observaba cómo el desconocido permanecía sentado sin protección bajo la lluvia, dejando correr el agua fría sobre su cuerpo impasible. En el mes de febrero se congelaba, encanecía con la escarcha acumulada sobre el pelo; y en verano, a pleno sol de las seis de la tarde, se achicharraba y licuaba su cuerpo sudoroso en forma de charco sobre el banco.

Noviembre luce hoy dorado sobre la plaza en un templado otoño. Cada paso que Alicia da sobre el crujir de hojas secas la acerca a él. No la ve, nunca ha puesto sus ojos en ella, no mira a nadie. La muchacha anhela penetrar en ese pensamiento perdido en un horizonte de edificios, saber de qué color son sus fantasías, plasmarlas con sus manos en arcilla viva, voluptuosa. A veces, se pregunta si esta atracción que siente por un desconocido que le dobla

la edad es propia de una chica de veinte años. Se contesta: «Sin duda, no lo es». Su piel, malcriada por cosméticos lujosos, no admite una prenda que no sea de marca cara, sin embargo, la dejadez en el vestir de ese hombre «adorable» la seduce, la enciende, la envenena. No le gusta la gente normal ni las situaciones corrientes y vulgares. Su vida ha de ser diferente, sueña con convertirse en una persona única, especial, una escultora famosa de estilo sin par. Necesita atraer su atención, que se fije en su linda figura de suaves y delgadas curvas; en su pelo lacio, trigueño; en sus ojos castaños. Alicia es guapa de cara y esbelta de cuerpo, bonita en conjunto, atrayente para cualquier ojo atento. El desconocido no se ha percatado de su hermosura, solo conversa sin palabras con el crepúsculo. Al llegar a la altura del banco, Alicia ralentiza su paso, casi lo para cuando alcanza el costado. Ansía que ese extraño ser le dedique una palabra, un bonito piropo de esos que ya no se llevan al que correspondería con una sonrisa. No lo hace, es imposible, para él no existe. Ella no soporta no existir, viviría feliz en el centro de un centrifugado de miradas. Va alejando su decepción, mira hacia atrás, la nuca del desconocido es lo último que ve cuando dobla la esquina. La plaza ya no aparece ante sus ojos, el guirigay de los niños y el rodar de maletas de turistas alcanzan todavía sus oídos. Suspirará en la noche, mañana será otro día.

El bloque no dispone de ascensor, la escalera es muy estrecha, sucios escalones de granito desgastados en su centro elevan a Alicia al primer piso. El timbre resuena potente vibrando bajo su dedo hasta darle sensación de calambre. Tras la puerta, alguien levanta la tapa de la mirilla decimonónica y encaja una pupila marrón en el deslucido círculo de metal dorado. El ojo solitario traspasa, escruta, escanea, desnuda a la muchacha. La puerta se abre con un quejido de goznes. Un penetrante olor a sándalo suaviza una bienvenida aterciopelada.

—¿Alicia?

—Sí.

La pitonisa; tez de aceituna, vestida con delicadas gasas rojas, enjuta y seca de carnes; invita a Alicia con su mano huesuda a

sentarse en una silla que espera junto a una camilla redonda sobre la que descansan una bola de cristal, una baraja de tarot y dos velas encendidas. El nombre artístico de la adivinadora es Amatista, el real: María Antonia García. Habla con un acento extraño, como aprendido en el más allá, aunque su lugar de nacimiento y crianza se encuentra en el más acá, en Alcalá del Río. El salón es pequeño, propio de un piso de barrio humilde. Las paredes están revestidas con estanterías de madera de teca y coloridas telas orientales adquiridas en mercadillos varios. La ventana cerrada, la persiana echada, gruesas cortinas hacen de centinela para que la luz del día no traspase; solo las llamas de parafina permiten que las mujeres vislumbren sus rostros en tonos anaranjados. Amatista se sienta al otro lado de la camilla, sonrío, sus labios oscuros preguntan:

— ¿Qué edad tienes?

— Veinte.

— ¿A qué te dedicas?

— Soy estudiante de Bellas Artes.

— Dime, ¿qué te preocupa?

Alicia no está dispuesta a darle pistas. Le preocupa la atracción que siente por el extraño de la plaza, la desazón que le produce, el no ser capaz de atraer su atención. Para que crea a Amatista, esta deberá demostrar su arte y profesionalidad. Contesta:

— Mi futuro inmediato.

Las manos de mujer madura, ajadas por una infancia campesina y cubiertas de malos tratos, barajan con rapidez el mazo del tarot. Sus largas uñas turquesas están decoradas con brillantes estrellas y lunas. «Buen trabajo de la manicura, se me han antojado, le pediré a la pitonisa la dirección cuando termine». Mezcla las cartas a gran velocidad, el ojo humano es incapaz de seguirla. Coloca boca abajo cuatro alargados naipes sobre el tapete. Vuelve el primero, mira a Alicia a los ojos sin verla, habla:

— El cinco de bastos. Esta carta muestra conflictos. Todo el mundo está gritando con ganas de ser oído, vuelan opiniones diferentes, discusiones y argumentos se entrelazan, nadie escucha a

nadie. Pronta ruptura total de la comunicación, no hay movimiento hacia delante. Dime, niña, ¿qué ocurre?

Un estremecimiento sacude el cuerpo de la chica desde la cabeza a los pies. No había venido para hablar de eso. Contesta:

—Debe tratarse de mi familia. Mantengo continuos conflictos con mi hermana Helena. Es quien hace y deshace en casa. Mis padres se fían de ella porque es una estudiante de matrícula de honor, dócil, dulce, educada, responsable. Discuto a diario con ellos porque no me tratan igual, dicen que tengo celos, soy la oveja negra de familia.

—¿Por qué piensas que eres la oveja negra?

—Porque soy una estudiante de cinco pelado. No actúo de una manera responsable, vivo más en mi mundo de sueños que en la realidad. Mis padres no están orgullosos de mí como lo están de ella.

—¿Qué opina tu hermana de ti?

—Me llama acomplejada, dramática, inestable, envidiosa.

—¿Tiene razón?

—Creo que, en parte, sí. Siento la necesidad de atraer la atención de los demás, de ser admirada. Imagino que es algo propio de una persona con baja autoestima.

—¿Dice algo bueno de ti?

—Que tengo mucha creatividad, que soy guapa, que visto bien.

Amatista no comenta nada, sigue mirándola sin verla, su rostro no gesticula, su melena canosa le da un aspecto de bruja de cuento. Voltea la segunda carta, las pulseras en las muñecas y los abalorios que cuelgan de su cuello tintinean.

—El siete de bastos. No importa lo que digas o hagas, te sientes siempre bajo amenaza de ser atacada. Cada palabra que sale de tu boca y cada acción que emprendes desencadenan una respuesta violenta en otras personas. Te defiendes constantemente o caminas sobre arenas movedizas para mantener la paz. ¿Qué ocurre?

—Ocurre que no sé qué hacer para atraer la atención de mis padres. Lo necesito, pero cada intento termina irremediabilmente en una agria pelea que me frustra. Quisiera saber qué debo hacer para conseguirlo.

Amatista no contesta a la pregunta. Mantiene esa expresión que hace sentir a Alicia transparente. «Se diría que mira al fondo de la habitación a través de mi cuerpo». Con un rápido y compulsivo juego de muñeca da la vuelta a la tercera carta.

—El tres de espadas. Desagradable y doloroso conflicto. Se dicen intencionadamente palabras hirientes para causar dolor. Esas palabras son navajas que dejan una cicatriz profunda en el corazón de tu oponente y en el tuyo. El conflicto tiene poca salida ni solución. Lo mejor es poner distancia, un muro entre las dos partes para seguir adelante.

—No puedo hacer eso. Es mi familia, soy estudiante, no tengo medios para independizarme. ¡Qué más quisiera yo!

—Yo solo interpreto y expreso lo que aconsejan las cartas. Eres libre de obrar como quieras. Debes de tener paciencia, pues queda una cuarta carta por descubrir.

Nuevo giro veloz de muñeca. Sus dedos, largos y finos, lucen sendos anillos de bisutería que imitan piedras preciosas. Habla:

—El caballero de copas. Indica la llegada de alguien muy especial a tu vida. Es un mensajero del amor. Príncipe del silencio, un ser ungido en su frente de paz y tranquilidad, lo podemos comprobar en el suave caminar de su caballo. Es fascinante, cargado de un gran magnetismo, un atractivo formidable. Encarna el amor y el romance. Se deja gobernar por su corazón y no por su cabeza, toma decisiones basadas en la intuición, sin carga lógica, pero la mayoría de las veces acierta.

»Todo este caudal creativo que posees debe ser trasladado al mundo real. Convertirse en acción, que no se quede en el terreno de las ideas. El paso tranquilo de su caballo es la clave, debe hacerse todo con calma y tranquilidad, con tiempo para hacer realidad tus sueños y proyectos de forma suave. No es necesario un ritmo de vértigo para alcanzar lo que deseas. Ábrete a la voz interior, explora todo tu potencial y esa inmensa pasión que guardas. Lleva del dicho al hecho tus ideas y el éxito llegará de manera natural. Dispones de gran confianza y optimismo para hacerlo. Hazlo, los caminos se abrirán fácilmente para ti. Son sesenta euros.

Alicia se siente desconcertada, «cuando por fin tratamos lo que me interesa, da por terminada la sesión de esta manera tan abrupta». No reacciona, se le agolpan, entrelazan y combaten las preguntas en la lengua. Solo balbucea una:

—¿Puedo pagar con tarjeta?

De vuelta de la facultad, cascabelean en el recuerdo de Alicia las palabras que ayer pronunció la pitonisa: «Indica la llegada de alguien muy especial a tu vida. Es un mensajero del amor. Todo en su persona resume paz y tranquilidad». Y se repite de manera obsesiva que ese mensajero es, sin duda, el extraño desconocido. Alcanza la plaza de la Magdalena, sopla algo de viento frío, ahí está. «Debo hacer realidad mi destino tal como me aconseja la providencia». No se atreve, se le seca la garganta, le tiemblan las manos, se va acercando, sus pies no quieren avanzar, se va acercando, para, saca del bolso un espejo, «estoy guapa», guarda el espejo en el bolso, camina, se va acercando, no se atreve, «tengo que hacerlo, es mi destino», camina, llega al costado del banco, una ligera ráfaga le mueve el pelo, el desconocido no la mira, ella respira profundamente, «tengo que hacerlo», rompe a hablar:

—¿Te importa que me siente?

El hombre gira el cuello para dirigir hacia Alicia su mirada antes sostenida en el infinito. Sus ojos no se posan como suaves libélulas, se clavan profundos, extrañados, en los de la muchacha. Contesta:

—No.

Alicia se sienta. No debe dejar que pase el tiempo porque no volvería a atreverse. No quiere fracasar en el silencio, aprovecha la inercia de su arranque de valor para no dejar de hablar:

—Me llamo Alicia, soy estudiante de Bellas Artes.

—Eso es bonito.

—¿Cómo te llamas tú?

—Arlequín.

¡Arlequín! Ese nombre enciende un violento atractivo en las entrañas de Alicia. Arde, se desconcierta, vacila, no debe parar.

— ¿A qué te dedicas? — pregunta Alicia.

— Resucito gente.

Un rabioso deseo surca el centro de la muchacha hasta hacerla llorar, se muerde el corazón, su pasión por la parapsicología explota dentro de ella en fuegos de colores.

— ¿Resucitas gente?, ¿le devuelves la vida después de muertos? — pregunta embriagada, fascinada, aturdida.

— Sí.

— ¿Cómo se hace eso?

— Simplemente, lo hago.

Algo en su pensamiento, ella no sabría identificarlo, le advierte. Intuye que, por mucha curiosidad que sienta, no debe seguir preguntando. «No es este el camino correcto, me trago el interés, aunque me cueste digerirlo».

— Disculpa que te hable, es que me llama la atención que estés todas las tardes aquí sentado.

— Disculpada.

Charlan sobre temas intrascendentes: del tiempo, de la cantidad de turistas, de que se están perdiendo los comercios tradicionales. En realidad, es Alicia quien habla, él se limita a contestar con monosílabos. A las nueve de la noche, Arlequín se levanta y se marcha por la calle Méndez Núñez sin decir adiós. Por primera vez lo ve caminar. «¿Lo habré molestado?». Ya no quedan niños en la plaza, los transeúntes aligeran su paso, un perro ladra, ella permanece sentada, sumergida en el recuerdo de la reciente conversación. «No, no me voy a rendir. Esta niña siempre se sale con la suya».

Alicia ha pasado el día pensando en lo que ocurrió ayer, ansiosa por que llegara la tarde, primera de los gozos de diciembre. Corre al salir de la facultad, sorteas almas a través de calles peatonales atestadas. En la plaza vuelve a sentarse junto a él, le falta el resuello. Hoy, Arlequín, vestido igual que el día anterior, sí ha girado la mirada hacia ella, aunque su rostro adolece de alguna sonrisa en los labios que pudiera animarla. El sol ya se oculta tras los edificios incendiando el cielo.

—Hola —saluda temerosa Alicia. Se encoge esperando un exabrupto que remarque un punto final definitivo en esta aventura de adolescente.

—Hola —contesta sereno el hombre. Su tono alivia el miedo, distiende el rostro de Alicia.

—No quiero ser inoportuna, por favor, si te molesto, dímelo.

—No me molestas.

—Ayer te marchaste sin despedirte.

—Nunca digo Adiós.

—¿Por qué?

—No contesto cuando me preguntan por qué.

Deja de hacer preguntas. Ese algo instintivo vuelve a advertirle. Calla un momento sumergida en sus reflexiones. «No sé qué siento a su lado, me entusiasma el saber que es el caballero de copas que predijo la pitonisa. Su paz, su tranquilidad, su escueta conversación me empujan a abrirme, a contarle mis temores, inquietudes y ambiciones». Arranca de nuevo a hablar, ahora se ha soltado incontenible su lengua, no es ella, o tal vez sí. La tarde oscurece mientras revolotean nerviosas las palabras que escapan de su boca en un rosario interminable. Le confiesa al todavía desconocido el conflicto que mantiene con sus padres y hermana, la emoción irrumpe, se le sube a los ojos para humedecerlos. Espera de él al menos una palabra de comprensión, algo de cariño, pero Arlequín no se inmuta ante lágrimas, y a Alicia le parece más extravagante, más atractivo todavía, y la impulsa a seguir descargando sobre los enladrillados oídos toda la hiel que amarga sus entrañas. «Esperar un roce de su mano en mi cabello o mis mejillas es una quimera».

Se sentará junto a él cada tarde. Para ella significa un triunfo que una persona independiente que no goza de ningún amigo, un ser solitario que evita las interacciones con terceros, a quien parece no importarle las personas; acepte y admita su amistad. «Junto a él me siento especial». No sabe si es un reto, una atracción irrefrenable o un capricho. «Lo seduciré del mismo modo que el zorro conquistó al

Principito, poco a poco, día a día. Pronto será Navidad, quiero hacerle un buen regalo, pondré mi creatividad a trabajar».

Los padres de Neme vienen hoy a visitarlo. Después de quince años en los que no han querido saber absolutamente nada de él, buscaron en Internet y encontraron su página web donde aparece el número de teléfono. Llamaron hace tres días, el ring ring le sonó extraño, distinto. Descolgó:

— ¿Sí?

— ¿Neme?

— Sí, soy yo.

— Soy mamá. ¡Qué alegría de escucharte!

A través de los hilos del teléfono, Neme olía el pañuelo que Serenidad guarda en el canal de sus pechos, impregnado en la colonia casera, natural, que ella misma elabora a base de lavanda, romero y limón.

— Dime — respondió Neme.

— ¿Cómo estás?

— Bien.

— ¿Qué tal el trabajo?

— Bien.

— ¿Tienes pareja?

— No.

— ¡Qué pena!, tenía la ilusión de que me hubieras hecho abuela.

Silencio. Serenidad continuó al no escuchar ningún comentario salido de los labios de su hijo:

— Te parecerá raro después de tanto tiempo, pero tu padre y yo tenemos pensado ir a verte. El tiempo no es más que una ilusión inventada por el ser humano, no debemos tenerlo en cuenta. Queremos hablar contigo sobre ciertos asuntos delicados que deben tratarse en persona. ¿Qué te parece?

— Bien.

- ¿Cuándo prefieres que vayamos?
- Cuando queráis.
- ¿El próximo martes lo tienes libre?
- Sí, es festivo.
- ¿A qué hora vamos?
- A las dos y media, yo prepararé el almuerzo.
- Recuerda, somos veganos.
- Sí, me acuerdo.
- Dime la dirección.

Neme le facilitó la dirección, ella repetía sus palabras por lo bajo mientras apuntaba en un papel.

— ¿Me puedes mandar la ubicación? — preguntó Serenidad.

— No.

— ¿Por qué?

— Porque yo no tengo teléfono móvil.

— No te preocupes, metemos la dirección en el navegador para que nos guíe. Nos vemos el martes.

— Vale.

— Espera un momento, tu padre te quiere saludar.

— Bueno.

— ¡Neme!, me alegro de que estés bien, siento que una energía positiva recubre con un aura limpia tu cuerpo de mortal. Has abandonado el imperio de las tinieblas para ingresar en un periodo de autenticidad astral. No necesito verte para saberlo, lo percibo desde la distancia. El sábado podré comprobarlo con mis propios ojos.

— Hasta el martes. — Neme colgó el teléfono.

No le importa que sus padres lo visiten, el rencor es una emoción que no aparece en su catálogo de sentimientos. Hoy se ha levantado tarde, cuando su cuerpo ha querido. La pequeña habitación de paredes vacías y blancas no invita a la actividad, alberga la cama de un cuerpo y el armarito empotrado con sus puertas de madera también pintadas de blanco, nada más. Solo dispone de servicios para él, razón por la que ha acudido al chino de la esquina para comprar platos, cubiertos, vasos y servilletas para dos

personas más. Los ha adquirido de usar y tirar porque allí, en un futuro, no va a comer nadie más. Después ha bajado al supermercado a comprar alimentos para preparar el almuerzo: crema de puerros, salteado de arroz con verduras y fruta del tiempo.

A las dos ya tiene la comida lista y la mesa puesta. Tendrán que apretarse los tres en la mesita de la cocina, no tiene otra. En el salón de la casa no hay sofá, «¿para qué tantos asientos?». Neme se acomoda en el único sillón a leer mientras espera a que suene el telefonillo. A las tres, sus padres no han aparecido todavía. Hay bastante tráfico, es el día de la Constitución, puente de diciembre. A las cuatro ni han llegado ni han telefoneado. Se levanta, en el teléfono fijo pulsa para llamar al último número registrado, el de su madre. Una grabación le informa que el teléfono al que llama se encuentra apagado o fuera de cobertura. Decide esperar una hora más. A las cinco se sienta a almorzar. El salteado de arroz con verduras se ha quedado pastoso y frío, le da igual. Se toma un plátano de postre, recoge la mesa y la cocina, tira el plato sucio de un solo uso a la basura. Ahora no sabe dónde guardar los servicios restantes, su casa es muy pequeña. Se sienta de nuevo a leer. Las horas transcurren en un tic tac adormecido. Se acaba una novela, es *Cien años de soledad*, de García Márquez:

«Sin embargo, antes de llegar al verso final ya había comprendido que no saldría jamás de ese cuarto, pues estaba previsto que la ciudad de los espejos (o los espejismos) sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres en el instante en que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos, y que todo lo escrito en ellos era irreplicable desde siempre y para siempre porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra».

Comienza otra, *Los buscadores de conchas*, de Rosamunde Pilcher:

«En ocasiones pensaba que para ella, Nancy Chamberlain, la más insignificante e inocente actividad estaba predestinada a convertirse, inevitablemente, en algo pesado y con tediosas complicaciones».

El reloj de péndulo da nueve campanadas graves, vibrantes. Suena el teléfono:

— ¿Sí?

Una voz temblorosa pregunta:

— ¿Neme?

— Sí, soy yo.

La voz llora, gime, no puede articular palabra. Neme calla, espera. Casi un minuto después, la voz consigue pronunciar:

— Soy Alma.

Los padres de Neme pusieron a cada uno de sus cuatro hijos el nombre de una virtud. Esos nombres quedaron reducidos por la sabiduría infantil a la primera o las dos primeras sílabas. Es la hermana de Neme, Robustez del Alma, quien llama. Ella tampoco ha querido relacionarse con él desde hace más de quince años. Siempre quiso a Neme, pero la opinión de los demás pudo más que sus propios sentimientos.

— ¡Neme!, ¡qué espanto!, papá y mamá han tenido un accidente con el coche cuando viajaban hacia Sevilla para visitarte. Se han salido de la carretera cerca de El Garrobo. ¡Han fallecido los dos!

Silencio. Al otro lado del aparato, Alma llora, aúlla, maldice, da golpes a la pared y a su propia cabeza. Alma no espera una lágrima nacida de los ojos de su hermano, pero sí sus palabras. Mientras persiste el silencio, grita con desgarró víctima de un dolor profundo, intenso, que le traspasa el pecho. Neme pregunta:

— ¿Dónde están ahora los cadáveres?

Alma no puede arrancar a hablar, con dificultad consigue reponerse:

— Han sido trasladados al Anatómico Forense de Sevilla. Yo salgo ahora mismo para allá. Pros está allí.

— ¿Pros ya ha salido de la cárcel?

— Hace un año.

—Voy enseguida —cuelga.

Termina el capítulo, no le gusta dejarlo a medias. Inserta el punto de lectura en la página que ha acabado de leer, coloca el libro en el estante. Pone bien los cojines del sillón, es una manía. Sube a la azotea, se ajusta la bata de manera automática, él nunca siente frío. Recoge la ropa tendida desde el día anterior. En casa, la coloca hecha un amasijo en el armarito. «¿Plancha? No, ya lo haré». Coge dinero de la caja fuerte, lo guarda en la cartera, cambia la bata por la rebeca, las zapatillas por los zapatos, sale de casa.

En el aparcamiento pone un euro sobre el guante de lana agujereado de un gorrilla, quien le tiende la mano mientras sonrío tras sus encías desdentadas en las que sobrevive algún solitario incisivo cubierto de sarro. El gorrilla; pequeño, enjuto, con barba de muchos días; ha venido corriendo desde la otra punta de la calle cuando ha visto que Neme encuadraba el coche en uno de los pocos huecos libres que quedan. Edad: cincuenta y tantos, huele a una mixtura de alcohol, tabaco y suciedad. Jadea, suda, su aliento se hace vaho blanquecino cuando toca el aire frío de un otoño que pronto se convertirá en invierno. Neme suele venir por la mañana, a esa hora hay un gorrilla distinto, más joven. A este no lo conocía, es la primera vez que acude de noche.

El edificio del Anatómico está encendido con una luz mortecina, Neme imagina que la mantienen así para que haga juego con sus invitados de esta noche. Mientras camina, le da la sensación de que esa luz se va a extinguir de un momento a otro. Nadie por la calle, no es tan tarde, el barrio también parece inerte. Camina hacia la puerta, su paso no es ni rápido ni lento, es el que es. Se oye el eco de los tacones, se aproxima con la misma emoción que si se acercara a la panadería para comprar picos. Normalmente, accede por otra puerta, pero es tarde, está cerrada, tendrá que entrar a la sala destinada a la espera de familiares.

La sala está casi vacía, el forense no ha tenido demasiado trabajo hoy. Solo aguarda una persona, está sentada en un banco, es su hermano Pros. Está cambiado, Neme supone que él también lo está, no lo sabe porque no se mira al espejo nada más que para

peinarse. Se acerca, cuando llega al lado de Pros, este alza la mirada y saluda sin levantarse:

—Hola, Neme.

—Hola.

—Ya le han practicado la autopsia. Me ha comentado la Guardia Civil que todo apunta a una salida de carretera por haberse quedado dormido el conductor o por algún despiste. No sé cuándo estará listo el atestado o si tendremos acceso a él. ¿Tú entiendes de estas cosas?

—Algo.

—¿Por qué les habrán hecho la autopsia?

—No lo sé.

—¿Cuánto tarda el informe forense?

—Meses.

Se hace el silencio. Pros espera que su hermano le pregunte por su vida actual. Comprueba que no lo hace, se levanta, sale a la puerta para fumar. Apoya el ancho de su espalda sobre las cristaleras. Se pasa los días en el gimnasio que él y el malogrado Mario montaron con materiales de tercera mano en una nave abandonada del pueblo. Tiene puesta una cazadora de cuero negra excesivamente gastada, lleva subidas las mangas hasta los codos. «Podría pasar por pordiosero o gorrilla como al que le acabo de dar un euro». Tiene tatuadas banderas y cristos en el cuello y los antebrazos. Recortada su figura al contraluz de la farola, envuelto en el humo que expele su boca, a Neme le parece un personaje de género negro que estuviera esperando en una esquina para cometer un asesinato. Ha terminado el cigarro, tira la colilla encendida al suelo, vuelve, se sienta.

—¿Cómo te va el trabajo? —pregunta Pros.

—Bien.

—¿Tienes pareja?

—No.

Silencio.

Más silencio.

—¡Podrías preguntar cómo lo he pasado en todos estos años de cárcel! —sugiere airado Pros mientras frunce el ceño en señal de enfado en un gesto que a Neme le resulta muy familiar.

—¿Cómo lo has pasado en todos estos años de cárcel? —pregunta Neme.

—¡Déjalo! Contigo es imposible, nunca cambiarás.

Pros se levanta enérgico, vuelve a la puerta para seguir fumando, va a tardar en entrar. En la sala huele a formol. Está pintada en color verde quirófano, hace frío, los plafones de luz están ensombrecidos por la gran cantidad de insectos muertos que se acumulan en su interior. Neme se acuerda de que, para estos casos, siempre lleva una novela corta en el bolsillo del abrigo. Se alegra, la saca, es *El sur*, de García Morales, comienza a leer:

«Mañana, en cuanto amanezca, iré a visitar tu tumba, papá. Me han dicho que la hierba crece salvaje entre sus grietas y que jamás lucen flores frescas sobre ella».

En el reloj, las manecillas indican que son las doce de la noche. Se escucha jaleo en el exterior, ha llegado Alma. Se abraza a Pros, llora, moquea, le está manchando la cazadora vieja. Llantos y grititos agudos, puede despertar a los vecinos. Pros, después de un largo minuto, ha logrado desembarazarse con disimulo del estrujón babeante. Alma entra, ve a Neme, corre hacia él, su figura mediana y delgada se le acerca.

—¡Neme! —grita por lo bajo.

Se le abraza, llora, gime, moquea, le mancha la rebeca a la altura de la solapa. Insiste:

—¡Neme!, ¡papá y mamá!, ¡es que no me lo creo! —exclama mientras lo mira con sus castaños ojos húmedos esperando una respuesta. Silencio. Se sienta, continúa sollozando con la cara entre las manos. Sus cabellos lacios y finos caen sobre la escena como un telón moreno, «ya se le nota alguna cana». El marido, «igual de grande y gordo que siempre», se acomoda a su lado, la abraza. Saluda tímidamente con la mano a Neme, ha hecho un esfuerzo porque

nunca le cayó bien su cuñado. Pros continúa fumando en el exterior, Neme fantasea con que pronto doblará la esquina su víctima, que se lanzará contra ella para apuñalarla y que la dejará tirada desangrándose bajo la noche tenebrosa.

A las cuatro de la madrugada entran en la sala dos hombres vestidos con traje y corbata azul, son empleados de la funeraria. Uno es normalito. El otro; alto, de enormes manos, al que le están cortas las mangas; podría encarnar el personaje de Frankenstein en una película. Alma se ha encargado de ponerse en contacto con la compañía de seguros. Armonía y Serenidad tenían contratada una póliza de enterramiento. «En caso contrario, no sé qué hubiéramos hecho, porque parece, al menos por la pinta, que Pros, como siempre, no tiene un euro». Neme suponía que sus padres deseaban ser incinerados junto al Ganges u ofrecidos a comer a los buitres en el Tíbet o depositados sobre altas andas en una montaña sagrada de los Sioux. Van a ser enterrados en el cementerio del pueblo, «como todo hijo de vecino».

—¿Familiares del matrimonio Estupiñán Sabio? —pregunta el empleado alto que se parece a Boris Karloff.

—Sí, somos nosotros —contesta Alma.

—¿Es usted Robustez del Alma Estupiñán, con quien hemos hablado por teléfono?

—Sí, soy yo. Por favor, ¿qué nombre de pila les aparece en los documentos? —El empleado hojea sobre su portafolios.

—José y Victoria Eugenia, ¿es correcto?

—Sí, son sus nombres legales. Todo el mundo conoce a mi padre por Armonía y a mi madre por Serenidad, a veces ha habido problemas con documentos, por eso quería cerciorarme.

—Ya disponemos del permiso del juez, solo queda que nos firme alguno de los hijos la autorización para el traslado de los cadáveres al tanatorio. Después procederemos a llevarlos a su domicilio en el pueblo, donde instalaremos la capilla ardiente tal como nos ha solicitado usted. ¿Me firma aquí, por favor?

Alma firma encorvando su espalda sobre una pequeña mesa metálica olvidada en un rincón de la sala. Pros exige:

- ¡Yo también quiero firmar!
—¿Usted es? —pregunta el empleado.
—Prosperidad Estupiñán Sabio.
—¿Es también hijo de los finados?
—Sí.
—Firme aquí, Prosperidad.

Nuevo escorzo de cintura para alcanzar a firmar el documento. Su rúbrica, propia de un niño de primaria, no ha cambiado.

—¿A qué hora llegarán a nuestra casa en el pueblo? —pregunta Alma.

—Sobre las diez de la mañana.

Los empleados entran en dependencias a las que, al menos hoy, Neme no tiene acceso. Fuera está aparcada una gran furgoneta negra rotulada con letras marrones y doradas dispuesta para el traslado.

—¿Pros, te vuelves con nosotros en el coche? —pregunta Alma.

—Sí.

—¿Qué haces tú, Neme?

—Voy en mi coche.

Alma, ceñida a la vez por Pros y el marido grande y gordo, se aleja en busca del coche elevando alaridos a la madrugada.

En casa, Neme prepara la maleta. Hace más de quince años que no aparece por el pueblo. Hay personas allí que no desean su presencia, le da igual, el miedo es una emoción que no aparece en su catálogo de sentimientos. Se toma un café con dos Donuts, cierra el piso, baja al garaje, se monta en el coche, arranca, comienza a amanecer.

2

La casa se encuentra en las afueras, a un kilómetro y medio del pueblo de Haftarad. Para llegar hay que desviarse de la carretera nacional, que termina en la frontera con Portugal, para tomar por un carril de tierra de piso ondulado y horadado con amplios socavones. Hace tiempo que no llueve, el suelo está duro, los servicios fúnebres no tendrán problemas para acceder, tan solo tendrán que sufrir el bamboleo propio de un firme desigual. «No importa, mis padres no se van a marear».

El furgón llega a las diez y veinte minutos. Se acerca a la casa despacio, sorteando baches, camino abajo desde la loma, donde reina orgullosa la encina a la que Longe llamaba Magnolia y que tan funestos recuerdos trae a la familia. Alma abre la cancela, un chirrido de goznes olvidados taladra los tímpanos. El vehículo cruza la linde de piedras superpuestas, conduce Boris Karloff, se para frente a la entrada a la vivienda blanca de cal. Pros espera frente a la puerta en posición de firmes, saluda al estilo militar. Neme no ha salido, permanece dentro leyendo su novela.

— ¿Dónde quieren que instalemos la capilla ardiente?

Los operarios alinean los ataúdes en el salón sobre caballetes recubiertos de telas color carmesí. Les quitan la tapa a los féretros. A los cadáveres amortajados solo se les ve la cara. Los profesionales han hecho un buen trabajo, parecen dormidos, muy naturales, ni rastro de sangre o inflamación. A sus lados, dos candelabros altos iluminan testimoniales con pequeñas bombillas de luz blanca. Varias sillas desiguales dispuestas alrededor de los féretros conforman el patio de butacas desde donde contemplar mejor el espectáculo. Alma y Pros han roto a llorar de nuevo al descubrir los rostros serenos de sus

padres, Neme no ha sentido nada. Los operarios se marchan, volverán mañana por la mañana para concluir el traslado hasta el cementerio. Pronto comenzarán a desfilar por allí los vecinos del pueblo.

Los primeros en llegar son el abuelo materno Virgilio y la tía Fabiola. El abuelo es la única persona de la familia que ha seguido en contacto con Neme. Lo hace una vez a la semana, todos los jueves a las nueve de la noche suena el teléfono. La conversación no es muy larga, apenas dura diez minutos, Neme se interesa por su salud, el abuelo le pregunta por su vida. Siempre igual, las mismas frases hechas y las mismas respuestas automáticas, pero no ha dejado de llamar ni una sola semana. El día de Reyes, sin falta, visita a su nieto y le lleva un regalo, después, Neme lo invita a almorzar en un buen restaurante. El anciano se abraza a Alma, también al marido «grande y gordo», a Pros. Los ojos le escuecen rojos e inflamados de tanto llorar.

—¡Neme, Neme, Neme!

Su cuerpo octogenario, doblado como una alcayata, se suelda a Neme buscando un consuelo, un calor que no le puede ofrecer. Sus manos, como sarmientos, deformadas por la artrosis, lamentan temblorosas la pérdida de una hija. Sus escasos cabellos canos dejan entrever el cuero cabelludo. Está muy delgado, es la primera vez que utiliza bastón. Se cuelga del brazo sujetándose con fuerza, quiere que Neme lo acompañe mientras soporta el peor de los tragos. Junto al ataúd, besa el rostro cerúleo de su hija, se derrumba en una silla.

La tía Fabiola, cuando ha visto a Neme, se ha santiguado siete veces y ha huido hasta el final del salón, donde se ha sentado en una silla para indagar en la pantalla del móvil. Intenta no cruzar su mirada con la de su sobrino. Alma le hace a Neme señas varias veces palmeando sin sonido sobre el asiento de una silla, quiere que permanezca a su lado, junto a los féretros. Lo hace, ella le aprieta la mano derecha con su mano izquierda mientras contempla, hipnotizada, las facciones de sus padres. Neme aprovecha un instante, en el que Alma lo suelta porque se rasca la nariz, para levantarse y sentarse al fondo del salón, en el lado opuesto a donde

se encuentra la tía Fabiola, quien sigue rehuendo su mirada. Cada cinco minutos exactos, la tía se santigua, mira hacia el cielo, aunque solo vea techo, y mueve los labios en una supuesta oración. Lleva el pelo corto, sin tinte, estilo catequista; perlititas en las orejas tipo catequista, vestido y rebeca grises moda catequista. Está convencida de que Neme es la encarnación del Diablo. No hay quien le quite de la cabeza que es culpable de las muertes desdichadas que cubrieron, y siguen cubriendo de desgracia a la familia. La justicia ni siquiera señaló a Neme con el dedo, pero vive convencida de su satánica malignidad desde que el chiquillo tenía seis años; cuando don José Sebastián, el maestro de primaria, quiso alertarla sobre ciertas anomalías que había observado en el comportamiento de su sobrino. Hubo un tiempo en el que luchó contra el mal guiando a Neme por el sano camino de los estudios. Después «de lo de mamá», comprendió que era inútil cualquier esfuerzo.

Llegan los primeros vecinos. Todos aparentan en sus semblantes un extremo dolor, aunque en el trasfondo de su expresión lo que se trasluce es consternación, estupor, incredulidad ante lo ocurrido.

—Pero, ¡si en la mañana de ayer estuve hablando con ellos! ¿Quién se lo podía imaginar?, ¡no somos nadie!

Lloran al estrechar a Pros, quien se levanta impulsado por un muelle imaginario para acercarse con los brazos abiertos, rogando un mimito, cada vez que un parroquiano atraviesa la puerta. Quiere ser el primero en recibir el pésame. Han pasado quince años, Neme los reconoce, los recuerda. Ellos a él también, es imposible olvidarlo después de lo que ocurrió. La mayoría se acerca a darle sus condolencias, otros fingen no conocerlo. Una vez que lagrimean contra Pros, contra Alma, contra la tía Fabiola y contra el abuelo Virgilio; sueltan el irremediable «es que no me lo puedo creer». Después se sientan y toquetean con el dedo índice sobre la pantalla del móvil. Todo el pueblo sabe que Neme está allí, la noticia ha viajado por redes sociales a la velocidad de la luz. Es un rito en el que se deben cumplir todos los tiempos: primero lamento desgarrador y apretón fortísimo e inacabable, después ávida necesidad de conocer

los pormenores de la tragedia para finalizar sentados, toqueteando con los dedos la pantalla encendida del móvil.

Acaba de entrar Desiré. «Está bastante más gorda». Mantiene el mismo estilo llamativo que cuando tenía veinte años: los pantalones, ceñidos; la camiseta corta bajo la cazadora deja ver su amplio ombligo de mujer cuarentona hundido en unas carnes blancas y temblorosas. Sigue tiñéndose de rubio, de sus orejas cuelgan pendientes de aro, los labios los lleva cargados de rojo carmín. En cuanto la ha visto, Pros se ha acercado a ella para abarcarla con sus brazos. La alta estatura de la mujer permite que se acune en los enormes pechos. Con ojos medio cerrados y babilla en la comisura, se relame reconfortado, recostando su cara sobre el apacible y cálido canalillo. Desde que era un niño ha estado enamorado de ella, pero nunca le ha correspondido, prefirió a su amigo Mario. Desiré le ha estampado un labio rojo en cada mejilla, también lo ha hecho con la tía Fabiola y con el abuelo. Con Alma solo dos amagos de besos alejados y un cogerse de ambas manos de mentira. Alma le tiene una envidia patológica, siempre deseó ser como ella, se ha pasado la vida anhelando lo que no tiene y persiguiendo ser lo que no es. Desiré ha descargado sus ojos azules sobre Neme, sonrío, se acerca. El hombre se levanta, ella lo envuelve, lo hunde en sus tetas, lo besa en ambas mejillas, le queda poco carmín que repartir.

—¡Neme!, ¡qué desgracia, qué desgracia!

Silencio. Ante la ausencia de lágrimas en los ojos de Neme, los suyos dejan de manar como apagados por un interruptor. Se sienta en la silla que está al lado.

—Te veo muy bien, estás muy joven —comenta Desiré escaneando de arriba abajo, con cierto asombro, a su amigo.

—Gracias.

—¿A qué te dedicas? —pregunta.

—Soy psicólogo.

—¡Ah!, ¡qué interesante! ¿Acabaste la carrera?

Neme piensa que es obvio que si es psicólogo es porque acabó la carrera. No importa, la impaciencia es una emoción que no aparece en su catálogo de sentimientos. Contesta:

—Sí. También resucito a personas.

Desiré vuelve a recorrerle el cuerpo con su mirada atónita. Es inevitable su proposición:

—¡Pues ahí están tus padres, resucítalos!

—Mis padres no están muertos.

Desiré calla. En su expresión; mezcla de estás como una cabra, asombro, asco y desprecio; se adivina que está suponiendo que su amigo no ha cambiado nada. «Es inútil intentar acercarse a él». Trascurren cinco minutos en los que no pronuncian ninguna palabra. Incómodo silencio. A Desiré le da vergüenza levantarse y sentarse en otro lado. Espera que Neme le pregunte que a qué se dedica, no lo hace, ella vuelve hacia él bruscamente su cabeza. Vuelve a hablar:

—Después de tantos años poniendo copas en el pub Tony, puse mi propio local en la bajada hacia la nacional. Se llama Copas Desy. Me va muy bien. Viernes y sábados por la noche está lleno, no doy abasto, me ayuda una muchacha que tengo contratada para esos días. El resto de la semana, ya sabes, el chorreíto. Te preguntarás si, después de lo de Mario, me he casado o he tenido hijos. Pues no, he disfrutado de algún novio, pero tú sabes que yo no soy mujer de amarrarme con nadie. Niños no quiero, te quitan tiempo, y tú sabes que a mí me gusta mucho cuidarme. Mi gimnasio y mi pelu, que no me falten. Imagínate la cantidad de tíos que me tiran los tejos en el pub, pero yo...

Pros se acerca ofreciendo un cigarro a Desiré. Ella lo acepta, se levanta, se dirige al exterior para fumar. Desde la puerta se vuelve y pregunta:

—Neme, ¿tú no quieres?

—No, no fumo.

El salón es un combinado entre *La familia Adams* y *Las mil y una noches*. Huele a incienso, a hierbas aromáticas y a muerto. Don José Sebastián, el antiguo profesor de primaria, apoyado en el brazo de su hija, hace su entrada copetuda. Calza cerca de noventa años. En tiempos, su cuerpo pequeño y delgado era un palo de fregona estirado y tieso que sostenía un bigotito. Ahora aparece casi consumido, enrollado sobre sí mismo. Es solo huesos, pellejos y

alguna vena que cruza su fría y blanca carne. En el pueblo, Haftarad, no muere nadie joven, la muerte temprana es monopolio de la familia Estupiñán Sabio. Don José Sebastián da el pésame a los familiares de manera muy formal, «como Dios manda», siempre de la misma manera, excepto cuando se dirige a Neme. Le tiende la mano huesuda sin ganas, él la estrecha sin interés. Las carnes del anciano son gélidas, como si ya se le hubiera escapado la vida. Pregunta con una voz casi inaudible que le ha costado un esfuerzo agotador exhumarla del cuerpo:

—Me han dicho que el accidente se ha producido cuando iban a visitarte. ¿Es así?

—Sí — responde Neme.

Don José Sebastián inquiere con ojos de lobo, señala con su índice de la mano derecha, sentencia:

—Primero tu hermana, después tu abuela, ahora tus padres. ¿Vas a acabar con toda tu familia?

Don José Sebastián siempre hablaba poniéndose muy tieso y alzando el dedo índice de su mano derecha en señal de sabiduría y de posesión absoluta de la verdad. Sigue igual. Mantiene su mirada acusadora clavada en los ojos de Neme, no la aparta, hasta que el cansancio le hace enrollarse de nuevo sobre sí mismo. Su hija hace un gesto como diciendo: «ya lo conoces». Neme calla, la ira no es una emoción que se pueda encontrar en el catálogo de sus sentimientos. Está acostumbrado a sentirse señalado, nada le hará apartar su conducta del código que Bárbara le redactó y al que llamaron Manual de Conductas Apropriadas. El anciano se sienta junto a la tía Fabiola.

Desiré vuelve a entrar seguida de Pros, quien no renuncia a la contemplación del abundante y apretado culo bajo el pantalón ajustado. La mujer se vuelve a sentar junto a Neme.

—¿Te acuerdas de Mario? — pregunta.

—Sí.

—Le han puesto su nombre a la calle donde nació. Aquí está considerado un héroe. ¿Qué te pareció su hazaña?

—Una estupidez.

Desiré escanea de nuevo a su amigo con sus focos azules y confusos. Se lee en su mirada que no concibe que alguien pueda opinar que lo que hizo Mario no fue un ejemplo de superación digno de las primeras planas de los diarios y del más alto de los monumentos. Vuelve a salir al exterior, Pros galopa detrás de ella. Las redes sociales sabrán muy pronto sobre la pérfida opinión de Neme. Mario también murió joven, es la excepción a la regla, pero su ejemplo no sirve porque «se lo buscó él». Neme se levanta, se sienta junto al abuelo Virgilio. Tiene una duda.

—Abuelo, ¿qué opinión te merece la «hazaña» de Mario? — pregunta. No recuerda que Bárbara indicara nada en el Manual de Conductas Apropriadas sobre el opinar que es una insensatez lo que casi todo el mundo considera una heroicidad. Para él, el abuelo es una autoridad en el campo del saber.

—Que fue una estupidez — contesta buscando en su nieto un gesto de complicidad. El abuelo le coge la mano con las suyas deformadas, todavía cálidas, todavía suaves. Hace muchos años, cuando Neme aún no había huido de Haftarad, Mario sufrió un accidente con su moto Yamaha. Fue preciso amputarle las dos piernas. Amante del deporte, quiso dar un ejemplo de superación. Pretendió recorrer los noventa y nueve kilómetros que separan Haftarad de Sevilla caminando sobre sus manos. Soñaba con ser recibido en la plaza de España por mil autoridades, envuelto en música de fanfarria, acompañado por una numerosa cantidad de admiradas personas. Antes de llegar a Aracena se desplomó agotado, los servicios sanitarios que lo seguían solo pudieron certificar su muerte.

Siguen incorporándose vecinos al velatorio. El ambiente comienza a estar cargado, Neme quiere estirar las piernas. Aparta con toda la dulzura de la que es capaz las manos del abuelo. Se acerca a la gran vitrina donde sus padres coleccionaban objetos que «emiten energía positiva» o a los que atribuían algún tipo de poder sanador. La vitrina guarda piedras, ramas secas, raíces, algún amuleto y tres marcos de madera de naranjo con sendas fotografías: la de Pros, la de Alma y la de Longe. La llave está puesta, abre la cristalera, acaricia

con sus manos la foto de Longe, «era solo una niña». Don José Sebastián y la tía están a punto de estallar. Si fueran jóvenes, arremeterían contra él con fiereza para arrebatarse la fotografía. Sus escasas fuerzas solo les permiten acechar con ceños fruncidos y agudezas de verdugo en sus miradas. Coloca la foto en su sitio, cierra la vitrina, se calman los ánimos.

Comienza a tener hambre. No le dice a nadie que se va, sale al exterior, coge el coche para ir al pueblo a comer en el Live Los Monteros House. Alma, Pros y Desiré observan cómo se aleja el coche por el carril de tierra. Como siempre, se marcha sin despedirse. No le gusta llevar a nadie en el coche, lo compró porque le permite desplazarse sin tener que relacionarse con gente en los transportes públicos. Es un instrumento de libertad. Recorre el camino sobre las cuatro ruedas de su auto, el mismo sendero que anduvo tantas veces para ir y venir de la escuela. Primero de la mano de Pros y Alma, después era él quien llevaba de la mano a Longe, hasta que ocurrió lo que ocurrió. Cada castaño, cada recodo, cada casa, cada animal que pasta le extrae de la memoria un recuerdo, remembranzas que desfilan ante el parabrisas como si se tratara del pase de una película. En esa encina lo amarraron Mario y Pros mientras «su panda de chupa culos» los jaleaba y les reía las gracias. El dueño de esa casa solicitó al alcalde que le impidiera pasar por su puerta para ir al colegio. Muchas tardes, de vuelta, se entretenía en recolectar moras de esa zarza. Los días de lluvia llegaba a casa con un mazacote de barro pegado a los zapatos y los pantalones empapados hasta donde cubría el impermeable. Los días de calor se lanzaba hacia la nevera para refrescarse con la limonada que diariamente preparaba su madre. «¡Cuántas veces me picaron las avispas!», hasta un escorpión quiso obsequiarlo con su dolorosísimo veneno. Sus padres intentaron curarlo con tierra macerada en orina de vaca recién parida, pero fue don Manuel, el médico, quien decidió ponerle una inyección de antídoto porque los síntomas se agravaron peligrosamente. Kilómetro y medio de ida y otro kilómetro y medio de vuelta en el que cada jornada le asaltaba una sorpresa distinta.

Hoy contempla ese camino sin emoción alguna, ni desgarró ni nostalgia, como si lo vivido no lo hubiera vivido él, como si hubiera interpretado en un escenario natural a su propio personaje. El piso tortuoso serpentea entre fincas dedicadas al almendro, a la encina, al castaño. En las que pacen rebaños de ovejas, la hierba parece una alfombra y adquiere tonos esmeraldas bajo el centelleo del sol; en las que no tienen la suerte de ser pastadas, proliferan matojos que levantan un metro del suelo. Aparece el cruce con la nacional, el polvo se convierte en asfalto. Cien metros más allá gira en la rotonda para ascender hasta el aparcamiento al aire libre que don Torcuato, el alcalde, mandó construir cuando sus padres decidieron montar el mercadillo de los domingos. El pueblo se colmaba de forasteros y José María, el Cohete, amenazaba a quien aparcaba mal con reducirlo por la fuerza. Entonces Neme no había nacido, pero conoce la historia porque se la contaron, uno detrás de otro, todos los habitantes del pueblo. El primero lo hizo cuando él tenía siete años, el último a los veinticinco, poco antes de trasladarse a vivir a Sevilla.

Aparca, allí no hay gorrillas. Le ha costado encontrar un hueco libre porque el pueblo está repleto de turistas que vienen a disfrutar del puente paseando los senderos por la mañana, asando cerdo ibérico en la barbacoa a mediodía y tomando cubatas frente a la chimenea por la tarde mientras se divierten con juegos de mesa modernos. No se cabe durante los puentes de octubre, noviembre y diciembre. Hoy, en el cielo no se otea una sola nube, seguro que Magdalena y Dionisio van a tener el restaurante lleno. Comienza a caminar subiendo la cuesta, advierte toda clase de turistas: grupos de jóvenes senderistas recostados sobre sus varas que arriban agotados buscando el agua fresca de la fuente; padres treintañeros con hijos pequeños que corretean por la hierba; matrimonios maduros, todavía cogidos de la mano, que pretenden aliviar el olvido de unos hijos que algún día corretearon por esa misma hierba. A la izquierda parte el camino que lleva a la piscina. Más allá, el campo de fútbol. Ahí está el bar de copas de Desiré. A la derecha, al otro lado del riachuelo, el pueblo se levanta como una fortaleza, como un castillo de cal cuya

atalaya más alta, la que apunta al cielo, «donde está cautiva la princesa», es la torre de la iglesia.

En la plaza, gente que sale del bar Josely mira descaradamente. Tras los visillos, también lo observan ojos indiscretos. El Live Los Monteros House apenas ha cambiado desde que trabajó en él. Sigue guardando el aroma serrano propio de los bandoleros del XIX, combinado con el aire cómodo, moderno y sensual que le dieron Magdalena y Dionisio.

Entra. Nada más traspasar el dintel lo abofetea el calor rabioso que desprende la chimenea gigante a la que él llamaba Puerta del Misterio, donde arde media dehesa de encinas. El salón está completo con gentes de ciudad que pretenden ser naturalmente felices durante cuatro días. El barullo es tan alto que impide cualquier conversación. Los presentes, más que conversar, ríen a carcajadas, gritan y beben cerveza o tinto joven de Ribera del Duero. Camareras muy jóvenes acercan a las mesas biberones y potitos calentados en el microondas. Dos carritos de bebés obstaculizan el paso. El llanto de un niño «increíblemente feo, parece una rana» se impone al estridente ruido de varios cubiertos que caen al suelo. Siente que no existe, se encuentra en el epicentro de una tormenta de idas y venidas apresuradas de bandejas que pasan a milímetros de su cuerpo. No dice nada, nadie le pregunta, hasta que oye una voz que grita:

—¡Neme!, ¡qué alegría de verte!

Es Carmelita, la mujer a la que hace sesenta años Arcadio, su marido, el dueño del negocio, olvidó tras la barra del hostel restaurante Los Monteros. Sigue relegada tras el mostrador que le ha servido de universo durante toda una vida. La conoce desde que tiene uso de razón. Neme no recuerda ni un solo instante en que haya visto a Carmelita fuera de ese mostrador de madera ennegrecida con tapa de mármol blanco. En su juventud, la recuerda una mujer esférica. Su baja estatura y su obesidad le conferían una línea esférica, sus enormes pechos rebotaban esféricos sobre la barra, su cara sonreía esférica, su pelo rizado se esculpía esférico. La llamaba, en su inocencia de niño, la mujer redonda. Ahora es un amasijo amorfo de

aplanadas carnes blancas que sigue sirviendo cafés, cervezas, cocteles y copas de aguardiente.

Neme se acerca, desde el otro lado de la barra Carmelita le abre sus cortos brazos, toma su cara con ambas manos, le encaja dos besos sonoros que se han escuchado por encima del griterío y han llamado la atención de los comensales. Hasta el niño «feo» ha dejado de llorar y está mirando para allá.

—¿Cómo estás *miarma*? —pregunta Carmelita. Ella llamaba a todo el mundo *miarma*.

—Bien —responde. El barullo vuelve a alcanzar sus elevados decibelios.

—Siento muchísimo lo de tus padres, casi que no me lo creo, no paro de llorar.

—Gracias.

—Me alegro de que hayas venido, así puedo darte el pésame. Estos días estamos hasta arriba de trabajo, no podré acercarme ni al velatorio ni al entierro.

Por la escalera baja Dionisio. Sigue delgado y moreno de piel, casi no ha cambiado, su calva resplandece. Ve a Neme, sonrío, se le enciende la cara con la misma expresión de lujuria con la que intentaba seducirlo en otros tiempos. Se acerca, lo líquido de su boca habla:

—Neme, siento mucho lo de tus padres. Lamento que sea en estas circunstancias, pero me da alegría de verte, ¡cuánto tiempo!

Lo abraza, le da dos besos. Sigue hablando:

—Voy a llamar a Magdalena, se va a poner muy contenta. — Sube los escalones de dos en dos.

Apenas ha cambiado el salón, con su chisporrotear de la Puerta del Misterio donde caben hasta catorce personas de pie. En su infancia, imaginaba cuentos relacionados con esa chimenea, inventaba que era la entrada a un mundo fantástico de bosques encantados en los que maravillosos seres intercambiaban maldades sin tregua. Sin duda, es la culpable de avivar su imaginación incansable y de su tendencia a la escritura y a la lectura. Tras la barra, blancas de polvo, alojadas en una monumental estantería, siguen

aguardando su turno desde los años cuarenta chocantes botellas con forma de giralda o de torero que contienen extraños licores venenosos en su interior. Escudos de equipos de fútbol repujados en estaño cuelgan de las rústicas paredes blancas. Las sillas antes eran de enea, desde la gran reforma, se convirtieron en cómodos sillones que aguantan los traseros de los comensales. Los manteles de cuadros verdes, rojos y amarillos; de tela. El suelo: grandes losas de barro.

Magdalena baja las escaleras seguida por Dionisio con la celeridad de un velocista. «Está un poco más gorda», sus curvas se han hecho más curvas, pero se conserva bien. En sus ojos de miel resplandece la misma chispa de deseo carnal que se le encendía cuando se excitaba. Se ciñe con fuerza, pega sus senos y sus muslos a Neme, lo besa en ambas mejillas. El matrimonio, aunque ya cincuentón, sigue gustando de las mismas aficiones.

—Neme, ¡cuánto tiempo sin verte! Siento muchísimo lo de tus padres, todo el pueblo está consternado.

—Gracias.

—¿Has almorzado?

—No, venía a comer, pero veo que está todo lleno, buscaré otro restaurante.

—Nada de eso, tú almuerzas con nosotros en nuestra mesa.

—Gracias.

En cinco minutos han preparado la mesa del comedor privado, donde el barullo se escucha amortiguado por las paredes. Hubiera preferido pagar la comida y no tener que almorzar con nadie, pero tiene hambre, los locales están completos, la sierra está abarrotada. Magdalena y Dionisio opinan que eso de «tres es multitud» no va con ellos. Tres, o más, es compañía. Nada que ver con Neme, quien considera que dos ya es multitud. Las preguntas «incómodas e irremediables» escapan pronto de sus bocas.

—¿Tienes pareja?

—No.

—¿En qué trabajas?

—Soy psicólogo por Internet. También resucito muertos.

Callan, no vuelven a preguntar, no se extrañan de la contestación, creen que ha heredado de sus padres las mismas excentricidades. Lleva aguantando toda la vida que la gente le haga preguntas enlatadas para hablar por hablar, sin embargo, nadie curiosear en lo más interesante de su labor. Mientras degusta una presa ibérica con crema de castañas, Magdalena y Dionisio, para cambiar de tema, lo ponen al corriente de lo ocurrido en el pueblo durante los años de ausencia. También le hablan del negocio, de lo bien que les va. Para saber que es cierto lo que dicen Neme solo tiene que observar que hasta cuatro camareras sirven las mesas. En otros tiempos solo las servía él, sin duda han progresado. No pregunta por Arcadio, el padre de Magdalena. No hace falta, ellos le comentan que está en silla de ruedas, que ya casi ni se mueve, que hasta se le caen las babas. Esperan que Neme componga una cara de profunda compasión, pero esa es una emoción que no se encuentra en su catálogo de sentimientos y nunca tuvo don para el teatro. Ahora saborea un surtido de dulces serranos. Termina, se levanta, intenta pagar, no lo dejan, lo acompañan a través de la barahúnda de postres y cafés. En la puerta, vuelven a estrecharlo y a presionar sus sexos contra su cuerpo. Por el camino cae en la cuenta de que no le ha dicho adiós a Carmelita.

De nuevo en casa de sus padres, se da de bruces con nuevas malas caras que se han acentuado después de la despedida a la francesa. En una mesa del salón han sido desplegadas varias tortillas de patatas sobre platos de cartón. Fuentes con chacinas, ensaladilla, filetes de lomo, huevos rellenos, empanadas y croquetas alivian el hambre de los presentes. También hay dulces y termos de café. Montañas de comida suficientes para cubrir el almuerzo, la merienda, la cena, el desayuno de mañana y otro velatorio más. Tere lo ha comprado todo, lo ha cocinado, preparado y transportado hasta la casa en su todoterreno.

El cansancio y el sueño vencen a Neme, sube a la que fue su habitación a dormir la siesta. Permanece igual que la dejó: la cama, la mesita de noche, el armario, nada colgado en las paredes. Duda de si Armonía y Serenidad quisieron respetar su recuerdo o es que no se

atreveron a adentrarse en «el nido de la serpiente». Podía haberse acostado en el hostel si se lo hubiera pedido a Magdalena y Dionisio, pero no se fía. Tiene muy buenos recuerdos de ellos, le dieron trabajo cuando nadie quería ni siquiera cruzarse con él y lo mantuvieron cuando los paisanos dejaron de entrar en el restaurante. También le descubrieron la libertad en el sexo, experiencia que acabó por no interesarle en absoluto.

Duerme profundamente, su cuerpo está libre de acometidas amoratorias. Cuando despierta ya es de noche. Oye rumor de conversaciones, sigue habiendo gente en el salón. Baja para comprobar si queda algo de cena. Los visitantes han sido reemplazados, «parece que elaboraron un cuadrante para turnarse en la congoja». Con un filete frío de lomo, dos huevos rellenos y un dulce tiene bastante. Organiza el plato, toma cubiertos de plástico y una servilleta de papel, se sienta. Se le acerca Tere con su perpetua sonrisa para preguntarle:

—¿Está todo bueno?

—Sí. Gracias.

—Gracias por nada, no es nada, de verdad.

Tere querrá recoger lo que ha traído, lo dejará todo resplandeciente y mañana, cuando la familia acuda al entierro, se quedará para dejar la casa impoluta. No permitirá que nadie le arrebatase su momento glorioso y placentero de entrega desinteresada a los demás. Acerca su pelo corto teñido de pelirrojo a otro compungido vecino que pincha un trozo de tortilla para preguntarle si está buena la comida. Después, sin que nadie lo demande, sacará varias mantas del coche para que los convelatorios más mayores se la echen por las piernas. Don Torcuato, el perpetuo alcalde, y su fiel lacayo José María, al que todos en el pueblo llaman el Cohete; agradecen la mantita con un movimiento de sus cabezas. A Tere se le han iluminado las pecas de la cara y se le ha erizado la piel, experimenta un orgasmo íntimo y silencioso. Don Torcuato y el Cohete están bastante envejecidos. Hace veinticinco años que ambos están jubilados. Siempre inseparables, aunque respetando los papeles de jefe y subordinado.

A Neme le ha sentado bien la cena. Alma, Pros y la tía Fabiola no han probado bocado, no han tomado nada desde que recibieran la noticia del accidente. «¡Allá ellos! Espero que el abuelo sí haya almorzado». Sale al exterior para despejarse con el frío, fuera se topa con don Manuel, el médico; y Adelita, la modista. También han salido para tomar el fresco. Don Manuel abraza a Neme con cariño, se siente su mentor.

—Neme, siento mucho lo de tus padres —declara mientras duda si darle dos besos o alargarle la mano. Decide tenderle la mano.

—Gracias.

Adelita no dice nada, se mete dentro. Ha envejecido convencida de que don Manuel está enamorado de ella, y esperando una declaración romántica por parte del galeno que nunca ha llegado, ni llegará jamás. Alma sale, las ojeras ya se le han vuelto negras, hundidas en las cuencas. Pregunta con voz casi inaudible:

—Neme, ¿podrías llevar al abuelo a casa?

—Sí.

—Ya que vas al pueblo, ¿podrías llevarme a mí también? —pregunta don Manuel.

Neme ayuda a montar al abuelo, a don Manuel no hace falta, es todavía joven, rondará los sesenta y algo. Las únicas personas que en su juventud consideraba dignas de ser escuchadas viajan ahora en su coche. No le gusta que se monte nadie en su burbuja de paz, pero si tiene que ser, mejor que sean ellos. Recuerda las novelas recomendadas, los consejos, las partidas de ajedrez. El camino parece distinto de noche. Los castaños, ya sin hojas, evocan espectros amenazantes iluminados por los faros. Cuando vuelve, solo queda la familia en el salón de la casa. La puerta es cerrada con llave cuando entra. Sube directamente a acostarse. Pros, Alma y la tía Fabiola permanecerán toda la noche velando los cadáveres.

Ha descansado bien, se ha levantado temprano. Después de asearse y vestirse, baja al salón. «Mis padres disfrutaban de mejor semblante que mis hermanos y la tía, Alma me recuerda a las series de zombis que están ahora tan de moda». Las ojeras ya han conquistado toda la

mitad norte de la cara de Alma, la mitad sur es de un amarillo macilento más propio de los que están dentro de los ataúdes. Pros dormita aplastado contra la silla, es incapaz de levantar la cabeza, no emite ningún sonido, no da la más mínima muestra de vida. La tía permanece rígida, de cartón piedra, mantiene la mirada fija en algún lugar del salón. En la cocina, le cuesta encontrar la cafetera perdida entre extraños pucheros, retortas, cachivaches y alambiques de cuando sus padres se hicieron alquimistas y pretendieron instalar en casa una fábrica de oro. Prepara café. Acerca, junto con varias tazas, la cafetera a la mesa, donde todavía queda comida y dulces que servirán de desayuno. Alma arrastra su cuerpo hasta allí para servirse, va a necesitar tres cafeteras para resucitar. Mientras da el primer sorbo de la taza que tiene serigrafiado el signo del zodiaco Acuario, reprocha:

—¿Tanto te costaba velar a tus padres?, ¿no has podido hacer un esfuerzo?

Neme no contesta, las acusaciones por pecado de omisión lo han señalado desde que tiene memoria, no es nuevo, no le afecta. Tocan nudillos contra la puerta, es el marido de Alma, casi no cabe por el quicio, apesta a colonia barata. Fuera, resuenan motores de automóviles, son dos coches fúnebres marca Mercedes los que se acercan. Los operarios entran en la casa, informan de que partirán hacia el cementerio en una hora. Los tres zombis suben, por fin, las escaleras para asearse y mudar sus negras vestiduras. Cuando bajan, los operarios cierran los féretros. Neme observa la escena, «deduzco que este debe ser el momento en el que las personas sufren el dolor más agudo, a juzgar por los alaridos que lanza al cielo el trío Calavera».

Es la hora, encabeza la comitiva el furgón que traslada los restos de Serenidad. Avanza muy despacio, casi enterrado en coronas de flores. Le sigue el que lleva a Armonía, también parece una floristería móvil. Después el Audi A4, donde viajan Alma, su marido, Pros y la tía; cierra Neme conduciendo su burbuja de paz. Al pasar por el aparcamiento se van sumando coches a la comitiva. Atraviesan

el pueblo, vacío y silencioso, subiendo hacia el cementerio donde espera el grueso de los habitantes de Haftarad.

Neme se encuentra frente a los dos huecos en la pared que servirán de pudridero a sus padres. Abiertos, uno junto al otro, le parecen ojos que observaran el cariacontecido espectáculo. Por deseo de la tía Fabiola, un cura bendice y rocía con agua bendita los féretros sin cruz. Alma ya avisó a la funeraria que, en vez de cruz, deseaba una luna para Serenidad y un sol para Armonía. Los operarios del cementerio consuman su trabajo ante un público ahogado en lloros, lamentos, preguntas al cielo y lipotimias. El cemento sella el último nicho, los asistentes comienzan a charlar por grupitos, lentamente, compungidos, como si no quisieran abandonar nunca el camposanto. Antes de irse, Neme visita los nichos de Longe y de la abuela Francisca. Se hace un silencio amenazante. Contempla sus lápidas, los ojos de los presentes son puñales venenosos clavados en su espalda. Se da la vuelta, le hacen un pasillo temeroso dando pasitos hacia atrás para que escape por él su cuerpo apestado, cruza el cementerio entre miradas incrédulas, prosigue el silencio, en la puerta el abuelo le da un beso, no se despide de nadie, se monta en el coche, vuelve a Sevilla.

La Navidad está próxima, murmura al aire el soniquete de los niños de San Ildefonso en una mañana con olor a anís. Neme se encuentra en Aracena, en una sala de la notaría. Las paredes están revestidas con óleos de buena calidad, al menos eso le parece, aunque no entiende mucho de pintura. De lo que sí tiene certeza es de que los marcos han debido costar mucho dinero, porque unos están laminados en oro y otros elaborados en maderas nobles. Los cuadros reproducen paisajes de la sierra de Aracena en las distintas estaciones: huertos coloridos en primavera, caminos pajizos en verano, arboledas de castaños ocre en otoño, pueblos nevados en invierno. La mesa es ciclópea, rectangular, fabricada en madera de caoba. Hasta dieciocho sillas la circundan. Se sienta en la que se pierde justo en el extremo del rectángulo, la más alejada de lo que es

la presidencia: un rico sillón tapizado en piel que contempla con desprecio al resto de insignificantes sillas mundanas.

La puerta se abre, la señorita sonriente con traje de chaqueta que lo ha acompañado antes lo hace ahora con Pros y Alma, quienes entran en la sala.

—Hola —masculla Pros antes de acomodarse justo al lado del trono. «Le habrá dado vergüenza sentarse en él». Está vestido exactamente igual que el día del Anatómico, igual que en el velatorio e igual que en el entierro. Alma recorre toda la sala con pasitos apresurados hasta llegar a donde se encuentra Neme, le da dos besos.

—¡Neme, cariño!, ¿cómo estás? —Antes de escuchar la respuesta, desanda lo caminado, se sienta junto a Pros. A ambos se les nota en el rostro la tensión, «tiesos como el palo de la escoba», él se come las uñas y las escupe, a ella se le ha disparado el tic de los ojos. Hace su aparición, agachando la cabeza bajo el dintel de la puerta, el notario:

—Buenos días —atrona su vozarrón. El caballero aparenta unos sesenta años, trajeado de oscuro, gigante, panzudo, canoso, peinado hacia atrás. La corbata, marrón desgana, no regala al espectador ni un solitario lunar que alegre la vista. Se sienta en el regio butacón. Comienza una ceremonia indiferente que su majestad ha presidido un millón de veces. Su boca pronuncia palabras automatizadas, en la expresión de sus ojos se lee con claridad que su mente se pierde en algún lugar mucho más interesante para él que esa sala de tortura. Después de cinco minutos de bisbiseos mecánicos, suelta lo que los hermanos estaban esperando: Armonía y Serenidad legan todos sus bienes a Alma y a Pros, a Neme le corresponde tan solo la legítima. El notario concluye, se guarda las gafas en el bolsillo de la chaqueta, levanta su cuerpo de elefante, dice adiós, desaparece por la puerta agachando de nuevo la cabeza. Neme también se levanta, se alegra de que haya durado poco la ceremonia, se dirige a la puerta para marcharse de la sala y de la notaría. Cuando pasa junto a su hermano, Pros le pregunta afirmando:

—¿Qué esperabas?

—Nada.

—Debes de reconocer que es lo justo —sentencia Alma mientras frunce el ceño buscando una afirmación en los ojos de Neme, quien no contesta. Se marcha.

Durante el viaje de vuelta a Sevilla, contempla el paisaje de finales de otoño, este año menos verde debido a la sequía. El cielo está nublado, pero no llueve. Mientras conduce, se le vienen a la cabeza las palabras de sus hermanos. Creen que le ha afectado lo del testamento, no saben que a él le da igual. La codicia no es una emoción que se encuentre en su catálogo de sentimientos, no piensa mover ni un solo papel para cobrar lo que le corresponde, «si se lo quieren quedar todo, que se lo queden».

Ya en casa, se sienta a leer las noticias en internet. Puede comprobar el resultado del sorteo de la lotería de Navidad, él no juega, no tiene nada que comprobar. Lee que la Virgen del Rocío, a la que ya llaman la Lotera, transitó desde la plaza de El Salvador hasta el Ayuntamiento. «¡Es increíble lo que les gusta a los sevillanos pasear muñecos por la calle!». El gordo de la lotería de Navidad deja cuatro millones en Sevilla. El número 05490, muy repartido, se vende en la administración El Gato Negro y en Castilleja de la Cuesta. Un choque entre dos vehículos deja cinco heridos. Ahora toma una novela, se sienta a leer *Frankenstein o el moderno Prometeo*, de Mary Shelley. Quiere acostarse temprano porque mañana atiende a varios pacientes por internet: dos en España, dos en Ecuador y otro en Venezuela. Es lo que tiene ser especialista en una patología concreta.

Suena el teléfono, es Juan Jesús, «tal vez tenga suerte y llame para ofrecerme un buen regalo de Navidad».

3

Bárbara se ha levantado a las siete de la mañana para hacerle «a la puta niña unas tortitas con sirope de arce, y me salta con que acaba de comenzar una dieta para estar delgadita para las fiestas de Navidad. ¡Una niña de catorce años, que está en los purititos huesos! ¡Yo reviento! Pero vamos, toda la culpa la tienen el padre y su novia canija, no hacen más que exigirle, hasta en el físico. Le dicen que no puede estar gorda, que una señorita que se precie debe cuidar su cuerpo. ¡Chuminás de la Carlota! Se ha ido al instituto con un Cola Cao *light* con leche desnatada y dos lonchas transparentes de jamón de York en el cuerpo. La que tendría que ponerse a dieta soy yo, porque se me está poniendo un culo de pandero que tira para atrás, aunque no puedo dejar de darme atracones de chocolate. Lo compro negro, sin azúcar añadido, pero me como dos tabletas de una sentada. Como siga así, voy a tardar mucho tiempo en comerme un roscó. ¿Desde cuándo no me doy una alegría con un tío macizo? Ahora viene cuando hago el lobo: ¡auhhhh!, o una loba en celo, mejor. Nunca es tarde si la picha es buena».

Quiere salir para comprar comida en el supermercado, después irá a ver a su madre, a comprobar cómo le ha ido la noche, si se ha acordado de tomarse las pastillas y de comerse las albóndigas que le preparó ayer para cenar. La tiene que llevar al médico para una revisión de la operación de cataratas, después la dejará en su casa e irá a comprarse un poco de ropa porque «últimamente parezco una pordiosera». Más tarde hará la comida, aunque no sabe qué cocinarle a «la *jodía* niña, que dice ahora que está de dieta, porque si le hago brócolis me estampa el plato en la cabeza. ¡Ya sé!, le voy a poner un filete de pavo, aunque a ella le gusta ponerle queso fundido por encima, bueno, pues no le pongo el queso, ya está, ah, y lechuga y

tomate en ensalada. Los pobres pavos se van a extinguir con tanta gente haciendo dieta».

Suena el móvil de repente y a traición, «¡vaya respingo he dado! ¡Coño, es Neme!», Bárbara contesta:

—Hola, Neme, ¿cómo te ha ido por tu tierra?, ¿has heredado ya?, ¿qué tal con tus hermanos?, seguro que siguen sin hablarte, es como si lo viera, aunque si por mí fuera los mandaba...

—¡Bárbara!

—¿Qué?

—Ha llamado Juan Jesús.

—¿Ha llamado?, tendremos que acudir enseguida, como de costumbre, ¡y yo con estos pelos pegados a la cara!, y es que hace un siglo que no voy a la pelu, pero para estas fiestas me voy a gastar el dinero y me voy a poner mechas, que se llevan mucho. Me parece estupendo, antes tengo que arreglar algunas cositas. ¿Tú has cancelado las consultas de hoy?

—Sí.

—Te paso a recoger dentro de una hora, ¿te parece?

—Sí.

Bárbara pone a cargar el móvil, tiene muy poca batería. Lo único realmente importante que tenía que hacer era llevar a su madre a la revisión del oftalmólogo. «Pues que la lleve mi hermana, mover el culo un poco le va a venir bien. Ahora mismo la llamo, a ver si tiene chichi de negarse, madre es de las dos, no tengo que cargarme con todo, aunque ella dice que soy yo la que tengo que llevarlo todo por delante, que no la dejo encargarse de mamá. En el fondo tiene razón, pues que hoy se ponga un poco al día». Llama a su hermana, «porque yo telefono, llámame antigua, a mí eso del WhatsApp me pone muy nerviosa con lo que se tarda en escribir». El móvil se está cargando, llama con el cable enchufado, marca, se pone el aparato en la oreja, para ello tiene que doblar el cuello y bajar la cabeza. «¡Qué incómodo es hablar por el móvil cuando está cargándose!, hay que ver lo corto que son estos cables, a quien los inventó lo tenía yo dos días hablando así, con el pescuezo torcido y el cacharro recalentado enchufadito a la

pared». María del Mar, la hermana de Bárbara, descuelga, no le da tiempo a hablar:

—Mari, hoy tiene mamá revisión en el oftalmólogo, yo no la puedo llevar porque han llamado de la Policía Municipal. La cita del médico es a las doce en Marqués de Paradás. Tú la recoges y la llevas. Pregúntale si se ha tomado las pastillas y si se ha comido las albóndigas que le hice ayer, no me fío de ella, el otro día no se acordaba si la noche anterior había cenado o no, está fatal, cada vez se acuerda de menos, las medicinas no le están haciendo nada, yo creo que deberíamos llevarla a otro médico, porque con este, cada día que pasa está peor, ya mismo ni nos conoce, aunque habrá que buscar un médico privado, pero que se lo pague ella, para eso le ha quedado su buena pensión, porque tú sabes que yo casi no llego a fin de mes con lo que me pasa el cara cartón *estirao* de mi exmarido, que ya podía hacer por no exigirle tanto a la niña esta que me trae por la calle de la amargura. Bueno, ya te cuento. Adiós.

«¡Vaya dolor de cuello me ha dejado la llamada! Además de la fibromialgia, los cablecitos tan cortos de los cargadores de teléfono. ¡A tomar por saco, desenchufa ya el móvil, me tengo que ir a recoger a Neme! A la buchaca con él. Después no lo encontraré en este bolso tan grande que parece el saco de Papá Noel». Agenda, bolígrafo, gafas de ver. Baja en el ascensor, cuando se dispone a salir del bloque cae en la cuenta. «¡La madre que me parió!, me voy sin lo más importante para hacer mi trabajo: la cámara de fotos. ¡Si me presento sin cámara a recoger a Neme, me mata! ¿Dónde tengo la cocorota, Dios mío? ¡A las tres de la tarde! Quien no tiene cabeza tiene que tener orejas». Sube por las escaleras, es más rápido. Busca la cámara, la encuentra debajo de un montón de ropa sucia que iba a meter en el bombo. «¡Menos mal que no he echado la cámara a la lavadora!». Vuelve a salir.

Cuando llega a la calle de Neme, él la espera en la esquina. «Ahí están plantadas su estatura mediana y su enorme cabeza. Quiero mucho a Neme, pero, ¡qué cabezón tiene! Parece la bola del mundo». El auto para con un frenazo que ha asustado a los

viandantes. «¡El día va de respingos!». Neme sube al coche. Bárbara pregunta:

—¿Dónde vamos, a la policía, a ver a Juan Jesús?

—Sí.

Pone rumbo a la ronda del Tamarguillo para llegar a la Jefatura de la Policía Municipal. Como de costumbre, le pone a Neme la cabeza como un bombo hablándole de «la puta niña, del padre, de mi hermana, de mi madre y de la vecina». Como siempre, Neme contesta con monosílabos. Bárbara no soporta el silencio:

—¡Bueno!, cuenta qué te ha dicho Juan Jesús, que te tengo que sacar las palabras con sacacorchos.

—No me ha especificado nada, solo que es una mujer.

—¡Mira que eres alma de cántaro! ¿No le has preguntado nada más, no te pica la curiosidad? Pero, ¿tú tienes vida?, cuando te pinchan, ¿sale sangre o sale horchata? Por eso te llama a ti siempre. Al principio contactaba conmigo, como le preguntaba hasta por la marca de calzoncillos que usaba el finado, dejó de hacerlo.

Al llegar al edificio de la Policía Municipal, Bárbara sube por las escaleras, salta los escalones de dos en dos, y mientras llega Neme, quien ha decidido esperar al ascensor, le cuenta a Juan Jesús apresuradamente que a «la puta niña, ahora le ha dado por adelgazar». Llega Neme, entra en el despacho luminoso, ordenado, moderno, todo en blanco, ni un solo papel a la vista.

—Hola, Neme, siéntate por favor —invita Juan Jesús con su palma de la mano abierta, señalando una de las sillas de confidente. Toma asiento. El policía luce bigote frondoso. Se lo dejó para disimular la cicatriz que le dejó sobre el labio superior el enfrentamiento con un maleante. Ahora se nota más atractivo con su nueva imagen. Comienza a hablar bajo su enorme bigotazo:

—Es una mujer, ronda los cincuenta, apareció en la madrugada de ayer herida, tirada en el suelo, junto a un banco de la plaza del Pumarejo. Una dotación de la Policía Municipal la recogió y la trasladó al hospital Virgen Macarena. Falleció al poco de ingresar. Está indocumentada, así que permanece sin identificar. Parece que se trata de una vagabunda habitual de la zona. Entre las ropas solo se le

ha encontrado una fotografía. Parece ser ella, bastante más joven, con un niño y una niña a su lado. La diligencia ha sido remitida al juzgado de guardia, el cuerpo ya ha sido depositado en el Anatómico Forense.

— ¿Nadie la conoce, nadie sabe quién es? — pregunta Bárbara.

— Solo sabemos lo que os he contado. Como ya os he dicho, está indocumentada y sin identificar, por eso os he llamado, porque creo que es un buen caso para ser investigado por vuestra revista digital *La princesa y el arlequín*.

— ¡Muchas gracias, Juan Jesús!, ¡no sé qué haríamos sin ti! — casi grita Bárbara mientras se levanta, rodea la mesa de despacho y le planta a Juan Jesús cuatro sonoros besos de carmín, dos en cada mejilla. Le encanta la colonia que usa el poli. «Si no fuera por lo que es, me lo pasaba por la piedra, pero ya lo dice el refrán: donde tengas la polla no utilices la olla».

— Considero que hacéis una labor muy bonita, me gusta colaborar con vosotros. ¿Cuándo vais a ir al Anatómico? — pregunta Juan Jesús.

— ¡Ahora mismo! — Bárbara vuelve a elevar el tono de su voz y el brillo en sus ojos. Está «ilusionadita *perdía*».

— Bien, entonces telefono para que sepan que vais para allá.

Bárbara ha salido del despacho y ha bajado las escaleras, sus pies parecen tener alas como Mercurio, el pantalón vaquero elástico que se compró en un mercadillo le permite estas olimpiadas. Neme aún se está despidiendo de Juan Jesús. «¿De qué me sirve correr tanto si ahora tengo que esperar a que llegue al coche? Me desespera».

Al llegar al Anatómico, aparca en carga y descarga.

— ¿Aquí lo vas a dejar? — pregunta Neme.

— No ocurre nada, no me voy a pasar media hora buscando aparcamiento.

— ¡Allá tú! El coche es tuyo.

En el interior del frío edificio, los recibe el forense en un despacho gris, sombrío, metálico. Bárbara no se acostumbra por mucho que venga. «Dan ganas de salir corriendo, de no morirse una nunca, ¡por Dios!» La mujer se sienta en una silla con asiento de acero inoxidable, «me inyecta en el roscó un fresquito de menta hacia arriba

que me da repelús. Neme no se ha inmutado, ahí está, que ni siente ni padece. A mí se me han erizado hasta las orejas». El forense ronda los cincuenta. Su mujer no quiere que la toque con esas manos de abrir muertos porque vomita irremediabilmente. Siguen casados por la familia y los hijos, concebidos antes de que él comenzara su especialidad. El hombre goza desde años de una amante. La esposa lo sabe y lo acepta encantada porque así la deja tranquila y no la toca con esas manos. A ella le importa el dinero, la casa, los niños y las apariencias; el sexo nunca le llamó la atención. Habla el médico:

—Ya está finalizada la autopsia, la causa de la muerte es tuberculosis. También presenta traumatismo en algunas costillas y una herida en el cuero cabelludo, debió de caerse del banco donde estaba tumbada. Su único efecto personal es esta fotografía que vamos a adjuntar al expediente.

Bárbara le hace una fotografía a la fotografía descolorida y arrugada. Le da sentimientos ver a la «pobre mujer» con los niños, se enrojecen sus ojos, se le saltan las lágrimas, una se ha desbordado del párpado y corre mejilla abajo.

—¿Quieren ver el cadáver? —pregunta el forense.

—Sí, por favor —responde Neme.

Son acompañados a la sala de refrigeración por un funcionario desgano que huele a formol. «¡Aquí sí que hace frío, coño!, y me quejaba yo del fresquito en el culo». Se encuentran ante un mosaico de cajones rectangulares fabricados en acero inoxidable. El funcionario tira del asa del cajón número treinta y tres, que se desplaza suavemente sobre sus bien lubricados carriles. Abre la cremallera de una bolsa gruesa y negra que deja ver el rostro y parte del amarillento cuerpo sin vida de la mujer. En el dedo pulgar del pie le han puesto una etiqueta, como si fuera un vestido en la percha de una tienda. Bárbara toma varias fotos con su cámara digital. Bajo el pelo canoso y ralo de la difunta, se percibe el cuero cabelludo. La boca entreabierta deja ver que le faltan algunos dientes. Dice Neme:

—Se parece a ti.

Bárbara está a punto de cogerlo por el cuello. Se fija bien y comprueba que tiene razón, siente como si me reconociera en un

espejo dentro de muchos años. Dicen que la indigente rondaba los cincuenta, parece mucho más vieja. Ya está acostumbrada, sin embargo, la visión de esa mujer le ha dejado un mal sabor en el paladar y un peso en el estómago. Dan las gracias y se despiden del forense. Cuando salen del Anatómico, Bárbara pregunta:

—¿Te parece que comencemos con las investigaciones mañana?

—A mí me da igual porque yo no celebro nada, pero creo que no has caído en que mañana es 24 de diciembre, Nochebuena, y has invitado a cenar a tu madre y a tu hermana con tu cuñado y tus sobrinos —contesta Neme.

—Sí, he caído, pero estoy loca por comenzar las investigaciones. Lo voy a comprar todo precocinado, lo tengo previsto, porque en el Mercadona han puesto ahora una sección de comida lista para llevar. No me pienso pasar el día cocinando y el siguiente limpiando platos y vasos, ¡ni hablar! Además, tienen de todo, ya le he echado un vistazo a un... ¡Hijos de puta!, ¿dónde está mi coche?

Desde la puerta del bar, Serrano, que se encuentra al otro lado de la calle, un hombre esquelético que sostiene una cerveza en su mano grita:

—Señora, ¿busca un Kia rojo?

—Sí.

—Se lo ha llevado la grúa.

Hoy, Bárbara se ha levantado a las seis de la madrugada para limpiar bien la casa. «Mi madre está perdida en su mundo, pero la *joía*, cuando viene, me pega un repaso bueno, no se pierde un detalle. La veo por el rabillo del ojo cómo pasa el dedo disimuladamente por los muebles. Además, tengo mucho que hacer porque debo comprar vasos y platos de plástico, la cena de esta noche y la bebida, que se la *chinclará* entera mi cuñado, como de costumbre, después de haber destripado al gobierno desde su verdad absoluta. Mejor haría rebajando esa panza cervecera que parece una luna llena». Se ha quedado sin un euro después de pagar la grúa y la multa, Neme le ha

prestado un poco de dinero para hacer las compras. «Ya me puedo ver mendigando en la calle que a la mojama canija de mi hermana no le pido nada. Dejaré la casa reluciente, aunque mañana esté con el cuerpo hecho polvo por culpa de la puta fibromialgia que no me deja ni moverme con tantos dolores, pero lo de ir a investigar con Neme no me lo quita nadie, aunque tenga que hacer ahora mil cosas». Ha tomado cita en la peluquería a las dos. «A ver si por la tarde, antes de que haga su entrada triunfal la familia feliz con sus dos hijos feos y *desgarbaos*, perfectos estudiantes de sobresaliente, me da tiempo a poner el árbol de Navidad, porque la niña esta, obsesionada con el móvil y con el Tik tok que está, ha ido dejando pasar día tras día y ahora soy yo quien tiene que plantificarlo en el salón y adornarlo. Me viene diciendo desde el puente de la Inmaculada que lo va a poner mañana, y mañana me repite que mañana. Del cuarto ni hablemos, la muy floja lo tiene que parece una leonera, pero ahora le van a dar por saco a todo, me voy a la calle a investigar».

Recoge a Neme a las diez en punto en la puerta de su casa. El hombre, puntual como siempre, la ve acercarse sin hacer un gesto siquiera con una ceja. «A veces me da la impresión de que está escayolado entero. Siempre vestido con su rebequita de puro lacio, aunque la mañana esté tan fría. Este hombre parece que no siente». Antes de que Neme salude, Bárbara le suelta:

—No me mires, apenas he podido dormir y me he levantado muy temprano. Tengo unas ojeras horribles, me duelen hasta las pestañas, y no he ido todavía a la pelu.

—Buenos días —saluda Neme mientras se mete en el coche.

—Deberíamos de empezar por el lugar donde la encontraron tirada en el suelo. La experiencia nos dice que en esa zona la deben de conocer. Pobrecita mía, seguro que nadie quiso ni acercarse siquiera. Con llamar a la policía limpian sus conciencias y sus estómagos para poder comer a gusto un chuletón de ternera en un restaurante caro. A quien me vuelva a hablar del espíritu navideño le piso un huevo y le explota como un globo. Si es una mujer, le piso una teta, porque hay que tener cara para seguir dando la matraca con la fantástica caridad de estas fechas —comenta Bárbara airada. Neme

escucha y calla. Jamás ha criticado a nadie, «es así de aburrido, te mira como un búho y chitón, no le vaya a entrar en la boca una mosca y se atragante». En la calle Macarena:

— Ahí tienes un hueco para aparcar.

— Gracias, no lo había visto, voy como una loca.

Aparca dando un toque al coche de delante y otro al que se encuentra detrás.

— Que no se me olvide la cámara de fotos. ¿Llevas la *tablet*?

— Sí.

— ¿Estás seguro?

— Sí, va en la mochila.

— Como a mí se me olvidan siempre las cosas, me parece que todo el mundo es igual. Se cree el ladrón que tiene mil años de perdón. ¡Venga, corre!

Deja a Neme atrás, debe pararse para que la alcance. «Me saca de quicio. ¡Mueve el cabezón!». En la plaza del Pumarejo entran en una pensión «más oscura que mis deseos hacia mi exmarido». Huele a puchero, aunque son solo las diez de la mañana. A Bárbara se le hace la boca agua, «¡con lo que me gusta a mí con sus patatitas y su poquito de hierbabuena!». Los atiende una señora mayor, «debe de tener siglo y medio a juzgar por el número de arrugas que resplandecen en su rostro». La anciana es simpática, sonrío, los invita a sentarse al amor de una mesa de camilla donde esperan una botella de anís de guindas y unas copas pequeñas. Le explican que trabajan para la revista digital *La princesa y el arlequín*. «No ha entendido nada, aunque tiene ganas de palique y nos dice sí con la cabeza como a los tontos». Neme le enseña en la *tablet* la fotografía del rostro sin vida de la indigente.

— Sí, he oído algo de que la policía se llevó a una señora que estaba caída en la plaza, pero yo no la conocía. No me suena, no puedo decirles nada más. Pregunten en el centro vecinal, muy posiblemente sepan quién es.

Bárbara bebe un sorbo largo de anís que apura la copa, después toma una foto para la revista, la anciana vuelve a sonreír abiertamente. Neme no prueba el licor. El pasillo que conduce a la

salida de la pensión está decorado con numerosas fotos antiguas enmarcadas con espumillones navideños y colgadas de la pared. «Deben ser familiares, coetáneos suyos de cuando era joven allá por 1900. Ahora ya huele hasta la *pringá*».

En el centro vecinal, preguntan a alguien que parece hacer las funciones de portero. Es un jubilado, viudo sin hijos, que ha hecho del centro su lugar de esparcimiento donde olvidar sus encadenadas horas de soledad. De diez de la mañana a diez de la noche, no piensa, vive, habla, se relaciona, ríe, sirve a la comunidad. De diez de la noche a diez de la mañana se sumerge en los recuerdos, muere un poco, conversa con fotografías, se relaciona con el televisor, llora, su mente perversa lo engaña diciéndole que no sirve para nada. Andrés, así se llama el caballero, mira la foto, frunce el ceño, asiente con la cabeza:

—Me suena mucho de verla sentada en la plaza, supongo que venía a comer por aquí cerca.

Una mujer que los ha escuchado alarga su cuello jirafa extensible hasta clavar la nariz en la *tablet*. En el barrio hay quien asegura que podría trabajar en el circo. Comenta:

—Sí, se llamaba Carmen, me he enterado de que ha muerto, ¡la pobre! Se sentaba siempre sola en los bancos de la plaza con un cartón de vino y un trozo de pan que desmigaba para dar de comer a los gorriones. Me daba sentimiento su cara de tristeza porque se sabía, nada más mirarla, que era muy buena mujer. Cuando pasaba a su lado, me daba los buenos días o lo que correspondiese. Me suena algo de que tenía hijos, no sé nada más. Iba mucho por la iglesia de Santa Marina, allí la ayudaban y se ponía a pedir en la puerta.

Bárbara hace fotos de las personas que los han atendido. Sonríen también, «no se acuerdan de que estamos aquí porque ha muerto una persona, pero mejor eso que la cara hipócrita que ponemos en los entierros. Le acompaño en el sentimiento lo que realmente significa es: me importa tres leches que la haya *palmao* el difunto».

Se dirigen a la iglesia de Santa Marina, por el camino, Bárbara entra en un chino para comprar platos y vasos de plástico. La tienda se amontona atestada de cachivaches, cuesta avanzar por un pasillo

estrechado hasta quedar casi sin luz. «El chino no me quita ojo, se le van a salir de las cuencas, debe de ser que con estas greñas parezco una quinqui». Le resulta muy incómoda la situación, coge los artículos que le interesan alejándolos del cuerpo, «no vaya a pensar el tío que me los quiero guardar debajo del abrigo». Con los brazos estirados hacia delante, como la momia en las películas, lleva los platos y los vasos hasta la caja. Cuando paga, el chino descansa exhalando un suspiro de alivio. Al salir del bazar de *Las mil y una noches*, Bárbara pregunta a Neme:

—¿Te gustan?

—Sí.

Se guarda los artículos en el bolso saco, cuando llegue a casa buceará en él para rescatarlos del universo infinito en el que los ha sumergido. En Santa Marina los atiende un hombre con vestimenta, ademanes, acento y tono en las palabras inequívocamente religiosos. Bárbara duda, «no sé si será el cura o el sacristán, a mí las cosas de la Iglesia nunca me han llamado la atención». Es don Antonio, todavía conserva el pelo oscuro, aunque la coronilla reluce morena, huérfana de abrigo, a la luz de los cirios encendidos al Resucitado. Mantiene las manos entrelazadas sobre el pecho, bisbisea como si estuviera confesando:

—Sí, no sabemos bien quién era, solo que se llamaba Carmen. Era joven, gaditana, de unos cincuenta años. Estaba siempre embriagada, el Diablo quiso conducirla por los tenebrosos senderos de la bebida. Desconocemos sus apellidos. Tiene, al menos, un hijo y una hija; lo sabemos porque, orgullosa, nos los presentó en una ocasión que vinieron a verla. Fue la única vez que advertí cierto brillo en los ojos, siempre apagados, de Carmen. Recuerdo que me dijo que estaban estudiando en Cádiz. Era una mujer muy fina y educada, se notaba que era de buena familia, nos daba mil gracias cuando le ayudábamos. Le proporcionábamos dinero para comprar alimentos, pero se lo gastaba en la taberna. Dejamos de darle efectivo, solo le facilitábamos comida. En cuanto conseguía unas monedas, ya estaba en la bodega Camacho. Allí la deben conocer mejor. ¡Dios la acoja en su santa gloria!

A Bárbara le da vergüenza comentarle a don Antonio que le gustaría hacerle una foto. «¡Qué tonta! No se lo digo, me he cortado». Le dan las gracias por la información, el sacerdote les contesta ladeando la cabeza, sin bajar las manos unidas sobre el pecho:

— Vayan con Dios.

En la bodega Mariano Camacho, antigua y con solera de muchas sevillanías, vuelven a presentarse y a mostrar la foto de la mujer a un camarero maduro de camisa blanca curtido en mil batallas cerveceras. Cuando ve la imagen de la mujer, cetrina, sin vida, se emociona. Sus ojos se humedecen, su voz se vuelve más gutural.

— Es la Carmen. ¡Qué lástima! Cuando tenía dinero venía por aquí, se quedaba en esa esquina de la barra, callada, sin hablar con nadie, bebiendo vino o cerveza. Mirad, ese azulejo donde pone «Esquina Carmen Bell», lo encargó el dueño a un alfarero de Triana y lo puso ahí por ella.

— ¿Su apellido era Bell?

— No, no sé cuál era su apellido. Decía que había sido una gran estrella del cine y que su nombre artístico era Carmen Bell. Cuando no tenía, se compraba un cartón de vino en la tiendecita de aquí al lado para tomárselo sentada en un banco de la plaza, siempre sola. Si nos metíamos, de broma, con ella, en vez de enfadarse, sonreía. Le decíamos que estaba muy guapa para alegrarle el día porque era muy coqueta. Sé que tiene dos hijos, llevaba una fotografía de ellos. ¡Nos la enseñaba con tanto orgullo!

— ¿Es esta? — Neme hace aparecer en la *tablet* la foto de la mujer con los niños.

— Sí, esa es. Estaba un poco de la cabeza, porque en esa foto decía que salían sus tres hijos. Le respondíamos que solo había dos, ella insistía en que eran tres, pero que su hija mayor, Esperanza, estaba presente, aunque no se la viera. Tenía familia en la provincia de Cádiz. Creo que la madre vive y que los niños, que ya deben ser mayores, residían con ella, en El Puerto o por ahí. Antes tenía un novio, se llamaba Juan.

— Juan Martínez Galindo — remarca con voz bastante alta y segura otro camarero también de camisa blanca y amplia calva —. Ese

hombre suele venir a comer a las Hijas de la Caridad, aquí mismo, en la calle Aniceto Sáez. Él es quien más sabe de ella.

En esta ocasión, es Neme quien toma la instantánea. Los camareros le piden a Bárbara que pase detrás de la barra. Posa entre ambos, uno le pone una zarpa en la cintura palpando mollita, otro sonrío mientras hace el signo de victoria extendiendo los dedos índice y corazón de su mano derecha. La invitan a una cervecita y a una tapa de chicharrones, acepta, «ya es la una y tinto». Neme no toma nada. «Está riquísima la rubia fresquita». Cuando se despiden, uno de los camareros pregunta a Bárbara:

—¿Es usted familiar de Carmen?

—No.

—Pues se parece mucho a ella.

La cola de almas olvidadas que esperan para entrar en el comedor benéfico es larga. No es una serpiente multicolor, grises y pardos viejos forman una hilera sin arcoíris. Preguntan, les responde un hombre más envejecido que viejo, pequeño de estatura, de ropas desgastadas y sonrisa amable. Paquito es conocido en toda la zona de la Macarena por su amabilidad. Si hay que arrimar el hombro, ahí está siempre dispuesto el de Paquito. Hace recados y ayuda a personas mayores en la compra. No hay un solo parroquiano que no se fie de él.

—Juan Martínez viene solo de vez en cuando, vive aquí muy cerca.

Se ofrece para acompañarlos, no le importa perder su puesto en la cola. Tocan al telefonillo. No contesta. Deciden volver después de Navidad. Dan las gracias al caballero, quien corre a recuperar su sitio en la cola de olvidados. Son ya las dos, Bárbara llega tarde a la peluquería, las ruedas de su coche rechinan en cada curva. Cuando Neme baja, tiene la cara blanca como la cal. Propone:

—El próximo día vamos en mi coche.

«¡Le he hecho hablar!, ¡soy una heroína!» Vuelven a rechinar las ruedas rumbo a la peluquería.

Hace tres días que pasó la Nochebuena, Bárbara todavía no se ha recuperado de «la *jartá* de trabajar que me he dado. Menos mal que no cociné, la cena la compré ya preparada, y no tuve que fregar porque la vajilla, la cristalería y la cubertería las compré de un solo uso en El Corte Chiné. Cada vez que mi hermana y el barrigón del marido pinchaban una croqueta con un tenedor blanco de plástico, se miraban como diciendo: “¡Qué horterada!”. Pues que se jodan, porque si no miro yo por mí, no va a mirar nadie. Además, al tío no le importó que los vasos fueran también de plástico a juzgar por las quince cervezas y las dos botellas de vino que se *chincló* el prenda, él solito, porque yo nada más me mojé los labios, y mi madre, la pobre, ni agua tomó. Claro, que mi hermana también le pega al caldo. El tío se fue dando *camballás* de dos metros, ¡buen ejemplo para sus hijos! Los pobres serán horrorosos, pero las criaturas no abren la boca por no molestar. ¡Conducir, con lo que se había tragado!, tiene suerte de que no lo pare la policía. Y mi hija toda la noche dando la matraca con Papá Noel. “¡Pero, niña!, ¿a esta casa ha venido Papá Noel alguna vez?, ¿todavía no te has enterado de que aquí somos muy de los Reyes Magos?”. Que si no había regalos y que si no había regalos. Encima, quiere que le pague el tatuaje de un dragón que se quiere hacer en el culo. ¡Pues a ver si le da un *bocao!*, ¡un día reviento! Como se entere el padre de lo del tatuaje, la mata. ¡Ah!, si oigo otro *villancico* de Raya Real vía YouTube, me corto las venas».

Son las diez de la mañana del martes 27 de diciembre, el dedo índice de Neme, grueso como una salchicha bratwurst, vuelve a pulsar el botón del telefonillo de Juan Martínez. En esta ocasión el aparato, de pegajosas teclas amarillentas y números desgastados, responde:

— ¿Quién es?

— Buenos días, Policía Municipal, sección de indigentes indocumentados. Nos han comentado que usted conocía a una mujer llamada Carmen, rondaba por la plaza del Pumarejo. Necesitamos que nos facilite algunos datos sobre ella para encontrar a los familiares —explica Bárbara a través del telefonillo. Neme la mira con

cara de «no me lo puedo creer, ¿Policía Municipal, sección de indigentes indocumentados?». El aparato vuelve a hablar:

—Sí, suba.

Los ojos de Neme siguen preguntando, Bárbara reacciona:

—¿Qué quieres?, si no le metemos un poco de presión con la autoridad, no habla. ¡Ya me conoces! Apunta en el Manual de Conductas Apropriadas que decir mentirijillas para conseguir un bien no es malo.

Juan Martínez abre la puerta, es un hombre delgado de mediana estatura. Su aspecto es descuidado, viste camisa de cuellos desgastados, jersey color plastilina sucia, pantalón beige salpicado de amplios lamparones de aceite y zapatillas de deporte que algún día fueran blancas. Huele intensamente a tabaco. Echa un vistazo de arriba abajo a la pareja buscando un uniforme.

—Disculpe, somos de la revista digital *La princesa y el arlequín*, colaboramos con la Policía Municipal en encontrar familiares de indigentes que fallecen indocumentados —explica Neme mientras vuelve a traspasar a su compañera con la mirada.

—Pasen.

Entran en un salón muy pequeño. Alberga una mesa de camilla, un sillón, dos sillas y un pequeño mueble bar. En una esquina, un televisor antiguo adormece la estancia con el programa de Ana Rosa. La pareja se sienta en duras sillas de madera de pino, Juan en el sillón, habla Bárbara:

—Creemos que esta señora se llamaba Carmen, ¿la reconoce?

—Neme muestra la *tablet* con la fotografía.

—Sí. Me he enterado de que se la llevó la policía porque apareció tirada en el suelo. Siento mucho que haya muerto.

—¿Sería tan amable de decirnos lo que sabe de ella?

—Se llamaba Carmen López Ramírez. Estuvimos dos años viviendo juntos en un piso en la barriada de Pío XII. Tiene una hija y un hijo, los conozco porque en una ocasión vinieron a verla. No sé a qué se dedican, el hijo creo que estudia. Viven en Cádiz con la madre de ella, no sé si en un pueblo o en la capital. Estaba casada, el marido la abandonó hace mucho tiempo, no sé dónde está. Cincuenta y

cuatro años de edad, lo recuerdo porque yo soy un año mayor. Tenía muchos pájaros en la cabeza, decía que había vivido muy bien, que había sido actriz de películas. Yo no me lo creía, estaba siempre borracha. Tuvo un tropiezo en su matrimonio y se echó a la bebida. La conocí en el Hogar de San Fernando, allí nos liamos. A mí me salió un trabajo de camarero, entonces alquilamos un piso en Pío XII, nos fuimos del Hogar.

»Estábamos bien. Un verano me destinaron al Puerto de Santa María, el alquiler del piso había que abonárselo en mano al dueño, la dejé a ella encargada de pagarlo. Se bebió el dinero del alquiler y el de la comida. La eché de la casa por esa razón. Después me mudé a este piso. La veía a menudo, algunas veces le compraba alimentos en el supermercado, pero ya no éramos pareja, no quería que durmiera aquí. Antes de conocerla, estuvo un tiempo interna en el Hogar de San Fernando. Allí seguro que tienen papeles. La hija se llamaba Rocío, como la abuela; el hijo David o Daniel o algo así.

— ¿Sabe el primer apellido de ellos?

— Ni idea.

Carmen ya nos es solo una fotografía anónima, un cadáver desconocido en el Anatómico. Como todos los seres humanos que son o han sido, tiene un nombre, una familia, una historia que *La princesa y el arlequín* quiere conocer y resucitar. A Bárbara se le erizan los vellos, aprecia que sirve para algo ayudando a Neme en lo que más ansía. Cuando consiguen conocer, aunque sea un solo dato nuevo sobre estos indigentes, el alma se le escapa del pecho, asciende hacia el cielo desde donde observa orgullosa cada minuto de su insulsa vida. Un hormigueo indescriptible, agradable, placentero, le recorre el cuerpo desde los pies hasta el cuero cabelludo. Se despiden de Juan dándole las gracias. Ha contado todo lo que sabe. Les decepciona que no conozca el apellido de los niños, el nombre completo de la madre o la dirección donde viven, aunque les anima saber que pasó bastante tiempo en el Hogar de San Fernando.

A Bárbara le cuesta trabajo abandonar la casa de Juan porque el programa de Ana Rosa se ha puesto interesante de cotilleos, le encantan. Neme tira de ella. Se dirigen hacia el albergue andando. La

mañana se presenta un poco nublada, no hace frío. A la mujer le resulta un sacrificio enorme caminar al ritmo de Neme, está a punto de gritar y salir corriendo, no había sufrido lo mismo desde que se apuntó a yoga. «Un día por poco cojo por los cojones al maestro para que se diera prisa con las posturitas y las meditaciones». Quisiera estar ya en el albergue, pero el tiempo es física, es tangible, no se puede saltar. Para desquitarse, correrá esta tarde al gimnasio a pegarle un buen rato al saco de boxeo.

En el albergue, exponen a una señorita que luce largas rastas y una argolla en la nariz el motivo de su visita. El decir que colaboran con la Policía Municipal les abre muchas puertas. Huele a caldo de verduras, esperan en una sala pequeña aupada sobre un friso de azulejos antiguos y algunos pósteres de asociaciones benéficas fijados con chinchetas a la pared, pintada en color amarillo caldo de verduras. Una mujer bajita, también huele a caldo, en vaqueros y rebequita azul como la perpetua de Neme, les invita a pasar a su humilde despacho de dos metros cuadrados. Se llama Nati, comparte piso y la marihuana nuestra de cada noche con Dana, la chica de las rastas y la argolla. Nati hace un comentario inesperado sobre protección de datos. Bárbara y Neme explican las buenas intenciones de su trabajo, le muestran que incluso les han permitido fotografiar el cadáver. Se convence, gira el torso para rebuscar con dificultad, dada la escasez de espacio, la ficha en un mueble archivador metálico de color gris que chirría cuando se tira de sus cajones.

—La recuerdo bien, estaba alcoholizada. Decía que era cliente, que era una señora. Parecía hacerle un favor al albergue hospedándose en él. Muy buena mujer, agradecía mucho cualquier cosa que se hiciera por ella.

Abre una carpeta de color amarillo caldo de verduras. Lee en la historia en voz alta:

—María del Carmen López Ramírez. Nació en Cádiz en 1968. Estuvo con nosotros desde febrero de 2016 a octubre de 2018. Alcoholismo, trastornos por consumo de alcohol. El último apunte dice: «Quiere recuperarse». No tenemos más datos de ella ni de su familia. Se echó un novio, otro acogido en el albergue.

—Sí, Juan, ya lo hemos entrevistado, no sabe mucho más.

—Esto es lo único que consta en la historia, ningún dato objetivo que les pueda ayudar.

Se despiden. Nati da un largo abrazo a Bárbara como si la finada fuese de la familia, ambas mujeres se emocionan, las dos son de lagrimita fácil. A Neme no se atreve ni a darle la mano, su hieratismo tira para atrás.

De vuelta al coche de Neme, les invade una sensación ya experimentada en numerosas ocasiones. Buscar a una persona llamada Rocío o Daniel, o David, de segundo apellido López, residente en la provincia de Cádiz, es buscar una aguja en un millón de pajares. Caminan cabizbajos, ni siquiera irrita a Bárbara el lento andar «arrastra huevos» de Neme. No saben dónde acudir. Han averiguado lo que han podido. Subirán a la web lo poco indagado de esta historia y la fotografía, en vida, de Carmen, por si alguien puede conocerla y arrojar luz sobre su vida para conseguir encontrar a sus hijos. Una vez más, sus investigaciones quedan varadas en una playa sin agua, aparcadas en un callejón sin salida. Tañen lejanas campanas de alguna iglesia o convento del casco antiguo, a ellos les suenan a muerto.



Esta noche en casa de Alicia todo es de color dorado: las letras infladas de feliz año nuevo, el mantel y las servilletas, los filos de copas y platos, las bolas del árbol, los espumillones, las botellas de cava, el papel higiénico en los servicios. Ha sido su hermana Helena quien se ha encargado de la decoración. Su diligencia ha sido demostrada, una vez más, con la perfección y la puntualidad que acostumbra. Los padres han quedado encantados con el resultado:

—Helena, tenemos que felicitarte por tu implicación y buen gusto. Ha quedado el salón que ni el Alfonso XIII lo puede igualar.

La cena consiste en unos entrantes de brandada de bacalao con alioli, mejillones gratinados al Albariño, tartar de atún rojo con aguacate y *carpaccio* de ternera con vinagreta. La ensalada, de jamón

de pato y naranja. Rodaballo al horno de primer plato seguido de sorbete de limón al cava para acondicionar el paladar al cambiar del pescado a la carne. Cordero al horno de segundo y unas exquisitas milhojas rellenas de crema diplomática y frambuesas, de postre. La cena ha sido pensada, comprada y cocinada por Helena. Los padres se chupan los dedos, felicitan a la artista:

—¡Suculento, todo delicioso!, ¡hurra por la cocinera!

Son casi las doce. Están preparadas las copas, el cava se enfría en la champañera. Cuatro cuencos dorados albergan cada uno doce uvas doradas sin piel. Helena se ha encargado de pelarlas una a una. Turrón partido, bombones y roscos de vino acompañan a los candelabros encendidos que adornan la mesa. La familia charla alegremente, «la hipocresía siempre está contenta», piensa Alicia. «Reímos como si nunca hubiera pasado nada entre nosotros». Doña Isabel toma a Alicia por la cintura pegándola a su cuerpo, la chica huele el perfume que desprende la pechera de su madre, percibe los latidos de su corazón. La señora comenta en voz alta:

—¿Verdad que está guapísima?

—Guapísima es poco, ¡divina! —responde el padre, don Fabián, animado por el gran reserva.

—Parece mentira el cambio que has dado para bien desde hace un mes. No discutimos, se puede hablar contigo sin que sueltes un exabrupto a la segunda palabra. Eres otra, no te conozco. Tú estás enamorada, las madres poseemos un instinto especial para estos asuntos. Venga, venga, cuenta.

Alicia no revela nada, no quiere que se conozcan sus sentimientos, ni siquiera sus amigas saben de la existencia de Arlequín.

—No mamá, ¿un novio?, eso no me interesa en estos momentos — interpreta con gesto bobalicón propio de edad del pavo. Los padres balancean la cabeza de un lado a otro aplanando una sonrisa, quieren expresar un «no me lo creo».

Falta un minuto. El cuenco tiembla entre las manos de Alicia, se sigue poniendo nerviosa en estos momentos, se le cae una uva al suelo.

—Yo me encargo. —Helena recoge la uva, corre despavorida a la cocina para reponerla. Se ha resuelto el terrible desaguisado. El comentarista de la televisión explica, como todos los años, que primero descenderá el carrillón, después sonarán los cuartos y, por último, las doce campanadas.

—¡Atentos, ya es la hora! —exclama Helena.

El carrillón cae, repica nervioso. «¿Qué estará haciendo él? Seguro que no mira la televisión como el resto de estúpidos borregos». El primer cuarto suena apagado, «como lo estaba antes mi existencia». El segundo, el tercero, el cuarto; intrascendentes, «previos a la verdad, a lo que importa, como penaba mi vida». La primera campanada, grave, solemne, retumba dentro de Alicia, «como retumbaba mi corazón cuando lo veía cada tarde sentado en el mismo banco, en el mismo lugar, con la misma mirada perdida». El sabor de la uva inaugural es ácido, el paladar aún no se ha hecho al nuevo sabor. De la segunda a la décima campanada, su boca se inunda, entra más fruto del que puede tragar, «tal como ocurría con el sufrimiento acumulado en mi alma». Undécima campanada, mes de noviembre, «se me reveló quién era el caballero de copas», la uva juega feliz entre sus dientes sin esfuerzo, el sabor es más dulce que el de las anteriores. Duodécima, diciembre, su paladar se colma de placer.

No pueden pronunciar palabras, lo impide la pulpa semimascada y el jugo en sus bocas. «Está bien este silencio alborozado, deberíamos vivir siempre en el primer minuto del año». La familia se abraza, se besa, salivan sobre las mejillas sin hablar. Doña Isabel llora de alegría. «Que a nadie se le ocurra decir o hacer una payasada, corremos el peligro de atragantarnos». Don Fabián combate con el corcho del cava, un taponazo impacta en el techo, alguien logra gritar:

—¡Feliz año nuevo!

Las copas se llenan, la espuma asciende, rebosa como la ilusión de Alicia. Brindan deseando un año de salud y armonía para todos los miembros de la familia. El cava lo ha escogido Helena, sus padres la elogian por el buen gusto. Es exquisito, «lo degusto con la

misma parsimonia y deleite con las que espero disfrutar hoy, por primera vez, de sus besos».

Hora de retocarse. Alicia se pinta los labios de carísimo y vivo carmín. Los ojos, el maquillaje y el peinado permanecen intactos después de la batalla de besos, justifican el dinero invertido. Un irreprimible deseo arde encendido en el centro de la muchacha en el mismo tono rojo que su ropa interior. El vestido, negro y sedoso, cae sobre su cuerpo asentándose etéreo en sus caderas. Lo cubre con el abrigo. Se despide:

—Adiós, familia, que lo paséis muy bien, sed buenos.

— ¡Guapísima! —La comen a besos, pronuncian las últimas e inevitables frases de padres.

—No bebas mucho, ten cuidado de que no te echen nada raro en la bebida. ¿Dónde dices que es la fiesta?

—En la calle Alfarería, en casa de una compañera de la facultad —repite paciente, resignada.

—¿Quieres que te lleve?

—No, papá, está muy cerca, hace muy buena noche, hay mucha gente por la calle.

—No vuelvas muy tarde.

—No, mamá.

Abre la puerta de la felicidad; último retoque en el espejo del ascensor, sale a la libertad. La puerta del bloque se cierra detrás de ella con un clonc, oye un siseo, mira hacia arriba, son sus padres y hermana que han salido al balcón para verla marchar. Les sonrío, dice adiós con la mano, lanza besos al aire desde los labios y puntas de los dedos. Al doblar la esquina, pierde a su familia de vista, camina bajo la noche estrellada, agradable, no hace nada de frío, resuenan sus tacones de aguja sobre el acerado. Desde aquella primera tarde, se ha sentado al lado de Arlequín todos los días. Nadie sabe que existe, es suyo, es distinto, no quiere compartirlo. Sus padres creen que acude a una fiesta en casa de una compañera, no es cierto, corre a pasar la noche con él.

4

Ayer se interpuso denuncia por desaparición de una mujer de veinte años de edad. Hoy, Perfecto concurre al domicilio familiar asistido por el subinspector Samuel. Les franquean la puerta los padres de la muchacha, ellos fueron quienes interpusieron la denuncia. Se muestran bien vestidos, circunstancia que convence a Perfecto, pues aborrece a las personas que reciben a la policía en pijama y bata. El piso es espacioso, ha sido reformado recientemente, todo en él es minimalista de color blanco, negro o gris; «muy del gusto de los jóvenes de hoy. Seguro que en los baños los lavabos son cuadrados y fabricados en cristal». Huele a productos de limpieza, «no debe de hacer mucho que la marmota ha cumplido con su labor». El hombre y la mujer, cincuenta y cinco años, esbeltos, bronceados en enero, de decente corte de pelo él, teñida de mechas rubias ella, se presentan:

—Fabián e Isabel, somos los padres de Alicia.

—Inspector jefe Somosierra y subinspector Samuel —
corresponde la presentación Perfecto.

Acceden a un amplio despacho elegantemente decorado. «Conjeturo que el doctor no ha permitido que Ikea aniquile sus muebles de maderas nobles, ni su pared saciada de títulos enmarcados, ni sus cortinas estampadas, ni su juego en plata de plumín, tintero, abrecartas y lamparilla». Al inspector le complace comprobar que los objetos de escritorio se alinean perfectamente clasificados sobre la mesa. El doctor Maqueda se sienta en su magno trono de cuero, el subinspector y Perfecto lo hacen en mullidos sillones de confidente, la señora y una muchacha joven se vencen en un pequeño sofá desfondado de dos plazas, desdeñado en una esquina del despacho.

—Esta es nuestra hija mayor, Helena, tiene veintidós años.

La chica se levanta, tiende la mano, Perfecto olfatea su seductor perfume, «ahora entreveo de quién ha sido la ocurrencia de perpetrar la reforma de la casa, me da idea de quién gobierna la familia». Helena es una joven muy galana, de finos cabellos lánguidos, castaños, que abaten sobre un rostro ovalado donde fulguran unos ojos almendrados y oscuros. Está ataviada con traje de chaqueta color rosa palo. Retorna a su asiento.

—Vuelvo a presentarme, soy el inspector jefe Perfecto Somosierra y Vicente de Aguilar. Mi compañero es el subinspector Miguel Ángel Samuel Expósito. Hemos sido facultados para investigar la desaparición de su hija. Si no tienen inconveniente, el subinspector grabará la entrevista.

Samuel ubica su móvil sobre la mesa del despacho con el lado largo paralelo al borde de la mesa. Otea buscando la aprobación de su jefe. Sí, está bien emplazado, Perfecto transmite el visto bueno con un leve gesto de la cabeza. Samuel pulsa con el dedo índice sobre la pantalla. En los ojos del matrimonio y en la barba de tres días del doctor se aprecia con claridad asomos de una urgente preocupación. Inicia el inspector:

—La denuncia fue interpuesta ante la unidad policial de la comisaría de Policía Nacional, distrito centro, sita en Alameda de Hércules, por Fabián Maqueda Armengol, médico de profesión, padre de la mujer desaparecida. Fecha: 2 de enero de 2023. Alicia Isabel Maqueda Esquivias. Nacida el 5 de mayo de 2002. Desaparecida la madrugada del 1 de enero de 2023. Vista por última vez en la calle Reyes Católicos de la ciudad de Sevilla. Un metro y setenta centímetros de estatura, sesenta kilos de peso, cabello rubio, largo y lacio, ojos castaños. En el momento de la desaparición vestía conjunto de fiesta negro con tirantas, zapatos de tacón también negros, abrigo sintético de color gris, collar y zarcillos, ambos de perlas. Se adjunta una fotografía reciente. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿Cuándo fue la última vez que la vieron?

Helena, tranquila, manifiesta:

—En fin de año cenó y se tomó las uvas con nosotros. Serían las doce y media cuando salió para acudir en la calle Alfarería a una fiesta en casa de una compañera de la facultad. Iba guapísima, tanto es así que los tres nos asomamos al balcón para admirarla. Sonriendo nos dijo adiós con la mano, después se perdió por la calle en dirección al puente de Triana. Esa fue la última vez que la vimos. A las diez de la mañana del día 1 no había vuelto aún, comenzamos a llamarla, su teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Por la tarde llamamos a sus compañeras, todas coincidían en que no había llegado a la fiesta. La llamaron varias veces durante la noche, pero su teléfono estaba apagado.

—¿Me podrían posibilitar nombres y números de teléfono de sus compañeras?

—Sí, tengo varios, a mí me gustaba saber con quién andaba.

—¿Disponen del de la chica que organizó la fiesta?

—Sí.

—También urgiría un dossier de fotos actuales de Alicia.

—Sí, yo lo conformaré.

Helena es una chica perspicaz, constante, ordenada, decidida. Satisface las exigencias de Perfecto. «Sin duda, nos puede ayudar. Me extraña que los padres no expongan nada, se diría que se consideran cómodos con su hija ejerciendo de portavoz». Continúa:

—Estupendo. ¿Alguna otra característica específica?, por ejemplo: lunares, tatuajes, manchas en la piel, *piercings*, manera de hablar.

—No lleva tatuajes ni *piercings*, los odia. Tiene una mancha en un muslo en forma de trébol, lo que llaman un antojo.

—¿Dispondrían de alguna fotografía en la que se advierta esa mancha?

—Seguro, cuando se ponía en bikini se hacía mil fotos para subirlas a las redes. Le encantaban los «me gusta».

El matrimonio continúa sin pronunciar palabra.

—¿Hábitos de conducta, lugares que suele frecuentar?

—Todos los días, sin falta, acude al gimnasio del centro comercial Torresevilla. Aparte de eso, solo asiste a la facultad y sale

con sus amigas. Suelen ir a bares de copas del centro, del paseo Colón o de Triana.

—¿Qué estudios cursa?

—Bellas artes, quiere ser escultora. También le chifla todo lo esotérico: el tarot, videncias, vida después de la vida. No se pierde un capítulo del programa de Iker Jiménez.

Perfecto cincela en su memoria con especial énfasis que le interesa el universo esotérico.

—¿Tenía problemas de estudios o dificultades de relación en la facultad?

—Nunca ha sido una estudiante excelente, pero aprueba sus cursos. Ignoramos si tiene problemas en la universidad.

—¿Habían polemizado recientemente?, ¿conflictos en el entorno familiar?

Por primera vez tercia don Fabián, persevera en un ceño fruncido en señal de desazón:

—Discutía constantemente con nosotros y con su hermana. Desde pequeña piensa que nuestra favorita es Helena, dice que no la hemos querido nunca, que no la tratamos igual. Siempre le ha tenido celos a su hermana, no sabemos si es porque es una estudiante de matrículas de honor. Se siente incomprendida, se considera la oveja negra de la familia, cree que ha sido, y es, invisible para nosotros. ¿Por qué nos pregunta eso?

—Por protocolo, indagamos en tres clases de desapariciones, en principio no debemos desechar ninguna. Desaparición voluntaria, es aquella en la que la persona lo hace de propia conformidad, les recuerdo que su hija es mayor de edad. Desaparición involuntaria, es propia de personas que sufren trastornos mentales, o casos de Alzheimer, o por accidentes. ¿Le ha sido diagnosticado algún tipo de trastorno psiquiátrico?

—No

—Entonces, solo podría tratarse de desaparición involuntaria en caso de que hubiera sufrido un accidente, aunque de aquí a la calle Alfarería, en la noche de fin de año, hubiera sido atendida inmediatamente; a no ser que hubiera mentido y se encaminara a un

lugar distinto al que les concretó. Por último, la desaparición forzada mediante actos delictivos. Ya saben: secuestros, violaciones, asesinatos.

—¡Por Dios! —clama, aúlla doña Isabel, principia a llorar, retiembla su cuerpo entero, está a punto de padecer un ataque de ansiedad. Helena la abraza, la sosiega. Se mantienen en silencio, los sollozos sofocados sobre el pecho de la joven acrecientan el momento de tensión. El doctor se levanta, dispensa un vaso de agua de una jarra dispuesta en una mesa auxiliar, extrae un comprimido de un blíster, lo proporciona a su mujer, quien lo ingiere acompañado de un largo trago de agua. Silencio. Perfecto prosigue:

—Repito, no debemos descartar ninguna hipótesis, aunque alimento la esperanza, con la ayuda del Altísimo, de que alcancemos a encontrarla sana y salva. ¿Concorre peligro de ruptura en su matrimonio?

—No, en absoluto —alega don Fabián.

—¿Recelan, ahora o en su infancia, de algún tipo de abuso físico en el entorno familiar?

—No, nada.

—Cuando concreto entorno familiar, me estoy refiriendo también a hermanos o cuñados de ustedes.

—No, no, de ninguna de las maneras.

—¿Se ha producido el deceso de algún familiar directo que le pudiera provocar un duelo patológico?

—No, mi padre murió antes de que ella naciera, los de mi mujer fallecieron cuando era muy pequeña, puede decirse que no los conoció. Mi madre está bien de salud. No ha habido muertes recientemente en la familia.

—¿Problemas con su orientación sexual? —A Perfecto le cuesta efectuar esta pregunta. Después de tantos años, ha aprendido a no mezclar los principios con su profesión.

—¡No, le gustan los hombres, puedo asegurárselo! —revela Helena mientras articula con los ojos cierta acusación de promiscuidad hacia su hermana. El inspector hace un esfuerzo por no escandalizarse.

—¿Han reparado en cambios de su comportamiento últimamente?

—No. Es de difícil trato, aunque así ha sido siempre.

—¿Ha sufrido algún tipo de violencia doméstica?

—Rotundamente no, yo no he puesto una mano encima jamás a mis hijas —garantiza don Fabián airado, molesto.

—Han afirmado antes que no sospechan problemas en la facultad, ni con los estudios, ni con los compañeros. ¿Algún tipo de discriminación?

Ahora es Helena quien habla:

—No creemos. Le cuestan las relaciones con los demás, sin embargo, tiene bastantes amigas.

—¿Opinan que mantiene una buena autoestima?

—No, muy baja, desde pequeñita. Siempre se está comparando con los demás, se siente inferior, acomplejada. Es envidiosa, muy dramática, una montaña rusa emocional.

—¡No hables así de tu hermana! —reprende doña Isabel señalando a su hija con un dedo índice que luce una perfecta y larga uña de cerámica coloreada en violeta.

—¡Mama!, tú sabes que es verdad, estos señores deben conocer cómo es para disponer de más herramientas que le ayuden a encontrarla.

—Sí, Alicia es así —sentencia el padre.

—¿Adicciones, drogas, alcohol?

Helena prosigue con su turno de palabra:

—No, una vez llegó muy borracha, le sentó mal la bebida porque había comido muy poco. Que sepamos, nada de eso.

—¿Le atrae un estilo de vida, llamémoslo estimulante?

—Sí, sin duda. Necesita que los demás la admiren, anhela convertirse en una persona única, especial, diferente. Sueña con ser una escultora famosa. No le gustan las situaciones corrientes y vulgares, todo tiene que ser especial, diferente. Siente admiración por artistas o intelectuales de vida creativa y, según ella, apasionante. Admira la obra y la vida del escultor Susillo. No le interesa la gente

normal. También le atraen las echadoras de cartas, videntes y zumbados en general del mundo de la parapsicología.

La colorida en violeta uña de cerámica del dedo índice de la mano derecha de doña Isabel está a punto de volver a levantarse. No lo hace, tras el amago, torna a agruparse con sus compañeras.

—¿Estiman que alguien ha podido incitarla a abandonar el hogar?

—No sabemos.

—Don Fabián —requiere Perfecto—, aparentemente, el nivel económico de la familia es bueno.

—Sí. No tenemos ningún tipo de apuros económicos. A mis hijas no les falta de nada en ese sentido. Manejan bastante dinero.

—Antes me han apuntado que no padece ningún tipo de adicciones. Ahora aseguran que maneja bastante dinero. ¿Es posible que se haya convertido en ludópata sin que ustedes lo sepan?

—No lo consideramos. No hemos observado últimamente ningún problema en ese sentido.

—¿Mantiene Alicia cuenta corriente propia?, ¿tarjetas de crédito?

—Sí, en el BBVA.

—Bien, la investigaremos inmediatamente.

—¿Practica algún deporte de riesgo?

Helena retorna a la carga:

—No, esas cosas no le interesan.

—¿Conocen si recientemente ha conocido o frecuentado a alguien, o ha mantenido relaciones íntimas con algún hombre?

—Ni idea.

—¿Su estilo de vida y apariencia es de persona de alto poder adquisitivo?

A Helena se le nota en la cara el interés acusatorio por contestar a la última pregunta.

—Sí. Le gusta vestir de marca con ropa bastante cara, usa perfumes prohibitivos para cualquier estudiante, adora las joyas, conduce un Mini que es una chuchería.

—¿Dónde está estacionado?

—En el garaje de la plaza de la Magdalena.
—Entiendo que habrán comprobado que no lo utilizó esa noche.

—Sí, fue lo primero que hicimos.

—¿Poseen llaves?

—Un juego.

—Excelente. ¿Qué tipo de ordenador usa?

—Un portátil, está en su habitación.

—¿Teléfonos móviles?

—Solo tenía uno, el que llevaba con ella.

Perfecto se levanta, Samuel lo imita raudo y servil. La familia también se pone en pie.

—Bien, ahora, con su permiso, procedemos a inspeccionar esa habitación. El portátil lo requisamos por orden judicial. Después, le solicitaría a uno de ustedes que nos condujera a examinar el coche. Por favor, remítanme a mi correo listado de nombres y números de teléfono que conozcan de los amigos o conocidos clasificados de mayor a menor en grado de intimidad con Alicia.

—Yo lo hago, los acompaño al garaje, les enviaré el listado — contesta Helena.

Sí, a Perfecto le place que Helena sea tan resuelta y organizada, que esté a punto de concluir su carrera de arquitectura. Le sorprende esa calma que enmarca en una suave sonrisa. Se despide, deja al matrimonio «en compañía de Nuestro Señor Jesucristo». Los policías, acompañados de Helena, salen del piso, se dirigen a inspeccionar el coche.

Dicen que el tiempo pasa volando, aunque Neme no ha disfrutado nunca de esa sensación. Para él, los días se arrastran con el mismo tedio como cuando era pequeño. 2023 se ha hecho realidad en su presente con la misma apatía que los cuarenta años anteriores. Pretendiendo aliviar su perpetuo desinterés, el abuelo Virgilio ha venido a pasar el Día de Reyes con él. A las doce de la mañana ya lo

estaba sobresaltando al pulsar enérgicamente el telefonillo como solo lo hacen las personas mayores. No le avisa nunca de su visita, pero Neme lo espera porque sabe que no falla. Al igual que los cuatro Reyes Magos: Melchor, Gaspar, Baltasar y Artabán portaban oro, incienso, mirra y piedras preciosas; el abuelo le ha traído un ejemplar de *Moby Dick*, de Herman Melville, en pasta dura, bellamente ilustrado con grabados. Neme le ha comprado un sombrero de fieltro en gris marengo porque a Virgilio le gusta cubrirse en invierno su cabeza surcada por algún cabello superviviente. Después, le ha invitado a almorzar en uno de los pocos restaurantes que están abiertos hoy. Están casi solos. El local lo ha amueblado Ikea. Todo, hasta el suelo, está recubierto de un material que imita a madera clara. Ni el abuelo ni Neme usan teléfono móvil, no pueden leer el código QR. Piden la carta. El camarero, camisa negra, extremadamente alto y delgado, les acerca un folio fotocopiado. En dos mesas más allá, dos novios se olfatean como sabuesos los perfumes que se han regalado mutuamente. Al final del salón, una mujer solitaria de cara redonda y amplios pechos que asienta sobre la mesa disfruta del festín con el que se ha autoagasajado. Su otro autorregalo lo gozará más tarde en su desierta alcoba. El salón permanece tranquilo, el camarero longilíneo acerca con desgana dos platos con forma de quijotesca vacía de barbero donde sobrenadan tallarines en salsa de soja. La conversación navega por aguas intrascendentes, las mismas preguntas que se hacen cada semana por teléfono. Neme observa, mientras acaba su semifrío de vainilla y chocolate, cómo el leve cuerpo del abuelo se va encorvando con los años.

A las seis de la tarde, Neme despide al abuelo Virgilio. Un guirigay de rodar de patinetes y bicicletas, de ruiditos estridentes de videojuegos y gritos y risas de niños venidos a la ciudad a recoger sus regalos a casa de los abuelitos; conforman el sonido ambiente con tufillo a gasoil de la estación de autobuses. Vuelve al hogar caminado bajo un cielo despejado, comienza a oscurecer. Tras alcanzar la paz de su bloque, abre el buzón. Dentro espera una carta de las antiguas, de sello pegado con lengüetazo amargo. En casa, la examina. Viene

dirigida a su nombre, no trae remite. Extrañado, abre el sobre, contiene un folio escrito en Word. Lee:

«Amanece. Las primeras luces del alba nos iluminan tímidamente, como si no se atrevieran a rozar nuestros párpados, suaves, imperceptibles, solo un azul celeste pálido en nuestras retinas. Me llamo Arlequín. Como tú, deambulo por la vida en una indiferencia constante. Vacío por no sentir, quiero conocer qué se experimenta cuando se juega de verdad, al todo o la nada, muerte o vida, sin miedos ni trabas. ¿Cuál crees que debe ser el estímulo más intenso que puede gozar una persona? Imagino que decapitar a otro ser humano sin hospedar razón alguna para ejecutarlo. Decidir, impasible, a nuestro antojo sobre la existencia de un semejante, jugar a ser Dios. Y cantan a coro los gallos, alegres, y se escuchan aquí y allá recordándonos que es hora de despertar.

El sol secuestra a la oscuridad, al igual que yo he secuestrado a la hija del doctor Fabián Maqueda Armengol. ¿Madrugada, aurora, alborada, amanecida, albor? Ella se llama Alicia, es una chica encantadora, aunque ahora se encuentra aterrada, maniatada, encerrada. Simplemente, se me puso a tiro. Sabes muy bien que nosotros no odiamos, para mí es indiferente una víctima u otra, pues solo quiero jugar, como lo hacen los pájaros con su gorjeo reventando las copas de los árboles al rayar el día. Aconséjale a la policía que no pierda el tiempo rebuscando en su ordenador o en sus redes sociales, no he mantenido ninguna relación digital con ella. Los animales se desperezan, los perros se estiran y lanzan a la mañana sus bostezos; y en las altas sierras, el rocío refresca y dispone a los lobos para la caza. Soy un lobo solitario, tan solo se me dio la oportunidad física de secuestrarla sin dificultad, y la aproveché. Tampoco pretendo exigir rescate, dejemos eso para las películas.

Temprano, cuando los párpados aún no se han despegado y el sabor del café sueña con el desayuno de media mañana, los funcionarios de correos clasifican desganados las rutinas. La presente es la primera carta que recibes de un total de trece. Cada una de ellas, incluida esta misma, te facilitará señales sobre dónde trabajo. Si sabes dónde trabajo, habrás averiguado quién soy. El sol asciende rojo

como media sandía, busca su púlpito desde donde juzgarnos. Cuanto antes descubras mi acertijo, antes dejará la chica de sufrir su cautiverio, antes será liberada. El astro alcanza el cenit, todo lo ve. Si la policía me detiene, finaliza el juego, la muchacha se salva, ganas tú y yo pago ante la justicia el peso del pulgar que apunta hacia el suelo señalando al perdedor. Nubes negras lo eclipsan. Si, debido a tu torpeza, llegas a recibir la decimotercera sin descubrirme ni detenerme, en ella se te informará de que la muchacha habrá sido decapitada y dónde se encuentra su cadáver. El lobo habrá despedazado y abandonado su presa para que los buitres desciendan de su círculo infinito. Se habrá acabado el juego, habré vencido yo, habré apreciado qué se siente al asesinar a sangre fría a una persona separando la cabeza de su cuerpo. ¿Qué expresión se reflejará en su rostro justo antes de que el afilado cuchillo se acerque a su joven cuello?, ¿gritará de pavor como una rata?, ¿qué revelarán sus ojos mientras se derrama su corta historia a borbotones sobre el suelo? Comen los buitres. Ella ya conoce mis intenciones, puedes imaginar lo horrorizada que sufrirá cada minuto que acerque la decimotercera. ¿Por qué trece cartas? ¡Pregúntatelo! A las trece horas, la tarde aún es recién nacida.

Las mujeres cepillan sus cabellos dorados a la espera de rendidos amantes que retornan de la labor. Podía haberte enviado un mechón de pelo de Alicia en este sobre, pero necesito comprobar hasta qué punto das crédito a mis palabras, si estás dispuesto a involucrarte en el juego como las celestinas lo hacen con mancebías. Acércate a la calle Fray Bartolomé de las Casas. Observarás que el nombre de la calle, entrando por Zaragoza, está inscrito dos veces. En el rótulo embutido en la pared, encontrarás bajo la última letra, pegada con silicona, una cajita que esconde un mechón de cabellos de la princesa. El crepúsculo inicia un adormecido descanso. Utiliza una escalera plegable, está un poco alto. Esta es la primera pista-prueba. Pista sobre dónde trabajo y prueba de que tengo secuestrada a la muchacha. El ocaso se acerca rojo sangre.

Toque de oración. Si no te implicas en el juego, igualmente continuaré enviando cartas. Ya sabes, la decimotercera significará

que la muchacha habrá sido asesinada. Cae la anochecida. Sobre tu conciencia quedará, aunque, según aseguran otros, nosotros no tenemos conciencia. La conciencia es un cielo del que llueven estrellas como brasas. Soy un anónimo admirador de tu revista *La princesa y el arlequín*. Reavivas historias y memorias de personas que mueren indocumentadas. Elogio tu labor, pero esas personas no dejan de estar muertas. Silencio, es noche cerrada, solo los fantasmas pasean levitando sobre adoquines. Volverá a amanecer. Ahora tienes la oportunidad de devolverle la vida, de verdad, a una muchacha de veinte años. Espero que, por primera vez en nuestra indiferente existencia, logremos divertirnos. ¿Qué te parece?, ¿jugamos?

Arlequín.

Alguien que es como tú».

Neme acaba de leer la carta, está a punto de arrugar el folio para tirarlo a la basura. Le asalta una duda. Saca de un cajón una libreta adorable con pasta en marroquinería repujada. Es el Manual de Conductas Apropriadadas, código de conducta que Bárbara le redactara antaño. Lo ojea, no especifica nada para estos casos. Decide telefonar a su compañera.

La fiesta de Reyes ha pasado con más pena que gloria. El día 5, Bárbara fue a ver la cabalgata con su madre, su hermana, su cuñado y los sobrinos. Su hija, Clara, no quiso ir porque dice que ella ya tiene su propio ambiente. «¡Catorce años y ya tiene su propio ambiente! ¡¿Habrased visto el moco?!». No logró coger un caramelo. «¡Con lo que me gusta a mí cazarlos en el aire!, no pude porque mi madre estuvo todo el tiempo agarrada de mi brazo. Eso sí, mi cuñado bien se tiraba al suelo para atraparlos. ¡Me daba una envidia! Mis sobrinos no, porque además de feos son pavisosos. Se pasaron el rato con la espalda pegada a la pared y las manos metidas en los bolsillos de los abrigo, y es que no se mueven, se van a pudrir siendo tan jóvenes,

porque mens sana in corpore insepulto. Venga griterío de la gente pidiéndoles pelotitas a Baltasar, y yo parada en la misma loseta sin poderme mover». Después de la cabalgata tomó unas tapas en un bar atestado donde olía a fritanga. «Apenas pillé una croqueta, pero pagué la mitad, vergüenza debería de darle a mi hermana porque ellos son cuatro, yo solamente una». Ya en casa, le envolvió a Clara los regalos. Treinta y siete justos, los contó. Se pasó la noche corriendo desde el piso al trastero y del trastero al piso para colocarlos sobre los zapatitos de princesa Disney y trazarle un caminito de caramelos, bombones y piruletas. Ató un globo de gas con forma de unicornio en el pomo de la puerta y cerró bien el salón. Clara llegó a las dos de la noche. «Me tenía ya nerviosita, no sé cuántos wasaps le mandé. Estaba segura, como si lo viera, de que le estaba enseñando el dragón que se ha tatuado en el culo a alguno de sus novietes. Por cierto, le ha quedado lindísimo, muy sexi, estoy pensando en tatuarme yo uno igual en el mismo sitio».

A Bárbara Le ha regalado su madre un bote, pequeño, de Chanel 5. «No sé cómo ha podido ir ella solita a la tienda, pero lo que más me sorprende es que después se haya acordado de que lo había comprado y de dónde lo tenía guardado. Me lo pondré cuando salga con algún tío, espero que no se ponga rancio. Mi hermana, la hija puta, se presentó a media mañana con un regalo para mí: un conjunto vaquero de pantalón y cazadora en color blanco, divino. Los pantalones no me pasaron de los muslos, la cazadora se me quedó incrustada en las axilas, muy lejos de taparme ni una décima parte de las tetas. ¡Hay que tener mala leche para comprarme ropa varias tallas más pequeñas!, luego, con poner cara de cordero *degollao* y decir: “¡Hija, yo creía que estabas más delgada!”, lo tiene todo arreglado. Pero se la he devuelto, porque le he encajado una aspiradora. A ver si a partir de ahora tiene la casa un poquito más limpia. Cría pelusas tan grandes que hasta les pone nombres, hay una que yo pienso que la han adoptado como mascota».

Ayer telefonó Neme a Bárbara para leerle una carta que le han enviado.

—Hola, Neme, ¿qué te han traído los Reyes? A mí, mi madre me ha regalado...

—¡Bárbara!

—¡Oinn!, ¿qué?

—He recibido una carta muy extraña.

—¿Relacionada con algunos de nuestros casos abiertos?

—No, escucha.

Neme leyó la carta a través del teléfono. Bárbara ya imaginaba y se relamía con las «apasionantes aventuras que vamos a correr para liberar a la indefensa chica de las mazmorras del malvado Arlequín».

La llamada de Neme le ha devuelto la ilusión. Después del fracaso obtenido con Carmen, la indigente indocumentada, «¡se nos presenta nada menos que una investigación policiaca!!, ¡¡un nuevo caso para Bárbara y Neme en *La chica secuestrada*!! Me temo que últimamente me estoy tragando demasiadas series. Aunque también me entristece. Si es verdad, no es una broma, me entra de todo. Reflexiono sobre esa pobre muchacha, en lo que estará sufriendo. Cuando recapacito, caigo en que hubiera podido ser mi hija y me pongo histérica, me falta el aire, me tiemblan las piernas, me sube el calor, sudo por todo el cuerpo, me entran ganas de vomitar».

Hoy es sábado. «La panza de mi cuñado va a estar durmiendo hasta la dos de la tarde, no le hace falta ese coche ranchera tan largo con asientos traseros abatibles que tiene». Bárbara llama a su hermana:

—¿Vais a utilizar hoy el coche?

—¿Hoy?, no, ¡por Dios!, estamos destrozados, ayer no paramos, tú sabes que gozamos de muchísimas amistades.

«¡Hija puta!». Piensa Bárbara en silencio. Ella se tiene que contentar con el genio locuaz, sociable y charlatán de Neme.

—¿Podrías prestarme hoy el coche? —pregunta.

—¿Se te ha estropeado el tuyo?

—No, Neme va a pintar el piso, no tiene escalera, le voy a llevar la mía.

—Sí, tu coche es demasiado pequeño, no creo que quepa la escalera.

«¡Hija puta!». Vuelve a mascullar en silencio.

—Entonces, ¿me lo prestas?

—Sí, ven a por él cuando quieras.

Bárbara y Neme han aparcado en El Corte Inglés de La Magdalena «de puritito milagro». La gente hace cola para devolver regalos. Salen del coche, Neme saca del bolsillo corazón de su camisa blanca, abrochada hasta el último botón del cuello, la carta. Bárbara la tiene entre sus manos, casi le quema, la lee, le corre un repelús por el cuerpo como si se electrocutara, los vellos se le erizan, son agujas. La palabra «decapitar» es una cuchilla de afeitar helada que la corta desde la nuca hasta el coxis, desde los labios hasta el ombligo. Se le agarrotan los dedos, se paraliza, suda en frío, se le vuelven los ojos, siente que se va a desplomar, se sienta en el coche. Neme la observaba como quien mira una estatua, no ha movido un músculo. «Él es así. Si me muero que me entierren y el muerto al hoyo y el vivo al cogollo, aunque él muy vivo no está». Se repone, sus miembros comienzan a reaccionar con movimientos decaídos. Han regresado las fuerzas físicas. Ahora cargan la escalera entre los dos, la portan paralela al suelo, ella marcha delante, él detrás. «No me importa porque lo último que se le va a ocurrir al *malaje* es mirarle el culo a una mujer, y mira que yo tengo un buen pandero». La gente los observa extrañada por la calle. «¿Qué miras, *miarma*?». El cielo está nuboso, no parece que vaya a llover. Pasan junto a una papelería en la calle Zaragoza, Neme entra para hacerle fotocopias a la carta, Bárbara se queda fuera con la escalera. Siguen caminando con la escalera a cuestas, ella retuerce el cuello y vuelve la cabeza, «parezco la niña de *El Exorcista*», para preguntarle a su «empanado» amigo:

—¿Tú crees que habrá un rótulo embutido en la pared?

—Sí, lo he comprobado en Google Maps.

Encuentran el rótulo: «Fray Bartolomé de las Casas». Por la calle casi no pasan coches, colocan la escalera. «La pobre es un tutifruti de goterones de pintura de mil colores. Me recuerda las veces que he pintado mi casa, yo solita, sin ayuda de nadie. Incluso cuando

estaba casada lo hacía mi menda lerenda, porque el cara cartón de mi ex no iba a descender a realizar tan “denigrante labor”. Bárbara la sostiene con ambas manos. «Veo cómo la rebequita y el tremendo cabezón de Neme ascienden por ella peldaño a peldaño».

—¿Hay algo? —pregunta la mujer mirando hacia arriba.

—Sí —responde él mirando hacia abajo.

Neme saca una navaja del bolsillo de su eterno pantalón beige. «El pantaloncito es de color caca de niño chico». Suena el rascar. Rescata una cajita de las garras de la «malvada silicona» que la tenía apresada. Baja de la escalera.

—¡Es precioso el guardapelo! —exclama Bárbara entusiasmada. Neme le clava su mirada de «¡no te entiendo!».

—Sí, vale, no es precisamente el momento de valorar el guardapelo, pero es que es de esos antiguos repujados en plata, me encanta.

Neme abre la caja, aparece un mechón de pelo rubio anudado con una cinta de raso de color rojo. A Bárbara le vuelve la puñalada fría en el estómago, en esta ocasión es capaz de mantenerse serena.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Neme. Bárbara calla mientras piensa. «Yo soy su código ético con patas y pelo, a quien consulta sobre lo adecuado cuando no se especifica nada en el Manual de Conductas Apropriadas». Responde:

—No tenemos otra salida que ponerlo en conocimiento de la policía. Si es una broma, simplemente se habrán reído de nosotros, pero si no lo es...

Bárbara pulsa en el móvil sobre el contacto agendado como «Cara cartón». Llama a su exmarido.

5

Ha telefoneado Bárbara. Cuando se ha encendido su nombre en la pantalla del móvil, Perfecto ha presumido que, como es su costumbre, iba a requerirle dinero para satisfacer cualquiera de los antojos de Clara. «La malcría, no la instruye en disciplina ni constancia, no me extrañaría que cualquier día me demandara dinero para que mi hija se practicara un tatuaje. Sería el acabose. Sin embargo, el motivo de su llamada era informarme de una insólita carta que ha receptado ese estrambótico amigo que frecuenta, y de un mechón de pelo hallado esta misma mañana. Les he ordenado que comparezcan en la comisaría inmediatamente». Perfecto aguarda a Bárbara y a Neme. Se siente sosegado porque la limpiadora, por fin, ha asimilado cómo dejar en su sitio exacto cada objeto de su despacho. Ha comprobado que ahora sí friega debajo de los ficheros. La señora, antes, no lo hacía. El inspector le escondía adrede un papel arrugado, el mismo que permanecía al día siguiente en el exacto lugar donde lo había puesto. Huele al ambientador que le agrada, la calefacción funciona en los grados perfectos para que, sin derrochar, no haga frío. La limpiadora se llama Conchi, es viuda, tiene cuatro hijos y sueña todas las noches que apuñala a Perfecto. Se levanta relamiendo el dulce regusto que le deja en el paladar lo soñado, pero a media mañana ya colisiona con una realidad de piedra. «La he hecho sollozar en bastantes ocasiones, he sido causa de más de una de sus bajas por ansiedad y estrés, pero ahora me agradecerá el haberle alumbrado el camino de la excelencia en el trabajo». Se abre la puerta del despacho, es Irene.

— Señor inspector jefe, su exmujer y un caballero están aquí.

—Muchas gracias, Irene, ¿tendría la amabilidad de hacerlos pasar?

—Sí, señor inspector jefe.

Bárbara y Neme acceden al despacho. Los ojos de Perfecto enfocan a su exmujer. «Viene ataviada con un conjunto vaquero de color blanco ceñido de una manera definitivamente chabacana. Hace juego con esos rabillos tan negros y largos de gitana que se pintarraja. Urde un intento de cerrarse la cazadora en una misión imposible, intuyo que lo realiza para hacerme notar que hace frío en el despacho. Cuando estábamos casados, se quejaba a menudo de que junto a mí padecía frío en invierno y calor en verano. A él solo lo he visto en una ocasión, en un cumpleaños de Clara, me llamó la atención su fisonomía insólita y chocante. Hoy está vestido exactamente igual que aquel día, mi privilegiada memoria así lo verifica».

—Siéntese, por favor, Bárbara. Siéntese usted también, don Némesis. Posee un curioso nombre, aunque se lo habrán afirmado innumerables veces, excuse mi nada original observación.

—Según referían mis padres, Némesis es la virtud de la diosa griega de la balanza. Proporcionará mala suerte a una persona con demasiada buena suerte, así como buena suerte a alguien con demasiada mala suerte.

—¡Interesante! —exclama Perfecto—. La señora Bárbara, en conversación telefónica, me ha adelantado solo un esbozo de lo ocurrido, ¿quiere narrarme lo acontecido de manera pormenorizada?, por favor.

Perfecto escucha. «Escutaré sus expresiones mientras habla, para mí no esconden secreto ni la comunicación no verbal ni el lenguaje corporal». Neme comienza su relato:

—Ayer recibí esta carta.

Extrae un folio plegado en cuatro partes del bolsillo de su camisa, alarga la mano para facilitárselo a Perfecto, quien le indica con gestos que lo despliegue y lo ubique delante de él. «Es obvio que no debo manipularlo. Al parecer, ellos lo han manoseado bastante.

Razono, no se le puede exigir más a alguien no experto». El inspector concluye la lectura, interroga:

— ¿Conserva el sobre?

— Sí, lo tengo en casa.

Perfecto queda atónito ante la plana tranquilidad de Neme. «Este individuo asemeja al cartón piedra, es absolutamente inexpresivo». Ordena:

— Deberá aportarlo cuanto antes. Prosiga con su testimonio, don Némesis.

— Esta mañana, Bárbara y yo hemos ido a la calle Fray Bartolomé de las Casas...

— Bendito siervo de Dios, teólogo, filósofo, fraile dominico, sacerdote y obispo — interrumpe Perfecto. Neme reanuda:

— Siguiendo las indicaciones de la propia carta, hemos encontrado esto.

Del bolsillo del pantalón desembolsa la cajita guardapelo, vuelve a alargar el brazo.

— Si es tan amable, ábralo y muéstreme su contenido — propone el inspector.

Neme extrae el mechón de pelo rubio anudado con la cinta de raso. Bárbara manifiesta con su voz estridente:

— No sabemos si puede tratarse de una broma, pero hemos considerado que deberíamos ponerlo en conocimiento de la policía, por eso te hemos llamado. — Perfecto les informa:

— La desaparición de Alicia Isabel Maqueda Esquivias fue denunciada por sus progenitores en la mañana del día 2 de enero. Acudió a una fiesta de fin de año, no ha vuelto a aparecer por su casa ni se sabe nada de ella. Se han cumplido las pertinentes búsquedas en el domicilio y en el lugar en el que la desaparecida fue vista por última vez. No se ha podido determinar si la mujer puede encontrarse escondida o imposibilitada por haber sufrido una caída o se encuentra herida. La denuncia fue interpuesta ante la unidad policial de esta misma comisaría de Policía Nacional. Se trata, como ya he indicado, de Alicia Isabel Maqueda Esquivias, nacida el 5 de mayo de 2002, desaparecida la madrugada del 1 de enero de 2023. Advertida

por última vez en la calle Reyes Católicos de la ciudad de Sevilla. Un metro y setenta centímetros de estatura, sesenta kilos de peso, pelo rubio, largo y lacio. Ojos castaños. En el momento de la desaparición portaba vestido de tirantas de fiesta negro, zapatos de tacón también negros, abrigo sintético de color gris, collar y zarcillos, ambos de perlas. Esta es su fotografía.

Bárbara se incorpora de golpe, asienta sus manos sudorosas sobre la mesa, asoma sus ojos a la pantalla del terminal, sacia su curiosidad por conocer qué aspecto presenta la muchacha. «¡Qué guapa es!». Vuelve a sentarse, ha dejado estampadas las huellas de sus manos sobre el barniz lustroso del escritorio. «Evidencio que esta mujer no se corregirá nunca. Afortunadamente, me ha sorprendido en un momento sereno debido a que la limpiadora ya ha asimilado el trabajar mi despacho como a mí me place». Prosigue Perfecto:

—No padece enfermedades neurodegenerativas, crónicas, ni presenta discapacidad ni falta de autonomía. No sigue tratamiento médico ni farmacológico. Han obrado lo correcto. Los análisis determinarán si el cabello pertenece a la muchacha o no. Mi experiencia me sugiere que no es ninguna broma. Precisamente yo he sido encargado de la investigación del caso, llevamos cuatro días laborando en él. La primera pregunta es lógica e ineludible. Don Némesis, ¿por qué la carta ha sido remitida a usted?

—No lo sé. Al parecer, el autor sigue nuestra revista digital, aunque sospecho que el motivo fundamental está escondido en esta frase: «Arlequín. Alguien que es como tú».

—Permítame la oportuna corrección basándome en mi experiencia y profesionalidad. Un altísimo porcentaje de autores anónimos de cartas expresan una pretendida identificación con la persona a quien dirigen sus escritos. Es una constante. Comprendo que le haya llamado la atención, pero, créame, no tiene nada que ver. ¿Por qué le pregunta por el número trece?

—No lo sé.

—Examinaré la carta párrafo a párrafo, ella nos esclarecerá diversos aspectos de este caso.

El inspector convoca a Irene a través del interfono. La valora porque es la personificación del respeto, tanto en su proceder profesional como en su manera neutra de pintarse y de vestir. Perfecto desconoce que los fines de semana Irene y su marido frecuentan un club de cambio de pareja llamado Enredos. Cena, copas, discoteca y habitaciones donde goza cada noche de sábado de un caballero distinto. Irene accede al despacho para escuchar las órdenes de Perfecto:

—Irene, si es tan amable, póngase los guantes, aporte pinzas y bolsas estériles, disponga las muestras debidamente para enviarlas a laboratorio y facilíteme una copia digitalizada de la carta. Estos señores la van a acompañar para formalizar una denuncia y hacer una declaración escrita.

La mujer procede con diligencia, tal como exige Perfecto, quien comunica a Bárbara y a don Némesis:

—Ahora debemos esperar. Les informaremos si las pruebas de laboratorio prescriben que los cabellos pertenecen a Alicia Isabel. Desde ahora deben mantenerse en contacto conmigo a menudo para comunicarme el más mínimo cambio.

Irene abandona el despacho seguida de Neme y de Bárbara. Perfecto se levanta para aproximarse al ventanal. Mientras reflexiona, observa cómo la tarde comienza a llover. «Algo no me huele bien en todo esto, me ha transmitido cierto sabor a plomo al paladar. ¿Por qué le han enviado a él la carta? Esa es la pregunta clave que debo responder si pretendo solventar de una manera feliz, responsable y profesional este caso. No acabo de fiarme de este anormal sujeto que es don Némesis. Es indudablemente inexpresivo, sería un brillante jugador de póker. O, tal vez, lo es». Avisa a Conchi para que acuda a higienizar las marcas de manos que ha dejado Bárbara sobre la mesa.

Ayer telefoneó Juan Jesús para informar a Bárbara y a Neme que, después de más de quince días sin que nadie haya reclamado el cuerpo de Carmen, plazo exigido por la ley, el juez ha ordenado la

inhumación de su cadáver. Correrá a cargo de la beneficencia del ayuntamiento. Son las ocho y treinta de la mañana, Neme todavía tiene presente el sabor del café en el paladar. Espera a su compañera en la rotonda de entrada al cementerio porque quiere acompañar a Carmen en su último viaje. Una niebla fina lo envuelve, hace frío, la gente camina abrigada y exhala vaho en sus respiraciones. Bárbara aún no ha aparecido, a Neme no le extraña, no recuerda un solo día que se haya personado puntual a una cita.

Llega el furgón, los haces de luz de los faros delanteros se acercan y hacen más blanca la niebla. Neme lo conoce bien, es el que utiliza esa funeraria para los entierros de la beneficencia. Cuarenta años de servicio la oxidan, apesta la mañana con su penetrante olor a gasoil. Se acerca a la ventanilla, hace un gesto para que la bajen, pregunta a los operarios, quienes responden escuetamente:

—Mujer indocumentada.

Sí, es ella, conoce el nombre, pero sin documentos el juez no puede admitirlo como cierto. Al momento, Bárbara surge de la niebla trotando sobre sus sonoros tacones, da pasitos cortos y rápidos. Viene abrigada con bufanda, guantes y gorro a juego. Diez metros antes de llegar a donde se encuentra Neme, grita mientras gesticula con la mano para llamar su atención:

—¡Ya llego, ya estoy aquí!

Al aterrizar, principia su letanía:

—¿Te lo puedes creer?, justo antes de salir me llama mi madre para decirme que no encuentra las pastillas. Y es que son las de la tensión, no puede dejar de tomarlas, he tenido que ir corriendo a su casa porque si no lo hago yo...

Solo están presentes ellos, la verborrea y los conductores. Esperan a que uno de ellos salga de las oficinas con unos documentos en la mano. Ahora, el furgón avanza lentamente por la calle central del cementerio, Neme y Bárbara caminan detrás, humillando la cabeza, mirando hacia el suelo como muestra de respeto, hasta ella guarda silencio. Panteones familiares con apellidos compuestos muy largos parecen volver con desprecio sus cristales emplomados ante el insignificante cortejo de dos personas acompañando al descolorido

coche fúnebre de una indigente olvidada. El escenario brumoso es propio de un relato de Edgar Allan Poe. Al llegar al Cristo de las Mieles giran a la izquierda, cuando alcanzan la tapia vuelven a girar, esta vez a la derecha. Dos empleados del cementerio ya esperan junto al nicho. Extraen el féretro del interior del furgón, hoy no son necesarios los gestos compungidos de cualquier entierro. Lo introducen en el vano vacío, fijan los ladrillos, repellan con cemento el hueco, que se convierte así en una página en gris, húmeda, blanda, vacía, como el conocimiento sobre la vida de esa mujer: la nada.

—¡Qué pena! —gime Bárbara casi en silencio junto al oído de Neme. Se emociona, le da vergüenza, sus ojos húmedos están a punto de dejar correr una lágrima mejilla abajo. ¿La única en honor a Carmen? El rímel y los rabillos comienzan a emborronarse. Si Neme fuera otro, lloraría sobre su hombro.

En la salida, acceden a las oficinas, donde es imposible localizar un color que no sea gris, negro o marrón. Como siempre, humana y amablemente, los funcionarios facilitan el registro. Toman nota:

10 de enero de 2023.

09:00 h.

Mujer no identificada.

Sección 8.^a, letra C.

N.º 123.

Están acostumbrados a esta sensación de fracaso. Una investigación más que queda varada en el asiento del registro. No han logrado resucitar su historia. Vuelven a casa, se ha disipado la niebla, el cielo aparece encapotado.

Han pasado dos días desde el entierro de Carmen. Ahora, por la autovía, camino de Cádiz, Rocío conduce mientras se sumerge en los recuerdos de este día largo y aciago. Siendo aún muy niña, comprobó

que sus reflexiones se aclaraban, se amueblaban en el lugar que le correspondían y se organizaban si al meditar lo hacía como si estuviera hablando con su madre. Cada metro que el auto la separa de ella le escuece en la culpabilidad como alcohol sobre una herida abierta. Conduce y recuerda.

«Hoy, Mamá, me he enterado de que has fallecido. Daniel y yo estamos desolados. La culpa me arranca las entrañas en un daño que me atormenta y me clava un estilete en los ojos. Mis recuerdos revolotean como tenebrosos murciélagos alrededor de tu imagen aún viva en mi abatimiento. Pienso también en abuela, no sé cómo le daré la noticia. Hemos llegado esta mañana desde Cádiz. Pretendíamos encontrarte para llevarte definitivamente a vivir con nosotros, estábamos decididos, en esta ocasión no aceptaríamos un no, a casa no volveríamos sin ti. Sabíamos por dónde te movías, porque, en otra ocasión, vinimos para intentar hacerte razonar, pero nos fue imposible. El primer mazazo, el primer traspaso directo al corazón nos lo asestó, disimulado en aroma de incienso, un sacerdote en la parroquia de Santa Marina:

—Su madre ha muerto. Unas personas que colaboran con la policía en encontrar a familiares de indigentes que mueren indocumentados vinieron a preguntar. Me mostraron una foto de ella ya fallecida. Fue entonces cuando me enteré. Lo siento mucho, les acompaño en el sentimiento. Dios la tenga en su Gloria.

Rocío cree que no le quedan lágrimas, pero brotan sin cesar. Se seca con la mano para recobrar la visión de la carretera.

«Nos derrumbamos hasta ahogarnos en una marejada de desesperación. Eras muy joven, lamento que tu muerte haya sido tan injusta contigo como lo fue la vida. Un luto rabioso me ciega, un duelo de espinas me araña el alma. En el bar donde solías acudir nos confirmaron la funesta noticia. Allí nos entregaron una tarjeta de unas personas que habían preguntado lo mismo hacía unos días: “Revista Digital *La princesa y el arlequín*”, donde aparecen dos números de teléfono, uno fijo y otro móvil, más la dirección de página web. ¡No me lo podía creer, no me lo podía creer! Sentados en un banco de esa plaza del Pumarejo, la misma que frecuentabas, nos abrazábamos

desconsolados, imaginando estrecharte, hundida en tu quebranto, por última vez. Allí habías vivido tus últimos momentos. ¿Cuál sería tu postrer pensamiento?, ¿te acordaste de nosotros? Eran las doce, justo el mediodía de esta fecha, la más infausta de mi vida: jueves 12 de enero de 2023. Desde la soledad compartida con Daniel en ese banco de agonía, marqué el número de móvil que aparece en la tarjeta. Una mujer contestó:

—Revista Digital *La princesa y el arlequín*. Dígame.

—Buenas tardes, soy Rocío Garcés López. Estoy acompañada de mi hermano Daniel, somos los hijos de Carmen López Ramírez. — Oí un grito. Después silencio, hasta que el aparato contestó a mi presentación:

—¿Cómo?! —repetí lo mismo que unos segundos antes. Ella aclaró:

—Sí, discúlpame, cariño, te he entendido, pero es que casi no me lo creo. ¿Dónde están ustedes ahora?

—En Sevilla, en la plaza del Pumarejo. —La señora, muy nerviosa, me facilitó su dirección, quería que acudiéramos a su casa inmediatamente. Accedimos, ansiábamos conocer todo lo que saben sobre tu muerte. Nos abrió la puerta una mujer de unos treinta y cinco, teñida de caoba, con unos amplios rabillos pintados en los ojos. Quedé boquiabierta al comprobar que esa mujer se te parecía extraordinariamente. Vestía un chándal marca Adalid de color gris con bandas blancas en los hombros y en los costados del pantalón. Se me abrazó. Aunque en ese momento de congoja suprema cualquier muestra de cariño es bien recibida, me sentí incómoda porque no la conocía de nada, sin embargo, ella sí parecía conocerme a mí de toda la vida. Con Daniel hizo lo mismo. Pasamos al salón, en sus paredes cuelgan las fotos de una niña de comunión y de una señora mayor. Nos presentó a su compañero, se llama Neme. Es un hombre cuarentón, tiene un físico un poco raro. Al contrario que Bárbara, así se presentó ella, ni siquiera alargó la mano, solo esbozó un leve gesto de saludo con la cabeza. Nos sentamos en un tresillo alrededor de una mesa baja de metacrilato con apliques dorados. Bárbara comenzó a atestar la mesa con tapas de queso, picos, aceitunas, mejillones,

espárragos con mayonesa, cervezas y coca colas. Si nos hubiera preguntado, le habríamos dicho que no sacara nada, porque no teníamos apetito alguno. ¿Sabes, mamá?, el olor de los mejillones se me atravesó en la garganta. No podía hablar, un llanto ahogado me impedía pronunciar palabra. Fue Daniel quien comenzó:

—Hemos llegado esta mañana. Estábamos decididos, resueltos a llevarla con nosotros, aunque necesitaríamos de la fuerza. Ya lo intentamos en otra ocasión, pero ella se negaba y quisimos, de manera equivocada, respetar su voluntad. Veníamos dispuestos a acabar con este infierno que nos ha amargado cada día de nuestra vida desde hace ya muchos años. Lamentablemente, hemos llegado tarde».

Daniel ofrece una barrita energética a Rocío, la acepta, la hipoglucemia y el cansancio emborronan su atención. Mientras degusta chocolate, miel y frutos secos, continúa recordando:

«Bárbara explicó mientras masticaba un trozo de queso:

—Neme es psicólogo, yo me encuentro ahora en búsqueda de trabajo. Ambos mantenemos una revista digital llamada *La princesa y el arlequín*. Cuando una persona muere sin ser identificada, investigamos sobre su vida e intentamos encontrar a sus familiares. En la mayoría de los casos no conseguimos ni siquiera averiguar su nombre, aunque hemos tenido éxitos bastante sonados, interesantes biografías colgadas en nuestra revista. Algunas de ellas son sorprendentes.

—Pues, con nuestra madre han encontrado un caso de oro. No tendremos inconveniente en detallarles su historia —respondí cuando recobré el habla. Bárbara continuó:

—El nombre se lo puse yo a la revista, es una ironía, yo no tengo nada de princesa y mi compañero Neme no sirve para cómico. Imagino que querrán conocer cómo falleció.

—Sí, por favor —respondí. Se hizo presente el peor de los momentos, el más temido.

—Apareció en la madrugada del 22 de diciembre, tirada en el suelo, junto a un banco de la plaza del Pumarejo. Una dotación de la Policía Municipal la recogió y la trasladó al hospital Virgen

Macarena. Falleció al poco de ingresar. Estaba indocumentada, todavía permanece sin identificar, porque, aunque conocíamos su nombre, fecha y lugar de nacimiento, el juez considera que no existe ningún documento que lo certifique.

—Estamos en condiciones de aportar esos documentos — aclaró Daniel.

—Entre las ropas solo se le ha encontrado una fotografía, es esta. —Nos mostró en una *tablet* una foto tuya, sonriendo, con Daniel y conmigo, de pequeños, sentados en tu regazo. Me desgarró el ánimo en mil trozos de amargura. ¡Qué guapa y qué dulce eras, mamá! Mi tragedia, para siempre irreparable, fue el haberte disfrutado tan poco tiempo. Te fuiste cuando éramos aún muy niños, pero el amor de tu sonrisa y de tus manos se me ha quedado grabado en el sentimiento. Bárbara prosiguió:

—La autopsia reveló que murió de tuberculosis. Su cuerpo estuvo depositado en el Anatómico Forense hasta hace dos días, en que sus restos fueron inhumados. Nosotros asistimos al entierro. Intentamos buscarlos a ustedes, pero con los datos disponibles nos fue imposible.

—¿Podríamos visitar su tumba? —pregunté.

—Claro, el cementerio no cierra hasta las cinco y media, recojo todo esto, me cambio, nos montamos los cuatro en el coche y salimos pitando para allá —dijo Bárbara, quien se levantó del sofá de un salto. Antes de que nos diéramos cuenta, había recogido los platos ya vacíos, los cubiertos, los vasos, y había vuelto al salón vestida de calle, mostrando en sus manos las llaves de un coche. Conducía a una velocidad excesiva. Neme parecía asustado, tenía la cara lívida, se aferraba con ambas manos a un asidero del auto».

Es hora de parar en el Cerro del Fantasma. Vendrá bien un café y un pipí. Daniel corre en busca de los servicios. Rocío pide los cafés: con leche para ella y cortado para él. El remover del azúcar traza sobre la espuma una espiral hipnótica que la atrapa de nuevo en los recuerdos.

«El cementerio me sorprendió, es muy bello. Caminamos hacia el nicho bajo un cielo despejado, por una calle jalonada de

cipreses y panteones familiares. Delante de tu tumba, sobrevino el momento más emotivo: entender y aceptar que tras ese cemento joven se encuentra tu cuerpo, agonizado en el desamparo, sin unos brazos filiales, amorosos, que te acogieran. Daniel y yo volvimos a abrazarnos, lloramos, penamos nuestra aflicción infinita, Bárbara se unió a al nudo plañidero. Cuando logré recuperarme del intenso sinsabor, después de limpiarme las lágrimas con un pañuelo de papel, saqué del bolso un lápiz de labios. Escribí sobre el cemento con carmín:

María del Carmen López Ramírez

2-3-1968 / 22-12-2022

Tus hijos no te olvidan

Era hora de irnos. Llevábamos un buen rato contemplando con melancolía y pesadumbre tu última morada. Aprovechamos para adelantar a Bárbara y a Neme algunos detalles sobre tu increíble historia. Él ni se inmutó, es un hombre inexpresivo, sin embargo, ella ha dejado escapar un centelleo en sus ojos que expresa un manifiesto entusiasmo. Les estamos muy agradecidos, al menos, nos reconforta saber dónde estás enterrada. Te encargaremos una lápida una vez que el juez acepte los documentos. No dispondremos en ella espacio suficiente para expresar todo el amor que sentimos por ti. Nos acercaron hasta nuestro coche. Estamos decididos a colaborar con su revista, será como resucitarte, porque solo mueres cuando te olvidan. Nos hicimos varias fotos para la revista digital: individuales, Daniel conmigo, los cuatro en grupo. Todavía no estoy preparada, pero, en cuanto lo esté, les relataré por videoconferencia tu asombrosa vida. Tenemos tiempo por delante para recopilar datos, documentos y fotografías. No es necesario precipitarse, quiero la mejor resurrección para ti, la mujer que me dio la vida. Mis nuevos amigos van a disponer de un excelente material para su revista».

Es viernes, Perfecto no tolera relajos de vísperas de fin de semana. Irene ha traído desde la sala de reuniones varias sillas, las ha alineado frente a la mesa del despacho del inspector. El subinspector Samuel y cuatro policías, uno de ellos es mujer, aguardan sentados en el despacho. Escudriñan con recelo a su jefe, tragan saliva, postran y hunden los ojos en sus cuencas preocupadas. «Me gustaría creer que incluso tiemblan imperceptiblemente, que se les ha reseca el velo del paladar». Perfecto entiende que seis personas en una sala de veinte metros cuadrados son demasiadas, apaga la calefacción. Sobre el escritorio, perfectamente ordenados, esperan a ser leídos varios informes. Once campanadas graves del reloj de péndulo anuncian que es la hora exacta establecida para la reunión. Están presentes, puntuales, todos los convocados, conocen que comparecer tarde un solo segundo comporta no participar y recibir un «oportuno» parte de faltas. El inspector inicia:

— Han transcurrido once días desde que los padres de Alicia interpusieran denuncia por la desaparición de su hija. Desde entonces, no hemos desistido en la investigación. Se ha notificado a otros cuerpos de policía y comandancias de la Guardia Civil. Es momento de que recapitemos sobre lo conseguido y pormenorizamos el camino a seguir. Como ustedes ya dominan, los análisis de los cabellos localizados por el señor Némesis Estupiñán Sabio, según su propio testimonio, orientado por una carta anónima enviada a su nombre; han resultado positivos. Las pruebas de ADN confirman que esos cabellos pertenecen a Alicia. La hipótesis de secuestro cobra fuerza, sin desestimar ninguna otra posibilidad. Ahora profundizaremos por orden cronológico en las investigaciones llevadas a cabo. Subinspector Samuel, si es tan amable, puede comenzar.

Samuel abre uno de los informes, Perfecto advierte que es hora de que acuda al peluquero, sus cabellos comienzan a montar sobre las orejas. Se lo hará saber cuando finalice la reunión.

—Según testimonios recabados en la entrevista con los padres y la hermana de la muchacha, se trata de una mujer acomplejada, sufre una crónica sensación de inferioridad y tiene tendencia a compararse con los demás. Es dramática, envidiosa, melancólica, con grandes altibajos emocionales. Siente que ha sido invisible para sus padres. Le cuestan las relaciones sociales, aunque tiene bastantes amigas. Le gusta el lujo como manera de llamar la atención, frecuenta compañías de personas, para ella interesantes, del mundo del arte y la literatura. Anhela ser diferente de la mayoría de las personas, necesita sentirse especial. Estudia bellas artes, es muy creativa, muy atraída por el mundo de la parapsicología.

»No se encontró nada reseñable ni sospechoso durante el reconocimiento de la habitación de la chica. No se hallaron diarios, direcciones o números de teléfono sospechosos. Posee libros sobre arte y ciencias ocultas, también biografías de famosos. En el automóvil no se observó nada fuera de lo normal. El maletero estaba vacío. El ordenador portátil fue enviado al equipo de investigación digital.

El inspector ha escuchado, no rompe todavía a hablar. «Sin duda, debe visitar al peluquero. La primera vez que accedió a mi despacho para presentarse, no era capaz de conceptuar lo que mis ojos percibían: ¡un subinspector con una melena lacia que le alcanzaba la cintura, barbita de chivo, ataviado con pantalones vaqueros rotos, camiseta de grupo de rock infernal y un pendiente en la oreja izquierda! Sospeché lo que ocurría, abrí la puerta del despacho. En la sala de administrativos, un conjunto de jocosos rostros hacía un esfuerzo para refrenar la risa. Nadie advirtió ni aconsejó al pobre hombre, nadie quiso perderse el espectáculo. Conjeturo que pagó la novatada. Cuando al día siguiente el subinspector Samuel ingresó por las puertas de la comisaría, exteriorizando su perfecto corte de pelo de varón y vestido con traje y corbata, la hilaridad se desató en forma de estruendosas y desinhibidas risotadas. Mantuve la seriedad que requería la coyuntura, congratulé en público al subinspector mientras le

estrechaba la mano con fuerza». Perfecto vuelve, desciende a la tierra, solicita:

— Ahora el trabajo de campo.

El agente Romero, correctamente uniformado, expone:

— Durante los días 4 y 5 del presente mes de enero, se peinó en busca de indicios la zona donde desapareció la muchacha. Solicitamos geolocalización del móvil, esta acaba a la una menos cuarto del día 1 de enero, justo en el centro del puente de Triana. Se utilizaron unidades caninas y drones, también operó el grupo de actividades subacuáticas de la Guardia Civil. Se ha interrogado a vecinos y trabajadores de establecimientos cercanos a la zona de desaparición: bares de copas del paseo de Colón y puesto de churros abiertos a esa hora. Han sido analizadas las cámaras de seguridad de la zona, no se encuentran imágenes de la chica. Ninguna de estas investigaciones ha dado resultado provechoso. Se ha indagado en archivos otras desapariciones de la zona, frecuencia, modus operandi. Nada desde hace muchos años. Se ha interrogado a fichados que viven en la zona, un total de cinco personas, todas presentan coartadas convincentes.

— O sea, nada.

— Nada —confirma el agente Romero con una voz que no le sale del cuerpo.

Ahora expone la mujer policía. «Es una niña. A semeja a una muñequita de trapo con esa boquita de piñón y esa naricilla. ¿Qué edad tiene?, podría ser mi hija, incluso olfateo su colonia de adolescente. Me pregunto cuál será su actitud cuando tenga que enfrentarse a un profesional del crimen».

— He realizado más de diez entrevistas a amigas y compañeras de Alicia. Ninguna notó comportamientos extraños en las semanas anteriores a la desaparición, tampoco saben de nuevas amistades o relaciones. El reconocimiento de los lugares que frecuentaba no ha arrojado luz alguna a la investigación.

— Ya imaginaba que iba a ser otro «nada». La «niña policía» humilla la mirada.

Le toca el turno al agente Bermúdez. El inspector le indica con los ojos que se abraque un botón descuidado.

—Se solicitó registro de llamadas telefónicas, números y duración. También el de llamadas entrantes de teléfonos de amigos, conocidos y WhatsApp. Se procedió al análisis del portátil, redes sociales, publicaciones, fotos, páginas más visitadas, correo electrónico, archivos compartidos. Interactuaba en páginas de moda, arte y parapsicología. Le gustaba subir a las redes fotos suyas en las que se encontraba atractiva, ninguna de ellas desnuda o en poses eróticas, siempre muy bien vestida. Han sido investigadas las personas que recientemente expresaron un «me gusta». Hasta ahora no hemos encontrado a nadie sospechoso.

—¡Nada, nadie! Agente Santaella, ¿algo?

—Analizamos el extracto de la cuenta corriente. Gastos nada fuera de lo normal, excepto la visita a una vidente a primeros de noviembre. Nos personamos en la consulta para interrogarla. Se acordaba bien de la muchacha, nos aseguró que predijo que iba a conocer a una persona de aspecto extraño que se convertiría en alguien muy especial para ella. Después de ese día, no ha vuelto a saber de Alicia.

—Interesante este último dato, porque no está en mi intención que releguemos el sospechoso interés particular e inapropiado de la persona denunciante de la desaparición —puntualiza Perfecto.

—¿Su padre?

—No, me refiero a quien recepcionó la carta. ¿Por qué estaba dirigida a su persona? Él mismo reseñó que creía que la clave se encontraba en la firma: «Arlequín. Alguien que es como tú». ¿Quién puede asemejarse más al señor Némesis?

—Él mismo. Además, en la carta solo se encontraron sus huellas y las de su amiga —responde el agente Bermúdez.

—¡Exacto! Mi olfato y profesionalidad me inspiraron para telefonar a la Guardia Civil de Aracena. La familia del señor Némesis es sumamente conocida en la comarca, curiosamente porque se han consagrado profesionalmente a las ciencias ocultas. Recuerden

que a Alicia le atraía lo paranormal. Esta familia ha sufrido varias muertes desgraciadas, las últimas las de los padres, quienes fallecieron hace tan solo un mes en accidente de automóvil cuando viajaban para visitarlo. Él no parece afectado ni conmovido en absoluto.

»El próximo lunes, el subinspector Samuel y yo nos desplazaremos al pueblo de Haftarad, donde nació y se crió el señor Némesis. Quiero indagar en la historia de su persona, de su familia. Seguimos sin rechazar ninguna hipótesis, pero mi experiencia y la iluminación del Espíritu Santo me aseguran que el señor Némesis está implicado en la desaparición. Desde hoy, sin que se percate, ordeno vigilancia absoluta sobre este hombre. Es psicólogo por internet, no usa teléfono móvil ni redes sociales. Regenta una página web denominada precisamente *La princesa y el arlequín*, no se le conocen amigos excepto esa mujer llamada Bárbara Ariza.

—¿Esa no es su exmujer? —pregunta de una manera indiscreta Samuel.

—Estamos trabajando, ese dato es irrelevante. Señores, pueden retirarse.

Perfecto cronometra. Los agentes tardan en salir del despacho siete segundos. La atmósfera está cargada. Ordena a Irene para que retorne las sillas a la sala de reuniones y comunique a Conchi que debe acudir de inmediato a su despacho.

Ha pasado un mes del funesto viaje que Rocío y Daniel hicieron a Sevilla para buscar a su madre. La misma tarde que regresaron a Cádiz, todavía con la amargura acumulada en el corazón, comenzaron a reunir documentos y testimonios sobre la vida de Carmen con objeto de devolverle la identidad en la sepultura, el recuerdo en las memorias y la vida en la revista digital *La princesa y el arlequín*. Hoy mantendrán la primera sesión por videoconferencia. Mientras esperan a que Bárbara y Neme se conecten, Rocío repasa en su memoria:

«Habíamos decidido no decirle nada a la abuela para preservarla de tan intenso dolor. Reflexionamos, coincidimos en que sería una falta de respeto ocultarle la muerte de su hija. Padece de achaques, le cuesta andar, apenas se levanta de su sillón, pero la cabeza y la memoria las mantiene sanas. Me sobrepuse al nudo en la garganta, me atreví a sacar de mi boca las palabras secas, malditas.

—Abuela, mamá ha fallecido. —Sufrió con la noticia, tuvimos que llevarla a urgencias, creo que la culpa le atenaza el alma. Nadie es responsable de lo ocurrido, o al menos nadie de la familia, aunque hubo quien escondió la cabeza debajo del ala y no quiso saber nada en tus peores momentos. Ahora quiere que la acompañemos a visitar el nicho donde descansas, nosotros preferimos esperar para llevarla a que una lápida abrigue el lastimero y olvidado cemento que te separa de nosotros. Ella ha sido, y es, la principal fuente que nutre el dossier de tu historia. Aun con su dolor y sus años auestas, ha querido colaborar, se ha mostrado activa. Guiado por el mapa del tesoro de sus palabras, Daniel, encaramado al último peldaño de una escalera plegable, encontró una caja de zapatos marca Gorila guardada en lo más profundo del altillo del armario empotrado. Como si fuera un cofre del tesoro o una lámpara de Aladino, la caja nos fue regalando un caudal de documentos, fotografías y recuerdos. Sentada en la cama con la caja abierta sobre su regazo, con movimientos de perezoso, sus manos de anciana han rescatado del pasado, una a una, cada perla de este joyero de cartón amarillento y ajado por el tiempo».

Rocío coge un libro de familia antiguo preparado sobre la mesa junto a otros documentos. Lo abre.

«El libro de familia, de 1967. “Ministerio de Justicia, dirección general de los Registros y del Notariado”, con una tasa de veinte pesetas. “Matrimonio”. Contemplo las fotos en blanco y negro sujetas al papel por grapas oxidadas. El abuelo y la abuela, que está muy guapa con sus veinte años. “1 Hijo”. Aquí apareces, mamá: “María del Carmen López Ramírez, hija de Juan de Dios y de María del Rocío, nacida en Cádiz el 2 de marzo de 1968”. Después aparecen el tío Juande y la tía Lola. También un tal Genaro, con la misma fecha de

nacimiento y de fallecimiento, nunca había oído hablar de él. Me comenta la abuela, todavía con cierta lejana tristeza, que fue un niño que le nació muerto. Estaban obligados a ponerle nombre, registrarlo y enterrarlo. Dice que todavía recuerda en los labios lo frío del único beso que pudo darle a aquel cuerpecito lívido. Dispongo de tu partida de nacimiento, de tu partida de bautismo en la parroquia de San Antonio, estampas de tu primera comunión, numerosas fotografías. Recortables, muñequitas cabezonas, cromos. Una carta de amor, doblada en ocho partes, que se rasga en los dobleces cuando la desplegamos. El mensajero de algún admirador de trece años te la entregó en el patio del colegio una mañana de primavera. Hojas recortadas de revistas, artículos en periódicos que daban noticia de las películas en las que trabajaste. Es curioso, la caja solo contiene recuerdos tuyos, de los tíos no.

—Se llevaron sus recuerdos de pequeños cuando se casaron —me ha aclarado la abuela. Los de mi hermano y los míos están custodiados en álbumes que adornan la librería de la salita. Los tíos también han colaborado, nos han contado historias que, gracias a secretos de hermanos, la abuela desconoce. Nos hemos entrevistado con Rosa y Anabel, tus mejores amigas. Hemos recopilado diversos testimonios y fotografías de juventud. Convencida de que disponía de bastante material para comenzar a informar a Bárbara y a Neme, los llamé hace dos días, descolgó Bárbara:

—¡Hola, Rocío, qué alegría!, no te puedes imaginar el subidón que me ha dado cuando he visto que eras tú quien llamaba, porque estoy deseando conocer cómo fue la vida de tu madre para comenzar a rellenar en nuestra revista el vacío de su historia y su dossier fotográfico. Desde que nos llegó este caso, no ha fallecido ninguna persona indocumentada en Sevilla, y no es que quiera que eso ocurra, pobrecitos míos, me dan mucha pena, pero tengo un poco de mono porque, como ya te conté, no voy nada más que de mi casa a la de mi madre y vuelta, o a llevar a la niña a las clases de inglés, porque el padre tiene mucho deseo de que diga perfectamente *good morning*, pero la que tiene que mover el culo para llevarla soy yo. Dime, cariño.

—Hola, Bárbara, ¿cómo estás? —Me arrepentí al instante de haber preguntado.

—Fatal, hija, fatal. La fibromialgia no me deja vivir, me duele desde el primer pelo de la cabeza hasta la uña del dedo meñique del pie. Eso no es lo peor, encima de vivir en un puritito suplicio, resulta que mi hermana y el gordo del marido dicen que son inventos de mi mente, que si de verdad me doliera, no iría corriendo a todos los sitios como voy. ¿Qué tendrá que ver el tocino con la panceta? Piensan que estoy *chalá*, como una regadera, con un naranjazo *pegao*. ¿Acaso son ellos psiquiatras o psicólogos? Pues nada, saben más que los expertos, están en posesión de la verdad. ¿Cómo estáis vosotros?

—Mejor, el trabajo que estamos realizando nos ayuda a cerrar el duelo, sentimos que servimos a la memoria y al recuerdo de nuestra madre, es como un homenaje que hacemos en su honor. Hemos reunido documentos, fotografías y testimonios suficientes para que el juez acceda a reconocer su identidad, creo que es hora de que nos veamos.

—¡Qué alegría me das!, ¿cuándo, cuándo, cuándo? —Me costó casi media hora que colgara».

Son las cinco de la tarde del lunes 13 de febrero de 2023, un sol tibio penetra por la ventana e invade el salón. A un lado de la videoconferencia ya están preparados Bárbara y Neme; en el otro: Daniel, la abuela y Rocío, quien se siente nerviosa, le tiemblan las manos, los labios, las palabras. Comienzan.

6

Hablan de mí, de lo que fue mi vida, de mis pocas alegrías y mis muchos sinsabores. Documentos, palabras, recuerdos y cariños podrían recopilar parte de mi historia, pero estaría incompleta como un puzle mellado al que le faltan piezas. Solo yo puedo colocar esas piezas en su sitio, y estoy dispuesta a hacerlo. Tomo la primera entre mis dedos, es completamente negra, como la húmeda noche de escarcha en la que la muerte descendió blandiendo su guadaña de alivio para bailar conmigo. Me encontraba ebria, enferma, sola, aterida de frío, sentada en un banco de la plaza del Pumarejo. Ella me dijo alborozada:

— ¿Bailas, preciosa?

— ¡Claro!, ¿estás más delgada? — pregunté.

— En los huesos — respondió al ceñirme la cintura.

Un agradable calor de vellos de punta, un cosquilleo, un dulce sopor se apoderó de mi lucidez. Mi cuerpo, ya sin consciencia, cayó al suelo a plomo como un fardo de arena, me golpeé en la cabeza, quedé tirada del lado izquierdo con la boca relajada, levemente abierta, propia del cadáver en el que estaba a punto de convertirme. Me veía dentro de un túnel, una luz blanca al final de él me llamaba, me atraía en un campo magnético hacia su claridad, mientras mi espíritu se desprendía de mi cuerpo y ascendía, confortado por el abrazo de mi amante, elevado unos metros hasta quedar gravitando. Desde ese púlpito aéreo advertía en qué se había convertido mi belleza: en una carcasa arrugada, envejecida, de cabellos de estropajo blanco y piel macilenta, maltratada por lustros de sinsabores, abusos y alcohol; tirada cual papel arrugado sobre unas losas sucias y encharcadas. Observando lo que había quedado

de lo que fui, mi vida comenzó a desfilarse ante mis ojos como si de una nueva película se tratara, en la que yo era otra vez la protagonista, una más de las muchas en las que actué con tanto éxito como actriz.

En los primeros fotogramas me veía dando los primeros pasos en la plaza de San Antonio, con mi padre detrás de mí, encorvado, con los brazos abiertos, prestos para amortiguar mis caídas. Contemplé a mi madre blanca de harina, con su perenne mandil en su eterno fogón. Recordé el olor celestial de mis hermanos recién nacidos y recién bañados. Fotogramas que pasaban acelerados ante mis ojos, hasta que una escena se paró ante mí, nítida, en tonos de nostalgia, en junio de 1978. Ese curso, la señorita Marina, la profesora de lengua que olía tan bien, quiso representar con mi clase de quinto una obra de teatro infantil: *El hada y el dragón*. Mamá, quien siempre decía que yo era muy dramática, que servía para el teatro, me animó a que me presentara a las pruebas.:

— ¿Por qué no lo intentas?, seguro que lo harás muy bien.

— ¿Yo?

Ni se me había pasado por la cabeza. Acudí tranquila, convencida de que yo, tan poquita cosa, nada comparable con las niñas más populares de la clase, solo podría aspirar al papel de árbol o de roca. La señorita Marina, sonriendo, alumbrándome con sus ojos negros, observaba cómo mi cuerpo de diez años se desplazaba por el escenario, cómo gesticulaba grandilocuente con las manos, cómo mi expresión facial se adecuaba a cada sentimiento. Ella no dejaba de sonreír, yo esperaba que pronto soltara una carcajada y me señalara la puerta de salida. No fue así, cuando terminé de recitar el texto aprendido, la señorita se levantó impetuosa, exaltada, sus pechos rebotaron tres veces, dio una palmada y exclamó ante mi sorpresa un:

— ¡Bravo, bravo y bravo!

Me dio un abrazo. Me acababa de adjudicar el papel de hada. ¡¡Iba a ser la protagonista, la primera actriz!! ¿Había dejado de ser la última caca de la clase, la más tonta, torpe y fea, tal como me sentía? Me asaltaron deseos de sacar la lengua a más de una. De los muchos momentos exitosos y felices que en mi vida he disfrutado, aquel fue el primero, un resplandor en mi alma de niña.

En junio, para fin de curso, estrenamos la obra. Tras pronunciar con voz alta y clara las últimas palabras del texto:

—Desde ahora, dejarás de ser un dragón malvado. Te convierto en dragón bonachón para que ayudes con tu fortaleza a todas las personas de bien.

Un público compuesto por alumnos, papás, titos y abuelos se puso en pie para aplaudirme con entusiasmo. A la hora de salir a saludar, lo hicieron primero las rocas y los árboles, después los habitantes del pueblo con sus ropajes pardos de capucha. Le siguieron los dos niños que, desde su sudoroso interior, movían las patas y la cabeza del dragón. Por último, salí yo. Un estruendo, una explosión, varios minutos de aplausos me elevaron a la cumbre. Más allá del mismísimo cielo, alcé las palmas de mis manos y la mirada a las estrellas. En ese momento supe que nunca dejaría de ser actriz.

Cada curso, me adjudicaban el papel más importante en la obra que se iba a interpretar. Primero creció mi autoestima, luego lo hicieron mi estatura, mis caderas y mis pechos. Mi cara de niña se hizo mayor, abracé la adolescencia decidida a convertirme en una estrella de cine famosa. Aquella deseosa fantasía era alimentada también por las continuas declaraciones de amor y proposiciones de salir que me hacían, absolutamente enamorados y rendidos a mis pies, los muchachos del barrio y los compañeros de clase. Los hombres me dedicaban piropos por la calle, me decían palabras bonitas y algunas guarradas. No me lo tomaba a mal, pensaba que eran solo palabras, que, si realmente tuvieran la oportunidad, no harían esas cosas que decían que me iban a hacer. En tercero de B.U.P. ingresé en una compañía de teatro aficionado. También destacaba, era envidiada por mi arte interpretativo y por mi irresistible belleza. Cuando acabé el bachillerato no quise seguir estudiando, era el momento de dar el paso para convertirme en actriz profesional. Necesitaba un nombre más adecuado a la escena y al firmamento de estrellas que iba a conocer. Carmen Bell, como una campana que tocaba a rebato, ese sería mi nombre de guerra. El universo de la interpretación conocería pronto a la inigualable Carmen Bell.

Leí en un periódico que en Chiclana se iba a rodar una película llamada Caín, dirigida por Manuel Iborra, en la que iban a actuar Verónica Forqué, Antonio Resines y Carles Velat. Los habitantes del pueblo intervendrían como extras e incluso como actores. El director y la productora estaban haciendo una audición. No me lo pensé, corrí a mi padre:

—Por favor, papá, ¿podrías llevarme a Chiclana?

Una hora más tarde, estábamos cruzando en su Volkswagen Polo el puente Carranza. Un bello sol de primavera atravesaba las ventanillas y alegraba mi esperanza. No fue difícil encontrar el lugar donde se hacía el casting, pues no se hablaba de otra cosa en la localidad. El entusiasmo se podía respirar, se percibía en la atmósfera del pueblo, en las miradas de sus habitantes. Cien dedos índices sonrientes nos señalaron el camino hacia un colegio donde se seleccionaba a los actores. Esperé serena mi turno en una cola interminable donde mujeres mayores, desdentadas, soñaban con actuar en la *pinícula*. Los lugareños me observaban con admiración, decían:

—A ti te escogen, seguro.

Negaba con la cabeza poniendo un gesto de falsa modestia, aunque, en el fondo, estaba de acuerdo con ellos.

—La siguiente, pasa, haz lo que te indiquen.

Entré en el aula. Varios hombres y una mujer estaban sentados al final de la sala en sendos pupitres, sobre los que habían desplegado folios y bolígrafos. La mujer se levantó para entregarme un papel mecanografiado en el que se podía leer un monólogo corto.

—Eres una limpiadora que está realizando su labor. Mientras trabaja, habla en voz alta con ella misma. Puedes ir leyendo a la vez que actúas. Adelante.

Coser y cantar. En cuanto me vio, el director captó mi arte escénico, entendió que yo debía participar en la película porque la enriquecería. Tanto lo impresioné que se retiró casi una hora para hablar con sus ayudantes. Después me enteré de que había intentado asignarme el papel ya reservado para Verónica Forqué, quien hacía de madre de un alumno llamado Caín. Entonces yo tenía dieciocho

años, y mi cuerpo estaba totalmente formado. Haciendo uso del maquillaje para envejecerme un poco, podría representar ese papel. Estaba convencido, era el dueño de la productora, era él quien decidía. Sus colaboradores, más un enorme enfado de Verónica, lo persuadieron de que sería muy arriesgado asignarme el papel. Me tuve que conformar con un puesto de extra. No me desmotivé, todo lo contrario, aparecería solo en dos escenas, me bastaría para demostrar mi valía.

Dos veces más me llevó mi padre a Chiclana, pues para rodar las escenas en las que actuaba solo fue necesario un golpe de claqueta. Antonio Resines, quien hacía de director del colegio, estaba encantado con mi actuación, me daba consejos, me pronosticaba una carrera exitosa. Se mostró simpático y atento conmigo. Verónica, una vez que se le pasó el susto de perder su papel ante mi capacidad interpretativa, también se hizo amiga mía. Ella también estaba convencida de mi pronta carrera meteórica y quería arrimarse a la buena sombra que este joven árbol podría proporcionarle en breve. Justo después de terminar la segunda escena, entre los aplausos de los presentes y la satisfacción del director, se me acercó un caballero perfumado con colonia cara. Se presentaba bien vestido con chaqueta de lino de cuadros grises, camisa blanca y corbata color calabaza. Tendría cuarenta años:

—Buenos días, señorita, quisiera confesarle que estoy maravillado con su actuación.

Me quedé de piedra, aunque en el fondo sabía que mi interpretación había sido genial. El caballero prosiguió:

—Me llamo Mario de la Riva, dueño y director de una agencia de actores profesionales. Me dedico al descubrimiento y representación de nuevos talentos. Le repito que me ha sorprendido su actuación en la escena.

No sabía qué decir, me quedé cortada, era la primera vez que alguien me hablaba de usted. Dejé caer un tímido:

—Me llamo Carmen Bell. Por favor, hálame de tú.

—Gracias. Tienes mucho talento, puedes alcanzar un brillante futuro en el mundo del cine. Te entrego mi tarjeta y te ruego

que pases a visitarme a mi despacho en Cádiz a la mayor brevedad posible para hablar de la posibilidad de firmar un contrato profesional.

Se despidió educado. No quise perder tiempo, al día siguiente me puse guapa y me presenté en su despacho a primera hora. Había imaginado una oficina muy moderna de suelos de mármol brillante y paredes de cristal donde me atendería en la recepción una señorita vestida con traje de chaqueta que me enviaría en un ascensor de acero con teclas iluminadas en rojo a la planta quinta donde una secretaria, también en traje de chaqueta y pañuelo al cuello, me pediría con una sonrisa de dientes blanquísimos que me sentara mientras esperaba a que me atendiera el señor de la Riva. No fue así, era un bloque de vecinos de la avenida. En el quinto A, me abrió él mismo, alcanzó antes su perfume a mi nariz que su imagen a mis ojos. Me pareció un poco más mono que el día anterior. Me invitó a pasar. El pisito, convertido en oficina, era minúsculo. En lo que debiera ser el mini salón, se apiñaban una mesa metálica, dos sillas y un mueble archivador grises, custodiados por paredes pintadas en gris. El suelo había desaparecido bajo una infinidad de papeles amontonados en sillas y muebles. Se mostró considerado conmigo, me rogó que me sentara. Cuando logré hacerlo retirando un buen montón de carpetas, comenzó a hablar:

—Me alegra muchísimo que hayas venido. Tu arte escénico es único, te lo dice alguien que sabe encontrar talentos. No en vano, son muchos los actores a los que he representado que han acabado triunfando. Sin duda, tú lo harás. Antes de seis meses puedo conseguirte un papel destacado en una película.

No se me ocurrió preguntarle qué actores famosos había representado, simplemente lo creí, me ilusioné. Me propuso un contrato, le pedí tiempo para estudiar si ese contrato era digno de mi valía. Lo redactó en una máquina de escribir eléctrica, sus dedos volaban sobre las teclas, que impactaban sobre el papel sonando como una ametralladora. Me lo entregó, corrí a casa impulsada por la fuerza inagotable que imprime la ilusión. Después de consultarlo con mis padres, decidí aceptarlo. El día que firmé, me invitó a cenar en El

Faro. Se mostraba extremadamente simpático y empalagoso conmigo, me trataba como a una reina. En la cena, después de haberse tomado tres copas de tinto y un gin-tonic, se abrió a mí con rostro entristecido mientras me cogía la mano:

—Estoy casado desde hace diez años, tengo dos niños, uno de seis y otro de cuatro años. ¿Sabes?, mi mujer y yo ya no nos queremos, no sé qué ha pasado, nuestra relación se ha enfriado. Hace más de un año que no tenemos sexo ni ilusión por hacer nada juntos. Si seguimos casados es por los niños. He consultado a un psicólogo, me ha aconsejado que no siga, que es peor para los hijos porque captan la frialdad del ambiente familiar y es mejor para ellos dos hogares cálidos que uno solo de hielo. Ella no quiere, pero muy pronto voy a comenzar con los trámites de divorcio.

Sorprendida, un poco asustada y confusa, tragué saliva. No sabía qué decirle, apenas nos conocíamos, sin embargo, él me contaba aquellas intimidades de personas casadas que quedaban muy alejadas de mí todavía inocente adolescencia. Me invitaba a cenar todos los viernes, siempre en el casco antiguo, nunca en la avenida. Alagada por la confianza depositada en mí, estaba convencida de que yo era la única persona que sabía escucharlo. Me sentía bien a su lado, sabía que estaba enamorado de mí, dudaba si también yo lo estaba de él o solo me atraía la dependencia emocional que lo ataba a mi persona. Siempre caballeroso, me recogía en su BMW pequeñito, me regalaba una rosa roja o un colgante de oro y al final de la velada me dejaba en el portal de mi casa. Me decía a mí misma que aquello era como la canción *Rufino*, de Luz Casal.

Un sábado lluvioso y frío del mes de diciembre, me llevó a Jerez para invitarme a almorzar en el restaurante de una bodega. Envuelto en olor a vino fino, entre mesas de madera antigua, vajilla de loza y cazuelas de riñones al jerez, me confesó que estaba enamorado de mí y que había comenzado los trámites para divorciarse de su mujer. Pretendía que pasáramos la tarde en un hostel de la calle Higueras, donde había reservado una habitación. Le contesté:

—No sé qué siento por ti. Estoy muy a gusto a tu lado, aunque me doblas la edad. Me gustaría que nuestra relación, al menos hasta que me aclare con mis sentimientos, siguiera siendo estrictamente profesional.

Cambió su tono, desapareció lo merengue, lo amable, apareció un ceño fruncido y una agresividad que no le había conocido antes.

—¿Crees que las actrices alcanzan la cima, la fama, solo porque son buenas interpretando? Todas han pasado por más de una cama de agentes, productores o directores. La vida es así, yo no la he inventado, si quieres llegar tendrás que pagar un peaje, si no es así, puedes olvidarte, porque todos nos conocemos en este mundo, pronto sabrán que no tragas, y si no tragas...

—¿Te acuestas con todas las actrices que representas?

Volvió a cambiar a dulce y amable:

—No, soy un idiota, olvida lo que he dicho. Estoy enamorado de ti, por eso no puedo seguir siendo tu agente, aunque esté a punto de conseguirte una importante película. ¿No comprendes?, no puedo verte sin tenerte, es demasiado castigo y sufrimiento. Lo mejor es romper el contrato, no quiero hacerte daño ni que me lo hagas a mí.

Se tapó la cara con las manos, ¡pobrecito!, comprendí lo que estaba sufriendo tan enamorado, atado a una mujer a quien no amaba. *Al calor del amor en un bar* sonaba en ese momento. La canción, el miedo a perder mi contrato, el vino que ingería compulsiva, incitada por mis nervios y la compasión que sentía por aquel hombre hundido, diluyeron mi negativa.

—No quiero que te sientas mal, si quieres, vamos a ese hostel —dije nerviosa, deseosa de que me volviera a coger la mano sobre la mesa como solía hacer mientras me hablaba.

La recepción del hostel estaba atendida por un hombre obeso, muy moreno. Me dio la impresión de que conocía bien a Mario, aunque las palabras que intercambiaron no llegaron más allá que a dar las buenas tardes. El empleado tomó de un mueble colgado en la pared que parecía un panal, una llave de la que colgaba un círculo de plástico amarillo en la que se podía leer el número trece. En la

habitación, Mario me desvistió jadeante, impulsivo, rudo. Las copas habían adormecido mis escrúpulos, me sentía calmada. Colocó la gabardina, el traje y sus lustrosos zapatos en una silla de madera de pino. Quedó desnudo, dejando ver sus carnes blancas. Se puso un preservativo. El pene era pequeño, amarillento, nada parecido a la verga morena de Josemarí, un noviete de B.U.P. que me duró medio año. Desnudo, olía más a perfume. El tacto de su flácida piel era frío, su boca de alcohol me desagradaba, succionaba mi lengua con fruición. Descargó su excitación contra mi pasividad de brazos caídos, impactando contra una cama que taconeaba al ritmo del empuje de sus caderas.

Embriagado tras haber disfrutado las mieles de mi sexo, Mario se enamoró locamente. Su carita de cachorro y la baba que se le caía al mirarme me mostraban la necesidad que sentía por permanecer pegadito a mi lado, exhibiendo una absoluta dependencia de este amor irrenunciable. Lunes y jueves, sin faltar, me llevaba a Jerez, me invitaba a almorzar y me hacía el amor en el mismo hostel de la calle Higueras, donde yo esperaba paciente a que se desfagara, pagando así con la moneda exigida a una actriz el precio que había aceptado y naturalizado en mi interior. La vida es así.

Aseguraba, una y otra vez, que iba a dejar a su mujer, aunque le costaba trabajo dar el paso porque no quería hacerle daño. Era natural que se hubiera colado por mi persona, que deseara desposarme cuanto antes, también que se le atragantara dar el paso definitivo. ¡Me daba una pena! No sabía si de ella o de él. Me enternecí la historia de un amor apagado sin remedio, sobre todo cuando escuchaba en la radio la canción de Mecano *Me cuesta tanto olvidarte*. Se me caían las lágrimas. Un día le pedí:

— Enséñame una foto de tu mujer, tengo curiosidad.

Abrió su cartera verde de piel de Ubrique, me mostró una obra de arte que la hubiera podido firmar Picasso. ¡La pobre!, ¡qué fea era! Desagradaba a la vista con una nariz aguiluña ubicada más cerca de una oreja que de la otra. Los ojos parecían cabezas de alfiler y los dientes, una garrapiñada.

Un jueves, me recogió con su BMW gris plata para llevarme, como de costumbre, a Jerez para saciarse de la gran excitación que mi cuerpo le generaba. Nada más montarme en el coche, me miró exteriorizando una resplandeciente sonrisa. Me enseñó un ladrillo color crema con botones, números y una antena. Pregunté:

— ¿Eso qué es?

— Un teléfono móvil.

— ¿Para qué sirve?

— Para hacer llamadas telefónicas desde cualquier lugar.

— Para eso están las cabinas.

— No hay cabinas en todos los sitios. Es muy útil si te quedas tirado con el coche en la carretera. Sobre todo, es cómodo. Si quiero llamar ahora mismo desde aquí a quien quiera, puedo hacerlo.

— Tiene pinta de pesar más que la cabina entera.

— Sí, un poco.

— ¿Te ha costado muy caro?

— Eso es lo de menos. Hace diez minutos he llamado con este cacharro a mi amigo Juan Bollaín.

— ¿Un director de cine?

— Sí. Va a rodar pronto una película en Sevilla, su ópera prima, se va a llamar *Las dos orillas*, y...

Se me pusieron los vellos y la ilusión de punta. Me subió un cosquilleo por el estómago que me llegó hasta la coronilla.

— ¿Y? — pregunté ansiosa.

Me señaló su mejilla derecha con el dedo índice para que le diera un beso. Me lancé hacia su cuello, lo rodeé con ambos brazos para estamparle cien.

— ¿Y? — repetí con mi voz y mis ojos chispeantes.

— Te he conseguido un papel.

— ¡Eureka!

Mario rio haciéndose el misterioso, dándole un poco de pausa e intriga al momento, agudizando mi nerviosera.

— ¿Es importante ese papel? — pregunté.

— Mediano, me conformo, sé que en cuanto te vea se va a quedar prendado de ti. No descarto que te ofrezca uno mejor.

—¿De qué va la película? —preguntaron mis ojos abiertos como los de una lechuza.

—Te cuento lo que me ha adelantado. Simón es un realizador de televisión. Tras haber triunfado en América profesionalmente, vuelve a su ciudad, Sevilla, con su hijo Felipe, de once años, en un barco-vivienda con la ilusión de poder vivir en la orilla del río Guadalquivir. Pronto surgen problemas burocráticos tanto en una orilla como en la otra, pero Simón se las ingenia para poder permanecer en el río legalmente: veinticuatro horas en una orilla y veinticuatro en la otra. Simón y Felipe conocen a dos chicas gemelas, Icíar y Marina, con quienes establecen una gran amistad. Simón organiza una emisora de televisión en el barco que cuenta con la entusiasta y creativa colaboración de los vecinos de los alrededores. Esta experiencia crea problemas a Simón y sus colaboradores. Cansado, desanimado, decide abandonar Sevilla con su hijo.

—¿Crees que podría conseguir el papel de Icíar o de Marina?

—Eso es imposible, están ya adjudicados a Icíar Bollaín y a Marina Bollaín, hija y sobrina del director. Tiene pensado para ti el de una chica en un bar.

—Imagino que se va a rodar en Sevilla.

—Claro. Voy a alquilar un piso durante el tiempo que dure el rodaje. No pagarás nada, yo estaré yendo y viniendo.

—Lo consultaré con mis padres. No saben nada de lo nuestro.

—No tienen por qué enterarse, les dices que te quedas en un hotel, que te lo paga la productora.

—Vale.

El trayecto hasta Jerez lo pasé abrazada al mareante perfume de su cuello. Él conducía con dificultad. Ajenos al peligro, nos besábamos inconscientes, ignorando las eses dibujadas por el coche. Degustamos un buen almuerzo bien regado de marisco, vino, alegría e ilusión, brindando por mi futuro una y otra vez. En el hostel, por primera vez, sentí placer al acostarme con él. Abandoné mi actitud de sexo caído, le practiqué, y permití que me hiciera, guarradas de chupar y meter a las que antes me negaba. Imaginaba un futuro junto a él. De vuelta a casa, el aire suspirado a través de la ventanilla abierta

avivaba la alegría de dar la noticia a mis padres, cada kilómetro recorrido me acercaba a ese momento de gloria.

No recuerdo bien, será porque ahora estoy muerta, si era primavera o habíamos entrado ya en el verano cuando nos trasladamos a Sevilla. Hacía muchísimo calor, el primer día me dio una bajada de tensión, se me quitó con una Coca Cola fresquita. El piso alquilado era pequeño, no cabíamos los dos más las maletas. Los muebles oscuros eran más propios de una funeraria que de un hogar, la cocina casi inexistente, el colchón se hundía sobre un somier que se quejaba con su ñic ñac si pestañeaba, y un cuarto de baño plagado de cucarachas donde tenía que maniobrar para poder sentarme en la taza. En ese momento todo me daba igual, si hubiera sido una tienda de campaña, me habría parecido bien. Se encontraba en el barrio de Triana, muy cerca de la dársena, donde se iba a rodar el film.

Mi trabajo comenzó una fresca mañana, antes de que el calor paralizara la vida de la ciudad. Después de verme actuar, el director se empeñó:

—Tú harás de Iciar o de Marina.

Alguien le aclaró:

—El guion exige gemelas, si cambias a una de ellas por esta chica, ya no lo parecerán.

La verdad, no me parecía en nada, más quisieran ellas. Eran primas, pero igualitas la una a la otra. Juan Sebastián Bollaín cambió el guion, hizo desaparecer a las dos gemelas para que se convirtieran en una sola chica. Me adjudicó el papel a mí, mandó a su casa a las dos muchachas, quienes comprendieron, sensatas, que no podían compararse conmigo. El director enfrentó disgustos surgidos en el reparto y la familia. Se mantuvo firme, no podía renunciar al salto de calidad que yo, Carmen Bell, iba a proporcionar a su película. Fue intrépido, la valentía es una virtud que siempre admiré.

Mario venía desde Cádiz dos veces en semana. Se quedaba a dormir conmigo en el pisito sauna y se iba al día siguiente medio deshidratado debido a la cantidad de fluidos perdidos por poros y otros agujeros de su cuerpo. Lo consideraba mi pareja, lo despedía con un beso amoroso de cálida esposa. Durante el rodaje conocí a José

Luis Gómez, a la guapísima Amparo Muñoz, a Emilio Gutiérrez Caba, a un muchacho muy mono llamado Antonio Dechent. Como siempre, todos los hombres se arrastraban enamoraditos por mis encantos y las mujeres se ponían envidiosas de arañarse la cara. Me divertí rodando en el barco vivienda. Unas veces estaba atracado junto a la torre del Oro, otras en la orilla de Triana. Los días que Mario no venía, acompañaba a los compañeros a cenar de tapitas para ir después a bailar a una disco. No paraba de sonar, con su exagerado rebotar de tetas al aire, Sabrina y el *Boys, boys, boys*. Alguna velada llegaba un poco piripi al piso. Al día siguiente me costaba levantarme. Eran días de vino y rosas: el triunfo profesional, el amor de Mario, la amistad de los compañeros de rodaje, el orgullo de mis padres.

La película se estrenó en octubre de 1987 en Sevilla. El cine abarrotado, a reventar, las mujeres de tiros largos y lentejuelas, los caballeros de esmoquin. Me sentía elevada sobre una nube de plata, me dolían los labios de dar besos, de responder gracias a las felicitaciones recibidas y la mano de firmar autógrafos. La cabeza mareada de tantos halagos y flashes disparados desde los cuatro puntos cardinales. Mis padres vinieron a verla. Me preocupó que, cuando les pregunté qué les había parecido la película y mi actuación, me contestaron:

—Nos ha gustado mucho, pero a ti solamente te hemos visto en las escenas del bar. No dices ni una palabra, creíamos que eras la protagonista.

No sé qué les ocurriría, tal vez un principio de demencia o el Alzheimer, ese que les entra a las personas mayores, aunque ellos no eran todavía viejos, andaban por los cincuenta y algo. La cinta fue galardonada con los premios a la mejor película y el del público en el Festival Internacional de Cine Latinoamericano de Biarritz. También el premio de la Asociación de Escritores Cinematográficos de Andalucía. Fui nominada en la segunda edición de los premios Goya para mejor actriz junto con Verónica Forqué, Victoria Abril e Irene Gutiérrez Caba. Se lo llevó mi amiga Verónica por su interpretación de Ana Chamorro en *La vida alegre*. Al terminar la ceremonia, me

acerqué para felicitarla. Tras los dos besos de rigor, me confesó al oído:

—Has sido la mejor, mereces este Goya.

Después del éxito de mi actuación en *Las dos orillas*, me llovían las ofertas. Me llamaron para *El Lute 2*, Francisco Reguero me quería para *Diario de invierno*, Rafael Moleón para *Batón Rouge*, Carlos Saura para *El Dorado*, Antonio Mercero para *Espérame en el cielo*. Entendía su entusiasmo, pero no me podía dividir, no podía atender a todos, había que decidirse por una de ellas. Yo no sé cuántas veces llamó Pedro Almodóvar a Mario, de día y de noche, para convencerlo. Hasta se personó en Cádiz para ponerse de rodillas delante de él y rogarle que aceptara la oferta, pues sabía que la película sería un exitazo si aparecía yo en el reparto. El papel que me ofrecía era para encarnar a Candela, una muchacha andaluza, amiga de una tal Pepa, que llega a la casa de esta en busca de ayuda después de haber mantenido relaciones con un terrorista. No aceptamos ninguna oferta porque no eran acorde con mi valía. Sabíamos que Hollywood pronto llamaría a nuestra puerta, decidimos esperar.

La noche de fin de año en la que daríamos la bienvenida a un feliz 1988, Mario la iba a disfrutar conmigo en una cena con cotillón en el hotel Atlántico. Mirando al mar, bailando entre globos dorados y botellas de cava, sellaríamos nuestra unión para siempre. Cerraba los ojos para retener aquellos momentos de felicidad y saborearlos lentamente. Era la primera vez que nos íbamos a ver fuera del horario de trabajo, pues él mantenía todavía nuestra relación en secreto porque no quería hacerle daño ni a su mujer ni a sus hijos. Harto de no poder gozar de nuestro amor con libertad, tomó coraje para comunicarle a la gansa de su esposa que estaba muy enamorado de mí y que iba a dejarla. La misma tarde del día 31 de diciembre, cuando Mario se preparaba en su casa para venir a buscarme, la mujer se tomó una caja de pastillas y desmayó su desgarrado cuerpo delante de él, sobre sus brillantes zapatos listos para una noche de ensueño. Me llamó:

—La llevo al hospital, no podré pasar la noche contigo porque no puedo abandonarla ahora y de esta manera.

Lo comprendí. Admiraba la humanidad de ese hombre. Me quité el traje negro, los taconazos y las braguitas rojas de lencería fina para ponerme el pijama y las zapatillas.

Cené tranquila con mis padres y mis hermanos. No faltó el marisco, ni el albariño, ni el cava. Después de tomar las uvas, Juande y Lola fueron a un cotillón, mis padres se acostaron. Me quedé esperando, por si llamaba Mario, acompañada de una botella de cava recién descorchada de la que solo tenía intención de tomar una copa. Me acosté después del amanecer, cuando mis hermanos aparecieron por casa. Me sentía orgullosa, alegre por la integridad de mi hombre y por el dulce sabor del cava que acompañó el programa de televisión en el que a Sabrina se le salió una teta, ¡qué risa! Me había bebido una botella y media. La habitación daba vueltas alrededor de mis sentidos entumecidos. Antes de irme a la cama, hice una visita al inodoro para vomitar.

Seguí viéndome con Mario lunes y jueves en el hostel de Jerez. El recepcionista obeso me saludaba cuando llegábamos y me preguntaba por mi familia como si me conociera de toda la vida. Había cogido confianza, cosa normal porque frecuentábamos la habitación dos veces en semana. Mario me prometió:

—En verano dejaré mi casa definitivamente para vivir contigo, me da igual si mi mujer comete una locura.

Me pareció buena idea que él, siempre tan honesto, le estuviera dando a su esposa y a sus hijos un tiempo para que se fueran haciendo a la idea.

Llegaban ofertas de trabajo de España, de Europa e incluso las esperadas de Hollywood. Ninguna era digna de mi arte interpretativo. En el mes de octubre tuve un retraso alarmante en la regla. Después de un poquito de pipí, el punto rosa del Predíctor me colmó de ilusión. «¡Voy a ser madre!», repetía y repicaba la alegría dentro de mí. Cierto que tal vez supusiera un paréntesis en mi carrera, pero imaginarme la carita de ese ser que iba a formarse en mi vientre me entusiasmaba más que la consecución de un Óscar. Mi

corazón rebotaba contra mi pecho, mis piernas se disparaban con ganas de bailar, mis labios cantaban por Eros Ramazzotti. En la bodega donde solíamos almorzar, mientras Mario enumeraba las nuevas y numerosas ofertas recibidas esa semana, le solté de sopetón:

—Vas a ser padre.

De la ilusión que le causó la noticia se le puso la cara lívida, se atragantó con el sorbo de vino que acababa de dar. Se aflojó el nudo de la corbata y preguntó:

—¿Qué dices?

—Estaba de una falta, hoy me he hecho el Predíctor y ha dado positivo. ¿No te parece maravilloso? Ahora tu mujer comprenderá que debe dejarte formar tu nuevo hogar, tu nueva familia.

—Pero, ¿estás segura?

—Dicen que el Predíctor no falla.

Mario se levantó y se dirigió al teléfono público de la bodega porque el ladrillo que usaba para llamar no siempre funcionaba. No podía contener su alegría y necesitaba compartirla, imaginé que iba a comenzar a llamar a hermanos y amigos para dar la buena nueva. Cuando volvió, su rostro reflejaba una satisfacción absoluta. Me dijo:

—He llamado a mi amigo Matías, es ginecólogo. Sí, me ha confirmado que cuando el Predíctor da positivo, no falla. Me ha dicho que si quiero te hace las pruebas, pero que no es necesario. Me ha dado cita para que vayamos mañana a su consulta y nos informe bien de los pasos que has de dar para abortar.

¡Qué hombre tan integro! Era capaz de sacrificar su anhelo de tener un hijo conmigo con tal de no perjudicar mi carrera. Contesté sonriendo:

—No, yo no quiero abortar, quiero tener el niño, formar una familia. Ya retomaré mi carrera dentro de un año o dos. Sabes que no me faltarán contratos.

Pensé que en el hostel íbamos a disfrutar del momento abrazados, desnudos, besándonos, acariciándonos, haciendo el amor de la manera más tierna, esperanzados ante nuestro lindo porvenir familiar. No fue así, me llevó directamente a casa. En el coche no dijo una palabra, no quería romper el sueño con palabras. Al día siguiente

lo llamé, no me cogió el teléfono. Estuve todo el día marcando su número, pues sabía que iba a pasar la jornada en el despacho, pero nada. Alarmada, pensé que le había ocurrido algo y me presenté en la oficina, toqué al telefonillo, contestó él:

—No puedo recibirte en este momento.

No me permitió subir. Volví caminando a casa bajo un aguacero que me calaba. Sumergida en mis pensamientos, intentaba descifrar qué estaba ocurriendo, ni siquiera se me ocurrió abrir el paraguas. Dos días después me llamó para citarme, acudí ansiosa de respuestas. Estaba acompañado de un amigo suyo que era abogado, supuse que era por eso que no me había dado un beso cuando entré. El tío tétrico, más serio que un entierro, todo trajeado de oscuro, era largo como un día sin pan y más feo que Picio, con la cara así como picada. Mario estaba serio, no me invitó a sentarme, me alargó un papel y me dijo muy seco:

—Firma.

No sé qué decía aquel documento porque lo firmé sin mirar. Viniendo de él no podía ser nada malo, lo último que merecía ese hombre tan cabal era desconfianza. En cuanto acabé el garabato, Mario me tomó del brazo y me llevó a la entrada del despacho, me hacía daño. Abrió la puerta y me espetó:

—No quiero verte nunca más. Si me molestas, te denuncio a la policía.

Quedé desconcertada, aturdida, no entendía nada, no se había puesto así de antipático desde la primera vez que le dije que no me quería acostar con él. En casa lloraba en la cama hasta deshidratarme, enroscada sobre mí misma. Ahogada en lágrimas y mocos, no entendía qué le había pasado a aquel hombre que tanto me amaba, justo cuando la vida y el futuro más nos sonreían. Le daba vueltas y más vueltas a la cabeza para hallar un porqué, pero no encontraba la respuesta. Si yo era la mujer de su vida, ¿por qué se comportaba así? Mis padres no se movieron de mi lado, me apoyaron en mi deseo de tener a la criatura, decían que mientras ellos vivieran no le faltaría de nada. Les pedí que me compraran una botella de

brandy para poder tomar una copita de vez en cuando y aguantar así mejor el tremendo dolor en el que estaba sumida. No quisieron.

Sufría cada minuto. Mil cuatrocientas cuarenta veces al día padecía un dolor agudo que me desgarraba. Me mantuve firme, no volví a ver a Mario. No deseaba molestarlo, aunque no entendía qué tremendas presiones lo apartaban de lo que más amaba en la vida. Mis padres no querían saber de él, no le exigían nada. Creo que el nacimiento de su futuro nieto, o nieta, alegraba y llenaba su recién estrenada vejez. Estaban dispuestos a ayudarme en lo que fuera necesario, les hacía ilusión que viviéramos en su casa para así criarlo. Compraron ropitas, la cuna, un moisés y peluches; toda una jungla de animales de peluche. Parecían rejuvenecidos, con menos canas y menos kilos, y sus ojos brillaban con luz renovada. Si era niño, Miguel, como mi padre. Si niña, Esperanza, porque ese nombre reflejaba lo que mi alma sentía en ese momento.

Los agentes de actores llamaban continuamente deseosos de poder representarme, el mismo Carlos Saura me requirió para *La noche oscura*. Yo había decidido esperar a que la criatura cumpliera al menos dos añitos para retomar mi carrera. Mi vida estaba consagrada a la personita que se formaba en mi vientre. Entendía la decepción que causaba en el público mi decisión, también entendía que debía pensar antes en mi bebé que en los demás. Dejé de tomar alcohol para no hacerle daño a la criatura, ni una sola gota en ocho meses. No me costó, la responsabilidad me inyectó una fuerza de voluntad inesperada.

El día 22 de mayo me puse de parto. Mis padres me llevaron al Hospital Universitario Puerta del Mar. Estábamos ilusionados, nerviosos, mi padre no encontraba la llave del coche que ya había cogido y que se había metido en el bolsillo del pantalón. A las tres de la madrugada nació la niña. Aunque aturdida por el dolor físico, las intensas luces del paritorio y el olor a desinfectante, la oí llorar bien fuerte como trompetas del cielo. Esperanza pesó tres kilos y medio. La vi solo un momento. La matrona, una mujer dulce y redondita, me dijo que estaba bien y que era una niña preciosa. Había tragado líquido amniótico y se la habían llevado a la incubadora para

observarla. Nada importante, me quedé tranquila, estaba en buenas manos.

Mis padres, mis hermanos y yo misma la vimos en el nido, a través de los cristales, durante dos días. Era una hermosura, sonrosada, sana, con sus rosquitas en las piernas. Me parecían siglos las horas que faltaban para abrazarla, besarla, olerla, darle el pecho. Al tercer día, de noche, cuando me encontraba sola en la habitación del hospital, recibí la noticia. Me la dio una enfermera muy fría, de carnes muy morenas y dientes de sarro apiñados. No me miraba a los ojos, miraba al suelo mientras hablaba:

—La niña ha fallecido. Lo siento mucho.

¿Qué?, ¿cómo? No podía creer lo que aquella mujer me estaba diciendo, así de sopetón, de una manera tan escueta y con tan poco tacto. No, aquello no era verdad, simplemente estaba viviendo una pesadilla, o tal vez se habían equivocado y la niña que había muerto era otra y le estaban dando la noticia a la madre que no era. En cuanto despertara, volvería a la realidad. Me había vuelto de corcho. Aun así, sin creerlo, quise ver a la niña. No me lo permitieron, decían que era mejor que no la viera. A la mañana siguiente, un médico también muy frío, que tampoco me miraba a los ojos, dijo a una enfermera:

—A esta mujer le pones una inyección para que se le retire la leche y que se vaya para su casa.

Me aplasté contra la realidad. No era un sueño, no era una broma macabra, no había equivocación, querían robarme a mi hija. Intuía que no estaba muerta, que me la habían quitado. Grité, aullé, lloré, supliqué, arrastré mi cuerpo por el suelo de la habitación, me arañé la cara. Seguían sin dejarme verla. Mis padres llegaron de mañana, se enteraron de la noticia, se derrumbaron abrazados el uno al otro. Tardaron más de una hora en pronunciar una palabra, el llanto no les permitía vocalizar. Les referí mis sospechas y les rogué que fueran a ver el cuerpo, ya que a mí no me lo permitían. Mi padre se armó de valor, dio media vuelta y salió de la habitación para dirigirse al encuentro de la peor experiencia de su vida. Cuando volvió, me dijo:

—Me la han mostrado, está muerta.

Dos enfermeras nos informaron que la habían bautizado y la habían registrado con el nombre de María. Se ofrecieron a darle sepultura con la beneficencia. Mi madre no aceptó porque tenía un nicho en propiedad donde estaba enterrado mi abuelo, en el cementerio de San José, y quería que Esperanza descansara allí.

Al salir del centro hospitalario con el alta en la mano, no me facilitaron ningún otro papel, como si no hubiera tenido al bebé. Ingresé con infinita ilusión, salí sin nada, con un enorme hueco en mi vida que no sabía cómo iba a cubrir. Días después volví al hospital acompañada de mi hermano Juande, había decidido preguntar al capellán, quien consultó en un libraco enorme muy bien encuadernado en piel de color rojo. Sus dedos descendían sobre renglones, ascendían y volvían a repasar lo ya repasado. No aparecía apunte alguno ni tenía recuerdo de que hubiera sido bautizada una niña con el nombre de María. En el Registro Civil no constaba ninguna anotación, en el hospital no me facilitaban los papeles. Alarmada porque la niña no aparecía en ningún registro, me puse muy pesada en maternidad, grité con todas mis fuerzas sin importarme el escándalo y amenacé con denunciarlos. Conseguí los informes médicos. En ellos había contradicciones claras, decía que no había llorado, cuando yo misma la oí. El parte de defunción certificaba que había muerto a las tres horas de nacer de insuficiencia cardiorrespiratoria y que era sietemesina. Nada de eso era verdad, pedí ver a los médicos para que me aclararan, no se me permitió. Alguien llamó a la Policía Municipal. Media hora después, dos agentes nos sacaron a mi hermano y a mí del hospital.

Me negué a asistir al entierro porque Esperanza no había muerto. No sabía qué era a lo que le iban a dar sepultura, pero sí que no era mi hija la que estaba metida en ese pequeño ataúd. Enterraron la cajita blanca en el mismo nicho donde descansaba mi abuelo. Me sentía hundida y esperanzada a la vez, deprimida y fuerte, con emociones contrapuestas porque mi niña estaba viva, pero no a mi lado. Esa misma tarde compré en el supermercado una botella de brandy.

7

«Después de contarnos que creías que te habían robado a la niña en el hospital, la abuela se ha sentido fatigada, indispuesta. Ha comenzado a llorar sin parar, de una manera desconsolada. Su cuerpo entero temblaba. Nos hemos visto obligados a concluir esta primera sesión con Bárbara y Neme. Le he administrado un ansiolítico de rescate que le prescribió su médico para estos casos. Ahora está dormida, agotada.

No puedes imaginarte, mamá, cómo me conmuevo cuando oigo hablar de ti. La abuela me había contado historias sobre tus aventuras, pero lo hacía empleando un tono acaramelado, incluso cuando dejé de ser niña, pues siempre pretendió que tu imagen permaneciera en mi retina y mi memoria como una heroína de cuento de hadas. Hoy lo ha hecho de otra manera, como si quisiera mostrarse sincera con la realidad. Ha dado a su relato un aire de oficialidad, tal vez influenciada por nuestros interlocutores y por la revista en la que se va a narrar tu biografía de forma escrita y gráfica. ¿Sabes? En vez de desaparecer ese halo idealizado que te envuelve ante mi mirada, me has parecido más valiente que nunca por parecerme más humana. No conocía tu relación con ese tal Mario, ni lo de tu embarazo, ni la niña nacida muerta. Si tu historia ya era digna de un guion de película, imagínate ahora. No entiendo por qué abuela no me lo contó antes; imagino que a ella, igual que a mí, la avergüenza la culpa por haber estado años sin saber de tus andanzas. Debes de haber sufrido mucho. Quiero que sepas que no me mueve ningún sentimiento de rechazo por la ausencia de una madre. Mi cariño hacia tu persona se incrementa a medida que voy conociendo detalles de tu tortuosa existencia.

A Daniel lo he notado fuerte, creo que se parece a ti. Bárbara está encantada con tu historia y con el material que le voy a enviar mañana por correo electrónico. Se ha mostrado muy nerviosa y ha preguntado insistente sobre las dudas que albergabas sobre la muerte de tu hija. No puedo ni quiero asegurarlo, pero estimo que ha sido ella la que ha desencadenado la crisis de la abuela con tantas preguntas que hacía de manera compulsiva. Estoy convencida de que Neme también se siente satisfecho. Él no lo verbaliza, es un hombre muy raro. Hemos fijado cita para la próxima sesión el día 28 de febrero, en la que abuela volverá a sumergirnos en el mar tormentoso de tu vida. Buenas noches, mamá, muchos besos». Rocío apaga la luz de la lamparilla de la mesita de noche, es tarde, mañana tiene que madrugar.

Se terminó la videoconferencia, Bárbara no ha pestañeado, ni siquiera se ha levantado a hacer pipí. Si algo atrae su atención, la absorbe. Le pasa desde pequeña. Cuando veía los dibujos animados de *Pokémon*, se quedaba hipnotizada por el televisor. La abuela de Rocío se ha puesto nerviosa y se ha sentido indispuesta. «Pobrecita mía, me ha recordado a mi madre, me ha dado mucho sentimiento. Tremendo el ataque de llantina que le ha entrado, parecía que se iba a volver del revés. Es cierto que yo soy muy intensa, pero no podía ni imaginar que la señora se iba a poner como se ha puesto, ¡qué barbaridad! Cuando me enteré de la sospecha que Carmen albergaba de que le habían robado a su hija, me subió un sudor frío chichi arriba que me llegó hasta el cuero cabelludo, que se me ha puesto de gallina con escarpas. No he podido quedarme callada, normalmente no puedo, hoy menos aún. Si soy muda, reviento. No entendía la normalidad con la que la madre de Carmen se tomaba la sospecha de su hija».

Cuando Bárbara preguntó por qué no había creído a su hija, la abuela contestó:

—Carmen era muy fantasiosa.

«¿Carmen era muy fantasiosa?, ¿ya está?, ¿y aquí paz y después, si te he visto, no me acuerdo? No puedo con eso».

Ahora que la videoconferencia ha terminado, los ordenadores se han desconectado y las aguas emocionales vuelven a su cauce; y aunque es tarde y los relojes ya han pregonado que es medianoche, Neme pregunta a Bárbara:

— ¿Qué te ha ocurrido esta tarde?, ¿por qué te pusiste así?

— ¿Qué me ha ocurrido? Ahora te cojo por banda para contarte algo que no había dicho a nadie. Y mira que me a mí me gusta darle a la sinhueso, pero esto, a nadie. Miento, mento; una vez le comenté algo al cara cartón. Tú sabes que cuando yo era joven comencé a estudiar medicina, pero que solo hice dos cursos porque tenía la cabeza a las tres de la tarde y pensaba más en ligarme al macizo de la carrera que en estudiar. La única anatomía que me interesaba era la masculina. Me acuerdo de Juan Carlos, ¡qué bueno estaba el tío! Rubio y con tableta de chocolate por abdominales. Se lo quité a la Luisi, que era muy guapa y tenía un tipazo, pero panfilita *perdía*...

— Bárbara, al grano. Sí, sé que comenzaste a estudiar medicina.

— Estudiar, estudié poquito, pero me dio tiempo a saber que yo no era hija de mis padres. Ahora esperaba que hicieras un gesto de sorpresa. Se me olvidaba que eres tú con quien hablo. Mira, mis padres eran los dos del grupo sanguíneo 0 y Rh negativo. Yo tendría que haber salido también 0 negativo, sin embargo, soy todo lo contrario, AB positivo. Así que o soy adoptada o soy una niña de esas que robaron. ¿Te imaginas? Si soy adoptada, la única falta es habérmelo ocultado. Si soy una niña robada... Prefiero no pensarlo, porque lo considero el peor delito, el peor pecado que pueda cometer un ser humano. Solo sospechar que mis padres hubieran podido arrebatar con mentiras a una mujer el fruto de nueve meses de padecimientos e ilusiones para satisfacer su egoísmo, y dejarla hundida en su dolor, me aterra. Incluso el matar es más perdonable. No sabría qué hacer con mi madre.

— ¿Se lo dijiste a ellos?

—No, me daba como vergüenza, mira qué tonta. Yo, con vergüenza, vamos, lo nunca visto, ni cuando se me salió una teta en clase de gimnasia y no me di cuenta hasta que pasó un rato. Pese al cachondeo generalizado, me quedé fresca como una lechuga, y eso que sé que al profesor se le empinaron el *mandao* y el bigotazo ese que se manchaba con la espuma del café. Pues con este tema, cara de pimiento morrón. Y mi madre está ahora como para preguntarle, con la cabeza en la quinta nube, no se acuerda ni de quién soy, ¡que de eso me da una pena! Con el testimonio de esta mujer me ha dado un vuelco el corazón. Todo el que conoció a Carmen dice que nos parecemos mucho físicamente, y ya has visto las fotografías, ¡vamos!, que somos clavadas. Yo no me parezco en nada a mi madre, ni a mi hermana. Ni en el físico ni en el carácter. Además, que en esos años mi padre, capitán de corbeta, estaba destinado en San Fernando. Yo nací en Cádiz, pero en ningún hospital. Un médico militar atendió a mi madre en casa y firmó el certificado de nacimiento. Muy extraño para ser 1989, pues a esa altura del siglo XX ninguna mujer daba a luz en su casa. Nací el 26 de mayo de 1989, justo el día en el que le comunicaron a Carmen que su hija había muerto. Neme, creo que soy la niña que le quitaron a Carmen. Ahora viene cuando dices que estoy *chalá*.

—Sería demasiada casualidad que hubiéramos encontrado con nuestras investigaciones precisamente a tu madre. Yo no creo en el destino, es imposible.

—Imposible no, improbable. Eso lo aprendí en la peli *Piratas del Caribe*. Además, que el mundo es un pañuelo. Lleno de mocos, pero un pañuelo.

—Tienes una hermana mayor que tú. Si tus padres eran fértiles, ¿por qué iban a robar o comprar una niña?

—Tienes razón.

—Podría ser adoptada ella también.

—Eso sí que no puede ser. Mi hermana es una fotocopia de mi madre: la misma chepa, los pelos estropajosos, la casi ausencia de tetas y el mismo genio *avinagrao* y *malaje*.

—¿Sabes su grupo sanguíneo y su Rh?

—0 negativo. ¡Bingo! No hay duda de que son oveja con su pareja.

—Pues, no lo entiendo. ¿Le has contado esto a alguien?

—Sí, ya te digo que al cara cartón. Un día vi un reportaje sobre los niños robados en España y le dije que creía que yo no era hija de mis padres. Montó en cólera, dijo que todo eso eran inventos de periodistas ávidos de carnaza que solo querían reavivar el pasado y echar a pelear a los españoles. Me prohibió que viera televisión «progre» y me dijo que estaba loca. Quiero hacerme pruebas de parentesco, se lo voy a sugerir en la próxima videoconferencia a Rocío. Me da miedo, porque si es cierto que soy hija de Carmen, no sabría qué hacer con mi madre, si romperle la cabeza o denunciarla. ¿Cómo voy a denunciar a esa mujer que tanto quiero y que está perdida en su desmemoria? ¿Cómo me voy a callar semejante crimen? Claro que, Rocío lo sabría, y no puedo pedirle que no actúe. Aun así, la verdad es la verdad, se lo propondré.

—La prueba de hermandad vía materna mitocondrial sirve para demostrar vínculos de parentesco entre hermanas de la misma madre. En caso de que fueras la niña robada, serías medio hermana de Rocío. La prueba determinará si sois ambas hijas de la misma madre.

—Quiero hacérmelo. ¿Es muy complicado?

—Necesitarás una muestra de Rocío. Si ella está de acuerdo, lo mejor es que vayas a Cádiz y allí os personéis las dos en un laboratorio de biotecnología.

—¿Es difícil tomar esas muestras? Yo me cago con estas cosas. Veo una aguja y me caigo redonda al suelo. Tú lo sabes. Más de una vez has tenido que ponerme las patas por alto porque, con los ojos así vueltos, he dado el espectáculo.

—Nada, imagino que con un hisopado bucal o una muestra de cabello bastará.

—¡Eres un libro abierto de Petete! Para algo te tenía que servir el cabezón que tienes. Son más de las doce, ya es el día de los enamorados. Me compraré una cuña de chocolate para tomármela

con un cafelito, yo sola conmigo misma. No le voy a dar ni a mi hija. Me voy a mi casa, que es muy tarde. Adiós, blanca flor.

Hace un mes, Perfecto y el subinspector Samuel visitaron Haftarad. Invirtieron una jornada completa, llegaron cuando los gallos anunciaban el alba, retornaron a Sevilla casi a medianoche, colmados de quesos, chorizos y morcillas. «Nos vendrán bien para mitigar el intenso frío que está consumando este mes de febrero. La gente del pueblo es muy amable, sobre todo al tratarse de la policía, lo confiesan todo como si estuvieran siendo interrogados por un fiscal». Pudieron recabar información sobre «la muy oscura historia del señor Némesis y la de su familia. No suelo errar, tal como preveía, lo que nos han referido incrementa aún más mi certeza de su implicación en la desaparición de la señorita Alicia Isabel Maqueda». Esa certeza se incrementó el pasado jueves cuando Neme telefoneó a Perfecto para notificarle que había recibido una segunda carta. El inspector le ordenó que compareciera solo, sin Bárbara, porque encontrarse cerca de ella lo pone nervioso, le comprime el pecho, desbarata su serenidad y su virtuosa paciencia. «Desgraciadamente, concebimos una hija, lo que me condena a padecer a esta mujer toda la vida. Lo considero, y así lo acepto con resignación, un merecido castigo de Dios por el divorcio. Yo me opuse porque es contrario a la ley divina, mas en estos tiempos de depravación que sufrimos, basta que un cónyuge simplemente lo demande para que un magistrado lo decrete. ¡Un juez! Solo el Altísimo puede erigirse en juez misericordioso, aunque implacable».

Irene abrió la puerta, no es necesario que llame, sabe que así lo exige el inspector. «No me gustan los pestillos en las puertas, pueden esconder indecencias».

— Señor inspector jefe, don Némesis ha llegado.

— Gracias, Irene, hágalo pasar si es tan amable.

Neme, «ese extraño ser», accedió al despacho, no articuló una palabra, ni siquiera dio los buenos días. Fue invitado a sentarse con

un gesto de manos. Antes de posar su apático trasero en la silla de confidente, extrajo un sobre del bolsillo del pantalón y tendió el brazo para entregarlo. Haciendo gala de esa virtud de estoicismo que siempre ha adornado a su persona, excepto si se trata de su exmujer, Perfecto rogó:

—Por favor, extraiga la carta del sobre y despliéguela sobre mi mesa para que pueda leerla sin hurgarla.

Neme ejecutó la orden con una lentitud que a Perfecto le pareció irritante y que estuvo a punto de romper su entereza. En la carta se podía leer:

«En cierta ocasión oí a un repugnante coleccionista de frases maravillosas asegurar que no dejamos de jugar porque nos hacemos viejos, sino que nos hacemos viejos porque dejamos de jugar. Infancia y senectud, los polos se tocan hasta convertirse en la misma esencia. Parece que has decidido participar en el juego que te propuse. Para obtener el valor total de la alegría, debes tener a alguien con quien dividirla, decía Mark Twain. No quiero apuntar que me alegre, porque nosotros ni nos alegramos ni nos apenamos por nada, pero considero digno de elogio que intentes salvar a la chica. El miedo es un sufrimiento que produce la espera de un mal, Aristóteles. La princesa está bien, asustada, un poco más delgada, aunque su estado de salud es bueno. La vida es como el ajedrez, cada decisión que tomas es una jugada que define tu futuro. No la he violado ni pienso hacerlo, nosotros no padecemos deseos sexuales ni amorosos, no le voy a hacer daño, excepto, como ya sabes, si alcanzamos el final de esta partida y aún no he sido detenido. ¡Jaque mate!

Sentir es un pensamiento extravagante. Pessoa. ¿Has sentido con la primera carta? He de confesarte que me encuentro más vivo, un soplo de aire fresco se ha colado en esta tumba con olor a moho, húmeda, fría y oscura que es mi alma. La perseverancia es la base de todas las labores. Porque persevero en seguir experimentando sensaciones, te envió la segunda pista-prueba. En la calle Afán de Ribera, en el número 133, se encuentra una librería. Adherido sobre el rótulo, justo encima de la palabra “librería”, encontrarás un sobre.

Te recuerdo que estas pistas te revelarán dónde trabajo. En el momento que lo descubras, sabrás quién soy. Sin más, me despido hasta la tercera. Todo nuevo comienzo proviene del final de algún otro comienzo.

Arlequín.
Alguien que es como tú».

—¿Cuándo ha recepcionado la carta? —preguntó Perfecto.

—Esta misma mañana.

—Sigue rubricando como «Arlequín. Alguien que es como tú».

—Sí, ya le comenté que creo que en esa firma está la clave de su identidad.

—Yo, ahora, también lo considero.

«Omití que estoy convencido de que ese tal Arlequín es él mismo. Conozco que mi ex le puso el nombre a la revista digital de una manera irónica, pues ella no cultiva nada propio de princesa y él nada de burlón ni de gracioso. Tampoco es Pierrot, sin embargo, no deja de referirse a su persona el término Arlequín». Perfecto no malgastó su «valioso tiempo» escuchando las «ocurrencias» de Neme. Sin dar oídos a las razones por las que «el engendro» suponía que en esa frase reside la clave de la identidad del criminal, dio por terminada la entrevista e hizo salir a Neme del despacho mostrándole su agradecimiento. Después de que Conchi higienizara sillas y mesa y abriera bien de par en par el ventanal, emplazó a Irene para que trasladara la carta al laboratorio. Comisionó a una patrulla para que se personara en la librería de la calle Afán de Ribera. Los agentes hallaron un sobre, nuevamente fijado con silicona, lo despegaron del luminoso y lo llevaron al inspector jefe, quien procedió a abrirlo con las manos enguantadas. El sobre contenía una foto obtenida con una cámara Polaroid. En ella se apreciaba un muslo de mujer joven en el que se distinguía una mancha en la piel en forma de trébol. Perfecto informó de inmediato a los padres de Alicia, quienes acudieron para corroborar:

—Esa pierna es de nuestra hija, tiene una mancha de nacimiento con esa misma forma, lo que vulgarmente se conoce como un antojo, es ella, sin duda. Al menos, sabemos que está viva, gracias a Dios.

La foto está tomada muy de cerca, no se observa nada más que pueda ofrecer a la policía alguna pista. El material fue remitido a laboratorio para su estudio químico, ayer se mostraron los resultados: ni una sola huella digital. Material antiguo, tanto el papel como la cámara, adquirido hace muchos años o recientemente en algún mercadillo, nada digno de ser tenido en cuenta. Fueron enviados, por puro trámite, dos agentes a indagar en mercadillos e interrogar a vendedores.

Perfecto razonó que no debía esperar más, no le cabía duda, Neme estaba implicado en el caso. Solicitó a la jueza orden de registro del domicilio que le fue concedida al momento. Varios agentes procedieron a la inspección en la tarde de ayer. El timbre sonó amenazante, los golpes de puño contra la puerta retumbaron en el vacío de la escalera, voces que gritaban «policía, abra» alarmaron a la comunidad. Neme abrió la puerta para encontrarse con rostros airados y enrojecidos que entraron en el piso en desbandada de agentes. El piso es muy pequeño y está casi vacío. En media hora ya habían vaciado los cajones y despanzurrado el colchón. Después de una búsqueda exhaustiva en la que registraron hasta en la cisterna del baño, no se localizó nada sospechoso. Cuando los agentes se marcharon, Neme comenzó a recoger y ordenar lo que el tornado había tirado por el suelo. Fue requisado el ordenador, está siendo analizado. El hecho que no use redes sociales ni teléfono móvil facilita la labor.

Hace quince minutos, Irene ha informado:

—Señor inspector jefe, la señora Bárbara Ariza solicita verlo.

—Dígale, por favor, que hoy no puedo atenderla.

Se oyen gritos fuera del despacho. Bárbara irrumpe a la fuerza, sin permiso, abriendo la puerta con violencia, vociferando:

—¿Tú qué te has creído?, ¡pollicorto de mierda, meapilas, desgraciado! Neme lo que está haciendo desde el primer momento es

colaborar contigo y no se te ocurre otra barbaridad que enviarle a la policía a registrarle el piso. ¿Tú eres tonto o has comido mierda de gato?

Dos agentes entran a la carrera en el despacho, Perfecto les hace señas con la mano de que no actúen y salgan. Ella continúa:

—¡Melón de invierno, *estirao*, que un día se te va a romper la columna de lo arqueada que la llevas, cara cartón, majadero!

El inspector no pronuncia una palabra, las «conductas chabacanas» lo paralizan, le hacen sudar. Al comprobar que no le va a responder por mucho que grite, Bárbara se marcha dando un portazo tan enérgico que la puerta rebota y vuelve a abrirse. Desde fuera, decenas de búhos observan asombrados. «Soy consciente de que seré objeto de secretas mofas durante una semana», piensa perfecto mientras ruega a Irene, también paralizada, que le traiga, por favor, un vaso de agua. Cuando se lo acerca, le ordena que salga y cierre la puerta. Busca en el cajón de su mesa de despacho la caja de ansiolíticos, ingiere un comprimido. «Es cierto que no me gustan los pestillos en las puertas porque pueden esconder indecencias, pero creo que ha llegado el momento de replantearme esta virtuosa costumbre».

Último día de febrero, ¡qué largo se le ha hecho a Rocío el mes más corto del año! Ya se ha metido en la cama, la jornada ha sido demoledora. Cada noche reflexiona sobre su madre, hablar con ella la calma, le alivia el escozor de la culpa, pero hoy, los pensamientos giran en torbellino, arañan, golpean, queman, gritan.

«Mamá, estoy desconcertada, trastornada, alterada, turbada, confundida y mil sinónimos más que se me ocurrieran. Esta tarde, no sabría cómo calificarla, nos hemos vuelto a conectar en videoconferencia con Bárbara y con Neme para proseguir con el relato de tu vida. Nada más comenzar, antes de pronunciar una sola palabra, la abuela comenzó a llorar de nuevo. Sopesamos la

posibilidad de aplazar la sesión. Ella se negó, argumentó que tenía la necesidad de confesar algo. Cuando se tranquilizó, rompió a hablar:

—Mi marido le dijo a Carmen que habíamos visto a la niña muerta para que se calmara y no siguiera sufriendo. Lo cierto es que no nos permitieron en ningún momento verla, decían que iba a ser una experiencia demasiado desagradable e innecesaria. No dudamos de que la niña hubiera fallecido. Ya digo que Carmen era muy fantasiosa, no podíamos creer todo lo que aseguraba porque su mente, desde pequeña, tenía tendencia a la invención. Estaba padeciendo mucho con la sospecha de que le habían robado a su hija, por eso no le dijimos la verdad. Enterramos el ataúd en el nicho de mi padre, en el cementerio de San José. Ella no asistió al entierro porque estaba convencida de que su hija no había muerto. Pensábamos que del dolor tan intenso había perdido la cabeza.

La abuela sufrió otro ataque de llanto. Yo no quería que siguiera, pero ella insistía. Esperamos a que se calmara de nuevo, prosiguió:

—Nueve años después, decidimos incinerar los restos de mi padre y los de la niña. Carmen volvió a negarse a asistir, seguía asegurando, totalmente convencida, que su hija estaba viva, que se la habían robado. Al abrir el pequeño ataúd blanco, nos llevamos una gran sorpresa porque los restos de la niña no estaban allí, no había nada, solo una sábana blanca.

Escuchando esas palabras de la abuela, me quedé bloqueada, absorta, boquiabierta. Daniel me miraba con ojos de absoluto asombro. Bárbara comenzó también a llorar en ese momento. La abuela tomó fuerzas de nuevo:

—Para entonces, Carmen estaba casada, Rocío acababa de nacer. Sabíamos que no le iba bien en su matrimonio, no quisimos decirle lo que habíamos descubierto para que no sufriera más y se centrara en su familia y su matrimonio. Consideramos que no era conveniente hacerle más daño, no le dijimos nada.

Nos quedamos todos callados. Solo se oían los llantos de Bárbara y de la abuela, quien sufrió otra crisis. No pudo continuar. Ha manifestado que no quiere seguir con esto, imagino que la culpa

la está destrozando. Estoy preocupada por ella, será mejor que descanse. Mamá, más adelante, cuando se reponga, la intentaré convencer de que continuemos con los trámites, pues es necesario restituirte la identidad. Creía que lo que había oído ya era suficientemente duro como para sumirme en la congoya durante años, pero una hora después de la finalización de la videoconferencia, me llamó Bárbara. Si ya me sentía desconcertada, cuando me aseguró que creía que ella es la niña que te robaron, me dio la puntilla. Me ha pedido que nos hagamos una prueba de hermandad de madre. No sabía qué contestarle, me quedé de piedra, no reaccionaba, le dije que lo pensaría. Después de colgar, me he sentado con Daniel a reflexionar sobre este maremoto que se nos ha venido encima en pocas horas. Al principio consideramos que todo esto es una locura, un mal sueño, una alucinación, una pesadilla. Es casi imposible que Bárbara sea nuestra hermana, pero, ¿y si lo fuera? No tenemos nada que perder, pues hasta el coste de la prueba lo paga ella. ¿Te imaginas, mamá? Encontrar a tu hija después de tantos años, o mejor, que tu hija te haya encontrado a ti sin saberlo. No, no puede ser, eso solo pasa en las novelas del Romanticismo. Mañana mismo, temprano, la llamo para decirle que estoy dispuesta a realizar la prueba. En caso de que fuera positiva, no emprendería ningún proceso judicial. Han pasado muchos años, tú ya te has ido, los culpables estarán ya muertos o deben ser muy ancianos. Me conformo con saber que no estabas tan loca como tantos creyeron, es un bálsamo sobre mi alma dolorida. Por otro lado, la responsabilidad me impulsa a contribuir con aquellos que luchan en la hermosa labor de reencontrar madres con hijos y dar a conocer la infame ignominia cometida en este país indecente.

Aquí estoy, en la cama, escuchando la lluvia relajante golpear los cristales de mi ventana. Es difícil enterarme y digerir en tan poco tiempo que tuviste un embarazo, que la niña nació muerta; que posiblemente no fuera así, sino que te la robaron; que en el ataúd no aparecieron los restos de la niña y que puede que esa niña esté viva y sea Bárbara. Me explotan las neuronas todas a la vez. Pensamientos,

sentimientos, emociones dando vueltas en mi mente centrifugadora. No puedo dormir, tu cara es lo único que veo cuando cierro los ojos».

Neme recibió la tercera carta. En ella, Arlequín volvió a hacer consideraciones sobre su semejanza con él: «Pintan a la soledad en tonos grises, cuando deberían de hacerlo en naranja y verde limón. Ambos evitamos interacciones con los demás, no nos interesan las personas ni lo que sucede en este mundo negro al que la hipocresía tiñe de azul celeste. Somos inmunes a cualquier tipo de críticas por muy en rojo fuego que amenacen, nos importa un bledo lo que los demás piensen en sus mentes decoloradas». También indicaba que en la calle Murillo, pintor de matices luminosos, sobre las rejas en forma de lanza que culminan una estrecha puerta metálica pintada en verde que cierra un callejón, encontraría una cajita. Lo puso en conocimiento de Perfecto, quien ordenó a varios agentes que localizaran la cajita. En su interior descubrieron los zarcillos de perlas que Alicia llevaba puestos la noche de su desaparición.

Recapacitando, observando, Neme concluyó: «Lo relevante no son los objetos que nos está mostrando a cuentagotas, está claro que tiene secuestrada a la muchacha, eso ya lo ha probado. La verdadera pista se halla en el lugar donde aparecen esos objetos. He conseguido unir cabos, hoy es fácil hacerlo con las nuevas tecnologías. Está todo claro, ahora sé dónde trabaja, por lo tanto, sé quién es». Decidió informar a la policía.

Son las cuatro de la tarde, Neme se encuentra esperando a que Perfecto le haga pasar a su despacho. Sentado en una silla, oye el teclear de veinte ordenadores. Los ojos de los funcionarios permanecen sumergidos en las pantallas, ni una sola palabra sale de sus bocas. No le ha dicho todavía nada a Bárbara porque Perfecto le ordenó que acudiera solo. Tiene decidido llamarla en cuanto salga para aclararle quién es ese Arlequín.

—Don Némesis, puede pasar —informa Irene con una exagerada sonrisa. Nada de pantalones ni «obscenidades» cortas.

Sigue vistiendo falda por debajo de la rodilla de lunes a viernes; los sábados, minifalda a medio muslo y zapatos de tacón de aguja. Neme entra en el despacho, le hiere la nariz el tufo a ambientador de pino.

—Siéntese, por favor —invita Perfecto. Neme comienza a exponer sus deducciones:

—Sé quién es el secuestrador, también dónde trabaja. La clave está en dónde aparecen las pistas. Sé, incluso, dónde aparecerá la próxima si no es apresado antes.

Perfecto calla, escruta fijamente a Neme. Permanece en silencio, con el ceño fruncido. Se levanta de un salto, el sillón donde estaba sentado sale disparado metro y medio hacia atrás. Señala a su interlocutor con el dedo índice, quisiera dispararle con él en el pecho.

Pregunta:

—¿Es usted policía, señor Némesis?

—No.

Apoya las manos abiertas sobre la mesa, acerca su rostro al de Neme para espetarle su correcta y esterilizada ira:

—Si nos es policía, ¿cómo se atreve a personarse en el despacho de un profesional para detallarle su artificio?, ¿quién cree que es? Además, ¿viene a burlarse de mí? Usted está implicado en este secuestro, lo sé muy bien. Asevera que sabe dónde aparecerá la próxima pista, no me cabe ni la menor duda, pues es usted quien está ideando este juego propio de un psicópata. Muy pronto lo demostraré. No sé si ha advertido que lo estamos vigilando las veinticuatro horas. Excepto cuando se encuentra en su casa, ojos policías lo siguen sin descanso. No se encontró nada sospechoso en el registro de su domicilio ni de su ordenador, pero eso no significa nada, seguro que se auxilia de un cómplice tan loco como usted que es quien mantiene a la chica retenida en un lugar lejos de su domicilio. Jamás semejante escoria se mofó de mí, ni eludió mi experimentada labor.

—¿No quiere que le dé el nombre y la dirección donde vive?

—pregunta Neme.

—No tengo tiempo para atender escarnios ni estupideces, le ruego abandone mi despacho.

Neme se levanta, sale a la calle, la tarde de marzo ya anuncia la primavera. Da un paseo antes de volver a casa, observa que, en efecto, está siendo vigilado burdamente por un agente escondido tras una gabardina y unas gafas de sol. «Me recuerda al inspector Clouseau».

De noche, todavía le apestan la rebeca y la camisa a ambientador de pino. Cena una tortilla, la acompaña con un vaso de leche, de postre tomará una manzana, «es necesario alimentarse para seguir vegetando». A Neme no le importa lo que le ocurra a la chica. «Perfecto lo ha querido. Es un profesional de traje caro y corbata de seda. Si así lo considera, debe ser que tiene razón y yo estoy equivocado». Tenía previsto telefonar esta misma noche a Bárbara para explicarle su deducción, no lo va a hacer. «Siempre se repite lo mismo». No tiene nada que perder porque ni el luto ni el remordimiento ni la culpa son emociones que se encuentren en su catálogo de sentimientos. «Serán ellos quienes sufran si la muchacha es asesinada». No, no va a llamar a Bárbara, se acostará, dormirá profunda y tranquilamente. «Si la chica acaba decapitada, no será mi culpa. No podrán argumentar que no lo he intentado, esta vez he reaccionado ante la situación, pero no han querido escucharme».

Amanece. Antes de que las primeras luces anuncien la mañana, Neme ya está vestido con su pantalón beige, su camisa blanca y su rebeca azul marino. Desayuna un tazón de leche con galletas. Extrae del cajón de la mesilla de noche el Manual de Conductas Apropriadadas que antaño le redactara Bárbara. Baja al garaje para coger el coche, hace un frío de escarcha que él no siente, «el hielo no congela al hielo». Guarda el manual en la guantera. Arranca. Viaja en su burbuja de paz hasta Haftarad. Los campos aparecen más verdes que cuando asistió a la reunión con el notario. En el hostel restaurante Los Monteros, Carmelita, desde detrás de la barra, le da la bienvenida tomando la cara de Neme y besándolo en las dos mejillas.

—Neme, *miarma*, ¡qué alegría de verte!, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Qué te trae por aquí?

—La Puerta del Misterio.

—¿La chimenea?, ¡ah!, pues ya está bien encendida. Siéntate junto a ella. ¿Has desayunado?

—Sí.

—¿Te apetece tomar algo?

—No.

—¿Llamo a Magdalena y a Dionisio para que bajen y te saluden?

—Bueno.

Carmelita toca una campana. Antes salía de detrás de la barra para subir a las habitaciones o salir al patio. Ahora, ni siquiera de eso es capaz. Se asea y hace sus necesidades en el baño de la cocina. Sigue durmiendo en el colchón de gomaespuma que despliega todas las noches detrás del mostrador, donde sueña con peroles y barriles de cerveza. Usa delantal de hule y vestido de tejido sintético que huele a sudor. Sus días se suceden unos a otros en un círculo que no alcanza nunca el descanso. Ahora luz, ahora oscuridad.

Diez leños de encina arden en la Puerta del Misterio. El salón está vacío. Las mesas y las sillas, bien alineadas, todavía desnudas de manteles, aguardan otra jornada de duro trabajo. Neme se acerca al ciclópeo hogar construido con ladrillos rojos, entre sus manos porta el Manual de Conductas Apropriadas. La llama juguetea nerviosa en bermellón y amarillo. Siempre quedó hipnotizado por ese fuego, entrada secreta al bosque de fantasmagóricos castaños encantados. Es hora de fantasear una nueva aventura en la que el aldeano que pretende ser honrado, harto ya de estar harto de ser señalado por el dedo acusador del pueblo, inmola el Sagrado Libro de la Verdad en la misma pira en la que él mismo arderá condenado del terrible delito de quemar el libro. Está decidido, arroja el manual a unas llamas que tornan ahora en vahos azules. Observa cómo se retuercen y consumen sus buenas intenciones, oye cómo gimen y se lamentan sus ganas de agradar. El olor a decepción invade la estancia. Todo es inútil. El calor abrasa las pestañas de la voluntad, un regusto a calcinado amarga en el paladar. El manual se ha convertido en ceniza,

nada queda de sus pastas en cuero repujado, las palabras de tinta se olvidarán para siempre.

Magdalena y Dionisio aún no han bajado. «Deben de estar cansados de la orgía de anoche». Neme se marcha sin despedirse de Carmelita.

—Neme, hijo, ¿ya te vas? —grita la mujer al ver que abre la puerta y sale al exterior. No recibe respuesta. Neme se monta en el coche, la mañana de mediados de marzo es soleada. «Como si quiere atronar, diluviar y lanzar rayos exterminadores». Ni la guantera de su burbuja, ni el cajón de su mesilla tendrán que soportar más el peso del Manual de Conductas Apropriadadas. Ahora flota hecho pavesas en el irrespirable aire del bosque de castaños encantados. Tizne y hollín, retorna a Sevilla.

8

Han llegado por correo certificado las pruebas de hermandad. La mañana aún respira sueño. Cuando el telefonillo ha dicho: «Correos, para firmar», Bárbara se ha puesto muy nerviosa. Le tiemblan las manos, la firma que hace con el dedo sobre la pantalla del móvil del cartero parece un calambrazo. Tiene el sobre en sus manos, no sabe qué hacer, si abrirlo u olvidarlo para siempre en un cajón. «¡Qué tontería! No se hizo el chocolate para la boca de los cobardes. Ahí voy». Ha llegado el momento, rasga el sobre con el mismo temblor, extrae el papel, se le arena la boca, no atina a leer las letras pequeñas, busca ansiosa las letras grandes. «¡Negativo!, ¡las pruebas son negativas!, Rocío y yo no somos hermanas, no soy hija de Carmen, pero, si soy clavadita a ella. A ver si la que no va a ser hija de Carmen es Rocío, ¿qué digo?, estoy desvariando, me estoy volviendo loca. Lo que es científicamente indiscutible es que no soy hija de mis padres. Al cardo borriquero de mi hermana no le voy a decir que se haga las pruebas conmigo. Si algo sale de mí, el no por respuesta de su boca lo tengo asegurado. A ella no voy a decirle nada de todo esto porque al final, como siempre, voy a tener yo la culpa del toro de Manolete».

No se quedará con los brazos cruzados en este asunto, tendrían que ponerle una camisa de fuerza o unas esposas. Bárbara coge su bolso de Papá Noel y se marcha a casa de su madre, quien se encuentra ahora en el centro de día recortando margaritas. La casa está ahora sola. «Sería un milagro encontrarme allí a mi hermana porque la que va a hacerle a mi madre la compra y a lavarle la ropa de cama y los vestidos soy yo, ella con decir: ¡Ay, hija!, es que como tú eres tan resolutiva. Yo resolutiva y tú una inútil. No ha sido capaz de hacer nunca nada por ella misma, hasta el marido se lo buscaron mis padres, igual que a mí, pero yo tuve el chichi de divorciarme del

cara cartón, mientras que ella sigue aguantando al flojo del barrigón. Me acabo de dar cuenta que todos los motes que pongo terminan en "on". Neme, cabezón. Juan Jesús, bigotón. Me voy antes de que me líe conmigo misma». Está dispuesta a revolver la casa de arriba abajo, no piensa dejar ni el más mínimo rincón si revisar ni el más pequeño de los papeles sin leer. El piso es grande: cinco habitaciones y tres cuartos de baño en Los Remedios. «Yo creo que mi hermana está deseando que mi madre la palme para heredar la mitad del piso. Está repleto de muebles de madera y cachivaches porque mi padre era muy obsesivo, no tiraba un alfiler, lo guardaba todo perfectamente archivado». Comienza por el armario del despacho. La llave doradita está puesta, media vuelta. Huele a siglos, los recuerdos comienzan a llamar con sus nudillos vaporosos. Aparecen extractos de bancos de hace treinta años, libros de instrucciones de electrodomésticos que duermen su obsolescencia en el trastero, carpetas de gomillas con su letrero etiquetado con Dymo. Encuentra varias carpetas que contienen documentos médicos, nada que arroje luz: vacunas de su hermana y de ella, pediatras, operaciones de almorranas o cataratas y el certificado de defunción de su padre. Busca y rebusca, destripa cajones, va a tardar en recogerlo todo. «Menos mal que no soy alérgica a los ácaros, ya me habría muerto. Mi hermana sí es alérgica a muchas cosas, sobre todo a la limpieza. ¡Qué tonta!, si existiera algún documento que los implicara, no lo iban a guardar con el resto. ¡La caja fuerte! Sé la contraseña, me la dijo mi hermana cuando mi madre empezó a mostrar los primeros síntomas de alzhéimer. Ella, la lagarta, la conocía desde hacía tiempo, no quiero imaginar las joyas que se habrá llevado ya, y yo, la tonta, nunca he querido abrirla porque me parecía que eso era violar la intimidad de mi madre. Pues la abro, a tomar por culo». La ruedecita hace clic, clic. «Mira, como en James Bond».

Varios relojes de oro, joyas abrazadas en un amasijo, plumas estilográficas, piedras preciosas. Encuentra las escrituras del piso y el testamento. No lo mira, no quiere llevarse ningún disgusto. También una carpeta, en ella no aparece ningún letrero, la ojea. Contiene documentos médicos. Un nudo en la garganta se atraviesa. Distintos

informes de asistencia en el servicio de ginecología, entre ellos uno del hospital de la Armada San Carlos, en el que se certifica la operación de histerectomía que se le practicó a su madre en 1988, un año antes de que ella naciera. Se le extirparon ovarios, trompas y matriz debido a una adenomiosis. Tiempo de hospitalización postquirúrgica: dos días. El tiempo de recuperación se estimó en dos semanas. «Por lo tanto, no puedo ser hija suya». También encuentra una cartilla de ahorro. Justo en mayo de 1989, en el mismo día en el que Bárbara nació, se sacaron del banco dos millones de pesetas en efectivo. Se le cae a plomo el mundo encima, sus sospechas se confirman, se pone las manos en la cabeza, se arranca dos gruesos mechones de pelo. «¡Hijos de puta!, ¡malnacidos! ¿Por qué guardaban estos documentos en la caja fuerte?, ¿por qué nunca me dijeron que no era su hija? ¡Horchata y en botella, esto es horchata y en botella!». Las lágrimas ponen lunares de agua salada sobre los documentos, un peso insostenible se apodera de tobillos y muñecas, no se puede mover. Sabe que ese mismo verano de 1989, su padre fue destinado a la Comandancia Naval de Sevilla. «Él, muy religioso de misa diaria, siempre desearon una familia numerosa. No quiso quedarse solo con una hija». Ahora, Bárbara está totalmente convencida de que es una niña robada. Recoge lo que el ciclón vigoroso ha dejado por medio. Ese ciclón se ha convertido en una leve brisa sin fuerza, incapaz de sostener una hoja seca. Duele cada centímetro de alma. Los ojos no disponen de limpiaparabrisas.

Llegar a casa con las piernas hechas guijarros ha lastimado como si el horizonte se alejara en cada paso de elefante. Ya en su piso, busca en internet, marca un número de teléfono, alguien responde:

—S.O.S. Bebés robados, dígame.

Cuesta extraer cada palabra del fondo del lodo. Consigue hablar con voz ronca:

—Me llamo Bárbara Ariza. Tengo treinta y cuatro años. Creo que soy un bebé robado. Necesito asesoramiento, me gustaría encontrar a mis padres biológicos.

En S.O.S. Bebés Robados se han comportado de una manera muy amable y se han interesado por el caso. Bárbara ha hecho una primera donación a la asociación, poquita cosa porque «estoy tiesa como la mojava», y se ha unido a su grupo de *teaming* en el que paga un euro al mes. En la pestaña de la web «Busco a mis padres», han colgado una fotografía de ella junto a la leyenda: «Bárbara busca a sus padres biológicos». Hacen constar la fecha y lugar de su nacimiento, y adjuntan un formulario de contacto. «En la foto estoy muy guapa, a ver si, además de progenitores, encuentro novio». Aún no ha recibido noticias, tal vez no logre jamás conocer a su verdadera familia, pero lo intentará. «El que la sigue la persigue». Esta tarde ha vuelto a casa de su madre para atenderla. Ha faltado varios días porque no se sentía con fuerzas para verla. Le pidió a su hermana que fuera ella quien se encargara. Ahora que está convencida de que fue una niña robada, no sabe cómo comportarse con su madre. Neme le ha dado consejos. «Lo nunca visto, el mundo al revés, él marcándome a mí el camino correcto, siempre salta un tuerco». Le ha dicho que debe valorar todo lo bueno que su madre hizo por ella. «Tiene razón, pero no podré olvidar jamás el inconfesable delito que, creo, estoy segura, cometió. Ahí está, sentada en su sillón, tapada con la ropa de camilla, coloreando un pinta pinta como si fuera una niña pequeña. Ya no es ella, la profesora de griego a la que admiraban los alumnos más mayores del instituto. No sabe ni siquiera encender el televisor, a veces no se acuerda de mi nombre. La miro y no sé qué siento, se ha esfumado todo el inmenso cariño que le tenía. Me ha costado darle un beso cuando he entrado, sé que me volverá a costar darle otro de despedida cuando la deje cenada y metida en la cama». No sabe cómo actuar, no sabe cómo se comportará con ella, no sabe distinguir entre el bien y el mal, y eso le está consumiendo las energías. «¿Qué hiciste, mamá?».

En la mañana de ayer, el agente de turno apostado la noche anterior frente al portal de Neme lo vio salir a las once, lo siguió e informó mediante llamada telefónica de móvil corporativo que el «individuo»

estaba ingresando en la comisaría. Perfecto ordenó a Irene que lo hiciera pasar al despacho en cuanto llegara. «Aborrezco que semejante elemento aguarde en la sala porque puede contestar a curiosidades malsanas de algún administrativo olvidadizo de sus precisas funciones». El personal conoce, respeta, teme y obedece sus normas, pero él no se fía. «La desconfianza es un don que ilumina a los hombres inteligentes». Neme accedió sin dar los buenos días, como es habitual en él. Sin sentarse, dejó caer con desgana sobre la mesa una nueva carta, dio media vuelta, se marchó sin pronunciar palabra. Tampoco Perfecto quiso ordenarle nada, consintió que saliera indemne por la puerta. «Con el silencio le dejo claro mi desprecio, mi empeño en desenmascararlo en cuanto cometa el más mínimo error, pues tarde o temprano advendrá ese glorioso momento». Despejó el ventanal. «Que el aire reemplace el hedor que ha dejado en el ambiente». Avisó a Irene para que acudiera, correctamente enguantada de látex, y desplegara la carta sobre la mesa. Sus manos profesionales abrieron el sobre y extendieron el folio antes doblado en dos. Perfecto comenzó su lectura y análisis:

«Es primavera, dicen que es eficaz alterando la sangre de la gente normal. Hace tres meses secuestre a la princesa. Hoy, tanto mi integridad física como mi libertad siguen intactas, señal inequívoca del descamino en el que se hallan los responsables de la investigación. Eficaz es la hormiga cuando labora, eficaz es la luna llena iluminando los campos, eficaz es el viento que sostiene el vuelo de la gaviota, eficaz es el mar. Dada la absoluta ineficacia demostrada por la policía, preveo que las cartas irán aterrizando en tu buzón una detrás de otra, puntuales como el tic tac de un reloj. El tiempo es eficaz en su perseverancia, todo pasa, todo llega. Esta es la cuarta, solo quedan nueve para la traca final en forma de explosión sangrienta emanada de las arterias seccionadas de un cuello joven. Eficaz es el filo del cuchillo. ¿Qué sentirán esos padres cuando aparezca la cabeza de su hija en el lugar indicado por la decimotercera? Eficaz es el número trece rompiendo la acostumbrada docena, asustando cerebros supersticiosos. Me sorprende que tu demostrada inteligencia aún no

haya descifrado las claves de este juego. Si fuera capaz de albergar en mi alma alguna emoción, me sentiría decepcionado. Sinceramente, esperaba más de tu eficacia, aunque eso no te importa porque, al igual que yo, no reaccionas ni ante los elogios ni ante las críticas.

En la calle Arias Montano, sobre un jarrón de piedra que culmina una de las pilastras de la reja de la Casa de las Sirenas, se encuentra una caja. Contiene, eficaz, el collar que Alicia lucía la noche de su desaparición. Son varias las pilastras y varios los jarrones que allí alardean de un pasado señorial, no aclaro sobre cuál se esconde la caja para que los polis trabajen un poco, pues hasta ahora han sesteado bastante. Dice el diccionario que eficacia es la capacidad de lograr el efecto que se desea o se espera. Yo mismo, disfrazado de operario, no voy a descubrir de qué compañía, subí hasta allí con una escalera para dejar la caja bien fijada con silicona. Nadie sospecha de un trabajador debidamente uniformado con mono de trabajo que porta herramientas, mejor si dicho mono está serigrafiado con grandes letras. El collar es una nueva prueba de que la tengo secuestrada; esta carta, una pista más que pueda darte luz sobre quién soy. Ineficacia es falta de eficacia y actividad, no te concibo ataviado con ese ropaje.

Arlequín.

Alguien que es como tú».

«¿Inteligencia? El señor Némesis se agasaja con flores a sí mismo, es patético. No me embauca afirmando que las pruebas son emplazadas por alguien disfrazado de operario, con ello pretende que distraigamos nuestro tiempo y esfuerzo persiguiendo a cualquier persona vestida con un mono de trabajo. Parlotea sobre ineficacia policial; pronto se verá entre rejas, comprenderá entonces que la excelencia en el trabajo requiere tiempo». Perfecto ordenó a Irene que trasladara la carta al laboratorio, la mujer lo hizo luciendo entre las mesas y ordenadores de los compañeros administrativos un traje de chaqueta azul marino muy del gusto de su jefe. «Mi hija asevera que esos trajes no se llevan ya por el mundo. Le suelo rebatir, pues el buen

gusto no pasa de moda. Si el espejo donde se mira es su madre, no es extraño que razone así». El collar fue hallado por la tarde en el lugar indicado por el secuestrador.

Los padres de Alicia se han personado para mantener una entrevista con Perfecto, quien se ha sorprendido porque su teléfono está disponible para ellos las veinticuatro horas del día. Aun así, querían hablarle en persona. Tratándose de ellos, ha cancelado los compromisos del día para atenderlos. Irene los hace pasar, el inspector ciega las persianas del ventanal para imposibilitar que el sol de la mañana alegre la debida oscuridad de su despacho. Se levanta del sillón para recibirlos.

—Pasen por favor, siéntense.

La señora está mucho más delgada, tiene las cuencas de los ojos hundidas, moradas, casi negras; los pómulos, prominentes. Su rostro proyecta el dolor agudo originado por cada minuto que transcurre sin recibir noticias de su hija. Comparece perfumada, bien vestida con un conjunto primaveral color malva que realza su elegancia natural. El caballero, de impecable corte de pelo, es más recio de espíritu. A Perfecto le agradan las personas que saben aceptar con naturalidad y estoicismo «las pruebas enviadas por el Altísimo».

—Díganme, ¿qué se les ofrece? —expresa reprimiendo cualquier sonrisa, exhibiendo un sentido interés de ceño fruncido. Habla el doctor:

—Le damos las gracias por atender a nuestras llamadas a cualquier hora del día, sin duda guiadas por la inevitable ansiedad que sentimos, así como por todas las atenciones prodigadas a mi familia. Entendemos que las investigaciones conllevan su tiempo, no queremos, de ninguna de las maneras, entorpecer su trabajo, no obstante, necesitamos conocer si se ha producido algún resultado cierto. Cuando hablamos por teléfono, nos comenta de una manera general que se están consiguiendo avances y nos informa puntualmente de aquello que sí podemos conocer, como es ejemplo la recepción periódica de cartas amenazantes. Sabemos que aparecen de manera puntual una vez al mes aproximadamente, sin embargo,

no nos permiten acceso a sus contenidos. Somos los padres de una hija secuestrada, su vida corre un peligro inminente, por eso queremos que comprenda que estamos aquí hoy para que nos mire a los ojos y nos descubra la verdad de lo que saben y en qué punto se encuentran las investigaciones y actuaciones policiales.

El matrimonio escruta al inspector, sus rostros irradian una desolada seriedad que impresiona incluso a un hombre «tan curtido como yo». Sus ojos convergen afilados e inciden como alfileres en los de Perfecto, a quien se le reseca el paladar, le tiembla la seguridad en sí mismo. El protocolo es muy estricto, solo se pueden dar a conocer a los familiares aquellos datos científicamente contrastados y probados. El inspector cumple con el protocolo sin desviarse una palabra. Contesta:

—Los exámenes de las cartas no arrojan luz alguna. Son cartas tradicionales, las de siempre, con su sello y, por supuesto, sin remite. La dirección está impresa en una pegatina adherida al sobre. Han sido enviadas cada una de ellas desde un buzón distinto, distantes unos de otros en kilómetros. Las huellas dactilares descubiertas corresponden a la persona que recepciona las cartas o a empleados de correos. El estudio del polen no nos aclara una zona concreta de la ciudad. Están escritas en Word e impresas en una impresora doméstica marca HP, lo que no nos permite un análisis grafológico. El sobre es común, se puede adquirir en cualquier estanco de la ciudad. Como ya conocen, tenemos acceso secreto a las redes sociales de toda aquella persona que haya mantenido relación, por nimia que sea, con Alicia en los últimos cinco años, incluidos amigos, compañeros, profesores, videntes. Mantenemos investigadas a un total de setenta y cuatro personas, cada una de ellas con varias redes sociales. El control lo ejecuta a diario un equipo de cuatro especialistas. Además, infiltramos a un agente que aparenta muy joven en la facultad donde cursa su hija, está operando de incógnito. Hasta ahora no hemos conseguido ningún dato relevante. Hemos inspeccionado la vivienda de un individuo que, en estos momentos, es el principal sospechoso.

—¿Un sospechoso? —pregunta la señora en voz demasiado alta y estridente mientras se levanta de su silla. «Espero que no se haya oído fuera del despacho». Piensa Perfecto.

—Sí, como ya les comento, hemos registrado...

—¿Quién es? —interrumpe desesperada la mujer.

—El nombre no puedo darlo a conocer porque aún no hemos obtenido indicios ni pruebas suficientes, aunque, créanme, mi experiencia me certifica que estamos muy cerca de atraparlo. Lo vigilamos las veinticuatro horas del día. Sospechamos que se auxilia de un cómplice. La operación es muy delicada porque nuestro mayor empeño es encontrar a su hija para rescatarla sana y salva sin ningún daño. Confiamos en poder ofrecerles buenas noticias muy pronto.

—¿Conoce el caso de la chica desaparecida en GALicia? —pregunta el doctor.

—Sí, por supuesto.

—Según los informativos, las distintas policías implicadas invierten tiempo, personal y despliegue de medios mucho mayores que los que consideramos se emplean en el caso de nuestra hija. Suponemos que es porque esta noticia no ha saltado a los informativos de ámbito nacional. Hasta ahora no lo habíamos querido, habíamos intentado mantenernos al margen del circo mediático. Hemos cambiado de opinión, vamos a acudir a los rotativos para que se conozca el caso, esperamos que ello les obligue a redoblar esfuerzos.

—No se lo aconsejo, podría entorpecer una investigación que se encuentra a punto de brindarnos un fruto definitivo, pero si así lo estiman, están ustedes en su derecho.

—Queda usted informado de nuestra intención.

Se levantan, Perfecto avisa a Irene para que los acompañe a la salida. El matrimonio se marcha lentamente, uno del otro cogidos del brazo. Al inspector le incomoda sobremanera que no se proceda tal como su experiencia dicta, aunque comprende su desesperación de padres. «Aceleraré el proceso para solventar el caso antes de que periodistas sin escrúpulos contaminen mi labor. Rezaré el Rosario todos los días, el Espíritu Santo me conducirá». No abre el ventanal,

compulsión imprescindible y necesaria siempre que alguien abandona su despacho; le extasía el aroma a perfume caro que la señora ha dejado impregnado en el aire.

Neme no ve televisión ni lee periódicos, no necesita redes sociales, Internet lo utiliza para realizar las sesiones de terapia por videoconferencia con sus pacientes y escribir en la revista digital. No suele enterarse de lo que ocurre en el mundo porque no le importa absolutamente nada. Es lunes 8 de mayo, Bárbara llama:

—¡Neme, Neme! ¿No te has enterado? Yo me he puesto nerviosita *perdía*, se me han puesto los vellos de gallina, o mejor los vellos de punta o la piel de gallina, que las gallinas no tienen pelo y ya me estoy inventando yo el refrán. Resulta que me levanto esta mañana para hacerle el desayuno a la puta niña, que ahora ya no está haciendo dieta y se ha pasado al otro extremo y se pega unos atracones de chocolate, de dulces y de patatas fritas que tampoco son normales. No me extrañaría que después de ponerse púa vaya al baño, se meta los dedos y largue lo que se ha metido entre pecho y espalda. Digo yo que ni una cosa ni la otra, que en el equilibrio está el punto medio...

—¡Bárbara!

—¡Ainnnn!, ¿qué?

—Al grano.

—Pues que esta mañana, con el disgusto que tengo por lo de mi madre, yo no tenía ganas de nada, solo de acostarme otra vez y taparme la cabeza con la sábana, y voy y pongo la tele para ver si me entero de algún cotilleo y resulta que en todos los canales están hablando de la desaparición de Alicia. Les han hecho una entrevista a sus padres, han puesto fotos de ella, que es guapísima, por cierto. Ha salido el puente de Triana y el río, ha hablado un grupo de expertos en desapariciones y secuestros. No te he llamado antes porque he querido empaparme de todo lo que estaban diciendo.

Venga a navegar de canal en canal, en todos hablaban de lo mismo. En las noticias de mediodía volverán a la carga, pon la tele.

—Yo no tengo televisión.

—Se me olvidaba que eres más raro que un marciano verde. ¿No me preguntas si han hablado de nosotros?

—No.

—¡Qué mendrugo eres! Pues no, no han hablado de nosotros, pero, de todas maneras, me he *cagao* descompuesta. No quiero ni pensar que salga una foto mía, con lo gorda que estoy y los pelos estropajosos que tengo. Hace tres meses que no voy a la peluquería porque los precios están por las nubes, vamos, que el arreglarse una un poquito es un lujo y con lo que me pasa el cara cartón y lo que ganamos en la revista no me da ni para que me salude el mariquita del peluquero, que te hartas de reír con él y será todo lo gracioso que quieras, pero tiene unos precios que tiran para atrás. Ahora estoy metida en Internet y con la radio puesta a todo volumen, te tendré al corriente de lo que vayan diciendo.

—Como quieras.

Neme cuelga el teléfono. Antes de soltarlo de su mano, vuelve a sonar explosivo.

—Diga.

—¿Don Némesis Estupiñán Sabio?

—Soy yo.

—Le llamo de la secretaría del juzgado de instrucción número tres de Sevilla. Le informo que debe personarse en este juzgado mañana a las doce horas para que la señora jueza le tome declaración en calidad de investigado. Le informo también de la obligatoriedad de comparecencia, así como del derecho a ser acompañado por un abogado.

—Entendido, gracias.

Vuelve a colgar. Se sienta a leer lo que en ese momento anda entre sus letras: *Señora de rojo sobre fondo gris*, de Miguel Delibes.

«El problema más desmoralizador era el juicio. Discurrían las semanas, los meses y nadie hablaba de juzgaros. El número de detenidos aumenta cada

día. El tribunal no da abasto, comentaban los de San Julio. Y, en efecto, las cárceles estaban abarrotadas, pero no se hablaba para nada de libertad condicional. Yo recordaba el caso de César Revelli: once meses encerrado para, finalmente, ser declarado inocente. ¿Quién respondía de ese atropello?».

Neme pasa el día trabajando. La citación no ha afectado a su inexistencia basal. Bárbara sabe que suele terminar con el último paciente sobre las nueve de la noche. A las nueve y cinco llama para desahogarse y comunicarle lo que los informativos afirman sobre el caso.

—Dicen que han sido llamados a declarar varios sospechosos. Parece que están empezando a mover el culo, porque hasta ahora habían hecho bien poquito. El cara cartón, con ducharse con agua bendita y esperar la intervención del Espíritu Santo, tiene bastante. Cuando estábamos casados, nada más que se le ponía la cosa dura cuando veía *Ben-Hur* o *Quo vadis* o la vida del papa no sé quién. No me extraña que sea tan creyente, porque el engendrar a nuestra hija fue un auténtico milagro de San Judas Tadeo, patrón de los casos imposibles. Y mira que yo soy fogosa, pero el pollatraste no movía el culo ni en plena faena, que alguna vez pensé que era un poquito...

—Me han llamado. Mañana a las doce es cuando declaro.

Por primera vez desde que se conocieron, es Bárbara quien cuelga. Media hora después llama de nuevo:

—Neme, *miarma*, he salido corriendo a la farmacia con la receta que me extendió el médico la semana pasada a comprar ansiolíticos y antidiarreicos.

Después de un monólogo en las que las enrojecidas orejas de Neme se han alternado en el sufrimiento; como siempre, cuelga él sin despedirse, haciendo caso omiso del primer apartado del Manual de Conductas Apropriadas: «Cuando nos marchamos en persona o concluimos una conversación telemática, es apropiado despedirse siempre».

El día ha amanecido bochornoso. Una niebla mojada se ha desvanecido para abrir a un cielo potente de azul. El sol calienta desde la diez de la mañana. Neme acude a declarar. A la entrada de los juzgados, una señora «de amplio trasero y frondoso bigote» le grita al oído:

— ¡Asesino, asesino, criminal!

Periodistas con cámaras de fotos y video colgados del cuello se atropellan pugnando por ser el primero en meterle por la nariz el micrófono. Lo fotografían mientras entra en el edificio. «Ignoro cómo saben que soy yo quien va a declarar».

Hora y media de espera en un mortecino despacho atestado de carpetas que huelen a serrín y a ordenadores obsoletos. A Neme no se le ha hecho larga la espera porque llevaba consigo una novela de bolsillo, *El lobo estepario*, de Hermann Hesse. Se escucha cómo se acercan unos tacones de acero. Se abre la puerta de un golpe seco, la jueza irrumpe apresurada, nerviosa, se sienta en el sillón del escritorio. Es una mujer muy delgada, huesuda, bien vestida con chaqueta, falda y zapatos femeninos. Enmascara unos cuarenta y muchos con intenso maquillaje, lleva el pelo teñido de rubio, lacio, muy pegado a la cara. Su mirada, tras una nariz aguileña que le sirve de lanza, es fría, inquisitoria, intimidaría a cualquiera que no fuera Neme. Comienza a interrogar:

— ¿Comparece usted solo?

— Sí.

— ¿Por qué?

— No me gusta estar acompañado.

— ¿Ni de un abogado?

— Ni de un abogado.

— ¡Allá usted!, esto no es una película. Así que tenemos un heroico lobo solitario que quiere defenderse a sí mismo. Ayer se le informó de su derecho, ¿verdad?

— Sí.

— ¡Hable más fuerte, hombre!

— Sí.

La jueza se muestra impaciente con los monosílabos y frases cortas que recibe como respuestas.

—¿Cuándo recibió la primera carta?

—El 6 de enero de este mismo año.

—¡Vaya, un regalo! ¿Por qué cree que están dirigidas a usted?

—La persona que firma dice que es igual que yo y que sigue mi revista digital.

—Alicia desapareció en Nochevieja. ¿Antes de recibir esa primera carta sabía de su desaparición?

—No.

—Tengo en mi poder informes que indican que usted ya ha sido investigado anteriormente en otro caso.

—Sí.

—¿Cuándo fue?

—Yo era solo un niño. No se me acusó de nada.

—Sí, ya lo veo. Cuarenta años y ya dos veces investigado. ¡Buena carrera, no está mal!

Neme no contesta porque esa última observación no es una pregunta. Solo contesta a preguntas. La jueza prosigue con el interrogatorio durante una hora, hasta que concluye:

—Quiero que sepa que sigue siendo investigado. Toda esta historia es muy sospechosa y compruebo que su actitud no es colaboradora, pero, aun así, no puedo todavía; empleo ahora el término antiguo para que me entienda; imputarlo en el caso. Puede marcharse.

Neme sale de la sala con la acostumbrada impresión de que ya ha sido juzgado y condenado. Mientras baja las escaleras piensa, extrañado, que la jueza le ha hecho mil preguntas, pero no la más importante: si sospecha quién es el secuestrador. No le cabe duda de quién es, con nombre, apellidos y dirección. Si se lo hubiera preguntado, se lo hubiera dicho. Al salir del edificio, nuevamente le acercan a la boca varios micrófonos a la vez mientras las cámaras de fotos disparan sus flashes y las de video ruedan películas. Las preguntas se superponen frenéticas. No pronuncia una palabra, solo contesta a preguntas cuando lo cree oportuno. Le resulta difícil

escapar del bosque de brazos con tufo a sudadas y peludas axilas propias del caluroso mes de mayo.

Por la tarde, telefonea Bárbara:

—Neme, has salido en televisión. ¡*Miarma!*, el cabezón te cogía toda la pantalla.

Hoy es jueves 11 de mayo de 2023, Neme recibió ayer la quinta carta. La entregó a Perfecto igual que las anteriores. En ella, Arlequín vuelve a divagar sobre la similitud que guarda con él. También informa que en la calle Daoíz, sobre la placa fijada a la fachada de la parroquia de San Andrés que conmemora el tercer centenario de la muerte de Juan Valdés Leal, se esconde una carta que Alicia les ha escrito a sus padres. Neme ya sabía que esa pista-prueba iba a aparecer allí. En este momento podría adelantar dónde van a aparecer cada una, desde la sexta a la decimosegunda, aunque ignora el lugar de la decimotercera. Supone que Perfecto mandaría a buscarla de inmediato. Desconoce lo que pone en esa carta, solo sabrá lo que Bárbara oirá en los informativos. A mediodía recibe la llamada de su compañera:

—Neme, en unos programas dicen que en la carta pone que la tratan bien, aunque la tinta está diluida en algunos lugares por lo que parecen lágrimas ya secas. Se ha analizado el ADN, pertenece a la chica. En otros programas dicen que ha escrito que lo está pasando muy mal, que está siendo torturada y violada a diario y que los goterones no son lágrimas, sino sangre. Algunos expertos aseguran que nos encontramos ante un claro caso de trata de blancas que, además de prostituirla, quiere sacar dinero por otros medios. Todos coinciden en que la letra es de la muchacha y que en el papel se encuentran sus huellas dactilares. ¡Pobrecita mía!, no hago más que llorar y llorar, se me corre todo el rímel y parezco un payaso con la cara chorreada de negro.

Neme reflexiona mientras escucha. «No entiendo que datos que tendrían que permanecer en secreto se filtren así a los informativos. Definitivamente, comprender o no al ser humano me importa cero unidades. Son ellos los que necesitan un manual de

conductas éticas». Cuelga sin despedirse. Descorre las cortinas del ventanal al violento azul del cielo. Observa que varios periodistas y algún policía de cómic esperan su salida. Necesita comprar comida, no puede quedarse en casa. En la calle, es un imán que atrae con fuerza micrófonos y cámaras, no logra dar un paso sin que le asalten con preguntas. Calla, más preguntas lo siguen de cerca, calla. Un individuo lo increpa, grita a escasos centímetros de su tímpano llamándole criminal, secuestrador y violador; incluso lo intenta agredir levantando un puño sobre su cabeza. La rápida reacción del policía «secreta» que vigila los movimientos de Neme lo ha impedido. La cajera del supermercado, muy seria, cobra el pan, el paquete de macarrones, los huevos, la tarrina de mantequilla y el litro de leche con evidentes malos modos. Vuelve a casa con la compra, en la planta baja del bloque coincide con una vecina que, disimuladamente, sube por la escalera:

— Así hago algo de ejercicio, gracias.

Lo deja con la puerta del ascensor abierta, no quiere entrar en él con «este asesino sanguinario».

Medianoche, apogeo de la oscuridad, perigeo de la luz, momento del depredador. Alicia ya se ha dormido soñando que la despierten de su pesadilla en vigilia. La princesa está enferma, sufre de una fuerte tos, su rinorrea es continua, tiene unas décimas de fiebre. No es más que un simple resfriado debido a los cambios de temperatura propios de la primavera. Arlequín ha comprado en una farmacia; muy lejana de su castillo, para evitar sospechas; un jarabe antitusivo, antipiréticos y productos de higiene femenina. Sabe que esa torre, lúgubre y húmeda, no es adecuada para esconder a su alteza, mas, no dispone de otro lugar. Procura y consigue que se alimente bien, a ella le gustan los platos que él le prepara. Es buen cocinero, no por vocación, ninguna afición ha llamado jamás a la puerta de sus deseos, sino por necesidad. La mantiene aseada, el colchón donde duerme su alteza goza de la misma calidad que el suyo. Es la hora de las brujas. Una

oscura tranquilidad acaricia sus dedos siempre enguantados de látex, los inspira para escribirle a Neme la sexta carta:

«La estupidez humana reviste formas tan variadas como el orgullo, la vanidad, la credulidad, el temor y el prejuicio. Quiero reconocerlo, estoy sintiendo algo. Cuando contemplo en televisión la verbena que están organizando, transita mi cuerpo una extraña sensación que va y viene, sube y baja a su antojo. ¿Será divertimento? Lo ignoro, pues nunca antes lo había experimentado. Por primera vez me apetece algo: pulsar en el mando del televisor el botón de encendido para buscar en los programas de la noche las muchas tertulias, no hay canal que no programe una, donde pretendidos expertos vierten circunspectos sus pareceres sobre este caso. Soy el secuestrador, conozco bien lo ocurrido, sé dónde se encuentra la chica, cómo está de salud; por eso, cuando escucho las estupideces aseveradas sin el más mínimo pudor, me reafirmo más en el convencimiento de la falsedad, la hipocresía, la estupidez del ser humano. El problema radica en que las mentiras y las imbecilidades no cuestan dinero a quien las manifiesta. Si tuviera la capacidad de reír, reiría hasta el agotamiento.

Te he visto en la televisión, entrando en los juzgados como si fueses una estrella de cine mientras un grupo de parásitos ociosos te increpaban llamándote asesino y violador. La presunción de inocencia no existe en este país, cualquier garrulo que no sabe hacer la o con un canuto se cree en posesión de la verdad más absoluta, se otorga la potestad de juez infalible. Me parece adecuado que exhibas esa expresión despectiva con la que le dices al mundo que nadie ni nada te importa. No puedo asegurar que me ha gustado, eso implicaría cierto placer y todavía no creo haber llegado a sentirlo. Haces bien al ignorar a tanto idiota y malvado, pero te advierto que la estupidez insiste, es más constante que el tiempo y más peligrosa que cien bombas nucleares, porque las bombas nucleares son hijas de la propia estupidez.

Agradezco tu colaboración en el juego entregando las cartas a la policía. Es tu obligación, te lo exige la jueza, aunque,

conociéndote, sé que, si un día decides no hacerlo, te guardarías las cartas sin informar y te quedarías ancho y pancho como el lagarto Güancho.

Creía que aún no sabías quién soy. Me extrañaba, dada tu extrema inteligencia. Ahora, estoy seguro de que lo has averiguado. Ignoro si has informado de ello, si la policía se encuentra bien encaminada tras mi pista. Nada me hace pensar que sea así, está la existencia muy tranquila por aquí cerca. El mes de junio ilumina con su luz casi eterna, el gorgojeo de los pájaros despide la primavera, los vencejos trazan líneas veloces sobre el cielo, paseo tranquilo en las claras tardes sin que nadie me lo impida, mis muñecas están libres de esposas. ¿No has revelado todavía mi identidad? Como quieras. Me permito recordarte que el tiempo corre, tic, tac. Cada carta aterrizada en tu buzón acerca el sangriento fin de la muchacha. Si me descubres a la policía y me detienen, dejarás de estar investigado, la chica se salvará, volverá sana con sus padres, yo ingresaré en la cárcel durante muchos años donde experimentaré nuevas sensaciones que me hagan sentirme vivo. Todos salimos ganando, ¿qué te lo impide? Ni yo mismo te comprendo. Si de verdad llegásemos a poder comprender, ya no podríamos juzgar. Decía André Malraux.

Ambos sentimos gran desinterés por las normas sociales, no tenemos amigos, ni siquiera virtuales, necesitamos autonomía total, nuestra independencia es innegociable, solo exigimos que nos dejen en paz. En el silencio profundo del estar solo, escuchamos los susurros de nuestra esencia, porque la soledad es el lienzo en blanco donde pintamos nuestros pensamientos más íntimos. No te afecta que este circo mediático te asalte cada vez que pisas la calle, sé que no dejarás de salir, por eso te invito a viajar a un lugar muy cercano al indicado en la carta anterior: la plaza de Fernando de Herrera. Es curioso, parece que en esta plaza no hay nada, ni un solo edificio. Está estrangulada por dos calles y la plaza de San Andrés. Muy imprecisa, no se sabe dónde empieza ni dónde acaba, acorde con la confusión que la policía está demostrando en este caso. He decidido que en la nada, no haya nada. En esta carta no hay prueba de vida. Pista sobre dónde trabajo, sí.

«La abuela ha estado enferma. Después de contar que encontraron vacío el ataúd de la niña que te nació muerta, cayó en una grave depresión. No la sostenían las fuerzas físicas, no quería hablar con nadie, no salía de casa. Nos ha tenido a Daniel y a mí muy preocupados. Ha seguido un tratamiento farmacológico que le prescribió el psiquiatra y otro cognitivo conductual con un psicólogo. Ahora está mejor, más animada. Ya sale a la calle, sonríe de vez en cuando, pasa menos tiempo metida en la cama. Antes no quería ni oír hablar de retomar las sesiones con *La princesa y el arlequín*. Nosotros la comprendíamos y la respetábamos. Ahora ha sido ella quien que me ha pedido que llame a Bárbara y a Neme, y aquí está, sentada a mi lado. La videoconferencia está a punto de comenzar, esperamos a que ellos se conecten. No he considerado conveniente contarle que Neme está implicado en un caso de secuestro. Cuando me enteré por la televisión, no me lo podía creer. Tengo que confesarte, mamá, que sentí mucho miedo, pues nunca sabes con quién estás tratando. Me arrepentí de haberles enviado material gráfico. Bárbara me llamó para darme explicaciones, asegura que Neme ha sido inculpado injustamente. Yo no sé si creerla o no porque Neme es una persona muy extraña y ella una mujer vehemente, incapaz de ver el mal que pudiera ocultar su compañero, aunque se lo pusieran delante mismo de los ojos. Las pruebas de hermandad que contratamos arrojaron un resultado negativo, eso me tranquiliza, no quisiera guardar parentesco con alguien de quien no me fío. Sé que tú hubieras deseado encontrar a tu hija, pero este asunto de la chica secuestrada me pone muy nerviosa y me aleja de ellos. Mejor así. Es injusto, la verdad es que solo han pretendido ayudarnos y su comportamiento hacia nosotros ha sido ejemplar e inmejorable. Debo cargarme de

valentía y taparme la nariz ante lo que Neme pudiera haber cometido, porque es necesario restituirte la identidad y la dignidad. La abuela se comporta de una manera responsable, se siente con fuerzas. Daniel también, yo no puedo ser menos. Hoy, 8 de junio de 2023, de nuevo nos reunimos con Bárbara y Neme en videoconferencia. No sé si les sonreiré. Cuando algo no me gusta, se me nota en la cara. Hago esto por ti. Ya suena la llamada, comienza la videoconferencia».

9

No existe mayor sensación de vacío que volver con los brazos y el corazón desiertos de un hospital donde ibas a dar a luz a tu hija. Te sientes hueca, con la nada por alma, como si en tu pecho se abriera un agujero por donde transita la vida sin tocarte, como si no estuvieras, como si no existieras. Los días pasan a través de ti, sin más. Aquellos años de luto, posteriores al robo de mi hija, seguía viviendo con mis padres y mis hermanos. Transcurrieron sumidos en una profunda tristeza, atraída por una cama que me abrazaba hundiéndome en su amarga oscuridad. El teléfono no paraba de sonar para ofrecerme importantes papeles, tanto en el cine europeo como en el americano, pero mi desesperanza en el futuro me hacía rechazarlos uno detrás de otro. Incluso lo que antes me apasionaba, entonces me sumía en un pozo de desgana y desolación. Alternaba meses en los que me culpabilizaba a mí misma y me flagelaba por mi fracaso como madre, con momentos de intensa ira contra aquellos que me arrancaron lo más bello que me había ocurrido en la vida. No hice nada por encontrar a mi niña, por denunciar a tan inefables personas. Fui pusilánime. A veces, en mi desconsuelo, subía a la azotea, miraba hacia abajo, hacia el dulce adoquinado que reventaría mis sesos para rescatarme de un llorar continuo que me inflamaba los ojos y me empapaba el rostro y las camisas. Mis padres intentaban que saliera, que conociera gente, incluso hicieron de celestina en algún intento inevitablemente fracasado. Un ardiente odio me impedía ni siquiera contestar al saludo de cualquier hombre, me repugnaba el olor a macho, una sola caricia me hubiera hecho vomitar. Me quedé en los huesos por falta de apetito y de sueño, pues las noches se me hacían eternas, rota de dolor y ahogada en lágrimas.

Me había convertido en un cadáver rubio de cuencas hundidas, oscuras, vagando por la casa como un fantasma etéreo, sin hacer ruido. Si Mario hubiera venido a visitarme, me habría aliviado el sinvivir. No volví a verlo ni a saber de él, solo la compañía del brandy, mi fiel amigo, adormecía mi sufrimiento.

Cuatro años de tortura dieron paso a dos de aridez. El tiempo había curado mis heridas, aunque me había dejado dolorosas cicatrices que me impedían disfrutar de la brisa en primavera o del amor del fuego en invierno. 1995 había amanecido con la misma desgana que los años anteriores. Mis padres estaban muy preocupados, decían que bebía demasiado, que me estaba convirtiendo en alcohólica. Yo les aseguraba que no sentía ninguna dependencia, que podía dejarlo cuando quisiera. Convinimos que en casa no entraría ni una gota de alcohol. Para tranquilizarlos y demostrarles que no había ningún problema, acepté. Un nuevo aliento, la búsqueda del licor, me ayudó a salir, circunstancia que alegró el ánimo de mis padres, quienes imaginaban esperanzados que podría rehacer mi vida después de aquellos años negros. Adquirí la costumbre de tomar un carajillo y un sobao en el bar Brim. Todas las tardes me daba un paseo para sentarme en una esquina de su barra. Me sedaba el delicioso aroma de café, el chocar continuo de tazas, el dulce en el paladar, las conversaciones confundidas en un murmullo monótono, roto en ocasiones por alguna risa o la caída de una bandeja; sensaciones que se convirtieron en un oasis cotidiano de descanso en mi no sentir. Me apaciguaba y me animaba que me pidieran autógrafos.

—Tú eres Carmen Bell, ¿verdad?

—Sí.

Asentía sonriendo, sacaba del bolso mi rotulador y firmaba con grandes letras y extenso garabato, como si mi autoestima fuera igual de amplia. Todos los días cuatro o cinco servilletas de papel quedaban estampadas con mi rúbrica. Venga a decirme la gente que qué guapa, que qué bien actúo y a preguntarme sobre mi próximo trabajo. Un respiro, sacar la cabeza del pozo para saludar, un momento, a la vida.

A mediados de junio conocí a Antonio. ¡Guapísimo! Entró en el Brim para tomar un café, se sentó a mi lado y me sonrió. Me quedé prendada de su piel morena, su vasto y vellido pecho abierto al deseo de las mujeres, su pelo negro y sus ojos verdes. Bastó un segundo para curarme de la aversión que les había tomado a los hombres. Él también se enamoró de mí al instante, porque al poco de entablar conversación acercó sus labios carnosos a mi oído y me susurró:

—Tía, qué buena estás, me vuelves loco. —Palabras que despertaron un impulso en mi centro, olvidado de apetencias y aventuras durante años. Era una persona humilde, se dedicaba al interiorismo de viviendas, sin embargo, decía que era pintor de brocha gorda. Incluso, para no presumir de su arte y estatus, iba vestido con un mono blanco lleno de manchas de pintura. Ese mono le daba un aspecto todavía más varonil, me atraía, me agradaba el olor a trabajo que desprendía su piel. En aquel momento estaba realizando un proyecto en una cafetería de la plaza de Las Flores que estaba actualizando su imagen. Me invitó a café, quiso acompañarme a casa, le dije que se lo agradecía, pero prefería volver sola. En casa, me sorprendí cantando en la ducha por Laura Pausini mientras las yemas de mis dedos resbalaban vientre abajo buscando lo que él había resucitado. Al día siguiente volvió al Brim. Al verme, se sintió imantado hacia mi oído para rozarme con sus labios en un susurro de vellos punta:

—Hoy estás todavía más buena que ayer.

Sin duda, se había colado por mí. Conversamos toda la tarde, era ocurrente y chistoso, me volvía loca su sonrisa. No quitaba los ojos de mi escote, lo que reafirmaba mi certeza de que estaba enamorado desde la uña del pie al último pelo de la cabeza. Esa noche sí le permití acompañarme a casa. Antes de despedirse, me invitó a salir el sábado; acepté. Vino a buscarme con su moto: una Honda muy gorda, roja, blanca y azul que rugía cuando Antonio le daba gas. Traía un casco para mí. Me llevó montada sobre el mismísimo viento al Puerto de Santa María, donde quemamos la noche estrellada de un flamante verano y acabamos haciendo el amor sobre la arena de la playa, cerca de Fuentebravía.

En septiembre, una deliciosa mañana tibia y dorada de sol, nos casamos en San Antonio. Una boda íntima, con poquitos invitados, preciosa. La celebramos en casa, con bebidas y canapés. Él no tenía familia, era hijo único de unos padres que ya habían fallecido. Los míos acogieron nuestras prisas con alegría y comprensión, pues saltaba a la vista que estábamos hechos el uno para el otro. Alquilamos un piso pequeño en la barriada de Loreto. Lo decoró Antonio, quedó precioso y acogedor, con una pintura en la pared de colores vivos y rompedores: calabaza, turquesa, verde lima. Estaba enamoradísima de mi marido, me colmaba ser esposa y deseaba reverdecer mi anhelo de ser madre, restaurar mi ilusión, revivir. Él continuó con su negocio de interiorismo, mi padre me encontró trabajo como cajera de un supermercado. Decidí aplazar mi carrera de actriz hasta que mis futuros hijos estuvieran criados. No tendría problemas para volver porque el mundo del cine no se olvidaba de mí e insistía en contratarme. Rocío nació en febrero de 1998, me pareció la niña más bonita del mundo. Daniel, en mayo de 2002, me pareció el niño más bonito del mundo. Esperanza, las pocas veces que la vi en la incubadora detrás de la cristalera, también me pareció la niña más bonita del mundo. En esas fechas, mis hermanos ya se habían casado y vivían cada uno en su nuevo hogar. Nunca me sentí unida a ellos, tenía la sensación de que mantenían una complicidad en la que no se me permitía entrar. Hija única con hermanos distantes, así fue mi relación familiar.

El supermercado donde trabajaba estaba situado frente al piso que habíamos alquilado. Mientras cobraba en caja o reponía mercancía, me gustaba ver a través de las cristaleras cómo Antonio llegaba con su furgoneta o la cargaba de material para irse a trabajar. Cuando los niños eran pequeños, los llevaba por la mañana con mis padres y los recogía al terminar la jornada. Al alcanzar la edad escolar, los matriculé en un colegio cerca de mi casa de soltera, el mismo donde yo estudié. Recuerdo que por aquel entonces tenía una gran ilusión de hacerme una foto bonita con ellos. Una tarde de primavera acudí, yo sola, con mis tres hijos, al estudio de David. Sonriente, con Rocío sentada en una pierna y Daniel en la otra, posé

ante la cámara. Sabía que mi niña, Esperanza, la que me robaron en el hospital, también aparecía en ella. Esa foto la llevé siempre conmigo, pegada a la piel, hasta el día de mi muerte.

Me saqué el carnet de conducir, por supuesto, a la primera. Compramos un Renault pequeñito de segunda mano para llevar y traer a los niños. Nuestro parque automovilístico: un coche, la furgoneta y la moto de Antonio, hablaba de nuestra elevada posición, muy por encima de la de aquel barrio humilde. La gente nos observaba con admiración y envidia. Me agradaba que el valor de los pisos en la zona subiera mes a mes gracias a que en ella vivía Carmen Bell, incluso marcas de renombre comenzaron a abrir tiendas allí. Era mi pequeña contribución para con mis vecinos. Por las noches, cuando los niños ya estaban dormidos, me relajaba tomándome mis copitas de brandy mientras veía pelis en el DVD o programas de televisión. Esperaba a que Antonio llegara del trabajo, siempre tarde, cerca de las doce de la noche. Venía ya cenado, con el agotamiento propio de un largo día de trabajo. Me daba un beso y se iba a la cama. Yo no le exigía relaciones sexuales, aunque me apetecía, pues comprendía su cansancio. Era muy trabajador.

Sabía que Antonio montaba en la moto a una vecina soltera, a quien todo el mundo conocía como la Rubia porque solía teñirse en un tono platino. Vestía con minifaldas, tacones y grandes escotes que dejaban ver un profundo canal. Decían las malas lenguas que era un poco buscona. Asentada en mi certidumbre, no me gustaba entrar en dimes y diretes. No iba a creer lo que se le pudiera ocurrir a cualquier vecindona. Mi marido era muy atractivo, no era de extrañar que hubiera más de una en el barrio que se muriera por sus huesos. Por cortesía, de vez en cuando llevaba a alguna en la moto al centro. Él estaba enamorado de mí. En el fondo, me daban pena esas mujeres por perseguir un sueño inalcanzable.

Una mañana me quedé dormida, desperté cerca de las doce, encontré a los niños jugando en el salón. Aunque me dolía la cabeza y tenía fatiga y mal cuerpo, corrí para llevarlos con mi madre. Llegué al trabajo cerca de la una. José Luis, el encargado, que era muy buen hombre y nos trataba siempre de una manera educada a las

dependientas, me echó una bronca de taparse los oídos. Puso muy estirado su imponente metro noventa y su bigotazo para decirme:

—Te hemos estado llamando al móvil, he ido varias veces a tocar en el telefonillo, nadie ha contestado. Estábamos preocupados por ti. Esto no puede volver a ocurrir. —No me había enterado de nada. Ni telefonillo, ni móvil, ni una bomba que hubiera caído me hubieran despertado. Agaché la cabeza, pedí disculpas y juré que no pasaría nunca más.

Antonio dejó de montar a otras vecinas en la moto, solo montaba a la Rubia. Cuando le preguntaba, decía que era una buena amiga, simpática y divertida. Ella trabajaba en un pub cerca de la plaza de San Juan. Antonio se tomaba de vez en cuando una copita allí y se habían hecho muy amigos. Yo lo entendía. Una noche no vino a dormir, lo llamaba al móvil, no me lo cogía. Lo estuve esperando y bebiendo hasta el amanecer, me volví a quedar dormida, no fui a trabajar al día siguiente. Y José Luis:

—Si tienes problemas, te podemos ayudar. Esta es la última oportunidad que te doy. Si se repite, tendré que informar a la dirección, y ya sabes lo que eso significa.

—No volverá a ocurrir —prometí convencida, segura de mí misma.

Una o dos veces por semana se repetían las noches en las que Antonio no me cogía el móvil ni venía a dormir. No me daba explicaciones porque yo no se las pedía, no se le piden explicaciones a alguien en quien confías. En 2008, una mañana de otoño, desde detrás de los cristales del supermercado, vi que, acompañado de la Rubia, cargaba dos maletas en el monovolumen. Se marcharon, la Rubia conducía la furgoneta, él la seguía con la moto, no supe advertir lo que ocurriría. Esa noche no vino a dormir, nunca más volvió, se fue sin decir una palabra, sin una explicación, sin dar un beso a sus hijos. Lo llamaba al móvil compulsivamente, una y otra vez, cien por cada hora, hasta que una grabación me informó que ese número no pertenecía a ningún usuario. Lo buscaba frenética por Cádiz, preguntaba en los lugares donde había trabajado, no lo encontraba. Mis padres querían que lo denunciara por abandono de

hogar. No lo hice porque no contemplaba el hacerle daño a Antonio. Sabía que no había desaparecido por voluntad propia, estaba segura de que la Rubia le echaba algo en las bebidas para adormecer su voluntad o le practicaba una especie de hechizo. Varias vecinas vinieron a consolarme, me confirmaron que la pelandusca practicaba la brujería y que ya había seducido a varios padres de familia del barrio con sus malas artes. Una botella de brandy me duraba una noche. Acorchaba mi desgracia, atenuaba mi destino. No me preocupaba porque sabía que podía dejar de beber cuando quisiera. En una sola semana falté al trabajo tres días. José Luis me comunicó el despido precedente; la noticia la encajé liviana en mi alma entumecida. Decidí no denunciar a la empresa para que me pagara indemnización, ellos tenían razón.

Llevé a los niños a casa de mis padres para que pasaran allí una temporada, hasta que yo encontrara trabajo. Era cuestión de días aceptar la próxima oferta que me hiciera una productora. Bebía de noche en casa, sola, pasaba el día durmiendo, comía algún bocadillo que dejaba fiado en el supermercado. Mi padre venía a verme todos los días. Se pasaba por el súper para pagar mi cuenta: dos piezas de pan, un cuarto de chorizo y una botella de brandy. Unas veces le abría la puerta, la mayoría no me enteraba del timbre porque estaba profundamente dormida. Mi madre venía dos veces en semana a limpiar la dejadez que acumulaba en forma de desperdicios, decía que el piso olía mal. No le faltaba razón, pues yo nunca cogía una fregona o una bayeta. Los platos se amontonaban repegados de un tomate frito que hacía las delicias de las cucarachas.

Dejé el piso, no podía pagar el alquiler. Fui a vivir con mis padres y mis hijos. Me reñían severamente porque no consentían que los niños me vieran tirada en el sofá sin poder reaccionar, borracha, sin ser capaz de articular palabra. Me prohibieron beber en la casa. Ellos pagaban la comida, a mí no me daban dinero. Manejaban el efectivo, me compraban lo que necesitara, no me faltaba de nada, pero a mí, ni un solo euro. No pude resistir aquella cárcel de barrotes hechos de amor y responsabilidad que tanto me ahogaban. Corrí escaleras abajo en vuelo de vencejo, las puertas del bloque me

escupieron al acerado, me tiré a la calle sin móvil, con lo primero que cogí del armario y unas zapatillas. Mi público, que se había enterado en las revistas especializadas y en los telediarios de que Carmen Bell estaba pasando por apuros económicos, comenzó a poner monedas en mi mano.

—¡Muchas gracias! —Correspondía a su homenaje tocándome con la palma el corazón.

—Te lo mereces por todo lo que has dado al cine español —contestaban entusiasmados.

En menos de media hora alcanzaban las monedas para comprarme un cartón de vino. Me senté para saborearlo en una plaza donde jugaba alegre y bullicioso un grupo numeroso de niños. Me acordaba de mis tres hijos, pero el deseo de libertad pesaba más que el cariño de madre. Cuando lo terminé, mis manos siguieron recibiendo monedas incondicionales. Compré otro cartón. Se encendieron las farolas sobre la apacible tarde, la plaza fue quedándose poco a poco vacía. La algarabía de juegos infantiles y el chillar de los cierres metálicos de establecimientos que concluían la jornada de trabajo dieron paso al silencio y la calma. Me quedé dormida en el banco. Me despertaron, cerca de las tres de la madrugada, las manos de mi padre, quien se había echado a la calle para buscarme. Cada día, una pugna, una irritación que me arrastraba a arrancarme los cabellos a puñados. Necesitaba salir, ellos trataban de impedirlo, no lo conseguían porque me volvía una fiera enfurecida con garras afiladas capaces de descarnar la faz de mi propia madre. Me pasaba el día y parte de la noche fuera, hasta que me encontraba mi padre o la Policía Municipal. Cádiz es una ciudad pequeña en la que nos conocemos casi todos, donde las lenguas informan a la velocidad de la luz. Más si se trata de una persona famosa, como lo era yo.

En uno de mis escasos momentos de lucidez, tuve fuerza de voluntad para no gastarme en vino las monedas que donaban mis admiradores. Compré un billete de tren. A las tres de la tarde del 8 de septiembre de 2009, miraba por la ventanilla cómo se alejaban de mi vida la luz y la sal de Cádiz. Solo me acompañaban mi deseo de

libertad, el carnet de identidad y la foto con mis hijos. Unas zapatillas de deporte, un pantalón vaquero y una camiseta rosa. Bragas, sujetador y calcetines, los puestos. Rumbo a Sevilla, donde triunfé con mi espectacular actuación en *Las dos orillas*, donde no me sintiera perseguida ni los recuerdos amargos me saludaran por donde caminaba. Los compañeros de viaje se hacían fotos conmigo y las lanzaban a las redes sociales informando que Carmen Bell se dirigía a la capital de Andalucía. Dos horas más tarde, mis pies pisaron la estación de Santa Justa. La gente ya se había enterado, me estaba esperando. Se me acercaban para darme monedas, besos, pedirme autógrafos y fotografiarse conmigo. No podía dar un paso sin que se me acercara alguien, me sentía redimida. Liberada, me dejé llevar sin rumbo fijo, donde me arrastrara la masa, de cartón en cartón de vino. Mis pies, cansados de pararse a saludar, se pararon en el barrio de la Macarena, en el comedor de las Hermanas de la Caridad. Se formó un revuelo tremendo cuando me vieron entrar.

—¡Carmen Bell está aquí, es Carmen Bell!

Decidí comer allí todos los días por no hacerles un feo. Recibía constantemente ofertas de admiradoras ansiosas para que durmiera en su casa, pero yo no quería molestar a nadie. Pasaba las noches en el portal del centro de salud, en la plaza del Pumarejo. Las hermanas estaban muy interesadas en que me alojara en el hogar de San Fernando, me lo suplicaban, porque daría un caché al hogar que hasta ese momento no había adquirido. Acepté, no soy mujer de hacerme rogar; si me necesitaban, no me costaba el hacerles ese gran favor. Ingresé una mañana de otoño en el centro de acogida Miguel Mañara del Hogar de San Fernando.

Los años en el hogar transcurrieron tranquilos. Me proporcionaban confort mi cama de tubos, mi taquilla metálica, la ducha diaria, la buena comida que degustábamos en el comedor. Consideraba que tenía una nueva familia de once mujeres y cuarenta hombres. En el centro se ofrecían distintos talleres: de costura, de lectura. Las hermanas me necesitaban para el taller de expresión corporal. Estaban encantadas con que la gran Carmen Bell lo impartiera. El trabajador social no paraba de recibir ofertas de

películas para mí, la psicóloga me adoraba, se quedaba con la boca abierta ante mis razonamientos. Después de desayunar salía a la calle, y la gente venga a darme dinero. Me compraba un cartón de vino o, si tenía suficiente, entraba en la bodega Mariano Camacho, donde se formaba una buena con mi presencia. Me sentaba al final de la barra, me pedía mis cervecitas, que allí las ponían riquísimas, fresquitas y con su espuma perfecta. En la bodega entraban doctores del centro de salud, visitantes médicos, gente del barrio y de la calle San Luis. No se cabía. Riquísimos los chicharrones, las papas *aliñás*, la sangre encebollada y, en primavera, los caracoles. El dueño encargó en Triana un azulejo que rezaba: «Esquina Carmen Bell», y lo colgó en la pared al lado de donde solía sentarme al final de la barra, junto a la cámara frigorífica antigua. Lo hizo para darle categoría al local. Almorzaba en el centro de acogida y volvía por la tarde a la plaza hasta la hora de volver para cenar.

En 2014 conocí en el centro de acogida a Juan. Se enamoró de mí en cuanto me vio, un flechazo de película. En el comedor, no dejaba de mirarme ni un segundo, y después me buscaba para conversar conmigo. Era un hombre con la cabeza muy bien puesta, responsable, lo que hablaba tenía mucha lógica. No me hacía mucho tilín como hombre, eran más bien bajito, un poquito feo y muy delgado, pero estaba tan colado por mi persona que me daba cosa rechazarlo; o, tal vez, necesitaba esa estabilidad que me proporcionaba su compañía. En un paseo que dimos junto al río, me cogió de la mano en un rojizo atardecer y me dio un beso. Nos hicimos novios.

El centro le consiguió a Juan un trabajo en un bar de Pío XII. Pronto me pidió que nos fuéramos a vivir juntos porque ganaba lo suficiente para alquilar un piso en la barriada de Begoña. Tres habitaciones casi deshabitadas de muebles, un salón pequeñito, una cocina de dos metros cuadrados y un cuarto de baño en el que se apiñaban la taza, un lavabo y el plato de ducha. Estuvimos viviendo juntos dos tranquilos años. No nadábamos en la abundancia, tampoco carecíamos de nada importante. Él llevaba muy bien las cuentas, todo muy bien apuntadito en libretas y ordenado en un

archivador. No quería que bebiera, yo apenas lo hacía, solo algunas cervezas, y siempre acompañada de él.

A finales del mes de junio de 2016, el dueño del bar en el que trabajaba Juan lo destinó durante los meses de verano a un local nuevo que abrió en El Puerto de Santa María. Juan vendría una vez en semana en su día libre. Cuando se fue, me dio dinero para el alquiler del piso, que solo se podía pagar en efectivo, y para la comida de esa semana. El mismo día que lo despedí con un beso, me fui a la bodega Camacho para tomar una cerveza y una tapa de caracoles o de papas *aliñás*. Me apetecía saludar a mis amigos. «Solo una y para casa. Bueno, por otra no va a pasar nada». Me bebí y me comí los doscientos euros del alquiler. Fue un día apoteósico. Cuando cerró la bodega, no podía dar un paso. Juan me llamaba al móvil, yo no contestaba. Me quedé a dormir en un banco de la plaza porque era incapaz de llegar al piso. Al día siguiente, cuando desperté, comprobé que me habían robado la cartera con la documentación, el poco dinero que me quedaba y el móvil que me compró Juan. Solo me quedó la foto que me hice con mis hijos, la llevaba siempre en un bolsillo metida en un plástico para que no se me estropeará. El lunes siguiente, cuando Juan vino en su día libre, ya sabía que yo no había pagado el alquiler porque el dueño del piso lo había llamado a él. Se enfadó muchísimo, gritó encolerizado y me echó a la calle.

Otra vez, los bancos de la plaza del Pumarejo y el comedor social de las Hermanas de la Caridad se convirtieron en mi hogar. Ellas me suplicaron de nuevo que volviera al centro de acogida Miguel de Mañara. En esa ocasión me dio igual que me necesitaran, me negué porque antepuse mi libertad a las necesidades de los demás. La caridad bien entendida comienza por una misma. La puerta de Santa Marina, la plaza del Pumarejo, su centro vecinal, la bodega Camacho y el comedor social eran todo mi universo.

En el centro vecinal, una amiga buscó en un ordenador, porque yo se lo pedí, el nombre completo de mi hija Rocío. No sé cómo lo hizo, no lo entendía porque yo no había tocado en mi vida un ordenador, pero, por arte de magia, se puso en contacto con ella por no sé qué red social o no sé qué página. Al día siguiente, Rocío y

Daniel se presentaron aquí. Los vi bajarse de un taxi en la plaza, inmediatamente los reconocí. Habían pasado diez años, pero una madre no olvida. Estaban guapísimos, muy bien cuidados, hechos un hombre y una mujer. Ese día de 2019 fue el más feliz de mi vida, mucho más que los de vinos y rosas de mis grandes éxitos. Me abracé a ellos llorando de alegría, los apretaba queriendo volver a meterlos dentro de mí, en mi vientre, en mi alma, en el tiempo perdido. Se los presenté orgullosa a todo el mundo en la iglesia, en la bodega, en el centro. La sonrisa en mi cara resplandecía cuando me felicitaban por la calle:

—Carmen, qué guapos y qué educados son tus hijos, de tal palo...

Y mi júbilo se elevaba por encima de cabezas, azoteas y torres de iglesias. Me trajeron la mala noticia de que mi padre había fallecido, eso me entristeció, puso contrapeso a la dicha que sentía, la vida es así. Mi madre estaba bien de salud, decía Rocío que me enviaba su infinito deseo de que volviera, de que viviéramos los cuatro juntos. Querían, pretendían, rogaban que me fuera con ellos a casa. Me dio pánico volver a Cádiz, el lugar donde me robaron a mi hija y me abandonaron dos hombres. No acepté, mis hijos me lo suplicaban, se pusieron de rodillas ante mí. Me negué, mi casa era el Pumarejo. Se subieron al taxi llorando, cariacontecidos, decepcionados; llorando quedé yo, pero ni podía, ni quería volver. Vi sus abatidos rostros alejarse, no volví a verlos nunca más.

De los tiempos del COVID, recuerdo la inmensa e interminable soledad de una calle desierta y de bares y negocios cerrados. Hasta los patos abandonaban el río para pasear por calles fantasmas en busca de un trozo de pan. Me salvaban los supermercados, donde compraba comida y cartones de vino. Me sentía privilegiada, la humanidad responsable estaba confinada en sus cómodos e higiénicos hogares mientras este desastre de persona paseaba bajo el cielo de un mes de abril que nadie osó robarme. Aplausos a los sanitarios, *Resistiré* y *¿Quién me ha robado el mes de abril?*, sonaban desde los balcones abiertos al canto de los pájaros en primavera. En el otoño de 2022 enfermé de los pulmones. Debí de

coger un enfriamiento algún día de lluvia, porque tenía mucha tos y me salían algunos esputos sanguinolentos. La húmeda noche de escarcha en la que la muerte descendió con su guadaña de cálido alivio para bailar conmigo, me encontraba sentada en un banco de la plaza del Pumarejo ebria, enferma, sola, aterida de frío. Ella me dijo alborozada:

— ¿Bailas, preciosa?

— ¡Claro!, ¿estás más delgada? —pregunté.

— En los huesos —respondió al ceñirme la cintura.

10

Hoy es un día luminoso, el sol de julio luce cálido y claro en esta mañana de paz en la que mi aliento duda si saltar de alegría o penar en lágrimas de amargura por tu desamparado final. Los cipreses del cementerio de San Fernando balancean con suavidad sus finas puntas al capricho de una brisa que refresca la labor de los sepultureros. Aquí estamos, mamá, frente al nicho que nos separa de tu cuerpo. Daniel, la abuela, Bárbara, Neme y yo nos sentimos emocionados al contemplar cómo un empleado coloca la lápida que encargamos la semana pasada. El tío Juande y la tía Lola también han venido. El sonido del cemento y el palustre lanza chasquidos al aire sereno. Cuando se cumplan siete años, podremos rescatar tus restos y trasladarlos a Cádiz para que descanses para siempre junto a tu padre. Ahora tu identidad no está escrita con un lápiz de carmín, desdibujada por las lluvias y reseca al sol, sino grabada para siempre en un mármol igual de duradero que el cariño que te profesaré mientras viva.

María del Carmen López Ramírez

(Carmen Bell)

2-3-1968 / 22-12-2022

Tu madre y tus hijos no te olvidan

El juez ha autorizado restablecer tu identidad oficial. El gabinete de identificación de la policía comparó las huellas dactilares que tomaron de tu cadáver con sus archivos y con un antiguo carnet de identidad tuyo caducado que guardaba la abuela. Hemos aportado fotografías, libro de familia, partida de nacimiento y fe de bautismo.

Le estamos muy agradecidos a Bárbara y a Neme. Él sigue implicado en el caso de la chica desaparecida. Te confieso que me sigue causando temor y desconfianza y que me incomoda que la historia gráfica de tu vida esté colgada en su revista digital. No lo puedo evitar, además, ¡es un hombre tan raro! No quiero ser injusta, por eso están hoy aquí presentes, porque si no hubiera sido por ellos seguirías siendo una indigente más que muere en el absoluto olvido. Me trago mi miedo como hojas de papel incomedible, pues debo respetar su presunción de inocencia. Si en algún momento fuera condenado, solicitaría que tu biografía desapareciera de su web, pero ese momento aún no ha llegado, y espero de todo corazón que no se dé jamás. Cuando les he preguntado el porqué de su loable misión, Neme me ha respondido:

—Mi deseo de resucitar personas obedece a una antigua y larga historia.

No me atreví a preguntar más. Solo mueres si te olvidan, ese es el lema de su web. Ahora tu historia ha renacido como un tulipán en primavera para perdurar en el tiempo. La puede leer documentada y gráfica en la página quien lo desee. Estás viva porque nosotros no te olvidaremos jamás. Comienza a hacer calor. En la rotonda de entrada al camposanto nos despedimos con sentidos besos y abrazos. Si la justicia no lo impide, nos mantendremos unidos para siempre, pues la historia de Bárbara ahora la hago también mía y tuya, mamá, porque tengo la intención de encontrar a mi hermana Esperanza para hablarle de ti.

Neme acudió esta mañana a comisaría para entregar la séptima carta recibida. Perfecto y él no se dirigieron la palabra. «No ha tenido el valor de cruzar su mirada con la mía firme y acusadora. Ante mi frialdad y desprecio, ha soltado el sobre en la mesa, se ha dado media vuelta y se ha marchado. Sigue jugando, intentando reírse de mí». Perfecto se preparó profesionalmente para manipular y leer la carta, en ella, Arlequín finaliza indicando que en la calle Ortiz de Zúñiga,

en la casa que hace esquina con calle Morería, se encuentra una hornacina altar que alberga un azulejo en el que se representa la Virgen del Buen Suceso, y que sobre esa hornacina ha sellado una caja pequeña. El inspector ordenó a unos agentes que accedieran al lugar revelado equipados con una larga escalera. La caja fue encontrada y trasladada a comisaría. Ahora se halla sobre la mesa del despacho de Perfecto. «Es una caja de galletas de una marca muy conocida, no aclara nada, la comercializan en cualquier supermercado». Correctamente provisto de guantes de látex, el inspector abre la tapa para que asome ante él su contenido. Da un alarido espeluznante:

—¡Dios bendito y su santa madre!, ¡No!, no puede ser. —Un espanto lo sacude, arcadas de vómito se le agolpan en la garganta ante el absoluto horror que se despliega ante sus ojos. Un temblor de sudor frío le transita el cuerpo, le empapa la camisa, el traje y la corbata. No cree lo que ve, no concibe que un ser humano sea capaz de cometer semejante crimen. El grito se ha oído en toda la comisaría, Irene irrumpe alarmada en el despacho. «No me gusta originar un espectáculo, huyo de esos bajos modales, pero esta atrocidad haría estallar a cualquiera, incluso al más fuerte». El despacho comienza a dar vueltas alrededor de sus sentidos, nuevas arcadas golpean su angustia, Irene lo sostiene antes de que pierda el sentido, lo ayuda a sentarse en el sillón, le acerca un vaso de agua. Cuando logra recuperarse:

—Irene, por favor, si es tan amable, equípese adecuadamente para trasladar esta ignominia al laboratorio. Efectúele una fotografía y remítala a Helena, la hermana de Alicia, y a su madre para que nos confirmen si reconocen tal prenda. —Dentro de la caja, unas mínimas bragas negras de lencería muy fina han escandalizado los ojos del inspector. No huelen mal, han sido higienizadas. Irene considera que son divinas, perfectas para sus sensuales aventuras de fin de semana. Las buscará en tiendas especializadas y en caso de encontrarlas, las comprará.

Su rostro aún se aplanó lívido y frío como el de un cadáver. Perfecto, abatido contra el sillón, va recobrando el resuello. «El malnacido del señor Némesis, advirtiéndome la veneración que profeso

a la Santa Madre de Dios, ha pretendido humillarme, una vez más, cometiendo este sacrilegio. ¡Una prenda íntima propia de meretriz colocada junto a su divina imagen! ¡Insultar de esa manera a la Virgen del Buen Suceso, la reina del cielo y de la tierra!, la misma que se le apareció en Quito a la madre concepcionista Mariana Francisca de Jesús Torres para predecir la catástrofe espiritual que se ha producido en la Iglesia católica desde mediados del siglo XX. Catástrofe que ha acarreado al mundo una corrupción moral generalizada, una profanación del sacramento del matrimonio, que ha forjado párrocos pervertidos que escandalizan a los fieles y causan sufrimiento a los buenos sacerdotes. La lujuria desenfrenada atrapa a innumerables almas, genera pérdida de inocencia entre los niños y arrasa la modestia de las mujeres. Esta catástrofe también ha ocasionado gran falta de vocaciones sacerdotales y religiosas. En esta época de tinieblas, Satanás reina en las sectas masónicas e impone leyes inicuas, el sacramento de la extremaunción es poco considerado, el del orden sacerdotal es ridiculizado, oprimido y despreciado. ¡Mil veces maldito sea el señor Némesis!» Perfecto, aunque le flaquean las fuerzas, logra levantarse del sillón, se hinca de rodillas contemplando el óleo de la Inmaculada que preside el despacho. «Ante tu santo rostro de infinita calma, rezo desde mi lacrimoso interior con las manos unidas sobre mi pecho pecador: Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén».

Se levanta, sacude el pantalón a la altura de las rodillas. Intenta serenarse. Irene vuelve a entrar:

— Señor inspector jefe, tanto la madre como la hermana de la señorita Alicia confirman que la prenda pertenece a la muchacha y que, muy posiblemente, la llevara puesta la noche de su desaparición.

— Gracias, Irene, puede retirarse.

Vuelve a sentarse en el sillón, respira profundamente. Debe cavilar, hace siete meses que desapareció la chica y aún no ha adelantado nada en la investigación. Las televisiones y la opinión

pública presionan a la jueza y esta le presiona a él telefoneando a diario con ese tono de desagradable ironía que a Perfecto le hace achicarse hasta sentirse habitante de Lilliput.

«Ese satánico ser de inmensa cabeza ha ideado este juego. Quizá yo deba participar en él para encontrar respuestas. Recuerdo que me dijo que la clave se halla en el lugar donde aparecen las pistas. Se trata de descubrir quién es su cómplice, la persona que mantiene secuestrada a la muchacha. Veamos, la primera la rescató él mismo del rótulo de la calle Fray Bartolomé de las Casas. Eso puede significar que es alguien relacionado con Hispanoamérica o que es religioso. Descarto completamente esta última posibilidad. La segunda, sobre el luminoso de una librería, podría indicar que es escritor. La tercera, sobre unas rejas en forma de lanza, ello, sin duda, quiere decir que es indígena, que asociado a Fray Bartolomé de las Casas nos aclara que es indígena sudamericano. La cuarta, en un jarrón de la casa de Las Sirenas. No se me ocurre Nada».

Perfecto yergue su cuerpo sobre el teclado del ordenador. Teclea: «Casa de las Sirenas». Entra en Wikipedia, lee sobre la historia del edificio. «Ese Arlequín podría ser rico, pues el caserón fue palacio del marqués de Esquivel». También lee que se rumorea que alberga un fantasma:

«El fantasma era un descendiente de la familia Portilla que estaba confinado en la casa por su condición homosexual. Algunos sostienen que se trataba de una reclusión voluntaria como castigo por su orientación y otros creen que eran los propios familiares los que lo tenían atado porque no querían que el pecado saliera a la luz. No se sabe si su muerte fue natural o provocada, pero de lo que sí se tiene constancia es de que el fantasma que habita en la casa es él».

El inspector se inclina más por que sea homosexual que por que sea rico. «La quinta pista apareció sobre la placa que conmemora el tercer centenario de la muerte de Juan Valdés Leal. La muerte del pintor de la muerte. La chica cursa bellas artes, podría tratarse de un compañero de carrera que sueña con pintarla fallecida. El último lugar en el que se han hallado pistas es la hornacina de la Virgen de Buen Suceso, quien se apareció en Quito a la madre concepcionista

Mariana Francisca de Jesús Torres. ¡Bendito sea Dios!, ¡bendita su santa madre! Lo he conseguido con el auxilio del Espíritu Santo. Se trata de un sudamericano, indígena, de nacionalidad ecuatoriana, homosexual, escritor o pintor. ¡Los ángeles danzan en el cielo!». El color y el calor retornan a sus mejillas. «Pronto daremos con él».

Perfecto da orden al departamento de informática de confeccionar un listado con las personas que cumplan con esas características para que sean inmediatamente investigadas e interrogadas. «En cuanto pueda demostrar que una de ellas mantiene la más mínima relación con Alicia o con el señor Némesis, habré descubierto a los dos culpables». Satisfecho, se levanta para despejar las cortinas. Un vigoroso sol de verano enciende su despacho, al igual que su raciocinio ha iluminado la senda por donde debe discurrir el caso. Respira aliviado.

Amanece un día desganado. Las ventanas y los ojos de Bárbara permanecen cerrados, aún no se ha levantado de una noche de llantos y pesadillas en la que apenas ha podido dormir. Le ha provocado una deshinchada tristeza el asunto de su madre. Apenas la ha visto desde entonces, su hermana es quien se ocupa ahora de la señora. «Se me hace un mundo visitarla porque no sé cómo actuar. El diablo en mi hombro izquierdo me dice que la arranque de mi vida por cometer tan horrible crimen; el angelito en el hombro derecho me dice que, aunque no sea mi madre de sangre, esa mujer, que ya no es ella misma, me cuidó y me dio todo su amor. Lo cierto es que estoy agotada y deprimida». Hace una semana que Bárbara acudió a un psicólogo, quien le ha aconsejado que, de una manera progresiva, haga un esfuerzo por salir y retomar aficiones. «¿Aficiones, salir? Lo que más me gusta del mundo es un cotilleo, así que si el psicólogo me lo manda, le hago caso». Le cuesta levantar su cuerpo como si pesara toneladas, «y mira que no tengo ganitas ninguna de comer, he perdido más de cinco kilos, y encima, cuando me miro al espejo, me veo más fea y vieja que nunca». No tiene fuerzas, un cansancio

crónico le impide mover las pestañas. Primero, un pie toca el suelo; cinco minutos más tarde le sigue el otro pie. Al fin, con un esfuerzo extremo, se levanta de la cama. No le gusta comprar en Amazon «porque te quita lo más divertido: el entrar y salir y patearte las calles en busca de lo que necesitas, andar de palique con los dependientes y tomarte una cervecita. ¿Qué gracia tiene que a los pocos días de hacer el pedido te lo traiga un tío que conduce una veloz furgoneta asesina que va atropellando gente por la calle? ¿Y ese envoltorio en cartón reciclado? Yo, aunque compre en El Corte Inglés dos puerros y una lata de caballa, siempre pido que me lo envuelvan en papel de regalo. Lo que pasa es que la puta niña está *enganchá* a las compras digitales, me tiene la cuenta temblando. Se lo digo al padre y como si no fuera con él, y venga con que soy yo la que no le sé inculcar la virtud de la templanza. ¡A ti sí que te templaba yo el caldo del puchero en invierno y la cerveza en verano! Estoy muy irritable últimamente. La verdad es que no me gustaba el micrófono que vendía el chino, era de color rosa, así como de radiocasete de juguete de niña cursi con olor a chicle de fresa, vamos, que no iba a dar el pego ni con tres pelucas». Clara le dijo:

—Te lo busco en Amazon, verás que lo encuentro profesional y a buen precio.

Lo encontró, y Bárbara:

—Pues me lo pides ipso *flauto*. Lo que en castellano viene a decir que ahora mismo.

El micrófono llegó ayer. Le dio un poco de repelucos romper el cartón reciclado, «ese que es más basto que unas bragas de esparto». Cuando abrió la caja y lo vio, se puso contenta. Es azul metálico con la esponja en negro, trae la marca TONOR escrita en letras grandes y plateadas. «Da el pego de todas, todas». Clara diseñó en una página web especializada un logotipo con las letras TV y un globo terráqueo. Lo copió en un *pen* que Bárbara llevó a la copistería para que le confeccionaran varias pegatinas. Después de una ducha de brazos caídos, de desayunar un café con dos galletas y de vestirse con lo primero que ha cogido del armario; ha pegado una de las pegatinas en el micrófono, debajo de la marca TONOR. «La reportera

Bárbara Ariza de Tonor Televisión ya está preparada para la batalla». Clara le ha enseñado también cómo se graba el audio en una *tablet*. «La verdad es que en esta ocasión se ha ganado el Bollicao. Quiere que las dos nos hagamos el mismo tatuaje: dos corazones entrelazados. Lo mismo le digo que sí. En el fondo es buena, yo no creo en eso de cría cuervos y te sacarán los hijos. A veces me dan ganas de meterla en una maleta y mandarla con el *perfumao* del padre, pero la quiero más que a nadie. Se me escapa una lagrimita».

No se piensa perder ni media del «*tinglao* que se ha montado con la chica desaparecida y las cartas. ¡Madre mía!, yo creo que ya tienen que estar rodando una serie. No entiendo cómo se enteran de todo, incluso de lo que es secreto judicial. Hoy presta declaración ante la jueza Rodolfo Pantaguano, el famoso escritor y pintor ecuatoriano residente en Sevilla. Me gusta su pintura porque no retrata más que a tíos macizos en pelotas. Es mariquita declarado, suele salir en revistas o páginas de homosexuales, dice que su arte se centra en reflejar la belleza del cuerpo masculino. ¡Y vaya si lo hace!, qué tíos, qué músculos, qué *mandaos*. Se me hace la boca agua. Los pinta así como muy místicos, mirando al infinito, lo que no quita que estén cañón, que me dan ganas de tirarme a un óleo de esos». Le ha enchufado a la *tablet* el micrófono y la ha metido directamente en el bolso saco de Papá Noel, el micro lo lleva en la mano como si se estuviera comiendo un helado, la cámara de fotos colgada al cuello. «Parezco el hombre orquesta, no sé cómo voy a conducir».

Bárbara ya espera en la puerta de los juzgados, el bochorno es asfixiante, los abanicos aletean incesantes. «¿Qué esperan si estamos en agosto?, ya lo dice el refrán, cuando marzo marcea, mayo mayea». El lugar está atestado de periodistas, de micrófonos, de cámaras. Arrecian empujones en marea de lado a lado. Los presentes se apretujan buscando la sombra que les ofrecen los soportales, huele a humanidad, miran a Bárbara como preguntando: ¿Y tú de quién eres? «Pues de Tonor Televisión, *miarma*». También se encuentran en el lugar personas con cara de enfado que portan cartulinas pintadas con rotulador por sus niños en las que se leen consideraciones varias sobre los homosexuales y los inmigrantes. «Esto parece La Campana

en Domingo de Ramos, ¡qué bulla!, ¿me están poniendo un rabo?, no, me había hecho la ilusión, es el bolso de una señorita periodista pegadito a mi trasero. Debe de llevar dentro un paraguas plegable, será para utilizarlo como sombrilla». El ecosistema sube en decibelios, las mareas se hacen más pronunciadas, a Bárbara le han dado un codazo en un pecho, apenas puede mantener el micro en alto, llega Rodolfo Pantaguano acompañado de su elegante abogado. Una cartulina que anuncia que España se rompe pasa rozando la oreja izquierda del pintor, quien es engullido por un bosque de micrófonos. Bárbara intenta hacer fotografías alzando la cámara por encima de las cabezas y disparando al azar. Oye, con esfuerzo, la voz del artista:

—Ahora no, a la salida, por favor.

Le disparan preguntas encadenadas que deja tras de sí sin contestar. Con dificultad, logra dar la espalda para entrar en los juzgados. La multitud no se disuelve, hace más calor, sudores corren camisas abajo, Bárbara sigue sintiendo en el trasero el paraguas enfundado en el bolso. Vuelven a elevarse los decibelios, parece que llega otra persona, sí, desaparece también bajo los micrófonos. Bárbara no oye que diga nada, no lo ve, ahora logra divisarlo entre sobacos húmedos, ¡es Neme! No la ha visto. Bárbara se queda de piedra, dura, fría, tiesa. «No entiendo por qué este cacho de carne con ojos no me cuenta las cosas, a mí, que soy la única amiga que tiene, su Pepito Grillo. Me entristece, la verdad es que no acabo de acostumbrarme a este borrico, y mira que le tengo cariño».

Han pasado cerca de dos horas en las que Bárbara casi se ha deshidratado, no ha querido ir a tomar un refresco para que nadie le quite el sitio. Sale Neme, nuevo barullo creciente, no dice nada, le han metido un micrófono en la boca, otro en una oreja y otro en un ojo. Avanza lentamente, rodeado de un torbellino que se lo come a preguntas. Logra avanzar algunos pasos nadando en lodo; más allá, un cincuentón barrigudo con cinturón de banderita de España le grita a la cara: «¡Maricón, asesino!». Él no se inmuta, se marcha pasito a pasito, no ha visto a Bárbara. Sale Rodolfo Pantaguano, pone su espalda contra la piedra del edificio. Es joven, aparenta menos edad

de la que realmente calza. «Bastante guapo, tiene unos morros muy apetecibles y una melena lacia y negra que da gusto verla». Viste con sombrero de paja y camisa floreada de dos bolsillos. Adora las turquesas, las luce en el colgante y las pulseras. Es rodeado por micrófonos y cámaras, pide calma con las manos, comienzan los *schhhh* mandando callar, comienza a hablar:

—En primer lugar, quiero informarles que ayer fue mancillado mi estudio por un grupo de policías. Sin previo aviso, golpearon en la puerta. Cuando abrí, un inspector me puso una pistola en la sien mientras dos agentes me inmovilizaban. Traían una orden de registro, lo pusieron todo boca abajo sin ningún miramiento, poniendo en peligro mi obra pictórica. No encontraron absolutamente nada de lo que buscaban. Me soltaron y me citaron para que viniera a declarar hoy. No tengo que ver nada con la desaparición de Alicia Isabel Maqueda Esquivias, soy inocente, no entiendo por qué estoy siendo investigado, no conozco de nada al señor Némesis Estupiñán, ni sé nada de unas cartas que me han enseñado. Le he dicho a la señora jueza que debe de haber algún error. Lucharé en todo momento por que se conozca la verdad y por que se restablezca mi honorabilidad. Nada más.

Las preguntas se pisan nerviosas unas a otras:

—¿Ha sido imputado?

—Sí, la jueza me ha dejado en libertad sin fianza y me ha informado que estoy siendo investigado.

—¿Conoce a Alicia Maqueda?

—Sí, fui su profesor el curso pasado.

—¿Seguro que no sabe por qué ha sido imputado?

—Aseguran que los lugares donde aparecen las pruebas de vida de la chica me señalan, algo que no entiendo en absoluto. No me han dado más explicaciones. Este caso está plagado de irregularidades, no se sostiene, mi abogado se lo ha hecho saber a la señora jueza, aun así, me ha imputado un delito de secuestro.

—¿Cree que su orientación sexual tiene algo que ver en la imputación?

—Nada más, ruego me disculpen.

No puede dar un paso. Avanza a la velocidad de un caracol entre la estacada de micrófonos hasta que logra meterse en un coche. La marabunta rodea el automóvil, que se mueve con dificultad para no atropellar a varios fotógrafos que le impiden el paso. Acelera, se pierde entre el tráfico, el grupo de periodistas se disuelve en fuegos artificiales, cada cual corre hacia su redacción. Bárbara se ha quedado sola, está empapada en sudor, vuelve a respirar. «Me voy yo también».

En casa, le tiemblan los dedos sobre el móvil al llamar a Neme.

—Diga.

—¿Neme? —pregunta sin saber qué decir.

—Dime, Bárbara.

—¿No crees que tienes algo que contarme? —Silencio.

Después del silencio:

—Imagino que te has enterado, porque ya ha comenzado el inevitable juicio paralelo, de que he sido llamado nuevamente por la jueza instructora. Me han tenido casi dos horas esperando hasta que me han pasado a una sala donde se encontraba el pintor Rodolfo Pantaguano, la jueza instructora y el fiscal. La jueza, muy seria, me ha preguntado si lo conocía. Le he contestado que personalmente no, que nunca había hablado con él, pero que sé quién es porque su obra es conocida y su figura es mediática. La jueza se rio maliciosamente, hizo que constara que lo conocía. Cuando le dije que yo no había dicho eso, me espetó que le daba exactamente igual. Ha intentado mostrarse cruel conmigo, nos ha tratado al pintor y a mí como culpables desde el principio. He sido imputado de un delito de secuestro, estoy en libertad con cargos, no me han pedido fianza.

—Pero, si la muchacha no ha aparecido, ¿cómo puede imputarte un delito de secuestro? ¿Será canalla la tía? ¡Es que me enervo! Si pudiera, me iría para ella y la cogería por el mismísimo...

—No lo sé. Dice el abogado de Rodolfo que la instrucción es bastante chapucera.

—¿No le has dicho ninguna barbaridad a la estropajosa de la jueza?

—Ten cuidado, me consta que mi teléfono está intervenido. No, no le he dicho nada, me limito a contestar a lo que se me pregunta. Al llegar aquí he abierto el buzón y me he encontrado una nueva carta. Dice que sobre el dintel de la casa que ocupa el número veintiocho de la calle Lope de Rueda se encuentra un sobre con fotos actuales de Alicia. Mañana le llevaré la carta a Perfecto.

—¡La madre que parió al Arlequín, a la jueza y a Pedro Picapiedra! Rodolfo Pantaguano ha dicho una cosa muy rara: que los lugares donde aparecen estas pistas-pruebas son los que lo han acusado. Aquí está todo el mundo un poco majara. ¿Tú crees que esto es cosa del cara cartón?

—Sí. Cuando el sabio señala la luna, el necio mira el dedo.

Neme cuelga sin más, la deja intrigada, siempre hace lo mismo. «¿Qué querrá decir con eso de que cuando la luna señala a un necio, el sabio se mira un dedo? ¡Qué mala costumbre tiene de colgar sin decir ni adiós! ¿No repasa el Manual de Conductas Adecuadas?». Bárbara no se ha atrevido a decirle que se ha disfrazado de reportera para meterse «en todo el ajo, me mataría. Prometo no hacerlo más». Da un vistazo a las fotos que ha disparado. «A ver si me dan el *World Press Photo of the Year*». Las vuelca en el ordenador y... «¡Mierda!, No me han salido nada más que suelos, calvas, espaldas y culos».

Aunque todavía no ha llegado el otoño, comienza a hacer fresco. Bárbara cierra las ventanas, se ha puesto el pijama de franela rosa y las zapatillas de peluchito. Clara ya se ha acostado, mañana irá de excursión cultural a Itálica. «Me alegra que el colegio se gaste los buenos dineros que me saca en algo provechoso, porque entre uniforme, calefacción, cuotas y día del ayuno voluntario con limosna me tienen el monedero con telarañas. Con la limosna que orientan y aconsejan, me podría comprar cuatro rebequitas como las de Neme, que no tengo qué ponerme en este entretiempos». A gusto, tirada en el sofá, con su copa de cerveza dispuesta, empapándose bien de cotilleos en los magazines de la noche. «Parece que cuando la población está cansada de un duro día de trabajo, le apetece sumergirse en la mierda de los demás. Es divertido ver lo malo que

le pasa a la gente mientras que una está protegida por un dulce y suave pijama de ositos». Antes hubiera sido su momento de gloria, pero eso era antes. Ahora no disfruta de lo que le entusiasmaba.

Hace un mes imputaron a Neme y a Rodolfo. No existe día en que no haya en televisión algún programa sobre el caso Mariposa Mexicana. Ahora se llama así, es el nombre con el que denomina la policía al asunto. «¿Habrá sido idea del cara cartón? No me extraña, sería propio de su educada mala leche en forma de pellizco retorcido de monja. La verdad, a mí me encantaban estos programas, me moría por un buen cotilleo, ahora no tengo ganas de nada, nada más que de morirme.». El teléfono no para de sonar, la han llamado de todas las televisiones, cada intento le ofrecen más dinero para que acuda a sus programas y cuente cómo es Neme. Prometen que si se porta bien y suelta jugosas perlas, le pagarán más. La que menos, ocho mil euros, la que más, diez mil. «¡Dios, mío!, ¡aparta de mí este cáliz! Con lo bien que me vendría para arrancarme esta tristeza que me mata, con lo feliz que sería yo saliendo en la tele, conociendo a los presentadores guapos, disfrutando en pleno ajo, siendo famosa, haciéndome selfis por la calle con la gente que se me acercara, con diez mil euros en el bolsillo. No sé si voy a poder aguantar, no lo sé, no quiero, pero no me fío de mí. ¡Que alguien me amarre al palo mayor para no acudir a cantos de sirena! Una vidente que asegura que advirtió a Alicia de que iba a conocer a alguien que le cambiaría la vida, resulta que desde que apareció en un programa para hablar de la chica, los clientes no dejan de hacer cola en la puerta de su garito. Ahora habla en la radio continuamente y le han dado un programa en televisión. Es *clavaíta* a las Pitorrisas, vestida de zíngara, con los pelos estropajosos, uñas largas, cartas del Tarot y una bola de cristal».

A Bárbara le encantaría asistir a un programa de televisión, no lo hace por respeto a Neme. También le quitan las ganas sus pocas fuerzas físicas y las alumnas de Rodolfo Pantaguano. «Lo están acusando ante la pantalla con un absoluto descaro, dicen que es misógino, que suspende a las mujeres por odio y que aprueba a los

alumnos guapos, aunque no estudien ni presenten los trabajos. ¡Serán asquerosas! ¿Cuánto le habrán pagado para que digan eso? ¿Por qué no lo han denunciado antes? Lo hacen ahora, cuando Calvito clavó a un Pablito».

La Asociación contra la Misoginia y el Machismo ha denunciado al artista, quien ha sido cesado de sus funciones como profesor. En la universidad se excusan argumentando:

—No puede caber la presunción de inocencia debido a la alarma social levantada.

También le han retirado el trabajo que exponía en el Reina Sofía y le están descolgando cuadros de otros museos. «No me creo nada de lo que dicen las niñas esas, porque el otro día salió en *La noche con Claudia* un individuo sucio y desdentado, maloliente a través de la pantalla, afirmando que es amigo íntimo de Neme. ¡Si la única amiga que ha tenido en su vida soy yo!, ¡ni íntimo ni mediopensionista! Soltó por esa boca una serie de falsedades y de inventos que me pusieron los vellos de gallina. Neme dice que no lo conoce absolutamente de nada. Otra indecencia es la que se está montando con las pistas-pruebas que el Arlequín ese está plantando por toda Sevilla». La octava, la que apareció en la calle Lope de Rueda, contenía un sobre con varias fotos de los ojos de Alicia tomadas con una Polaroid. «Las redes sociales están disparadas, se dice de todo, que si los ojos están llorando, que si están enamorados y sanguinolentos debido a los golpes, que si están alegres, que si es un montaje, que si el lugar hacia donde mira está dando una pista de dónde la tienen retenida. Hasta se inventan composiciones de mal gusto que se reenvían muchas veces de móvil en móvil. Hacen porras sobre dónde aparecerá la próxima pista, van ganando las setas de la Encarnación, seguida muy de cerca por la Giralda».

Neme recibió hace unos días la novena carta. En ella, Arlequín le recuerda de nuevo que se acerca la decimotercera y que el cuello de Alicia corre peligro. La pista-prueba apareció en la calle Miguel Mañara, pegada a la madera que recubre el techo de los arcos

que dan a la avenida de La Constitución. Son fotos del cuello de la chica tatuada con una gran rosa roja en la que se lee la palabra: «Ayudadme». Bárbara no logra explicarse que esas fotos ya hayan aparecido en televisión. «¿Cómo las consiguen?». Neme no recibe solo cartas de Arlequín, también, casi a diario, amenazas de muerte escalofrantes. «Él, que es como es, ni se inmuta, pero a mí me ponen el cuerpo malo, me entra un no sé qué así por el chichi para arriba que me deja lista de papeles y los ojos y el pescuezo mirando *pa* Gelves. Lo de mirando *pa* Gelves se dice para otra cosa, ¿en qué estaré yo pensando siempre en lo único?».

Son las once y media de la noche. Suena el teléfono retumbante, amenazante. Es un número que no tiene agendado. Duda, ella también ha recibido llamadas en las que la han insultado. Sigue sonando nervioso, sigue dudando. No, no lo coge, resuena imperativo, un impulso eléctrico la hace descolgar.

—Diga —contesta un poco asustada, en tímida voz.

—¿Bárbara Ariza?

—Sí.

—Soy Claudia Guzmán, estamos en directo con Reloj Televisión en *La noche con Claudia*. Dígame, Bárbara, ¿cuándo conoció usted a Némesis Estupiñán?

Cuelga. «¿Será la tía...? Me llama en directo para hablar conmigo por la cara, sin pedirme permiso ni ofrecirme nada previamente. ¡Vaya morro! La que no tiene vergüenza ni la ha conocido ni pierde la virginidad. Me he puesto muy digna, he colgado, como debe ser, pero la realidad es que me tiro de estos pelos que no conocen un peluquero desde que Cristo hizo la mili con mechero; me como estas uñas que no saben lo que es una manicura, me arañó la cara. ¡Con lo que me gustaría a mí arreglarme divina de la muerte para asistir a un magacín de estos! No, no, no. Resistiré, debo respetar a Neme».

Cambia de canal con el mando, todavía le tiembla la mano, aunque quisiera saber qué dicen en *La noche con Claudia*. «Seguro que

me están poniendo de vuelta en limpio». La salita está apagada, la tenue iluminación azul del televisor le susurra, la abraza, la relaja. «Antes, este era mi momento de gloria, ahora nada me satisface».

11

Cuando el otoño de 1978 coloreaba de rojo y oro los bosques de castaños, cuando la vida corría joven por sus venas y aún faltaban muchos años para convertirse en fantasma; Armonía Estupiñán, José según el carnet de identidad, futuro padre de Neme; pisó por primera vez el suelo de Haftarad. Arribó, como una aparición celestial emanada de la densa niebla, por la parte alta del pueblo, donde los cipreses del cementerio apuntan con su dedo de agitado viento al cielo. Abrazó, besó repetidamente el troco de la «hermana encina» que le daba la bienvenida cerca de la puerta del camposanto, al pie del camino que lleva al arroyuelo, fundiendo el alma de clorofila del árbol con la suya de «algodón celeste». Nada más pisar sus sandalias de polvo y sudor los primeros adoquines de la calle Alta, fue descubierto, «¡horror!», como quien sorprende una cucaracha en la cocina, por los ojos de rata pequeños y afilados de Fabiola Sabio. La muchacha lanzó su longilíneo y enjuto cuerpo calle abajo en alocada carrera mientras se santiguaba siete veces, en su expresión llevaba escrito un «¡Dios mío, sálvanos!». Aporreó la puerta de la casa de don Torcuato, el alcalde, con los nudillos rociados previamente por un frasquito aerosol de agua bendita. Don Torcuato abrió vestido con traje oscuro y corbata, «como Dios manda», y comprobó que era Fabiola quien llamaba. Se puso firme chocando tacón contra tacón en un golpe seco, obediente, con sacudida brusca de la cabeza. Aunque todavía se encontraba lejos, el fino oído de lobo de Armonía pudo escuchar la conversación:

— ¿Qué quieres? — preguntó don Torcuato.

—Don Torcuato, un hombre con pinta muy rara, con pelo largo y barba, como Jesucristo, baja por la calle Alta hacia la plaza.

—¿Y qué quieres que haga?

—Yo solo le prevengo —respondió Fabiola temblando a causa del pánico que le producía aquella imagen avanzando con paso decidido calle abajo.

—Está bien, estaré atento, veré qué puedo hacer.

La túnica azul cielo había alcanzado la mitad de la calle Alta. A través de las ventanas abiertas de la casa de Mariquita López, más conocida como la Calentera, sonaba, alta en decibelios retumbantes que alcanzaban toda la comarca, la canción *You're the One That I Want* de la película *Grease*. La puerta de la casa expelió a una pareja muy joven de enamorados vestidos con pantalones y cazadora negros de imitación de cuero. Debajo de las cazadoras arremangadas, unas camisetas del mismo color pretendían romper «con la rancia mentalidad de los viejos». La chica corrió atropelladamente para no perderse ni un detalle del espectro que descendía hacia la plaza. Su melena rizada y teñida de rubio en la peluquería de señoras Enkarny se balanceó bruscamente, los zapatos de tacón adquiridos en la zapatería Loly emitieron un acelerado toc, toc, toc. Armonía les daba la espalda calle abajo cuando su percepción periférica supo que los jóvenes se tapaban las bocas con ambas manos para reprimir una risotada.

En la plaza, Armonía descolgó la mochila de piel de «hermana cabra» que portaba sobre el hombro para asentarla en el «sagrado suelo» y se arrodilló delante del caño de la fuente. Sus manos, colocadas en forma de cuenco, sentían el frescor del manantial y acercaban el agua clara a unos labios agrietados y sedientos. Saciada la necesidad, esas mismas manos se extendieron con las palmas hacia arriba, mirando al cielo para dar gracias a la naturaleza «por el tesoro emanado de las entrañas de la tierra para calmar la sed de los seres vivos y fundar el arroyo portador de vida a los campos que germinan en verdor para alimentar a los animales que devuelven su agradecimiento en forma de excrementos que fertilizan la tierra».

Del bar Josely emergieron a la puerta cuatro hombres. Un olor a café y aguardiente emanados de sus bocas se disipó en el aire hasta alcanzar el olfato de sabueso de Armonía. No querían perderse un fotograma de lo que obraba el extraño ser de película de Pier Paolo Pasolini. Desde el supermercado Hidalguía, varias mujeres curioseaban tras los ventanales. Las bolsas de la compra permanecieron toda la mañana desocupadas. Del hostel restaurante Los Monteros asomó, precedida de un sucio y grasiento mandil, la imponente panza de Arcadio, el dueño del negocio. Desde la puerta de la casona del alcalde, era el propio alcalde quien vigilaba sin quitarle ojo al forastero, quien permaneció varias horas sentado en las gradas junto a la fuente. El placer de los pies sumergidos en el frescor balsámico del agua adormecía sus párpados. «¿No vas a hacer nada?», preguntaban las miradas de los espectadores a un don Torcuato encogido de hombros que abría las manos en señal de «¿qué puedo hacer?».

A las dos en punto de la tarde, la niebla se había disipado para darle la bienvenida a una tarde soleada y fría. Armonía se volvió a calzar las sandalias, las uñas de su mano derecha peinaron la larga y lacia melena caída sobre los hombros. Cuando puso de pie su alta estatura, percibió en el aire cómo un alivio generalizado relajaba la tensión de los habitantes del pueblo. «¡Ya se va!». Pero ese alivio tornó en desazón cuando, en vez de dirigirse a la carretera de salida del pueblo que baja hasta la carretera nacional, puso la proa de sus largas barbas apuntando hacia el hostel restaurante Los Monteros. Arcadio, el dueño, se metió dentro como liebre en madriguera. «No sé si asustarme o alegrarme por la comida que voy a servir», dudaba. Armonía cruzó el dintel del portalón, una mesa cuadrada de madera oscura junto a una chimenea gigante lo acogió, el calor de la leña encendida y la fragancia natural de la alhucema lo reconfortaron. Arcadio había decidido alegrarse. La caja registradora que albergaba por entendimiento calculaba en festival de chispas y luces cuántas pesetas iba a ganar.

— Buenas tardes — deseó Arcadio.

— Buenas tardes.

—¿Va a almorzar el caballero?

—Los seres vivos necesitamos nutrirnos para cumplir con la sagrada misión encomendada a cada uno por la naturaleza.

Los ojos de Arcadio se abrieron como platos.

—Mi respuesta es sí —continuó el forastero.

—¡Ah! Bien caballero, nuestra especialidad son las carnes de cerdo ibérico a la brasa, o de caza en exquisitos guisos.

—No es ético que los seres vivos animados absorbamos la energía vital de otro ser vivo animado para satisfacer nuestro egoísmo. Solo me alimento de vegetales.

Los ojos de Arcadio se volvieron a abrir hasta sobrepasar la frontera del rostro, entristecidos porque acababan de decir adiós a la mitad de las ganancias calculadas: «¡Maldita sea, la carne es lo más caro! ¿Vegetales?». La puerta del comedor se abrió con un chirriar de goznes. Entraron el alcalde y José María, un policía local de dos metros de altura a quien todos llamaban el Cohete porque tenía la cintura ancha, los hombros estrechos y la cabeza calva, pequeña y puntiaguda. Se acercaron a la barra de madera donde pidieron dos cervezas a Carmelita, la esposa de Arcadio. Le hicieron señas a la mujer para que acercara el oído. Carmelita obedeció, acercó su esférica cabeza para que sus pabellones escucharan las palabras susurradas de don Torcuato:

—Tranquila, nosotros vigilamos.

Sobre un mantel de hule a cuadros quemado por colillas y salpicado de excrementos de «hermanas moscas», Armonía saboreó como entrante la sal de unas aceitunas gordales. Los champiñones salteados con ajo, cebolla y guindilla no eran nada del otro mundo, pero el arroz con verduras fue aplaudido por su paladar poco acostumbrado a fiestas. La fruta del tiempo le supo dulce y en su punto de madurez. Todo ello regado con dos generosos vasos de vino. Cuando Arcadio le presentó la cuenta escrita con bolígrafo azul en una hoja cuadrículada arrancada de una libreta de bolsillo, escuchó alarmado:

—Yo no tengo dinero. Conendrá conmigo que el mejor pago recibido es la satisfacción de alimentar a un semejante hambriento.

—¿¡Cómo!?

Arcadio recuperó su expresión ojiplática, la boca abierta dejaba ver más encías huérfanas que muelas. Su rostro se convirtió en un intenso rojo, un calor llameante le trepaba por el estómago hasta alcanzar los pómulos, las orejas, los ojos, la calva sudorosa. Don Torcuato y el Cohete se volvieron de golpe, el policía puso la mano abierta sobre la pistola sin sacarla de la funda. Armonía continuó su discurso:

—No obstante, si la infinita satisfacción de atender a un hermano no le es suficiente, estoy dispuesto a trabajar para pagar con el sucio metal lo consumido. Si usted me permite una habitación de su hostel donde recibir a personas angustiadas, sin duda alguna las hay pensando en este pueblo, yo le devolveré en un solo día el quíntuplo de la cantidad impresa en ese papel más el coste de la habitación.

—Y usted, ¿qué es lo que hace? —preguntó Arcadio.

—Adivino el futuro, pongo en contacto a los vivos con los familiares fallecidos, limpio los cuerpos de los efectos nocivos del mal de ojo, ahuyento fantasmas malintencionados, atraigo la fortuna, alejo la mala suerte y la desgracia. Esa es solo una muestra de mis innumerables servicios.

—¿Eso funciona?

—No le quepa duda. Mi arte ha sido depurado durante milenios por numerosos sabios que me precedieron.

—Pero, aquí nadie cree en esas cosas, no tendría ni un solo cliente.

—Se sorprendería, déjeme demostrárselo

—¿Cuánto cobra por consulta?

—Nada, yo no trabajo por el sucio metal.

—¿Nada?

—La voluntad de un alma agradecida suele triplicar el precio de una vulgar tarifa. Al final de la jornada, la caja anónima suele acabar repleta. Fíjese si odio el sucio metal que permitiré que la caja de los donativos sea colocada aquí, en el comedor, para que usted la controle.

¡Clic! La campanita de la caja registradora cerebral de Arcadio sonó en un tono alegre. Dudó: «¡A ver si este tipo después de almorzar, cenar y dormir gratis se va a marchar mañana sin cumplir dejándome cara de tonto!».

—No, eso no va a ocurrir, no me iré sin pagar, se lo garantizo. No tengo dinero, pero sí palabra —sentenció Armonía.

—¿Cómo sabe lo que estoy pensando?

—Le repito, es un arte practicado y perfeccionado durante milenios.

Un fulgor de oro chispeó desde la pupila de Arcadio, quien, diligente, dispuso una habitación para que descansara por la tarde, durmiera esa noche y atendiera al público al día siguiente. También lo invitó a cenar. «¡Total, solo come hierba, no me va a salir tan caro!».

A las cuatro de la tarde, todos los habitantes de Haftarad conocían que el forastero extravagante pasaría consulta a la mañana siguiente en el hostel, que predecía el futuro, contactaba con los muertos, deshacía males de ojo y algún que otro invento que se fue enredando entre las lenguas mientras la buena nueva corría de boca en boca. Hendida por un golpe seco de hacha, la población quedó dividida en dos bandos: quienes se oponían frontalmente y juraban que jamás asistirían a aquellas sesiones, aunque les fuera la vida en ello; y quienes creían a pies juntillas en «esas cosas».

Doña Francisca López Gómez, más conocida como la Paca, era dueña del supermercado Hidalguía, situado en los bajos de una gran casa en la plaza. En el mismo momento en el que se enteró de la noticia, se posicionó en contra:

—¿Qué va a entender de nada ese pordiosero sucio, melenudo y arrastrado? Seguro que no sabe hacer la O con un canuto. No hay nada más que verlo para saber que proviene de muy baja familia.

Tomó el teléfono, llamó a sus amigas para exigir que se significaran de uno o de otro lado. Todas juraron por la salud de sus maridos que jamás asistirían a una de esas sesiones. A sus hijas, Fabiola y Victoria Eugenia, las hizo jurar por la salud de su padre que no acudirían a la consulta. Fabiola no dudó, sus dedos asustados

dibujaron la señal de la cruz sobre el pecho siete veces, sus labios rezaron un Padrenuestro y un Avemaría. Con la mano derecha sobre la Biblia, solemne, prometió:

—No visitaré jamás al mugriento, aunque me cueste la vida.

Victoria Eugenia también juró, aunque su deseo le demandaba a gritos ser la primera en consultar con el forastero raro. Virgilio, marido de doña Francisca, fue requerido para que jurara, o en su caso prometiera, por su propia salud. Cuando supo para qué era requerido, miró a su esposa de arriba abajo y dijo:

—¡No puedo creer lo que oigo! —Hizo con los ojos un gesto que denotaba hartazgo y salió por la puerta sin decir palabra.

Doña Francisca comprendió que de nada valía posicionarse si los demás no sabían claramente de qué lado estaba. Movilizó su estirado y rotundo cuerpo para salir a comprar cinta de raso de color rojo a la mercería Pury.

—¿Qué va a hacer usted con la cinta roja? —preguntó Puri.

—El rojo es el color de lo prohibido. Voy a coser un lazo en el centro de una sábana para dejar muy claro que yo no voy a consultar con ese pelagatos.

La sábana cosida con el lazo rojo quedó colgada del balcón de la casa. Como luces que se van encendiendo al atardecer, fueron apareciendo en distintos balcones del pueblo otras sábanas con sus lazos rojos cosidos. Horas después, fueron sábanas con lazos verdes las que engalanaron los balcones que habían quedado desnudos. El pueblo, blanco de casas de cal y de balcones ensabanados, resaltaba a lo lejos bajo la luz del crepúsculo. Puri agotó en una sola tarde las existencias de cinta de raso rojo y también las de color verde. Se vio obligada a hacer un pedido urgente.

Esperanzada para unos, amenazadora para otros, la noche descendió sobre las sábanas y los tejados. Las luces de los hogares se fueron apagando una detrás de otra. Nerviosa y excitada, Victoria Eugenia daba vueltas en la cama. «¡Conocer el futuro!». Era justo lo que necesitaba, la medicina que acabaría con sus ansiedades, con tantos «y si» que la mantenían en un sufrimiento continuo: «¿Y si les pasa algo a mis padres, y si enfermo de cáncer, y si se produce un

terremoto, y si estalla una guerra, y si cae un rayo?». El forastero estrafalario conocía las respuestas, poseía la tranquilidad, el descanso de saber que nada malo iba a ocurrir. «¿¡Podía existir mayor tesoro!?!». Quería, deseaba, ansiaba, anhelaba consultar con él. «Pero, ¿y si me pronostica una pronta muerte?». No podía aguardar a que aclarara el alba, necesitaba saber ya qué iba a ser de su vida. Sintió el impulso de escapar a la calle en pijama, de cruzar la plaza sobre las zapatillas de peluchito rosa, de golpear con sus puños de azahar la puerta del hostel restaurante Los Monteros. Se contuvo, pero no pudo evitar la tentación de salir al balcón donde ondulaba al viento la sábana con el lazo rojo que su madre había colgado la tarde anterior. «¡No, por Dios, no puede ser!». Una fila de doce personas formaba cola delante del hostel. Cinco minutos después, Victoria Eugenia estaba vestida y colocada al final de la hilera, soportando las cuchilladas que el relente le infligía en el rostro. Faltaban cuatro horas para que la consulta abriera sus puertas.

Una cartulina de color rosa en la que alguien había escrito con rotulador negro: «La consulta sobre adivinación del futuro y contacto con los difuntos comenzará mañana a las nueve de la mañana», estaba sujeta a la puerta de madera del hostel con seis chinchetas de colores. Tanto la cartulina, como el rotulador, como las chinchetas las había comprado Arcadio la tarde anterior en la librería papelería Toñy. Mientras la compraba comentó:

—Supone un gasto este cartel, pero es una inversión necesaria para mi nuevo negocio.

La nariz de la Ramona, la primera persona de la cola, se mantenía a dos centímetros de la cartulina. Podía oler su aroma nuevo y la tinta del rotulador.

—¡A mí no se me cuele nadie! —advertía cada minuto y medio. De vez en cuando, un arreón traicionero por la espalda en forma de ola hacía que la mujer estampara los morros contra la puerta. El Cohete vigilaba el espectáculo a varios metros de distancia mientras mantenía la mano abierta sobre la funda de la pistola.

—¡Orden, que no tenga yo que intervenir!

A las ocho se encendieron las luces de algunas habitaciones del hostel. Un murmullo nervioso elevó la intensidad de un ambiente helado por la escarcha y soñoliento sin café. Desde el vientre hasta la garganta de Victoria Eugenia prendió un ardor inquieto. La serpiente humana de abrigos encogidos alcanzaba más allá de la plaza, perdiéndose por la calle Alta. Algunas personas se habían echado por encima, a modo de significativa bandera, una sábana blanca con lazo verde. Arcadio deambulaba impaciente de un lado a otro del comedor. Había confeccionado un cofre anónimo con el embalaje de un pedido de botellas de vinos de Jerez al que le había abierto una amplia rendija en la cara superior para que cupieran los billetes grandes. Se sentó junto a ella, no se separaría ni le quitaría ojo en toda la jornada.

El crujir de la cerradura del hostel restaurante Los Monteros resonó a las nueve menos veinticinco como un canto celestial en los oídos congelados. Las puertas se abrieron, entraban las personas de tres en tres entre empujones y algún roce intencionado. La Ramona galopó entre las mesas del comedor con los brazos abiertos.

— ¡He dicho que a mí no se me cuela nadie!

Subió las escaleras saltando los escalones de dos en dos hasta que se topó con la figura alta, delgada y majestuosa de Armonía, quien sonriendo la invitaba a pasar dentro de la habitación. Tomando las ciclópeas manos de Ramona entre las suyas, le garantizó que su madre no le guardaba ningún resentimiento por el trato pésimo recibido durante sus últimos años de vida, que no le importó soportar días enteros orinada sin que ella la cambiase, que no tenía en cuenta los insultos, humillaciones y desprecios recibidos, ni los maltratos físicos, ni la escasa y nociva comida que le preparaba.

— La difunta no te guarda rencor, se siente muy orgullosa de ti, te comprende, te quiere más que cuando estaba en vida.

Ramona se marchó de la consulta con las heridas del alma sanadas y el rostro iluminado cual inmaculada de Murillo. Su sonrisa se marcaba en suave línea, sus ojos apacibles apuntaban al cielo traspassando el alto techo del hostel, exhibiendo una expresión de alivio infinito y eterno.

En la segunda consulta, Armonía obró su primer milagro. Juan Andrés, de mozo el hombre más fuerte y apuesto del pueblo, le contó que en su juventud tenía una novia llamada Candelaria, a quien todos apodaban Candela, y de quien se rumoreaba que hacía prácticas de brujería. Guadalupe, otra muchacha del pueblo también enamorada de Juan Andrés desde niña, comenzó a coquetear con él a espaldas de Candela. Juan Andrés abandonó a Candela para casarse con Guadalupe. Después de la ceremonia de boda, Candela abordó a los novios a la salida de la iglesia para descargar, furiosa, alta, fuerte, que todos la oyeran, su maldición contra Guadalupe:

—¡Hoy crees haber alcanzado el cielo, pero tu muerte caerá desde ese mismo cielo muy pronto!

Guadalupe, estremecida, arrojó alocadamente el ramo de novia al aire, le cayó entre las manos al cura de la eterna cabeza ladeada hacia la izquierda. Corrió despavorida remangándose el vestido de novia hacia el dulce hogar recién comprado, para enclaustrarse en él presa de un intenso pánico a morir fulminada por un rayo o con el cráneo fracturado por un granizo del tamaño de una pelota o aplastada por una avioneta que perdiera el control. Juan Andrés se disculpó con los invitados, les animó a que, aunque los novios no se encontraran presentes, disfrutaran del convite dispuesto en el hostel restaurante Los Monteros. A esa hora, Arcadio ya conocía la noticia. Cuando vio bajar a los invitados desde la plaza de la iglesia e intuyó que no se iba a suspender el banquete, se arrodilló gozosamente lloroso con las manos entrelazadas sobre el pecho para dar gracias al cielo.

Doce años llevaba Guadalupe sin pisar la calle cuando Juan Andrés acudió a la consulta de Armonía. Este, después de escuchar el relato, abrió la ventana y alzó los brazos hacia el cielo. Sus labios recitaron el ritual silvestre de los antiguos arebundos para deshacer maldiciones y males de ojo:

—Hore, hore, luandar ancabusi liben orobeni linblen, hore, nato, open fargulia idio redacro, hore, hore, ontobuse polén.

Veinte minutos se prolongó el ritual observado con admiración por las personas que guardaban cola en el exterior. Cerró

la ventana y redactó sobre la mesita de noche un documento: «Con la presente certifico que el mal de ojo ha sido neutralizado y que Guadalupe González Astorga no morirá víctima de nada que caiga del cielo». Juan Andrés se ilusionó y alegró. Salió de la consulta corriendo y se dirigió a su casa para entregarle el certificado a Guadalupe. Aquella misma mañana, esplendorosa de alborozado sol, el matrimonio se paseó por la plaza confiado, tranquilo, sonriente, y todos exclamaron:

—¡Es un milagro!

El cofre anónimo se iba colmando de donativos, Arcadio estaba asombrado, entusiasmado. Todos los que bajaban por las escaleras resplandecían iluminados por la gloria de haber conocido a Armonía, felices por embarazos anhelados que se harían realidad en pocos meses, sosegados porque un espíritu maligno no volvería a importunar la casa, aliviados al saber que los difuntos se sentían orgullosos de sus parientes, optimistas a la espera de enamoramientos no correspondidos que pronto invertirían su condición, ilusionados con brillantes futuros profesionales certificados.

Victoria Eugenia sabía que su madre había sufrido un ataque de ansiedad violentísimo cuando salió por la mañana al balcón ensabanado y la vio puesta en cola. Don Manuel, el médico, había tenido que asistirle de urgencia en casa. Doña Francisca dormía acunada por el calmante que el galeno consideró conveniente inyectarle en vena. Victoria Eugenia lo sabía porque había contemplado desde la fila todo el ir y venir; y porque, para hacerla sentir culpable, su hermana Fabiola, santiguándose de una manera compulsiva, corrió cada quince minutos hasta donde ella se encontraba para darle noticias de lo que ocurría. La muchacha se mantuvo firme:

—¡De aquí no me mueve ni un terremoto! —En ningún momento abandonó la cola.

A las doce del mediodía, la voz ronca de Arcadio gritó:

—¡El siguiente!

Aquellas dos palabras resonaron en la esperanza de Victoria Eugenia como trompetas celestiales. Le tocó el turno, los escalones le resultaron interminables, Armonía la esperaba. Al verlo, sintió algo no experimentado hasta ese momento: una sacudida de trascendencia, de destino, de futuro. A su vez, notó, como solo pueden hacerlo las mujeres, que Armonía se sintió inmediatamente hechizado por su cara redondeada y apacible, por sus ojos castaños, por su cuerpo bien contorneado en suaves curvas morenas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre.

—Victoria Eugenia.

Armonía fue desanudando todos los «y si», todos los recelos, todos los terrores ante el futuro que oprimían el estómago de la muchacha, esa inquietud que la atormentaba día tras días hasta hacerla vomitar. La voz de aquel dios perfumado de incienso, romero y tomillo era monótona, grave, serena. Junto a él presentía un porvenir sin peligros, tranquilo, en el que la vida se deslizaba por los días rosados con una sonrisa en el alma, suave, dulce como un pastel de hojaldre y merengue en un atardecer de otoño. Se percibía a ella misma confortada, no temía, el universo no amenazaba. Armonía concluyó:

—Ahora que tu futuro está exento de angustias, sufrimientos y tribulaciones, puedes marcharte en comunión con la naturaleza y los astros para ser feliz.

Un terror chorreado desde la cabeza a los pies penetró en el alma recién purificada de Victoria Eugenia para ennegrecerla de alquitrán. El pavor por alejarse de aquella voz de cuna, de la seguridad eterna, volvió a apretarle la garganta hasta dejarla sin respiración.

—¡No!, yo no me separaré jamás de ti —gritó mientras se aferraba al brazo de Armonía con tal resistencia que fue imposible separarla.

Alertados por la tardanza, Arcadio y Romualdo, el señor a quien tocaba la próxima consulta, subieron para comprobar qué estaba ocurriendo. Tocaron a la puerta, abrió Armonía con los brazos de la muchacha soldados a su extremidad. Intentaron despegarla.

—¡Todos a la vez! A la una, a las dos y a las tres.

¡Imposible! El resto de personas que anhelaban consultar tuvieron que hacerlo con Victoria Eugenia fundida al brazo derecho de Armonía, quien logró escribir y firmar con la mano izquierda los certificados de males de ojo sanados.

A los oídos de doña Francisca López Gómez, más conocida como la Paca, llegaron noticias de la extraña atracción imantada sufrida por su hija. Se levantó de la cama desafiando los efectos del calmante.

—¡Yo soy fuerte, nobleza obliga!

Se presentó en el hostel acompañada del alcalde y del Cohete. Nada más entrar en la habitación, don Torcuato se cuadró con un altisonante taconazo y una sacudida brusca de cabeza. Siempre que veía a Fabiola o a Victoria Eugenia, lo hacía, porque tenían nombres propios de la realeza: los de la reina Fabiola de Bélgica y Victoria Eugenia, la mujer de Alfonso XIII. A pesar de la insistencia de la Paca, quien exigía vehemente que su hija volviera a casa, no pudieron hacer nada por rescatarla, en gran parte atemorizados por el milagro que horas antes había obrado Armonía con Guadalupe.

—Doña Francisca, ya ve usted que Guadalupe lleva todo el día paseándose por la calle después de pasarse doce años sin salir. No podemos actuar con la fuerza contra este caballero.

Doña Francisca volvió a convulsionar víctima de otro ataque de ansiedad. Nuevamente acudió don Manuel, el médico, quien la atendió tumbada en el suelo de la habitación bocarriba, temblorosa desde la cabeza hasta los pies y espumante de la boca. El inyectable hizo efecto, media hora después salía la mujer del hostel cojeando, con el alcalde y el municipal sirviéndole de muletas.

El doctor, ya que estaba allí, aprovechó para analizar el fortísimo apretón que la joven aplicaba a la extremidad de Armonía. Los músculos de sus brazos estaban extraordinaria y absolutamente agarrotados, eran puro granito.

—¡Jamás en mi carrera vi algo igual!

Aconsejó administrar un relajante muscular, pero Armonía levantó su mano izquierda mandando parar.

—Esto lo arreglo yo sin necesidad de químicos.

Las puertas del hostel se cerraron de madrugada previa promesa de que las personas que todavía permanecían en cola serían las primeras en ser atendidas al día siguiente. Los parroquianos se retiraron a sus casas protestando y recordándose unos a otros severamente el orden exacto en el que se debía comenzar en cuanto las primeras luces iluminaran Haftarad.

Las escaleras vieron bajar a Armonía con la chica aún adherida a su brazo. La cena estaba preparada en el comedor, donde Arcadio contaba billetes de cien, de quinientas e incluso de mil pesetas. Carmelita, desde detrás de la barra, les sirvió ensalada y sopa de fideos. Sus ojos de sorpresa y desconcierto no podían creer lo que veían. Armonía pinchaba con su mano izquierda trozos de lechuga que llevaba, por turno, primero a su boca y luego a la de Victoria Eugenia. En la habitación, la voz reconfortante, tranquilizadora del hombre, le susurraba al oído que nunca se separaría de ella. Los músculos de los brazos se relajaron dejando escapar la extremidad prisionera. Sobre la cama; tumbado sobre su lado izquierdo, porque el derecho permanecía demasiado dolorido; Armonía consumó dentro de la chica, quien hasta ese momento se había mantenido virgen, la ceremonia fálica e iniciática de alianza sempiterna de sus almas y cuerpos.

Después de que Armonía desflorara con su falo iniciático a Victoria Eugenia, le cambió el nombre por el de Serenidad. La chica no volvió a casa de doña Paca, desde aquella primera noche que durmió con Armonía, era incapaz de separarse medio metro de él. Decidieron, porque así lo deseaban, permanecer juntos varias eternidades, recorrer el mundo de pueblo en pueblo para dar de beber el maná del arte de lo oculto a los más necesitados. Arcadio, de rodillas, les rogó sumergido en lágrimas tan gigantes como el tamaño de su panza:

—¡Por favor!, ¡no os vayáis, instalaros en el hostel, seguid pasando consulta!

Accedieron, consideraron que desde aquel epicentro llamado Haftarad podrían aliviar a las almas apesadumbradas de la provincia. Se quedaron a vivir en el hostel restaurante Los Monteros. Pronto, la fama de Armonía había alcanzado toda la comarca. Ante la gran afluencia de forasteros, fue preciso que don Torcuato, el alcalde, diseñara un sistema de colas para repartir las molestias entre las distintas calles del pueblo. Lunes y jueves, la serpiente trepaba por la calle Alta, perdiéndose junto al cementerio por el camino que lleva al arroyuelo. Martes y viernes, remontaba por la calle Ancha hasta alcanzar el bosque de castaños. Miércoles y sábados, descendía por el camino de la nacional, pasaba junto a la piscina municipal y se enroscaba en el campo de fútbol. Aprovechando que el domingo no se pasaba consulta, la pareja tuvo la feliz idea, apoyada por la codicia de Arcadio, de instalar en la plaza un mercadillo para vender alimentos de la sierra: castañas, setas, quesos, miel, cosméticos naturales; así como objetos protectores del cuerpo, el alma y el futuro de las personas. Don Torcuato dio su visto bueno:

—Todo lo que traiga riqueza al pueblo siempre es bienvenido.

Don Torcuato, el Cohete y Atanasio, el de la furgoneta, emprendieron un viaje a Sevilla un jueves muy temprano. Llevaban apuntado en una libreta todo el material que debían adquirir con fondos municipales para poder inaugurar el mercadillo natural y esotérico: setenta tortugas vivas, setenta llaves antiguas, setenta campanas, setenta ojos turcos, setenta figuras o pinturas de tréboles de cuatro hojas, setenta figuras o pinturas de corazones, setenta estrellas de cinco puntas, setenta figuras o pinturas de delfines, setenta dados, setenta figuras o pinturas de elefantes a ser posible con la trompa hacia arriba, setenta cuernos de la abundancia, setenta figuras o pinturas de peces, setenta figuras o pinturas de Buda y setenta nudos marineros.

Tras alojarse en una pensión de la calle Otumba, visitaron el mercadillo del Jueves, donde compraron parte del material requerido, sobre todo llaves antiguas y campanas. Viernes y sábado, recorrieron distintos comercios y grandes almacenes del centro de

Sevilla, donde pudieron completar lo adquirido en el Jueves. El domingo, pudieron conseguir veinticinco tortugas pequeñas en el mercadillo de animales de la Alfalfa. Por la tarde volvieron al pueblo. En ninguno de los casos habían alcanzado el número requerido, Armonía los tranquilizó:

—Lo ideal es llegar a setenta por ser siete el número mágico, pero lo conseguido es suficiente para iniciar el mercadillo el próximo domingo.

Fabiola y don Luis, el cura que siempre llevaba la cabeza ladeada hacia el lado izquierdo, protestaron ante el alcalde:

—Exigimos también fondos municipales para adquirir figuras de santos para venderlos en el mercadillo.

Don Torcuato, el Cohete y Atanasio, se vieron obligados a hacer otro viaje urgente a Sevilla para comprar figuritas de todos los santos que pudieran encontrar. No les fue difícil, en una sola tienda de la plaza del Pan consiguieron todo el santoral, sin que faltase un solo día del almanaque. El dueño del local, agradecido por la extraordinaria venta realizada, les regaló una Santa Dorotea de Capadocia y un San Badulfo Monje.

El primer Domingo de mercadillo, de mañana temprano, el cielo apuntaba lluvia, aunque se mantuvo en nublado, sin precipitar durante todo el día. Se montaron tres largas mesas repletas: una con alimentos naturales regentada por Arcadio, la mesa esotérica de Armonía y Serenidad y otra atestada de figuras de santos despachada por Fabiola y don Luis. Los quemadores de incienso de la mesa esotérica y de la mesa santa competían elevando al cielo sendas columnas de humo aromático. Entusiasmada, Serenidad pregonaba al cielo cerrando los ojos:

—¡Pon una tortuga en tu vida, viven durante años, son símbolo de paciencia y de familia, traerán longevidad y buena suerte a tu hogar!

Fabiola, exhibiendo su dentadura equina, contraatacaba los decibelios alcanzados por la voz de su hermana:

—¡Para que Dios bendiga tu hogar, compra una Sagrada Familia!

Arcadio, quien había dejado a cargo del restaurante hostel Los Monteros a Carmelita, cerraba el coro:

—¡Las mejores castañas de la sierra para asar y compartir en familia, las nueces y el té verde te darán una larga vida!

—¡Las llaves antiguas abren las puertas de la prosperidad, si queréis tener suerte en vuestros negocios o trabajos, comprad una!

—¡Compra un San Pancracio, ponle perejil, verás qué bien te irán los negocios!

—¡Albahaca para atraer el dinero!

—¡Una campana altera las vibraciones del aire para hacer circular las buenas energías, apartando las negativas, atrayendo las positivas!

—¡Si quieres dominar las energías, compra una figura de Santa Bárbara y rézale!

—¡Frutos secos, miel de romero, polen de abeja!

—¡Si quieres apartar el mal de ojo, un ojo turco de vidrio azul te protegerá contra la maldad y las malas intenciones o deseos que puedan atentar contra tu persona!

—¡San Alejo contra la envidia, los chismes, la brujería!

—¡Huevos de granja para el mal de ojo!

Las cuerdas vocales habían alcanzado el punto óptimo de calor, estaban listas para la batalla final:

—¡Tréboles de cuatro hojas para los cuatro pilares de la felicidad: salud, amor, prosperidad, buena fortuna!

—¡Setas y espinacas para la paz y la felicidad!

—¡San Felipe Neri para la felicidad!

—¡Estrellas de cinco puntas aportan luz y espiritualidad a nuestro ambiente, a nuestro entorno, a nosotros mismos! Procura que la punta superior esté bien orientada hacia arriba, déjate sorprender por su atracción de buena energía.

—¡San Francisco de Asís, si deseas vivir en armonía con la naturaleza y contigo mismo!

—¡Frutos rojos del bosque para alcanzar la armonía!

—¡El elefante simboliza el poder y la sabiduría, así como la paz y la felicidad! Colócalo siempre mirando a la puerta del hogar.

—¡Si quieres sabiduría, acude a Santo Tomás de Aquino!

—Para ser más inteligente, remolacha deshidratada.

A media mañana, la plaza se había convertido en un bullir de personas que emigraban en bandada de estorninos de un puesto a otro atraídas por aquellas gargantas de Hamelin. Un conato de disputa por adquirir la única figurita de San Judas Tadeo, patrón de los casos imposibles, fue inmediatamente resuelto por el Cohete.

—Cuerno de la abundancia, aporta riqueza.

—San Cayetano, para la abundancia.

—Para atraer la abundancia, manzanilla.

—Si quieres tener suerte en cuestiones de amor, debes de tener en casa un nudo, porque representa la unión o el lazo del cariño.

—Reza a San Valentín.

—Para aumentar la potencia amorosa: fresas, frambuesas, semillas de calabaza, higos.

Pocas semanas después, el mercadillo había alcanzado los veinticinco puestos. Artesanos, pintores, ceramistas y tejedores habían acudido al calor del éxito y la atracción que el mercadillo ejercía en las provincias cercanas. Los domingos se atestaba el pueblo de coches. Ante tal afluencia de público, el bar Josely se vio obligado a contratar dos camareros. La librería papelería Toñy, la zapatería Loly, la mercería Pury y hasta la peluquería de señoras Enkarny decidieron abrir también los domingos. José María, el Cohete, no paraba en todo el día de ordenar el tráfico y poner multas. De vez en cuando, discutía con algún forastero que se ponía gallito; entonces abría su mano derecha, la posaba sobre la funda de la pistola y miraba con ojos semicerrados, de alerta, al infractor mientras lo señalaba con su mano izquierda, como marcando una diana en el centro del pecho.

—¡No me obligues a detenerte!

En eso solían terminar las discusiones, sin ir a más. El colon irritable del Cohete, dormido desde hacía veinte años, se había despertado nervioso como triple dosis de cafeína desde que Armonía apareciera por el pueblo dos meses atrás. El agente corría en busca del retrete municipal varias veces cada plácida jornada dominical.

Don Torcuato, el alcalde, mandó construir un amplio aparcamiento junto a la carretera nacional.

—¡La salud y el orden están por encima de todo!

12

Bárbara sigue sin ver a su madre. El Diablo puede con el angelito y la hunde en un cenagal de fracaso, de desesperanza en el futuro, de culpabilidad y vergüenza. El psicólogo le insiste en que debe activarse, salir a la calle, volver a hacer lo que antes le gustaba. La cita está concertada a las diez de la mañana en Plaza Nueva, junto al monumento a San Fernando. Siente hormigas en el estómago mientras se acerca a un grupo de personas que se encuentran junto al caballo. «Seguro que son ellos». Se dirige al que sostiene un paraguas amarillo y un portapapeles. «Debe ser el guía».

—Buenos días, ¿el *tour* Alicia es aquí?

—Sí, señora, ¿se ha inscrito en la página web?

—Sí.

—Dígame el nombre.

—Antonia Jiménez Contador.

El hombre; joven, moreno, musculoso de gimnasio; pasa el dedo índice por encima del listado, el tiempo detiene su discurrir errático, encuentra el nombre.

—Aquí está, muy bien, nos hacemos a un lado para esperar a que estemos todos.

Bárbara no ha querido inscribirse con su nombre verdadero porque está empezando a preocuparse, «por no decir que vivo *cagá* de miedo». Ayer vio en un informativo que Rodolfo Pantaguano, cuando inauguraba una exposición en el CaixaForum, tuvo que ser escoltado por la policía porque una turba lo quería linchar. Numerosas personas violentas rodeaban el edificio con intención de

asaltarlo. Los vigilantes de seguridad lograron contenerlos mientras llegaba la policía. Lo pudieron sacar de allí con dificultad. Siente pavor porque su nombre ya es conocido en los magazines y redes sociales y se sabe que es la única amiga de Neme. Decidió dar un nombre falso para inscribirse en el *tour*, se le vino a la cabeza el de la Antonia, una compañera del instituto que mentía en cada palabra que salía de su boca. «Presumía de salir con un novio altísimo que era campeón de remo, y ni tenía novio ni tenía nada, estaba a dos velas, como casi todas las demás. No contenta, sostenía que su padre era empresario, cuando lo que regentaba era un puesto de chucherías». Se ha acordado de ella y ha largado su nombre. «Habrà sido por asociación de ideas».

Nerviosa con toda esta historia, se esconde debajo de unas gafas de sol y un amplio sombrero. No se ve raro, el día de otoño ha amanecido soleado y agradable. Su hermana y «el gordo del marido» dicen que no quieren hablarse con ella hasta que no corte su relación profesional y de amistad con Neme. «Solo entienden lo que se escribe en las redes sociales y dan por cierto lo que se le ocurre a cualquier majara de una sola neurona. ¡Otra pena!, no pierdo nada, mi hermana nunca me ha ayudado con mi madre, parece que no es su hija. Ahora, desde que yo no la atiendo, parece que se está enterando de lo que supone cuidar de un familiar con Alzheimer. Piensan que estoy desquiciada por el caso Mariposa Mexicana. No saben, porque yo no he dicho nada, que mi tormento proviene de otras tempestades. Mis sobrinos son feos, lacios y pavisosos, pero son un amor de chiquillos, me los como, me escriben wasaps diciendo: “Tita, estamos contigo, te creemos y te apoyamos”. ¡Mira qué lindos! Y yo, que soy de lágrima fácil, me harto de llorar sin necesidad de pelar cebolla o de que muera Chanquete».

Bárbara también se siente nerviosa porque se están perdiendo seguidores en la revista digital y los anunciantes han retirado la publicidad. La revista es el complemento a «la miseria que me pasa el cara cartón. A Neme también se le retiran los pacientes. A

él le da igual quedarse a cero, ni se inmuta, pero a mí me entra una ansiedad muy desagradable. Ayer recibió la décima carta, y como si no fuera con él el asunto, hielo puro. La pista-prueba apareció en la calle Velázquez, en la tienda de Mango, sobre el luminoso, encima de la M. Parece que ya estamos todos».

El guía se pinza un aparato en la botonadura de la camisa, le va a servir de altavoz. Del aparato parte un cable que llega hasta un micro muy pequeño fijado delante de la boca. «Así parece más sexi, más tecnológico, como un cámara de televisión o algo así». Comienza a hablar entusiasmado como si le hubiera tocado la lotería:

—Buenos días. En primer lugar, quería darles las gracias por elegir Pringá Tours. Como ya saben, somos especialistas en *tours* sevillanos: turísticos, gastronómicos, cofrades, históricos, de misterio, ocultistas, huella del crimen, de leyendas, deportivos, culturales y de actualidad. Hoy vamos a recorrer los lugares en los que han aparecido pistas-pruebas en el caso Alicia Maqueda. Realizaremos un recorrido a pie por el casco antiguo, después tomaremos un autobús junto a la torre del Oro que nos trasladará al barrio del Cerro del Águila, a la calle Afán de Ribera. Terminaremos nuestro apasionante viaje dando buena cuenta de un menú degustación a base de platos inspirados y creados expresamente para el caso Alicia Maqueda en el restaurante Sherlock Holmes. En la sobremesa, asistiremos a una tertulia de expertos y jugaremos a convertirnos en policías investigando sobre el caso, exponiendo nuestras conclusiones, haciendo apuestas sobre el lugar donde aparecerá la próxima pista-prueba. Así que, señores y señoras, abróchense bien el cinturón porque les espera un emocionante viaje a la actualidad, el misterio y la huella del crimen bien conjugados en la coctelera de Pringá Tours, los mejores si de Sevilla se trata. ¡Uhh!, ¡uhh!

Aplausos igual de entusiasmados que el «uhh, uhh» soltado por el guía. Levanta el paraguas amarillo cerrado y allá que se va el grupo «borreguil» detrás de él. Son cincuenta personas. «No sé cómo nos las vamos a arreglar en los sitios pequeños. Creía que esta afición

al cotilleo morboso era cosa de mujeres, compruebo que también hay bastantes hombres. No he podido resistirme, esto me gusta más que las papas *aliñás*, y encima, me lo ha mandado el psicólogo. De verdad que no quería hacerlo, he luchado contra mí misma, he sucumbido a la tentación, me he apuntado al *tour*. Si Neme se entera de que estoy aquí, me mata». El grupo toma por la calle Zaragoza, es un rebaño guiado por un pastor de cayado amarillo. Alcanza la intersección con Fray Bartolomé de las Casas, el guía hace señas para que las ovejas dejen libre el paso del tráfico. Se aprietan en las aceras, Bárbara se aplasta entre la pared y dos amigas cincuentonas en vaqueros, zapatillas y pelo canoso a lo garzón. «Creo que deben ser pareja, mi olfato no me engaña». Habla el guía:

—Nos encontramos en el lugar donde apareció la primera pista-prueba. Pista porque, según asegura el secuestrador, quien se hace llamar Arlequín, el lugar donde aparecen proporciona señales sobre dónde trabaja. Prueba porque certifica que realmente tiene secuestrada a la chica y que esta se mantiene viva. En una carta recibida por un psicólogo llamado Némesis Estupiñán, Arlequín informaba del punto exacto: este rótulo embutido en la pared. Es la única pista-prueba localizada por el señor Némesis, en todas las otras ha sido la policía quien ha procedido a su rescate y custodia.

—Se dice que ese psicólogo no estaba solo, que iba acompañado de una mujer que está un poco loca —pregunta una señora. «La hijaputa parece haberse escapado de una película de *Cine de Barrio*. Con ese collar, esos zarcillos de perlas y el peinado de los años sesenta petrificado en laca. La tía apesta a Maderas de Oriente, la misma colonia que se ponía mi abuela. El pánico me sube chichi arriba». Bárbara hinca la mirada en el suelo escondiéndose debajo del sombrero y las gafas. Responde el guía:

—Sí, una mujer que, parece ser, se llama Bárbara. Dicen que es amiga y socia del señor Némesis.

—Esa señora está implicada en el secuestro, a nadie le cabe duda, ¿por qué no la investigan igual que a los maricones esos?, ¿es

indignante! —pregunta a la vez que exclama, muy enfadado, «el marido rancio de la de *Cine de Barrio*. Ya se sabe, dos que duermen en el mismo colchón, meados se levantan».

—Buena pregunta para que la conteste la jueza instructora — responde el guía.

—¿Qué pista-prueba apareció aquí? — se interesa una niña de catorce años que viene acompañada de sus padres y de un hermanito de ocho años.

—Un mechón del cabello de Alicia escondido en un guardapelo.

—¿Dónde apareció exactamente? —vuelve a interesarse la niña mientras se tiñe la lengua de rojo con una piruleta.

—Justo al lado de la segunda «S» de «Casas».

—Puede ser soldador, o sanitario, o saltimbanqui — sugiere una mujer muy alta y delgada.

—O secuestrador profesional o separatista o satánico o sexo adicto. Desde luego, santo, no es. —Vuelve a enfadarse el señor indignado.

—Ahora, nos dirigimos a la calle Murillo, donde apareció la tercera pista-prueba — indica el guía.

«¡Qué alivio!, he sido buena, no he dicho esta boca es mía, y mira que me ha costado, que yo me conozco y como me toquen las palmas, soy un elefante en un seiscientos, ¡me como a mi padre *empanao* por los pies! Ahora empieza lo bueno, lo que se ha contado aquí lo conocía muy bien, ¡y tanto!, si fui yo misma la que vino con Neme cargando con una escalera. Me mata la curiosidad por conocer los siguientes santos lugares pistapruebísticos».

Ha finalizado el *tour*, los componentes del grupo se encuentran en el restaurante Sherlock Holmes acomodados en largas mesas. Bárbara se ha sentado junto a la niña preguntona de la piruleta, quien, tras acabar una bolsa de espumas de azúcar, degusta un bastón de caramelo. Durante la mañana, han recorrido todos los santos lugares

que, hasta el día de hoy, ha bendecido Arlequín. «¡Me ha fascinado!, he disfrutado como una niña chica, solo me falta que me regalen la piruleta y pintarme la lengua de rojo». En la calle Velázquez no pudo más, tuvo que preguntar:

—Esta pista-prueba apareció ayer, ¿cómo lo han sabido ya?

—En Pringá Tours no solo somos los mejores, sino los más rápidos. Tan rápidos como usted, ¿cómo lo ha sabido?

Otra vez el pánico le trepó hasta las orejas rojas, la nariz y los ojos. Estaba a punto de explotar. El grupo la enfocó esperando una contestación que no dio. «En boca cerrada: ver, oír y callar».

Dentro del restaurante continúa con las gafas de sol y el sombrero bien encasquetados. Hace calor. Las paredes están cubiertas con carteles de películas de Sherlock Holmes. Los camareros, vestidos de ingleses del siglo XIX, comienzan a acercar los platos del menú degustación: los llanos tienen forma de lupa; los hondos, del gorro de Sherlock colocado al revés. «Seguro que me encuentro entre los fideos una cana grasienta o una postilla del cuero cabelludo del viejo». El cocinero ha entrado en el comedor para explicar el menú. Un pañuelo negro le cubre la cabeza al estilo pirata:

—El primer plato se llama Alicia: un pastel de mango, piña, naranja, bacalao, aguacate y pasas. Como pueden comprobar, es un rulo en forma del cuello de la dulce muchacha bañado con mermelada de tomate que imita a la sangre. Espero les guste y disfruten de él.

Aplausos. Está rico, a Bárbara le gusta, hubiera rebañado con pan, pero mantiene la compostura. Los platos son devorados con rapidez, hace hambre en el ambiente. El vino rosado llamado Sangre de Alicia está fresquito, entra demasiado bien. Vuelve el cocinero:

—Al segundo lo he denominado Rodolfo. Se trata de un plátano frito con mayonesa en un extremo y dos huevos rellenos en el otro extremo. Sobre los huevos, puerro caramelizado en forma de pubis, tal como habrán adivinado. ¡Gocen de él!

Risas y nuevos aplausos. A Bárbara le encanta, delicioso, en esta ocasión sí deja el plato rebañado. «¡A tomar por saco las formas!». El indignado ni lo ha probado, se levanta y proclama en voz alta, grave, masculina:

—Quiero que conste que yo soy muy macho, como tienen que ser los tíos. Ustedes son testigos de que esto no entra en mi boca.

El pregón ha sorprendido a algún hombre con el plátano en el pico. «¡Los tíos se cortan, retiran hacia el centro de la mesa el plato con el resto del *mandao* culinario!, ¿serán borregos?». Se vuelven a llenar las copas de Sangre de Alicia fresquita, vuelve el cocinero:

—El tercero lleva el nombre de Némesis: un ajo blanco de almendras amargas sin sal sobre una tostada de pan resecado durante trece días.

Este se le ha agarrado a la garganta, ni siquiera el Sangre de Alicia es capaz de deshacer el nudo. Los platos permanecen casi enteros, no ha gustado o comienza a hacer menos hambre. El cuarto se llama Pista-Prueba. «Me quedo *flipá*». Es la muy famosa foto de los ojos de Alicia impresa en una galleta comestible, con guarnición de cabello de ángel salado y calamares en su tinta abiertos y cortados en forma de braguitas. «¡¿Cómo lo han hecho?!». Se levanta el guía de su asiento, tintineo de tenedores chocando contra copas de vino:

—Señoras y señores. Quiero informarles que en la última porra nadie acertó dónde aparecería la siguiente pista-prueba. Ha sido en calle Velázquez. La persona que más se ha acercado es Desiré, quien predijo que iba a ser La Campana el lugar elegido, por lo que hoy nos acompaña disfrutando de este menú degustación gratis. ¡Un aplauso!

El grupo aplaude como si Desiré hubiera metido un gol de chilena desde el medio del campo. El guía vuelve a la carga:

—Desiré, te aproximaste mucho, dinos cómo y cuándo sospechaste que sería esa zona la elegida.

—Bueno, podría, ahora, a toro pasado, mentir para presumir de sagaz e inteligente. La verdad es que no ha sido fruto de ninguna deducción lógica, solo una corazonada, nada más.

Un aplauso más fuerte que el anterior. Desiré; pelo teñido de rojo, argolla en la nariz y brazos tatuados; se pone la mano en el pecho en señal de agradecimiento, se emociona, se le saltan las lágrimas:

—Gracias, gracias de corazón. Este reconocimiento es muy importante para mí.

Queda el postre. Vuelve a acercarse el cocinero para explicarlo, se siente ya cansado de tanto ir y venir:

—Al postre le hemos puesto el nombre de Bárbara.

«¡Ay, Dios mío! Ahora sí que me mareo, la ansiedad se me remonta hasta el techo del restaurante». Tiembla, el calor se le convierte en sudor frío, traga saliva. El indignado pregunta:

—¿Es un barrote carcelario de chocolate? —Risas de los presentes.

Bárbara calla, respira hondo, está a punto de coger al caballero por la grasienta corbata de hace cuarenta años y revolearlo. Se controla, une los dedos corazón y pulgar de ambas manos. «¡Ahummmm!».

Consigue calmarse, viene el postre, «¿qué será?», se le seca la garganta, se le nubla la vista. El cocinero:

—Dos enormes bolas de helado de nata flácida rematadas con dos higos deshidratados, todo ello bañado en caramelo.

«¡Serán cabrones?!». El grupo ríe al unísono a carcajadas, menos la pareja de cincuentonas a la que no les ha hecho nada de gracia la ocurrencia. «No sé de qué se burlan, tan blanca no estoy, mis tetas siguen turgentes y muy bien puestas, más quisieran otras, todavía no se aguanta un lápiz debajo de una de mis domingas». El indignado se ha tragado dos botellas de Sangre de Alicia, se siente inspirado, se levanta, los ojos le chispean. «Sí, hijo, habla por esa boca asquerosa de apiñados dientes de sarro». Vuelve a la gracieta:

—El caramelo líquido, ¿qué representa?, ¿la mugrienta suciedad de la perroflauta?

Nuevas risotadas, el alcohol les alegra el fin de fiesta. «¡Hijos de puta! Estoy deseando irme ya a casa y enterrar la cabeza debajo de la almohada».

Arlequín experimenta emociones. Consideraba que jamás podría sentir placer, sin embargo, lo ha conseguido como Aries. No reaccionaba ante las situaciones, ahora lo hace. Abriga una motivación, un objetivo. Este juego lo mantiene vivo, pretende y desea alcanzar el final, las trece cartas sin ser apresado. Es sábado, no se trabaja. Se levantará pronto, debe atender a Alicia en sus necesidades como lo haría Cáncer, el protector. Tumbado en la cama, echa la vista atrás y recuerda las dificultades soportadas en la escuela a pesar de sus altas calificaciones. Raro, raro, raro, excéntrico cual insurgente Acuario. «¡Cuántas veces me tildaron de loco! No sufro paranoias, delirios o alucinaciones, aun así, yo era el loco». Igual que Virgo, mantiene un desempeño razonable en el trabajo, está bien considerado por sus superiores, a pesar de ello, le condena ante la mirada de los demás el ser una persona impasible, sin entusiasmo, sin amigos. Una condena muy leve, con cadena de eslabones de chocolate. No le importa la sociedad.

Se levanta apegado a la tierra como Tauro. La ropa limpia con la que se viste es idéntica a la que se quitó ayer sucia y a la que se pondrá mañana. Sale a la calle para comprar churros, una revista y un periódico del comunicador Géminis que le ayudará en la confección de la siguiente pista-prueba. De nuevo en casa, después del desayuno, graba a Alicia con su vieja cámara VHS Panasonic AG-7450. Todavía funciona, el tiempo no la ha dañado, Arlequín la ha rescatado del trastero donde la había guardado preservada entre plásticos de pompitas, protegida de la humedad que carcome en verdina cada centímetro de ese lugar. También ha desempolvado varias cintas vírgenes compradas cuando grababa documentales de televisión persiguiendo inútilmente aficionarse a algo. Se ha

cerciorado de que en la cinta no hubiera nada grabado, cometería un error de principiante. Comprueba que la grabación se ha realizado correctamente, su reproductor de video VHS le muestra a Alicia enseñando el periódico del día para que no haya duda de que en este momento su corazón todavía late fuerte y sano. En esa grabación, Alicia ruega desesperadamente a sus padres, autoridad Capricornio, que presionen a los cuerpos de policía para que la rescaten. Es bueno su aspecto, no hay señales de torturas. Arlequín ha querido que se evidencie cómo, además de cuello y hombros, tiene tatuados ambos brazos con la palabra «Ayudadme».

Introduce la cinta grabada en una caja de dimensiones idóneas para que quepa en el lugar donde ha decidido fijarla. Siempre con sus guantes de látex colocados, son su segunda piel, consejo del maestro Sagitario. «El látex es aliado tanto del infractor como del perseguidor». Prefiere actuar solo, su actividad es invariablemente solitaria, no disfruta con las relaciones humanas. Le seduce parecer misterioso a los ojos de los demás, por eso ha ideado este juego, en busca de un desconocido placer que comienza a disfrutar. «Dicen que carezco de iniciativa, la organización que demuestro en este asunto lo desmiente».

Arlequín cierra bien el castillo donde guarda a la princesa, el eco de varias vueltas de llave rompe el hondo silencio. Monta en su pequeño automóvil para dirigirse al barrio de San Jerónimo, muy lejos de casa. La mañana de noviembre es plomiza, amenaza lluvia. Al igual que Piscis, detesta los transportes públicos porque no le gusta la gente, menos después de comprobar en lo que se está convirtiendo este caso. «Han declarado como investigado al presentador peruano homosexual Arnold Gutiérrez, y a la poetisa, activista y cantautora chilena Violeta Alvarado. Implicar al pintor Rodolfo Pantaguano fue la mecha que hizo explotar el caso contra homosexuales, sudamericanos y artistas libertarios. Sin famosos no hay caso. Por eso lo imputaron, les dio resultado y ahora, ávidos, incluyen en su Pandemónium al conocidísimo presentador y a la cantautora. Han denominado a la investigación como Mariposa Mexicana. Es irrisorio, no han encontrado manera más burda y

carente de imaginación de atacar a inmigrantes hispanos y a homosexuales. No demuestran nada propio del detective Escorpio. Lo han convertido en una campaña, una cruzada, un negocio, una cortina de humo que esconda a los ojos de los borregos los escándalos de los gobernantes Leo que saquean sus bolsillos. Inventan pruebas, los periodistas son avisados por el propio juzgado para que aireen toda esta mierda artificial. Condenadas en juicios paralelos por la estulticia humana, las personas investigadas acuden al juzgado disfrazadas intentando eludir linchamientos públicos. Se organizan apuestas en televisión y redes sociales sobre qué famoso será el próximo en ser señalado por el dedo acusador de la jueza instructora. El sagaz Serpentario amenaza con lanzar su mordedura venenosa». Viaja en su coche, no desea soportar a ningún imbécil o malvado que se siente a su lado en el autobús. Si acaso, solo al pacificador Libra.

Aparca junto al local, cuarenta metros cuadrados de paredes blancas, alquilado para esconder la furgoneta de segunda mano. El chirrido de la persiana metálica se pierde por el descampado, al final del barrio, donde el municipio de Sevilla deja de serlo. El local y la furgoneta son piezas importantes sobre el tablero, el alquiler y la compra los realizó para completar el juego. Dentro del local, en un armario metálico, guarda distintos monos de trabajo serigrafiados con el nombre de varias compañías y organismos. La escalera descansa en el suelo, pegada a la pared, el instrumental necesario para fijar las pistas-pruebas lo custodia dentro de una caja azul de herramientas. Se viste con un grueso mono del ayuntamiento, la escalera y la pistola de silicona están ya cargadas en la furgoneta.

Es temprano, hace tiempo hojeando la revista comprada esta mañana. Se eleva hasta su olfato el entrañable olor de una publicación recién impresa. En ella aparecen fotos de famosos no investigados, quienes, según mentes privilegiadas y adivinas de ciertos periodistas del corazón, también están implicados en el secuestro de Alicia. Aseguran que pertenecen a una red de trata de blancas. Se refieren a ellos como monstruos depravados y misóginos. Ahora que Arlequín ha aprendido a sentir, está satisfecho de ser como es, de no mantener

ninguna relación «con este homínido estúpido e hipócrita que tan a gusto se mueve en el lodo de la calumnia».

Es la hora, sale conduciendo la neutra furgoneta. En la plaza Ponce de León, ha logrado aparcar cerca, un poco subido a la acera. El mono del ayuntamiento lo protege de miradas, sospechas y multas. Afianza la escalera. Dentro de un tragaluz ovoidal de la iglesia de Santa Catalina, pega la caja de cartón reciclado que contiene la cinta VHS. Un viento frío se ha levantado, caen las primeras gotas, huele a tierra mojada. Desciende, devuelve la escalera a la furgoneta, no se ha producido incidencia alguna, a nadie le ha extrañado, nadie se ha fijado en qué operaba. La gente corre para refugiarse de la lluvia, quien lleva paraguas, no mira más allá del cemento que pisan sus zapatos.

De vuelta al local, nuevo chirrido de la persiana metálica. Guarda la furgoneta, la escalera y la silicona. Se quita el mono para guardarlo en el armario metálico. Monta en el coche, persiste la lluvia, brilla el asfalto, el limpiaparabrisas traza suaves arcos acuosos que relajan sus ojos. Vuelve a casa, donde se sentará ante el portátil para escribirle a Neme la undécima carta. Solo faltarán dos para el final del juego. Serán trece, como los trece signos del zodiaco. Mañana la echará al buzón, en uno de Bellavista, bien lejos de casa.

13

Los balcones seguían engalanados con sábanas blancas. Los lazos se habían descolorido por el suave sol del otoño, los ojos se habían acostumbrado a ellos. Rojos y verdes se habían degradado a un marrón olvidado que impedía distinguir a qué bando pertenecía cada casa. A nadie se le ocurrió reemplazarlos. Armonía y Serenidad comían, se aseaban y dormían en el hostel. Permanecían siempre juntos en la misma estancia, hasta cuando era preciso cumplir con ciertas necesidades fisiológicas pestilentes. Por la calle, caminaban de la mano sin soltarse, la más mínima separación provocaba en Serenidad una crisis. Habían fijado la fecha de su sagrada unión para el solsticio de invierno. Doña Francisca enviaba todos los días a don Luis, el cura que siempre ladeaba la cabeza hacia el lado izquierdo, y a Fabiola, para convencer a su hija:

—¡Por favor, hazlo por tu familia, no cometas esa locura!

Volvían, invariablemente, con una rotunda negativa:

—He despertado a la auténtica, a la única verdad, a la certeza de un futuro plácido, sin peligro alguno.

Movida por un sentimiento de piedad hacia su madre, Serenidad decidió ir a visitarla días antes de su unión con Armonía. Salió de la habitación donde dejaba a su amado respirando profundamente junto a la ventana abierta a la mañana, saludando al sol «generoso de luz, calor y vida». Mientras bajaba las escaleras, sintió que los «y si» se le clavaban en el pensamiento, atravesándola hasta abrirle el pecho en dos. De nuevo le acechaban todos los peligros imaginados, la paz se había volatilizado, el alquitrán de la ansiedad untaba de brea sus alas. En el comedor del hostel, a esa hora de la mañana, ya olía a guiso de caldereta de venado. Dio la vuelta,

corrió escaleras arriba atropellada por el pánico, irrumpió de golpe en la habitación y se aferró fuertemente al brazo de Armonía, quien no pudo completar su salutación al astro rey. El hombre necesitó seis horas de susurro adormecido en el oído de Serenidad para que los músculos de sus brazos se fueran relajando hasta conseguir liberar la extremidad.

En cuatro meses Arcadio había ganado una fortuna. Desde que la pareja le comunicara que después de su unión querían instalarse por su cuenta, se le escuchaba llorar todas las noches como un niño a quien le quitan un juguete, mojando, moqueando la almohada. Noches angustiosas también para Carmelita, quien oía desde el colchón desplegado detrás de la barra del hostel los alaridos de aflicción emitidos por la garganta de su marido. Todas las noches vencía su terror a salir de detrás de la barra para subir a la habitación de Arcadio un buen tazón de tila. Todas las noches bajaba la escalera corriendo con el tazón estampado en la espalda y la piel quemada por el agua caliente. Un mes duró el duelo de lamentaciones, tazones volando y ungüentos recetados por don Manuel para curar las quemaduras. Cuando aceptó la realidad, agradecido, Arcadio ayudó a la pareja a comprar una casa vetusta y amplia en el camino de las huertas, a un kilómetro del pueblo cruzando la carretera nacional. La casa disfrutaba de un salón con chimenea, seis habitaciones y una parcela de tres mil metros cuadrados donde castaños y encinas custodiaban una zona de huerta abierta al cielo en un claro del terreno. Allí celebrarían la sagrada ceremonia de unión el 22 de diciembre de 1978, justo a las cinco y veintiún minutos de la madrugada, momento preciso del solsticio de invierno. Después trabajarían por su cuenta. Serenidad había convencido a Armonía de que el sucio metal no era tan innoble como él creía. No le costó mucho convertirlo, «todo depende de cómo se miren las cosas».

Adelita, la modista, había encontrado en Sevilla una tela plateada ideal para la ceremonia. Sería su regalo de unión. Confeccionó dos túnicas amplias que les permitieran vestir ropa de abrigo debajo. Les cosió soles de color naranja, lunas y estrellas azules, planetas en rojo, estrellas de mar en tonos aguamarina,

árboles de copa verde y tronco marrón, margaritas amarillas, gotas de lluvia celestes. Visitaba a menudo a la pareja para tomar medidas. Estaba muy agradecida porque Armonía le había vaticinado mediante las cartas del Tarot que en el próximo año conocería a un hombre, que se enamorarían y se casarían pronto.

— Tal alegría merece, sin duda, que os haga un buen regalo.

Adelita no era nada agraciada, estaba convencida desde los trece años de que quedaría para vestir santos, pero aquella buena nueva había abierto su esperanza de par en par para que corriera por sus venas la alegría a borbotones intensos. Cada noche, sus ojos ilusionados y embelesados contemplaban a través de unas gafas de culo de vaso aquellas telas de ensueño. Sus manos regordetas, después de que su madre se hubiera retirado a dormir, cortaban y cosían las prendas celestiales. Puntada a puntada, imaginaba cómo sería su inminente novio, y de vez en cuando se levantaba de la silla para bailar con ella misma la canción romántica que sonaba, bajita, casi susurrante, en el transistor. Otras veces, se le escapaban lágrimas de emoción escuchando al Loco de la Colina.

La noche de la sagrada unión, un centenar de incondicionales partió a las cuatro de la madrugada hacia la recién comprada casa de Armonía y Serenidad. Portaban antorchas encendidas, iluminaban con ellas el camino de tierra haciendo que las sombras de los castaños parecieran fantasmas danzantes. Portaban sendos lazos verdes de raso en el pecho a la altura del corazón. Detrás del grupo, separados a cien metros, caminaban Fabiola, don Luis y el Cohete, quien repetía en voz alta:

— Espero que no se necesite poner orden.

El altar estaba preparado en el tronco seccionado de un castaño centenario al que todavía le brotaban algunas ramitas verdes, rodeado por un círculo dibujado con pétalos de rosa. Serviría como mesa de ofrenda a la madre naturaleza. Las antorchas también formaron en círculo, sus portadores entonaban, ojos soñadores, la canción *Viva la gente*. La ceremonia comenzó, la pareja salió de la casa cogida de la mano. Armonía y Serenidad relucían vestidos con las túnicas confeccionadas por Adelita. Ella se había peinado con una

guirnalda de flores, él dejaba acariciar su melena por la brisa. De sus cuellos y muñecas colgaban collares, pulseras de cerámica con figuras de tréboles de cuatro hojas, estrellas de cinco puntas, nudos, llaves. Detrás de ellos, trece amigos portaban trece quemadores que levantaban a los olfatos aromas de incienso. Como hacía muy buena noche y no soplaban nada de aire, y dado que a la casa no llegaría la electricidad hasta años más tarde, alguien muy previsor llevó un grupo electrógeno al que enchufó un ventilador. Junto al ara, mirando al norte, lanzaron pétalos hacia el elemento viento soplado artificialmente por el ingenioso aparato. Cara al oeste, rociaron con un pulverizador de plástico donado por la peluquería de señoras Enkarny, lluvia sobre el elemento agua contenido en un lebrillo de barro. Orientados al este, arrojaron puñados de arena sobre el elemento tierra. Mirando al sur, encendieron una antorcha sobre el elemento fuego que ardía en el hueco del tronco del castaño. A las cinco y veintiún minutos en punto, Armonía besó a Serenidad y le levantó la túnica dejando ver un culo blanco, redondo como la luna, natural, desprovisto de ropa interior. El hombre se alzó la suya para dejar al aire su enorme pene erecto. Los presentes, asombrados de boca abierta, consideraron que era hora de marcharse si no querían ser testigo a la luz de las teas de la consumación de la sagrada alianza. Antes de que Armonía acostara a su amada sobre la hierba, los asistentes ya trotaban por el camino de vuelta portando sus antorchas todavía encendidas. Don Luis enderezó su cuello para enfocar mejor la escena, deseaba quedarse para contemplar el espectáculo. Fabiola tiró fuertemente de él.

—¡Padre, por Dios!

Tumbados sobre la hierba, el pene de Armonía penetró la «acogedora diana». Adelita también observaba con ojos de búho imaginando las mieles del sexo que pronto, según se le había vaticinado, gozarían su cuerpo y su alma. Cuando vio cómo las nalgas y los testículos colgantes de Armonía bailaban rítmicamente arriba y abajo entre las piernas bien abiertas de Serenidad, su boca hecha agua comprendió que era el momento de marcharse por el camino de vuelta con la antorcha y el deseo encendidos. Solo la luna,

los árboles y la luz del fuego escucharon los gemidos de placer elevados al cielo como agradecimiento por el don de la procreación. Armonía le regaló a su recién consagrada mujer una ramita de castaño cuando el alba clareaba tras los montes cercanos.

Don Manuel fue destinado como médico de cabecera al pueblo de Haftarad en 1977. En las maletas llevaba ropa interior, camisas y pantalones para vestir a diez hombres durante un año. «Nada se interpone ante el obstinado amor de una madre». En su ánimo palpitaba un decidido interés de entrega a las personas, sus ideas soñaban con revolucionarios programas de salud y prevención comunitaria. Muy pronto, aquella cándida ingenuidad se dio de bruces con una realidad igual de obstinada que el cariño textil de su madre. Poco antes de las elecciones municipales de abril de 1979, a don Torcuato, el alcalde, quien se presentaba como candidato por la Unión de Centro Democrático, los nervios se le habían metido en el estómago y le habían provocado una gastritis aguda que le impedía caminar hasta el consultorio debido al intenso dolor que le provocaba. Don Manuel lo visitó en su domicilio. Era la primera vez que pisaba la casa del alcalde, le llamó la atención que exhibía colgados en el salón los retratos de Alfonso XIII, Franco y Juan Carlos. Don Torcuato notó la extrañeza del médico y, desde el sillón de cuero verde donde se retorció sobre el estómago, dijo:

—Todos los días, sin falta, les paso un paño para quitarles el polvo.

Don Manuel extendió la receta: hidróxido de aluminio combinado con leche de magnesia. Al terminar la visita, el alcalde lo despidió agradecido:

—Espero y deseo que pronto conozca a una moza serrana de mejillas sonrosadas, se case con ella y nos regale con la alegría de muchos pequeños paisanos.

Aquellas palabras marcaron la primera muesca en su pretendida y premeditada paciencia. El resultado de las elecciones fue un rotundo e incontestable triunfo del alcalde en las urnas que aceleró la curación de su mucosa gástrica inflamada.

—Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer —se aseguraban, como verdad irrefutable, unos a otros los habitantes de Haftarad cuando se cruzaban y saludaban levantando las gorras por encima de calvas o canas. Don Torcuato, después de tamaña victoria electoral, eufórico y orgulloso, mandó colgar también el retrato de Adolfo Suárez en el salón de su decente hogar. Ese mismo día, Fabiola Sabio acudió a consulta para que el médico le recetara un ansiolítico potente. Se había enterado de que el candidato del Partido Socialista Obrero Español había conseguido cuarenta y cuatro votos, y el del Partido Comunista de España, dos. Nada más entrar, temblorosa, se santiguó siete veces y elevó al cielo, mano huesuda sobre la sagrada Biblia que la acompañaba siempre a modo de bolso, su firme promesa:

—Vestiré totalmente de negro, en señal de luto, mientras los partidos de izquierda permanezcan legalizados en España.

Realizado el lapidario juramento, se derrumbó sobre la silla en un llanto de jipíos silbantes:

—¡Otra vez la guerra, se rompe España! —repetía compulsivamente.

Don Manuel le tomó la tensión con su esfigmomanómetro portátil de mercurio, la tenía altísima. Aquella escena en sepia le hizo aceptar una realidad tan evidente como poco deseada por él. «No va a ser fácil». En septiembre, tocó a la puerta de la casa de Armonía y Serenidad. Al abrir, Armonía se topó con el rostro perfectamente rasurado y el cuerpo esbelto del médico vestido con traje de boutique.

—¿Otra vez usted? —preguntó exhibiendo un claro gesto de hartazgo—. Pase.

Sentado en un sillón forrado de telas hindúes de color naranja, don Manuel intentó convencerlos una vez más de la necesidad de consultar con un ginecólogo y de la conveniencia de que Serenidad diera a luz en un hospital a la criatura que se gestaba en su seno.

—No hay mejor doctor que la naturaleza —contestó Armonía.

—Él ha vaticinado que nada malo nos ocurrirá ni a mí ni a la niña. Esa es la mayor garantía que podemos tener —añadió Serenidad.

—¿A la niña? —preguntó extrañado el médico.

—Sí, ya lo sabemos, el péndulo siempre hace círculos sobre mi vientre. Nunca ha oscilado, siempre círculos. Mi marido se lo demostrará.

Armonía, en quien se adivinaba un gesto de «¿qué sabrá este señor que no ha salido en su vida de los libros?», desplegó un péndulo sobre el vientre desnudo y a término de Serenidad.

—El círculo es la tierra, el círculo acoge con amor como la vagina acoge al pene. El círculo es lo femenino. El movimiento pendular es la semilla, el movimiento pendular no acoge, dona. El movimiento pendular es lo masculino —aseveró Armonía.

El peso, asido en pinza por los dedos corazón y pulgar de la mano derecha del santón, osciló en un movimiento dubitativo, indeciso, haciendo ochos, hasta que comenzó a dibujar inequívocos círculos sobre el ombligo y el vello púbico de Serenidad.

—Sí, será niña —sentenció Armonía—. El parto será natural, tal como las hembras de humanos han realizado inmemorial e instintivamente ayudadas por la madre naturaleza. No hay nada que temer.

—Pero, pueden presentarse complicaciones. Deben ustedes pensar en la criatura, háganlo por ella.

—No se presentarán, ya se lo hemos repetido. El mayor regalo que podemos hacer a nuestra hija es un parto natural asistido por las sabias manos de su padre —explicó Serenidad con la misma dulzura con la que los adultos hablan a los niños.

—¿Cómo pueden asegurar que no se presentarán problemas?

—Conocemos el futuro, para nosotros no tiene secretos. Quédese tranquilo doctor, todo irá bien —apostilló Serenidad.

Fue la última vez que don Manuel propuso que pariera en un hospital, «estas mentes son puro granito», aunque no pudo evitar soltarles un exabrupto:

—¡Por Dios, qué borricos!, al menos no me podrán echar en cara que no lo he intentado.

Lo miraron regalándole una sonrisa beatífica de «comprensivo perdón» y lo invitaron a pimientos rellenos de calabacines con salsa de soja.

Por aquel entonces, el doctor ya había comprendido la necesidad de mantener la alacena bien surtida de café y madalenas. Los primeros días de octubre embarraban los caminos con una lluvia persistente. Adelita, la modista, llamó a la puerta de don Manuel. El médico abrió, la mujer estaba empapada, le faltaba el resuello.

—Pasa, ¡por favor!

Sentada junto a la chimenea, cuando pudo articular palabra, dijo:

—Vengo de casa de Armonía y Serenidad.

—¿Y?

—Los visitaba porque estoy interesada en saber cómo va a ser un próximo amor que Armonía me ha prometido y que ya, necesariamente, debe de estar al caer. Mientras miraba los pozos del café y me describía las bellas facciones de mi futuro amado, Serenidad rompió aguas. La cálida humedad que corría por sus piernas la hicieron sonreírme confiada, entonces Armonía se asomó a la puerta para anunciar que el momento había llegado y para rogar a los presentes, quienes aguardaban cola en el exterior bajo paraguas, que se fueran a sus casas.

Al galeno no le dio tiempo de asquearse con «las bellas facciones de mi amado» ni con «la cálida humedad que corría por sus piernas». Se levantó de golpe del sillón, dejó a Adelita saboreando un café con madalenas mientras se calentaba la existencia y telefoneó a Tere, la enfermera del consultorio médico. En menos de cinco minutos corrían a solicitar al alcalde el todoterreno municipal. El vehículo, conducido por el Cohete, pudo llegar a la casa patinando sobre el barrizal. Armonía abrió la puerta airado y rechazó la oferta de ayuda.

—Está bien, pero quiero que sepas que yo no me moveré de la puerta, eso no me lo puedes impedir —informó de sus intenciones el médico.

Tere, el Cohete y don Manuel esperaron cobijados dentro del todoterreno. Fuera, el aguacero impedía ver más allá de un metro. Una hora después salió Armonía a la puerta, no dijo nada, su rostro indicaba qué ocurría. Tere y el doctor corrieron al interior. En la cama, Serenidad se retorció entre agudos dolores. No se presentaban dificultades graves, tan solo tardaba en dilatar como tantas primerizas. Horas más tarde, un llanto de bebé tranquilizó el nerviosismo de Armonía.

—Para ser una niña tiene unos buenos testículos y un hermoso pene —bromeó don Manuel sarcásticamente.

Armonía, enfadado, argumentó:

—Ha sido su intromisión la que ha cambiado el sexo de mi hijo. Su incredulidad hacia mi arte ha degenerado en una mala influencia que me ha robado sabiduría natural y me ha hecho dudar a la hora de asistir al parto, pero, finalmente, todo ha salido bien tal como yo había vaticinado.

Señalando el pecho de don Manuel con el dedo como si quisiera dispararle en el esternón, pronosticó:

—Usted sufrirá diversos males futuros por haber adulterado el sagrado curso de la naturaleza.

Tere quiso quedarse esa noche para cuidar al niño y a Serenidad. Nada lo hubiera podido impedir, la entrega a los demás era su motivo de vida, su felicidad plena. Cada vez que alguien le regalaba un sentido «gracias», experimentaba un intenso e íntimo orgasmo. Armonía no se opuso.

En el mes de diciembre, Fabiola Sabio volvió a la consulta para que don Manuel le curara las plantas de los pies.

—Me sangran, las tengo llenas de llagas y ampollas.

Había visitado cuarenta y tres veces a Serenidad, soportando descalza el tortuoso camino hasta la casa para rogarle que bautizara al niño «como Dios manda». Una y otra vez se encontraba con la negativa de su hermana, quien le aseguraba que el bebé ya tenía

nombre, se llamaba Prosperidad y había sido iniciado con una ceremonia en «la verdad del mundo natural y esotérico».

Fabiola alternaba las peregrinaciones descalza a casa de su hermana, pues había hecho promesa, con una feroz cruzada emprendida en contra de la película *La Vida de Brian*. El traje negro de la mujer y el cuello de don Luis, ladeado hacia la izquierda en una inverosímil escoliosis, visitaban puerta por puerta a los feligreses de Haftarad para advertirles de las terribles consecuencias que sufrirían si acudían a Aracena o a Sevilla para ver la película. En cada casa que entraban, la radio sonaba con *The Wall*, de Pink Floyd. Fabiola consideró que aquella música era propia de Belcebú, pero don Luis la convenció para que no comenzara una nueva contienda, porque con la de la película ya tenían trabajo de sobra. Una semana después, se había unido a la sagrada misión la madre de Fabiola, doña Francisca López Gómez, más conocida como la Paca. No salía a la calle desde el disgusto de Victoria Eugenia y el posterior nacimiento de un nieto «engendrado por el mismísimo Diablo». Había jurado, estirando su enorme cuerpo y elevando sus pechos de cántaros, que no conocería jamás a «ese niño bastardo, impropio de su linaje, fruto de la más pura chusma». Y si para ello era necesario enterrarse en vida entre cuatro paredes, así lo haría, pero aquella blasfemia de *La vida de Brian* la llamaba a salir a la calle para recomponer la decencia. Dos semanas después, don José Sebastián, maestro de primaria, y su mujer, doña Socorro, la farmacéutica del pueblo, también se unieron a la cruzada. El quinteto justiciero visitó una tarde a don Manuel para hablarle de la película. El médico les aclaró mientras tomaban café con madalenas:

—Ah, sí, ya la he visto en Sevilla, es buenísima, me harté de reír.

Dos años después del nacimiento de Pros, Alma fue «alumbrada a la sagrada naturaleza». El péndulo de Armonía, adquirido en noche de luna llena en un mercado de vigilia cerca de Bombay, «como siempre que no existen intromisiones de errados amantes de la ciencia», descifró y acertó el sexo. Don Manuel, aunque esperaba de nuevo en

la puerta del hogar de Serenidad, tuvo que irse «con su ignorancia entre las piernas, como hacen los perros cuando reconocen superioridad en el contrincante». No intervino en el parto porque Armonía, «guiado por la madre tierra», atendió a Serenidad en un parto natural.

Neme nació «a la verdad» en 1983. Aquel otoño había sido testigo del descolgar de sábanas y lazos de su amarillento olvido. Haftarad recobró sus estéticos balcones recargados de macetas. Las begonias alegraban con puntos de color el blanco de las casas. Fabiola se encontraba realizando la cuadragésima segunda promesa con la que rogaba a Dios todopoderoso que curara la «locura de mi hermana y la traiga de vuelta, cual hija pródiga, al amor de la Santa Madre Iglesia». Incorporó sendas piedras a cada uno de sus zapatos negros de medio tacón. Caminar cien metros se le había convertido en una tortura. Armonía persiguió sanarla con ungüentos de cera de abeja, eucalipto y romero, pero ella se negó:

—Tú, profeta de Satanás en la tierra, no me pondrás una mano encima.

Prefería acudir a don Manuel, quien la reprendía cada vez que tenía que curarle una penitencia.

—¡Te estás destrozando con las promesas!

—¡Tengo que ser fuerte! —respondía Fabiola cada vez que el médico le reñía.

—Recapacita, eso que haces, ¿para qué vale?

—Cuanto más tarde Dios en concederme la gracia que le pido, más mérito habrá tenido mi sacrificio y más contundentes serán los resultados.

La víspera de difuntos, Adelita se encontraba en la consulta esotérica de Armonía. Cariacontecida, mostraba un incipiente enfado:

—Todavía, después de varios años, no he encontrado al profetizado y deseado varón que me hará tan feliz. Algo no funciona.

Armonía indagó en los pozos del café las razones, «ajenas a su saber», que obstaculizaban la realización del vaticinio:

—Algo retiene a tu enamorado. Debo saber claramente quién es para ayudarlo a liberarse —aclaró.

—Y eso, ¿cómo puedes saberlo?

—Solo hay una manera: consumando un viaje astral. Gracias a la meditación, mi alma inmortal emergerá de mi cuerpo mortal, se elevará, levitará, salvará liviana el techo y el tejado de la casa, transitará hasta el pueblo suspendida sobre energía cósmica, ingresará en la casa de tu amado, descubrirá quién es y qué es lo que le ocurre.

—¿Cuándo vas a hacer ese viaje?

—Esta noche.

—¿Puedo estar presente?

—Si quieres, puedes hacerlo.

—¿Y si mi futuro amor no residiese en el pueblo?

—No es una posibilidad, percibo a la perfección que habita en el pueblo.

Serenidad, impulsada por su sempiterna hospitalidad, invitó a Adelita a cenar. Después de acostar al pequeño Pros, «cuatro años de vida consagrada a la madre tierra»; y a Alma, «dos primaveras consagradas al cielo protector», Armonía se despojó de la túnica y se tumbó sobre la alfombra completamente desnudo. Adelita miraba a Serenidad inquiriendo una respuesta a su incredulidad, la sonrisa de su amiga la sosegó. El hombre cerró los ojos. Su cuerpo mutó de color, el moreno natural de su piel fue aclarándose hasta tomar el tono de la de un escocés pelirrojo. La temperatura de su organismo descendió hasta la de un difunto. Silencio, más silencio, solo se oía «el callar de los siglos». Media hora después, una voz grave emanada del centro de las entrañas hibernadas de Armonía informó:

—Asciendo sobre el espacio físico, emerjo de la casa, hermanas estrellas besan mi ser, viajo hasta el sereno pueblo, paz de hogares encendidos, soy gravitado hacia una morada, penetro.

El pene de Armonía comenzó a acrecentar su tamaño hasta alcanzar una erección completa, rígida, henchida de sangre viva. Adelita observaba con la boca abierta aquella metamorfosis para ella

desconocida. Serenidad hacía honor a su nombre. La voz surgida de las entrañas continuó:

—No, esta no es la casa, estoy contemplando a una pareja haciendo el amor, no me está permitido revelar nombres porque me debo al secreto de la completa sabiduría. Vuelvo a elevar mi alma para escapar de este hogar y alcanzar de nuevo las estrellas. Salgo, aguardo la llamada de la energía adecuada, soy atraído hacia un tejado, la gravedad es poderosa, penetro, sí, ahora estoy en el lugar correcto, lo veo con claridad.

El pene volvió a situación de reposo. Adelita, aunque estaba hipnotizada ante semejante fenómeno, logró recuperar la atención para preguntar impaciente:

—¿Quién es?

—Lo veo, llora sobre la almohada su desesperación por no tenerte, maldice su eterna y severa timidez que le impide acercarse a ti para declararte su amor.

—Pero, ¿quién es?

—Es don Manuel, el médico.

Adelita alzó su mirada al cielo, cruzó las manos sobre su pecho, suspiró:

—¡Don Manuel!

Sin bajar la mirada ni descruzar los brazos, se levantó de la silla, dirigió su cuerpo a la puerta, salió de la casa. Le fue preciso, muy a su pesar, descender mirada y brazos a la tierra para encender una linterna, caminar bajo las constelaciones, montarse en el coche y tomar el camino de vuelta a su casa. Adelita se perdió en la oscuridad mientras Serenidad rompía aguas justo cuando las doce campanadas del reloj anunciaban que había llegado el día de los difuntos. Sin duda, la energía de Adelita ejercía influencia de parto sobre mujeres a término, pues de tres roturas de agua que bendijeron aquel hogar, en dos de ellas había acudido la modista a la consulta esa misma tarde. Con mirar desencajado de espanto, Serenidad buscó desesperada los ojos de su marido para exclamar:

—¡No puede ser, es muy pronto, además, hoy es el día de los difuntos, no es buen augurio, daré a luz un monstruo!

—Tranquilízate, don Manuel está en su cama llorando por Adelita, no se va a enterar de que estás de parto, hoy no vendrá a incordiar y a estropear el rumbo y los designios de la sagrada naturaleza. Todo seguirá su curso correctamente.

Las palabras, como siempre, ejercieron en la preocupación de Serenidad el efecto de triple dosis de «químicos ansiolíticos». Dos horas después, Neme abrió los ojos a la vida sin complicación alguna. No rompió a llorar ni siquiera cuando su padre golpeó, con cariño y delicadeza, sus tiernas nalgas de recién nacido.

Varios días después, la pareja paseaba por el pueblo con sus tres hijos. Al ver al médico degustando un café en la terraza del hostel restaurante Los Monteros, se acercaron a él para mostrarle a su recién nacido.

—Puede usted comprobar, señor galeno, que cuando no se entromete, todo marcha tal como el destino dicta. Sagrada naturaleza dos, equivocada ciencia uno.

Don Manuel no pronunció palabra, se había prometido a sí mismo no contestar a estupideces. Continuó leyendo el periódico. Dos mesas más allá, Adelita, saboreando una tarta serrana de castañas y queso, no le quitaba ojo a su futuro amor revelado por el viaje astral que Armonía había realizado ex profeso. Todavía no disfrutaba del suave abrazo de aquel hombre sobre sus abundantes y deseosos senos, pero se sentía dichosa solo de saber que don Manuel estaba absolutamente enamorado de ella.

Adelita había relatado a medio pueblo que el alma de Armonía gozaba de la capacidad de abandonar su cuerpo, transponer paredes y techos y contemplar hermosas doncellas mientras dormían. Desde entonces, en sus camas, algunas muchachas se mantenían alertas y se tapaban más de lo normal; pero otras, incluso en invierno, dormían desnudas dejando bien a la vista sus atributos sexuales.

14

Bárbara ha pasado la Nochebuena y el día de Navidad sola. Clara, contemplando el continuo hundimiento de su madre en el sofá, le pidió pasar las fiestas con su amiga Lorena. «Sí, hija, sí, vete. Así me quitas trabajo, porque yo no tengo fuerzas nada más que para morirme». Su hermana no le habla porque quiere que corte su relación profesional con Neme y porque ha dejado de atender a la madre. A Bárbara no le ha importado, no tiene ganas de fiesta y así se evita el darle un beso a su madre. «Es que no puedo, solo de pensar en acercar mis labios a esa cara perversa, ya me dan arcadas». Su festín navideño lo han compuesto un bocadillo de mortadela por la noche y otro de chorizo en el almuerzo del día siguiente, regados con sendas latas de cerveza. Hoy 26 de diciembre, sigue tirada en el sofá, la gravedad en ese punto de la tierra es muy potente, convierte en plomo a quien osa sentarse en los cojines desculados. Suena y vibra el móvil, taladra de sien a sien el dolor de cabeza de Bárbara, le da un vuelco al corazón, se le hace un nudo en la garganta. «Llámame bruja, seguro que algo ha ocurrido». Contesta con voz temblorosa:

—Diga.

—¿Bárbara Ariza?

La llaman del hospital de traumatología, Neme ha sido agredido en la calle, está ingresado. Se han puesto en contacto con ella porque es el número que él ha facilitado. No para de llorar, le duelen los ojos, su parálisis de lagarto al sol se ha convertido en un temblor generalizado. «¡Nerviosita *perdía!*, no doy pie con su oveja», va de aquí para allá como una loca. Graba en su memoria «habitación 412». Clara, «que ahora se me ha vuelto gótica», está en casa de su amiga Lorena, no hay problema. Sale ya, «las llaves del coche, ¿dónde

están?», no las encuentra, mira dentro del microondas porque algunas veces han aparecido ahí, ya ha quemado dos aparatos. Nada, en el frigorífico tampoco, «¿dónde coño están?!», busca en la caja de «galletas negras rellenas de sangre que la niña toma ahora para desayunar». Son de regaliz y chocolate puro rellenas de crema de fresas. Clara dice que representan la noche y la sangre. Bárbara se acuerda porque lo primero que ha hecho esta mañana ha sido ponerse de desayuno unas galletas de esas, no quedaba pan para hacerse una tostada. «Tatachán, aquí están las putas llaves, en la caja de las galletitas de Drácula». Entre llaves y gafas se pasa media vida buscando. La casa es una leonera, la deja como está, sale. «Habitación 412. Espero no atropellar a nadie con las prisas y la nerviosera, ¡ay, pobrecito Neme!».

Acelera en las avenidas, sortea coches, rechinan las ruedas. Los conductores le lanzan exabruptos. «Habla chucho, que no te escucho».

—¡Tu padre, por si acaso! —contesta mientras les regala con el dedo corazón un «móntate aquí y pedalea». Prefiere imaginar que le recuerdan lo guapa que es. Ahí hay un hueco libre, un gorrilla que se lo señala con un movimiento pendular del brazo salta como un leopardo para no ser atropellado. Ella no tiene los nervios para contar, vuelca en la mano del inesperado felino, todavía temblorosa, toda la calderilla que lleva en el monedero. En el control de acceso al hospital, un empleado con camisa celeste le solicita el pase, Bárbara no escucha, no se para. El hombre se ha quedado como una estatua de sal, con el asombro y el dedo en alto. Sube los escalones de dos en dos, nada de ascensor, «412, 412». En la puerta de la habitación se encuentra un policía.

—¡Soy Bárbara, soy Bárbara, soy Bárbara! Me han llamado los médicos.

El agente la conoce, la deja pasar. Huele a desinfectante, Neme se encuentra en la cama, parece un Ecce Homo, le rompe el corazón, se le saltan las lágrimas, siente el impulso de abrazarse a él, no lo hace. «Algo me dice que le voy a hacer daño si lo estrujo contra mis tetas». Una dulce enfermera, suave como un bombón, está

poniéndole una vía al paciente. En la habitación, pintada de verde quirófano, hay otra cama vacía en el fondo, junto al ventanal. Han querido que Neme esté solo por aquello de la vigilancia. Bárbara no consigue hablar, le falta el resuello, respira profundamente como le han enseñado en el yoga, tranquila, se repone, pregunta en voz un poquito alta para tratarse de un hospital.

—¡Neme, cariño!, ¿qué ha pasado?

La enfermera le hace señas para que baje el tono, contesta ella con una voz grave de anuncio relajante:

—Está bien, no corre peligro. Tiene dañada la muñeca izquierda, dos costillas rotas y ambos ojos inflamados. Mañana se le harán nuevas pruebas. Si todo sale bien, podrá irse a casa.

—¿Quién te ha hecho eso?

—Decían que eran miembros del Frente Nacional Español. Me dieron dos puñetazos, caí al suelo, me daban patadas mientras me gritaban maricón —contesta Neme despacio, haciendo un esfuerzo. Le duele la boca al hablar. «No sé si le duele porque la tiene inflamada o porque ha pronunciado más de dos palabras seguidas. ¿Maricón? Neme no es mariquita, tampoco es muy macho. ¡Qué tontería! En ese sentido, no es nada, ni le gustan las mujeres, ni los hombres, ni los no binarios esos que andan ahora por ahí, ni los transexuales, ni las vacas. Lo único que le gusta es leer e investigar nuestros casos de indigentes indocumentados, y creo que ni siquiera disfruta con ello».

—¿Qué hace un policía en la puerta de la habitación?

—Gentileza de tu ex. Para evitar que me agredan aquí.

—Mira, hablando del ruín de Roma, amanece más temprano.

Perfecto entra acompañado del subinspector Samuel. Van trajeados de oscuro y perfumados. «Siempre juntitos, ¿a ver si el que ha salido del armario es él?». La enfermera dulce sale, el inspector hace un indisimulado gesto de desagrado cuando ve a Bárbara. «¡Pues que te den, te jodes!». Enseña la placa y solicita ordenando:

—Policía. Por favor, señora, ¿sería tan amable de salir de la habitación? Necesitamos tomar declaración al paciente.

«¡Ay, la madre que lo parió!, ¡no puedo callarme!».

—¿Por favor, señora?!, ¿tú eres tonto?!, ¡tenemos una hija en común!, tu mini *mandao* no le hablaba de usted a mi chichi cuando jugueteaba dentro. No, no me salgo.

Samuel:

—Es una orden del inspector jefe.

—Pues me vais a tener que agarrar de los pelos y sacarme a la fuerza arrastrando mi cuerpo.

Perfecto hace señas a Samuel de que la deje por imposible. Se queda, el inspector comienza a hablar «con esos ademanes de cura frustrado que se ha gastado siempre».

—Señor Némesis, si se encuentra en condiciones, cuénteme qué ocurrió.

—Salí a hacer la compra, nada más traspasar el portal del bloque, sin darme cuenta, un hombre me asestó sendos puñetazos en los ojos.

—¿Y después?

—Caí al suelo, me hice daño en la muñeca, entonces comenzaron a patearme.

—¿Cuántos individuos eran?

—Creo que tres.

—¿Decían algo?

—Que pertenecían al Frente Nacional Español.

—¿Recuerda su aspecto?

—No, solo que estaban vestidos de negro.

—¿Qué edad?

—No sé, en la treintena, quizá.

—Cuando pueda personarse en comisaría, me gustaría enseñarle fotos para ver si reconoce a alguno. El frente Nacional Español se presenta como acusación particular contra usted, Rodolfo Pantaguano, Arnold Gutiérrez y Violeta Alvarado en el caso de Alicia. También lo hacen la Asociación Contra la Misoginia y el Machismo, el Foro Feminista Martina Garrido, Alerta Desaparecidos, la Unión Católica Hispanoamericana y España para los Españoles.

—Me lo imaginaba.

—¿Por qué?

—Menos Alerta Desaparecidos, todos me habían telefoneado para insultarme.

—¿Recibe llamadas de otras personas o asociaciones?

—Gente de mi pueblo.

—¿Para qué lo llaman?

—Dicen que van a ser entrevistados en un reportaje que se va a rodar allí.

—¿Y?

—Intentan chantajearme.

—¿De qué manera intentan chantajearlo?

—Dicen que si no les doy dinero, van a hablar muy mal de mí en el programa y, si es preciso, inventarán lo que sea.

—¿Conoce a Arnold Gutiérrez y a Violeta Alvarado?

—No.

—¿No los conoce de nada?

—Sé que son famosos, aunque yo no veo televisión.

—Señor Némesis, las cosas se están poniendo muy mal para usted. Le aconsejaría que confesara ahora dónde está secuestrada la chica. Me consta que la jueza procurará ser lo más indulgente posible con usted si lo revela en este preciso momento.

La vena del cuello de Bárbara se hincha y casi revienta, la sangre se le agolpa en la cara, en las orejas, en los ojos. La mujer explota:

—¿Serás desgraciado?!, ¿a eso has venido?, ¿a aprovecharte de una persona convaleciente para que reafirme tu soberbia y blanquee tu ineptitud? ¡Vete de aquí ahora mismo si no quieres que te pise un huevo y te explote como un globo! Por cierto, esta noche me quedo aquí con él, así que arrastra los cojones, ve a recoger a la niña a casa de Lorena y te la quedas hasta que Neme pueda volver a su casa. Ya te avisaré yo.

Perfecto se levanta de la silla, se ha quedado lívido, «más blanco que cien veces *colorao*», da media vuelta y sale de la habitación. Samuel observa la escena con ojos de búho atemorizado y cara de asombro, «me dan ganas de darle un susto, un buen ¡uhhh!, para que dé un respingo». También da la vuelta y sale corriendo detrás del

inspector. «¡Qué a gusto me he quedado, se me ha ido todo el nerviosismo y la tristeza de golpe!, le voy a decir al psicólogo que es muy buena terapia insultar al ex. No había caído; cuando el cara cartón vea a la niña con las uñas, los labios y los ojos pintados de negro, y cuando compruebe lo que se ha hecho en el pelo, que está vestida de Draculina a lo familia Monster, y descubra la tumba tétrica que se ha tatuado en el antebrazo; seguro que solicita al párroco que le practique a la chiquilla un exorcismo, si es que antes no se ha muerto el prenda de un infarto. No tendremos esa suerte. ¡Ay, calla, calla! No seas mala, que te castiga el karma».

A Bárbara le duelen los huesos, es incómodo el sillón del acompañante en ese hospital. No ha dormido en toda la noche, en sus pensamientos ha dado vueltas en torbellino su madre, su madre y su madre; aderezado con un chorreón de dolor por lo que le han hecho a Neme. Él también lo ha pasado mal, está muy lastimado, el efecto de analgésicos antiinflamatorios es limitado cuando tienes varias costillas rotas. La luz del día ha tardado horas de padecimiento en aclarar la habitación y desperezar a Bárbara para que se acerque a casa de Neme y coja ropa, la que llevaba puesta cuando fue agredido ha quedado para tirarla. En el armario guarda calzoncillos, calcetines, tres zapatillas de deporte, tres pantalones color crema, tres camisas blancas y tres rebecas azul marino. Bárbara suele ser indecisa, en esta ocasión no se va a volver loca eligiendo el modelito. Al salir del piso, extrae del buzón una carta que «tiene pinta de haber sido enviada por Arlequín». Vuelve al hospital, a Neme ya le han realizado las pruebas para comprobar que no ha sufrido daño cerebral. Bárbara:

—La carta te la daré más tarde, tú no estás ahora para estos disgustos. Te he limpiado el polvo y fregado el suelo, tu casa es tan pequeña que lo he terminado en un abrir un santiamén. Te traigo la ropa, pero no he encontrado ningún abrigo, solo tienes rebecas. Estamos en diciembre, hace un frío de grajo que vuela, los gorriones van con bufanda, he visto tres pingüinos por la calle. ¿Así vas a salir?

—No utilizo abrigo, no suelo sentir frío.

—Ni calor, en verano tampoco te quitas la rebequita. Es que yo no me explico cómo puedes...

Neme pone su mente en blanco para no escucharla, hace tiempo que aprendió a distinguir cuándo quiere decir algo de cuándo habla compulsivamente. Se marchan a casa de Bárbara, abandonan las paredes verdes y el olor a desinfectante. Un celador gigante con barba de tres días empuja la silla de ruedas hasta el exterior, donde le han permitido a Bárbara aparcar el coche. Se acercan a la puerta cristalera, que se abre a su paso. El día se presenta ventoso, de un gris marengo, hace frío. Fuera, un hombre con sombrero y gabán largo le grita a Neme «maricón», y una mujer vocifera tachándolo de misógino y machista. Bárbara, con la cara enrojecida de ira, da vueltas a su enorme bolso a modo de honda; Neme presiente que lo va a estampar en la nariz del caballero, le hace señas para que se calme, su dedo índice cruza sus labios, le indica que no conteste. Bárbara lo respeta, depone la honda, se traga al león que lleva dentro y pugna por explotar. Ya montados en el coche, Bárbara arranca el motor. Neme observa a través de la luna trasera cómo los amables ciudadanos que acaban de insultarlo se pelean ahora entre ellos, llamándose entre sí fascista y feminazi. Aunque las ventanillas están cerradas, los gritos alcanzan con claridad sus oídos y los de un guardia de seguridad que se acerca para poner paz en la mini guerra civil. Bárbara no conduce rápido, controla su nervioso pie sobre el acelerador, hoy tiene en consideración a Neme. «¡Pobrecito, me da una pena!».

En su casa, ayuda a pasar a su compañero de la silla de ruedas al sofá. A Neme le duele cada movimiento en agudas punzadas que se calman cuando descansa su cuerpo lacerado. Se siente cuidado, tiene una amiga. Se le hace extraño pronunciar mentalmente la frase «tengo una amiga». Bárbara se siente extenuada, la mala noche pasada y la depresión la aplastan contra el sofá, pero la responsabilidad y la entrega le regalan un extra de batería. Después de almorzar, fregar los platos, comprar dulces en la pastelería, hacer café y dejar la casa limpia y ordenada con olor a ambientador de limón, se sienta al lado de Neme para buscar en una plataforma de

televisión una serie documental llamada *Los orígenes del mal*. Se trata de un recorrido por los pueblos o barrios donde se criaron los cuatro investigados en el caso Mariposa Mexicana. Primer capítulo en Otavalo, Ecuador; segundo en Arequipa, Perú; tercero en Valparaíso, Chile, y el cuarto en Haftarad. Pasan toda la tarde viéndolos. A Neme no le gusta la televisión, solo quiere saber qué se comenta en ellos. En el cuarto y último capítulo, Alma y Pros se convierten en estrellas televisivas, se mueven con natural soltura, por primera vez en su vida se creen importantes, sus autoestimas revolotean en puro apogeo. Le muestran la casa familiar, habitación por habitación, a una reportera absolutamente comprometida con la libertad y la dignidad del ser humano. También hacen de guía en cada uno de los rincones de Haftarad por los que se movió Neme. Aprovechan la ocasión para ponerlo como hijo de Satán, de nuevo dejan caer dudas sobre su posible intervención en las dramáticas muertes de Longe y de la abuela Francisca.

—Se deben estar haciendo de oro, ya han intervenido en varios programas, tanto de televisión como de radio — comenta Bárbara.

La reportera, con gesto de serio interés, entrevista a varios vecinos que recuerdan cómo era Neme cuando vivía en el pueblo. Culmina el documental con una profunda y sentida proclama en favor del respeto a la vida, en la que condena a Neme sin albergar la más mínima duda sobre su culpabilidad a la vez que se quita el sombrero ante la «integridad moral» de sus hermanos, quienes «anteponen la verdad y la justicia a la llamada de la sangre». Bárbara se ha pasado el capítulo insultando a las rutilantes estrellas que intervenían en el documental, no queda palabrota en el diccionario o en el argot popular que no haya empleado. Hubo un momento en el que casi golpea a la pantalla con el bolso honda. Neme empieza a tomarle un poco de miedo a esa arma de tela vaquera. El programa ha terminado, ahora se encuentra más tranquila. Pone la cena: sopa de fideos templada para que Neme pueda pasarla entre sus labios doloridos. Bárbara friega los platos de la cena, la calma le ha devuelto la memoria, exclama de pronto:

—¡Coño, que se me olvidaba la carta!

Es el momento de abrirla. Bárbara rasga el sobre, la lee ella porque Neme tiene todavía los párpados inflamados. Como en otras cartas, Arlequín divaga sobre el trastorno que padecen ambos. Al final, informa que la pista-prueba se encuentra fijada sobre una cabeza de mujer hecha en escayola que remata la moldura ornamental del dintel de la casa número veintiuno de la calle Martínez Montañés. Adelanta que esa pista prueba contiene un sobre con una hoja roja de papel en su interior. Bárbara pregunta:

—¿Qué significará esto de una hoja roja?

—Hace referencia a la novela de Miguel Delibes *La hoja roja*.

—Ahora viene cuando le explicas a esta inculta que te escucha, con algo más de dos palabras, qué significa.

—Antiguamente, en los librillos de papel de fumar, aparecía uno de color rojo cuando quedaba muy poco para que se acabara.

—Y ahora viene cuando sigues con la explicación. Se me está poniendo cara de sacacorchos. Si pudiera ponerte boca abajo y sacudirte para vaciarte todas las palabras de una vez, lo haría.

—Su razón era advertir al fumador de que el librillo estaba a punto de terminarse.

—¿Y? ¡Ánimo!, ya queda menos, tú puedes. Si te lo propones, lo consigues.

—Delibes emplea la metáfora como el tiempo de vida que queda cuando la muerte de una persona está próxima. Significa que el tiempo de Alicia se acaba. La ha colocado sobre una cabeza de mujer, con ello, vuelve a recordar que la decapitará.

—¡Bien! —exclama Bárbara.

—¿Bien? —pregunta Neme.

—¡No!, el bien ha sido solo un impulso al ver que terminabas la explicación. ¡Por Dios!, ¡me pongo mala! ¡¿Pero es que nadie tiene ni idea, después de un año de secuestro, de quién es ese monstruo de Arlequín?!

—Yo sí lo sé.

—¡¡¿¿Cómo??!!

—Hace tiempo que sé quién es. Conozco su nombre y su dirección.

—¡¡¿Qué?!!

—Sabía que esta carta aparecería en la calle Martínez Montañés.

—¿Por qué no has dicho que sabes quién es?

—Porque nadie me lo ha preguntado.

—¿Tú estás loco?, ¡yo te mato!

El cuco sale y entra doce veces en su casita de madera. Muñequitos ataviados con traje típico de la Selva Negra bailan en círculo. Es medianoche. «El putito cuco me ha dado un susto de muerte. ¡Coño, ya son las doce! No se me olvida lo que estaba hablando, ya es el día de los Inocentes, ¿es una broma?, ¿cómo va a hacer una broma el vinagre de Neme?». Sigue increpándolo:

—¿Tú estás loco?, ¡yo te mato! —le grita. Las ganas de estrangularlo se le agolpan en las muñecas y las manos. Las uñas de gata se le erizan. «Le arañaría ese cabezón que tiene dibujándole en la cartona cuadros escoceses». La sangre se acumula en su cara, los ojos se le disparan horadando los de su amigo en busca de respuestas. Los brazos, tensos, están a punto de machacarlo a bolsazos. «No, el yoga, el yoga, el yoga. No voy a arreglar nada empleando la ira. Por mucho que lo intento, no logro entender a este hombre». Neme se asusta al ver los ojos inyectados de cólera, intenta excusarse:

—Lo sé desde la tercera carta. Intenté informar a Perfecto, no quiso escucharme, incluso intentó humillarme. En ese momento, decidí no hablar a no ser que alguien me preguntara.

—¿Por qué no me lo has dicho a mí?

—Porque no me lo has preguntado.

—¡Claro que no te lo he preguntado, melón de invierno, cabezón, mameluco, cacho de carne con ojos, borrico, mostrenco! Suponía que no lo sabías porque lo normal, en caso de que tengas alguna sospecha, es que hables por esa boquita cerrada que Dios te ha dado. ¿No te das cuenta de que la muchacha puede morir? ¿De qué te sirve la inteligencia?, ¡Dios le da pan a quien no tiene cuchara de palo! Pues ahora me vas a contar todo lo que sabes, así que

empieza a largar. ¡Perdón!, que esto no es una pregunta, rectifico. Neme, ¿sabes quién es el secuestrador de Alicia y dónde vive? Esta sí es una pregunta con sus interrogaciones divinas de la muerte mejor puestas que el caballo del Espartero, así que venga, larga. ¡Ah!, y sin que tenga yo que hacer de sacacorchos, lo quiero con muchas palabritas, porque a mal entendedor, con pocas palabras no se entera de la misa la media.

—En la primera carta apuntaba que era seguidor de nuestra revista digital *La princesa y el arlequín*. Ese dato no me aclaraba nada porque disfrutamos de muchos seguidores.

—Disfrutábamos, ahora se nos han caído más de la mitad.

—Me llamó la atención que sabía que el nombre Arlequín atiende irónicamente a mi gracia y desparpajo.

—Y yo soy la princesa de Malosvientos. Tuve gracia poniéndole el nombre, ¿verdad? Es que cuando estoy inspirada...

—Ahora eres tú la que no me deja expresarme.

—¡Me callo, me callo!

—Ese segundo dato me dejaba claro que esa persona me conocía y que había comentado conmigo en alguna ocasión esta curiosidad. Se despide en cada carta como «Arlequín, alguien que es como tú», además, se empeña en describir cómo somos y nos comportamos las personas que padecemos trastorno esquizoide de la personalidad. Afirma que necesita sentir, que solo hace esto por jugar, por experimentar alguna emoción. Sabes que yo estudié psicología para descubrir qué me ocurría, ponerle un nombre, un porqué, conseguir un diagnóstico. Una vez que lo averigüé, decidí especializarme para dedicar mi vida profesional a ayudar a personas con este trastorno. Se trata de alguien que padece el trastorno y me conoce, muy posiblemente sea un antiguo paciente, pero he tratado a muchos por internet durante estos años, tanto en Sevilla como en España y en Latinoamérica.

»Aseguraba que las pistas-pruebas, eran pruebas de que retenía secuestrada a la chica, de que esta permanecía viva, a la vez que pistas sobre el lugar donde él trabaja. «Si sabes dónde trabajo, sabrás quién soy y dónde vivo, pues no he cambiado de domicilio».

Esta frase reafirmaba mi sospecha de que se trata de un antiguo paciente. También me aconsejaba que me preguntara por qué trece cartas. Sobre esto último no tengo ni idea. La primera pista apareció en la calle Fray Bartolomé de las Casas, en el rótulo de la calle, un mechón de pelo. ¿Latinoamericano, rotulista, peluquero? Nada. La segunda, en la calle Afán de Ribera, sobre el rótulo de una librería, una foto de la mancha que la chica tiene en un muslo. ¿Librero, otra vez rotulista, escritor, fotógrafo? Muy inconsistente. La tercera, una cajita con zarcillos de perlas, en la calle Murillo, sobre unas rejas en forma de lanza. ¿Pintor, herrero, joyero? Ni idea. ¿Qué presentaban en común estas pistas? Le daba vueltas y vueltas al asunto hasta que algo llamó mi atención: las tres calles estaban rotuladas con nombre de personas. No albergaba mucha fe en que este dato me aclarara nada porque en esta ciudad, altar del culto a la vanidad, para satisfacer a cualquier famosillo se cambian antiguos nombres de calles, nombres que guardaban un sabor y se asentaban en la solera de la historia. Muchísimas calles con nombres de personas en el callejero, muy probablemente no me llevara a ninguna conclusión, pero era lo único en común que ofrecían las pistas, había que intentarlo.

—¿Qué hiciste?

—Algo que podría haberlo consumado un niño de diez años. Abrí el Google y escribí: «Fray Bartolomé de las Casas, Afán de Ribera, Murillo».

—¿Y?

—Compruébalo tú misma.

Bárbara se lanza hacia el portátil, escribe en el buscador de Google lo que le ha dicho Neme. Intrigada y nerviosa, no atina con las teclas, «y no será por uñas fantasía de porcelana, no me las hago desde que era chica». Ahora sí, entra en una de las primeras páginas encontradas, lee:

—«La Galería de Sevillanos Ilustres. Por Patrimonio de Sevilla, 17 de abril de 2015. En la fachada del Palacio de San Telmo correspondiente a la calle Palos de la Frontera, encontramos doce personajes tallados en piedra que son parte indispensable de la

historia de la Ciudad de Sevilla. Estas estatuas fueron encargadas por los Duques de Montpensier en 1895 al gran escultor sevillano Antonio Susillo. Nueve de ellos son sevillanos de nacimiento, tres sevillanos de adopción. De izquierda a derecha. Fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas en México. Fernando Afán de Ribera, humanista y militar. Bartolomé Estaban Murillo, pintor. Benito Arias Montano, humanista, teólogo y escritor. Luis Daóiz, militar. Fernando de Herrera, poeta. Diego Ortiz de Zúñiga, historiador. Lope de Rueda, dramaturgo y actor. Miguel de Mañara, fundador del Hospital de la Caridad. Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, pintor. Rodrigo Ponce de León, militar. Juan Martínez Montañés, escultor».

—Exacto, las doce estatuas del palacio de San Telmo, en la actualidad sede de la presidencia de la Junta de Andalucía. Inmediatamente, recordé que un antiguo paciente trabajaba allí como administrativo. Recordaba su nombre, busqué su ficha, donde aparece la dirección de residencia. De esta persona recuerdo que estaba obsesionado por sentir emociones. Practicaba de todo: viajes exóticos y peligrosos, deportes extremos, relaciones sexuales de riesgo, drogas. Nada le proporcionaba una sola sensación. Decía que lo único que le quedaba por experimentar era inventar y llevar a cabo un juego policiaco de novela negra, asesinar a sangre fría a una persona o pasarse unos añitos comprobando cómo es la vida en una penitenciaría.

»No consideraba mi deducción absolutamente consistente, pero sí que debería ser tenida en cuenta para efectuar una investigación. Intenté explicárselo a Perfecto, no quiso escucharme y pretendió humillarme. No lo consiguió porque la humillación no aparece en mi catálogo de emociones. Razoné que si la próxima pista-prueba aparecía en la calle Arias Montano, cuarto personaje de izquierda a derecha, mi deducción sería acertada.

—¡Bingo! ¡En esa calle apareció!

—Por eso yo sabía dónde iban a encontrarse las siguientes. Fueron cayendo una detrás de otra.

—Pero el majara ese se refiere a trece cartas, las estatuas son solo doce.

—Sí, amenaza que en la decimotercera nos entregará la cabeza de la muchacha, pero desconozco dónde podrá aparecer.

—Esa decimotercera no se va a hacer realidad, o te cuelgo por los cojones a ti, a Perfecto y al puto Arlequín ese. Muerto el perro, deja comer al amo. ¡Hasta el chichi estoy de soberbias, tonterías y *chalaúras!*, venga, suelta el nombre y la dirección. Esto lo arreglamos las mujeres.

La puerta del despacho de Perfecto se abre con la suavidad que transmiten unos goznes bien lubricados, es Irene quien accede. Como siempre, «y como debe ser», su falda cae dos dedos por debajo de las rodillas.

—Señor inspector jefe, la madre de Alicia Isabel Maqueda solicita verlo.

—Hágala pasar.

«No puedo hacer aguardar a esta mujer que tanto sufrimiento sobrelleva en su alma de madre. Los siete dolores que soportó Santa María, madre de Dios, son los mismos que ahora desgarran sus sentimientos».

—Viene acompañada de la señora Bárbara Ariza —advierte Irene mientras acrecienta el tono de su voz, abre los ojos en redondo y aplana los labios en señal de alarma.

—¿De Bárbara Ariza? Entonces, díales que esperen, en quince minutos estaré con ellas. Irene, si es tan amable, tráigame un vaso de agua.

Dar oídos a ese nombre le provoca ahogo, su pecho es un globo anudado, prensado por una plancha de plomo. Suda, siente calor, las manos le chorrean, la camisa se le adhiere al cuerpo como si reinara el mes de agosto. El despacho da vueltas alrededor de su angustia, ansía superarla socorrido por oraciones, no lo consigue. Se abre de nuevo la puerta.

—Su vaso de agua.

—Muchas gracias, Irene. Dentro de doce minutos exactos hágalas pasar. Cronometre en su reloj, por favor.

Es el tiempo que necesita para ingerir el amargo ansiolítico, completar un ejercicio de respiración profunda y rezar un Padrenuestro y un Avemaría. Observa aterrado cómo el segundero de su Longines de oro va acercando inmisericorde el fin de los doce minutos. Todavía restan sesenta segundos de paz, procura vivíros, atesorarlos, quisiera anclarlos a la esfera, contener el tiempo, mas la puerta del infierno se abre puntual a la cita que ha concertado con su desgracia, ahora los goznes bien lubricados chirrían en sus oídos como los de un ataúd decimonónico, oye a Irene decir:

—Pasen, por favor.

La señora Esquivias y Bárbara entran, sus rostros irradian tensión, fruncen sus entrecejos, hunden sus miradas como puñales inquisitorios en los ojos de Perfecto. Él ignoraba que se conocieran. «No concibo que una madre pueda ni siquiera cruzar palabra con la encubridora del verdugo de su hija». Se siente desconcertado, intenta demostrar serenidad:

—Me alegro de verlas, por favor, tomen asiento. Díganme cuál es el motivo de su agradable visita. —Intenta que su expresión facial refleje un profundo interés. La señora Esquivias, «bien vestida, cobijada bajo un sublime abrigo de piel suave digno de la señora que es», comienza a hablar:

—Mi marido y yo sabíamos por los programas de televisión de la existencia de una mujer llamada Bárbara, amiga y socia del señor Némesis Estupiñán, investigado en la desaparición de Alicia. No la conocíamos en persona, hasta esta mañana. Llamó a la puerta de nuestra casa para presentarse y pedirnos que la oyésemos. Nuestra primera emoción fue de incredulidad e indignación, mi marido reaccionó exigiéndole que se marchara. Mi instinto de madre me aconsejó que escuchara a esta mujer valiente que se personaba para rogar ser oída a cara descubierta en el domicilio de una familia que aborrecía su nombre. En esta noche sin luna en la que se ha convertido nuestro tormento, cualquier rayo de luz, por tenue que sea, es bienvenido. Mi marido se negó, pero yo la hice pasar, no tenía nada que perder y, posiblemente, mucho que ganar. Lo que me ha contado me ha convencido, estoy segura de que tiene suficiente base

y argumento para desarrollar una intervención policial. No he querido perder ni un solo segundo, le he pedido a Bárbara que me acompañe, aquí estamos para rogarle que, en esta ocasión, la escuche a ella, pues tengo entendido que anteriormente no quiso usted ni tan siquiera oír lo que el señor Némesis Estupiñán intentó explicarle.

—Por supuesto, cualquier información válida es bienvenida —responde Perfecto por mera educación y por el respeto que le inspira la señora Esquivias. No alberga la menor duda de que lo que va a escuchar de labios de Bárbara no serán más que «dementes elucubraciones propias de una loca». Bárbara principia a hablar, «emplea ese argot barriobajero que suele usar, me narra una historia absurda sobre las estatuas de sevillanos ilustres que adornan la fachada norte del palacio de San Telmo. Lo enlaza con el nombre de calles donde aparecen las pistas-pruebas. Se atreve a declarar que sabe quién es el secuestrador, de una manera infalible, tal como habla su santidad el Papa iluminado por el Espíritu Santo». De un bolsillo de la cazadora vaquera, Bárbara extrae un papel arrugado en cuatro partes, lo despliega delante de Perfecto. Es una hoja cuadriculada arrancada de un cuaderno de espiral, garabateada a bolígrafo. En ella aparece el nombre de una persona, una dirección y un número de teléfono. «Es algo irrisorio, una deducción que no es propia ni siquiera de un principiante. Me indigna que se asuma como cierta una suposición de alguien que no es profesional, ¿qué han estudiado para aseverar de esa manera?». La ira se le remonta al inspector a las palabras, pero debe contestar con la consideración que merece la señora Esquivias.

—Deben de comprender que no puedo solicitar una orden de intervención o registro basada en una suposición tan poco consistente realizada por un señor que no es policía y que se encuentra en calidad de investigado en el propio caso. Con todos mis respetos, encuentro que es un absurdo. Nadie desea más que yo el feliz retorno de Alicia, pero debo mantenerme estricto en el cumplimiento del protocolo y en la protección de su familia de inevitables aprovechados. Enterados y videntes no faltan en estos casos.

Bárbara se levanta del asiento, agarra su temido bolso de Thor por el asa, Perfecto evidencia en su rostro ese semblante airado previo al estallido de una de sus deflagraciones verbales. Cierra los ojos, comprime el estómago y los puños, no adopta la postura fetal debido a la compostura que está obligado a mostrar un inspector jefe. Bárbara no grita, no insulta, no agrede, «doy gracias al Altísimo». Solo comenta en un tono inesperadamente moderado:

—No hay mayor sordo que las palabras necias. Mucho menos consistentes fueron tu sospecha y acusación a Neme, sin embargo, la jueza firmó la orden de registro.

«No considero contestarle, no lo merece su chabacana ignorancia. El tiempo da y quita razones, pronto se demostrará que ese engendro está implicado en este secuestro». Habla la señora Esquivias, su voz es ahora más severa:

—Quiero advertirle que, si la policía no tiene en cuenta esta hipótesis, seremos mi marido, mi hija Helena y yo quienes nos personemos en esa dirección. Si nos ocurriera algo, ustedes serían los responsables. Si mi hija Alicia muriera, ustedes serían los responsables. Si el intento de rescatarla fracasara, acudiríamos a los medios de comunicación para contar cómo ustedes solo buscan condenar a inocentes, que les da igual la verdad, que no hacen nada para encontrar a mi hija.

«Está bien, si ellas así lo requieren, lo ejecutaré. No es mi deseo cogerme los dedos. Servirá para poner de manifiesto la estupidez del señor Némesis. Esta conjetura es ingenuamente ridícula». Perfecto:

—Para solicitar una orden de intervención o registro, preciso de una declaración rubricada del señor Némesis.

—Ya sabes que se encuentra convaleciente en mi casa, no se puede mover el pobrecito, así que nos vamos pitando para allá ahora mismo los tres —amenaza Bárbara. «Antes me extraigo una muela sin anestesia que compartir automóvil con ella. Ya encanecí viajando a su lado cuando estábamos casados. Este siervo temeroso de Dios tiene en estima el seguir penando en el valle de lágrimas». El inspector se las ingenia para evitar el martirio:

—Marchen ustedes y nos esperan allí, el inspector Samuel y yo nos personaremos en el domicilio en menos de una hora.

Las mujeres salen apresuradamente del despacho, cada segundo cuenta. En el olfato de Perfecto combaten los perfumes caro y barato, vence el de su exesposa, abre el ventanal para que el aire frío de diciembre se lleve su recuerdo. Sabe muy bien que Neme se repone en el domicilio de Bárbara, cada momento se lo evoca la retina impresionada con el «diabólico» estilo de vestimenta y maquillaje negros que ha adoptado Clara. Antes de ayer la recogió en el domicilio de Lorena para que durmiera en casa, no podía admitir lo que estaba viendo, quedó petrificado con «las barbaridades que se ha auto perpetrado en el pelo, ahora de un antinatural color morado. Se ha perforado la nariz y la lengua traspasándose con objetos metálicos que luce orgullosa, como si se tratasen de ricas joyas. Ya he departido con el párroco, está sopesando qué acción es la más conveniente llevar a cabo para recomponer y santificar este asunto». Avisa a Irene:

—Irene, si es tan amable, informe al subinspector Samuel que salimos en treinta y tres minutos exactos para tomar declaración al señor Némesis Estupiñán.

15

Varios años de práctica de la medicina en Haftarad no habían cambiado la vocación de servicio a la comunidad que impulsaba a don Manuel en sus primeros días. No ejercía como al principio, cuando «mi cara de pánfilo iluso» creía que el mundo era tan justo y tan bello como su ideal de Quijote sanitario. Servía al pueblo armado del imprescindible y necesario «arsenal contra la estupidez»: profesionalidad, calma, humor e ironía. «La sabiduría reside en la calma; la inteligencia, en el humor». Si hubiera podido tatuarse esa frase en el lóbulo frontal, lo hubiera hecho. La década de los ochenta había alcanzado su mediodía. El ocio del médico se embriagaba con el cine. «Peliculones» de la categoría de *Memorias de África*, *El color púrpura* o *El honor de los Prizzi* lo atraían a Sevilla los fines de semana, en los que escapaba del olor a estiércol que todavía impregnaba cada piel y cada alma de los habitantes del pueblo. Llegaba a la ciudad el sábado en la mañana. Llamaba a casa, siempre nervioso al marcar aquel número de azúcar y hiel. Cuando su padre no estaba, corría hasta el que nunca fue su hogar para abrazar a su madre y comerla a besos; cuando estaba, se quedaba con las ganas de verla clavadas en lo más profundo. Cervezas con los amigos en El Tremendo o el Jota a mediodía, y tarde de cine o compras en boutiques de caballeros del centro o de la calle Asunción. Cada mes y medio, peluquería en El Corte Inglés. De noche, se transformaba «de capullo a mariposa». El pelo cardado, los ojos pintados, chaquetas brillantes con amplias hombreras, botas blancas. Su descaro irreverente llamaba la atención y atraía a bellos amantes a los que devoraba a besos para desfogar y olvidar el papel interpretado de lunes a viernes. Un papel forzado, embutido en un traje mental que no dejaba respirar su auténtico ser.

La Recua o El Coto conocían el loco danzar desinhibido de sus caderas. Alaska, Mecano, Gabinete Caligari, El último de la fila u Hombres G refrescaban su juventud con un huracán de libertad. Si ligaba, pasaba la noche en casa del amante de turno o en su coche en el descampado de la feria. Si no había suerte, se quedaba a dormir en la pensión del Arenal que le servía de base. Volvía a Haftarad la tarde del domingo nuevamente disfrazado de médico rural heterosexual. Todo el valor que le infundía Sevilla, se volatizaba en cuanto veía tras el parabrisas de su coche cómo la torre de la iglesia del pueblo aparecía a lo lejos. Lo quería, lo deseaba, lo anhelaba, lo necesitaba; pero no se atrevía a ser él mismo, y lloraba su cobardía.

Por aquel tiempo, Adelita, la modista, parecía conocer cuándo le apetecía al médico sentarse en un bar a tomar café. En cuanto don Manuel llamaba al camarero, la veía aparecer vestida, pintada y perfumada de domingo. Ella se acomodaba en la mesa contigua, pedía una Coca Cola y retiraba la mirada cuando se cruzaba con la del doctor. Don Manuel, científico radical que jamás creyó en supersticiones, llegó a dudar de si aquel extraño fenómeno se debía, o no, a algún tipo de energía desconocida. Le extrañaba también que cada vez que hablaba con algún parroquiano le soltaba: «¿Ha visto usted, don Manuel, lo guapa que se está poniendo Adelita?», o «Adelita pasea todas las tardes por el camino del cementerio», o «a ver si despabila usted, que de algunas cosas no se entera».

Un día en el que hasta cinco personas le habían hablado de Adelita sin que él preguntara, llamaron a la puerta de su casa a la hora del almuerzo. Supuso que sería ella, que se había puesto enferma de tanto ser nombrada. Abrió, tras la puerta apareció Armonía, no decía nada, solo miraba hacia el suelo.

—¿Serenidad está de parto? Imagino que si estás aquí es porque se presentan problemas. ¿La has dejado sola?

El silencio y la mirada hundida en el subsuelo contestaban a la pregunta como si de una afirmación explícita se tratara. Don Manuel llamó a Tere, corrieron los tres a buscar el todoterreno del policía municipal. Mientras montaban, sin perder un segundo, el doctor ordenó al perpetuo alcalde, que entonces militaba en Alianza

Popular, que llamara de urgencia a una ambulancia. Durante los diez minutos que tardaron en llegar a la casa, don Manuel perdió la paciencia. Su volcán interior derramó lava en forma de aspavientos de manos, las obscenidades escapadas de su boca contra Armonía asombraron a Tere y al Cohete:

—¡Eres una bestia, un estúpido, un capullo! Estamos en el siglo XX, *miarma*, existen teléfonos, automóviles, médicos, hospitales, colegios. Quiero que sepas que ya no te aguanto más, que te voy a denunciar, que te corto los huevos y te los pongo de corbata; y ya que el facha del alcalde no hace nada para que llesves a los niños al colegio, seré yo quien me encargue de ello. Vas a tener que hacerlo a la fuerza o te van a quitar los churumbeles. ¡Trastornado, idiota, gilipollas!

Cuando llegaron a la casa, Serenidad estaba lívida, casi muerta. Los niños lloraban mocosos y asustados a su alrededor. Don Manuel pidió al padre:

—Por favor, saca a los niños de aquí. —Armonía obedeció, los llevó fuera de la casa.

La mujer había dilatado, la coronilla del bebé comenzaba a asomar.

—Posición de manos sobre rodillas —ordenó don Manuel a Tere para que ayudara a Serenidad—. Ha salido la cabeza, hacemos una pausa para que el bebé rote.

—¿Sale? —preguntó Tere.

—No, no sale con facilidad, viene con una vuelta de cordón bastante apretada.

El doctor desplazó con suavidad la cabeza del bebé hacia el muslo de la mujer en la dirección que estaba mirando; el cuerpo salió con trabajo. Manteniendo la cabeza de la recién nacida cerca del muslo de la mujer, don Manuel introdujo un dedo entre el cuello de la pequeña y el cordón umbilical y aflojó la vuelta deslizándolo por encima de la cabeza. El llanto de la niña coincidió con el sonido de la sirena de la ambulancia.

—Afortunadamente, ha llegado la ambulancia, temo que le hayan quedado graves secuelas debido a la hipoxia —advirtió preocupado el médico.

Madre e hija fueron trasladadas a Maternidad. Tere las acompañó, Armonía se quedó con los niños.

Una semana después, Serenidad estaba de vuelta a casa. La niña se encontraba bien, habían logrado llegar a tiempo al hospital. Los felices padres invitaron a cenar al doctor en su acogedora y aromática casa en la que el olor a especias se agarraba a la garganta. El festín; a base de verduras cultivadas en su propio huerto, bellotas, castañas, frutos silvestres y miel natural; agradó al invitado, quien, degustando un té de arándanos que le abrasó el esófago, sentado en un sillón fofo sin brazos ni respaldar sobre el que le costaba mantener el equilibrio, recibió la meliflua caricia hecha palabra de Serenidad.

—Hermano, hemos solicitado tu agradable presencia en nuestro hogar para recibir el incomparable honor de verte consumir los frutos de nuestro trabajo natural y para demostrarte agradecimiento por el interés sincero que pones en nuestro cuidado. Vestimos hoy con túnicas doradas como homenaje a la luz que alumbraba tu espíritu. Nos arrodillamos ante ti venerando tu actitud, no tu ciencia, a la que consideramos equivocada.

Se pusieron de rodillas con la cabeza gacha y las palmas de las manos juntas a la altura del pecho. Don Manuel quedó boquiabierto y ojiplático. Se sentía como «una diosa adorada». Su innegociable humildad reaccionó:

—¡Por favor!, levantaos.

Atendieron la petición, se sentaron de nuevo.

—¿Cómo que veneráis mi actitud, pero no mi ciencia? —preguntó un poco airado.

— Lo importante es la intención, no el resultado —respondió Serenidad.

En esa ocasión pudo controlar «la lava de mi volcán interior». No le gustaba enfadarse porque se le escapaba la pluma «como una loca cantando *María de la O* entre geranios», y eso le aterraba, le traía recuerdos de años de sufrimiento en el colegio, en el instituto y, sobre todo, en casa. Las interminables horas ante el espejo ensayando andares y ademanes de hombre, se le olvidaban cuando se enojaba. Solo dijo:

—¿Resultado? ¡He salvado la vida de tu hija!

El matrimonio sonrió perdonando y comprendiendo «su ignorancia». Serenidad continuó:

—Queremos comunicarte también que hemos decidido que los niños acudan a la escuela. Hemos consultado con la madre tierra y con el padre cielo. Consideramos que las enseñanzas basadas en la verdad absoluta emanada de la sagrada naturaleza que impartimos a nuestros hijos no está reñida con la necesaria relación que deben mantener con sus iguales. De mayores, serán ellos, cabalgando a lomos de su libertad, quienes decidan su modo de vida, decisión que nosotros respetaremos.

—¡Aleluya! —gritó don Manuel. De vez en cuando saboreaba alguna victoria en su continua y agotadora lucha.

Cariñosos y amables, le enseñaron a la niña recién nacida. La imagen de la pequeña dormida desnuda sobre una camita, compensó tantos años de estudios, sacrificios y entrega. El péndulo de Armonía había vuelto a equivocar el sexo, clavó la probabilidad de cincuenta por ciento: dos fallos y dos aciertos. El médico no pudo dejar de burlarse de Armonía:

—No veo ni el pene ni los testículos que pronosticó tu péndulo. Empatamos dos a dos. ¿Qué horripilante nombre le vais a poner?

—Longevidad.

—¡Madre del amor hermoso! ¿No tenéis cárcel por eso? —Se le volvió a escapar un poquito de lava. No se lo tuvieron en cuenta, lo despidieron con un sentido y apretado abrazo. Al salir, le dijo Serenidad:

—¿Has visto lo guapa que está Adelita?

Armonía y Serenidad cumplieron la palabra que le dieron a don Manuel de llevar a los niños a la escuela. Les venía bien porque les permitía atender a las numerosas almas que se agolpaban cada día a la puerta de su casa en busca de respuestas; tampoco era obstáculo para que aprendieran de su padre el «arte milenario de la adivinación, de deshacer males de ojo y de contactar con difuntos».

En 1993 Neme había cumplido diez años, y Longevidad, a la que todos llamaban Longe, ocho. Pros y Alma abandonaron pronto los estudios. A los doce años, Alma se dedicaba a las tareas de la casa y al cuidado del huerto, así Serenidad podía entregarse por completo a ayudar a Armonía en la consulta. Alma no era ni guapa ni fea, ni alta ni baja, ni flaca ni gordita, ni lista ni tonta, ni graciosa ni antipática. Se le hacían más llevaderas las jornadas si las trabajaba soñando con escapar de allí para convertirse en una persona «normal». Deseaba vivir en el pueblo, donde pudiera disfrutar de una radio en la que escuchar a Eros Ramazzotti, Ricky Martin, Gloria Estefan o a Alejandro Sanz, y donde pudiera degustar una buena presa ibérica a la brasa. Pros, a los catorce años, se había convertido en un muchacho fuerte. No quería saber nada de artes exotéricas, solo le interesaba su musculatura. Se pasaba las jornadas en el pueblo en compañía de otros ociosos de su misma edad. Las peleas con Armonía estallaban a diario, pues volvía a casa pasada la medianoche. En una ocasión, llegó a agredir a su padre dándole un puñetazo en la mandíbula. Serenidad se puso de rodillas ante Armonía implorando, rogando, arrastrándose, besándole los pies:

—¡Por favor!, no expulses a nuestro hijo del hogar, porque eso acabaría con mi salud.

Armonía, tras consultar la posición pacífica que en ese momento presentaban los astros, decidió perdonarlo:

—Así lo ordena el padre cielo. —Pros continuó llegando a cada noche después de las doce.

Neme era un niño tranquilo, demasiado tranquilo. De pequeño, sus padres llegaron a sospechar que no hablaba porque era sordo. Pronunció sus primeras palabras a los cuatro años: «sí» y «no». Las utilizaba, perfectamente pronunciadas, para responder a las preguntas que le hacían sus padres cuando, por fin, se convencieron de que el niño no era sordo, simplemente, poco hablador. Nunca lloraba, no mostraba tristeza, ni miedo, ni interés por ningún juego. Serenidad, preocupada, le decía a su marido:

—Es un enviado del mal porque nació justo cuando las campanadas anunciaban que ya era día de los difuntos y porque el

diámetro de su cabeza excede en bastantes centímetros de la medida que se considera normal para un niño de su edad.

Estaba convencida, pero su amor de madre lo centraba en arrancar a su hijo de las «malvadas garras de lo oscuro y atraerlo a la verdad natural de la madre tierra». Longe, en cambio, era una niña feliz de eterna sonrisa. Pelirroja, pecosa, delgadita y extremadamente ágil; mostró desde muy pequeña una inevitable atracción por subirse a las copas de los árboles y a los tejados de las casas. Reía sin parar ante la más nimia broma, disfrutaba con cualquier actividad que realizara. Alegaba con su interminable parloteo la casa, el camino, la escuela y al pueblo. Los parroquianos la paraban para picarla:

—Longe, ¡qué fea estás hoy!

Y Longe reía.

—Longe, sube al tejado de mi casa, que se me ha escapado el gato.

Y volvía a reír. Nadie se dirigía a Neme, el invisible, aunque se encontrara al lado de su hermana. Impresionaba su seriedad, su sequedad, su parco hablar que se limitaba a contestar preguntas con monosílabos. Neme y Longe salían por la mañana de la casa para dirigirse por el camino de tierra, cruzando entre huertas y fincas de encinas y castaños, a la escuela en Haftarad. Longe le había puesto un nombre a cada árbol del camino, masculino a los castaños y femeninos a las encinas: Jorgito, Amapola, Fantasma, Mantequilla, Lolo, Coqueta, Tirabuzón, Perlita, Asustado. Había trepado muchas veces a cada una de sus copas. Su preferida era una encina centenaria gigantesca que se alzaba imponente sobre una loma. La llamaba Magnolia. Encaramada a la más alta de las ramas de Magnolia, le gustaba divisar cómo los coches se perdían en el horizonte por la carretera de Portugal y cómo las luces de la tarde se deslizaban por las casas del pueblo y la torre de la iglesia. Todos los días, al llegar a la escuela, las niñas corrían para rodear a Longe y admirar su extraño modo de vestir: una amplia camisola azul de raso sobre pantalones verdes. Armonía y Serenidad jamás compraron ropa confeccionada, solo telas de color azul cielo o verde vegetal o marrón tierra. Muy de vez en cuando adquirían alguna dorada, destinada a convertirse en

prendas de celebración. Hacía años que Adelita cortaba y cosía todo el armario de la familia. En el pueblo le comentaban:

—Adelita, ¿cómo les haces esas camisolas, esos pantalones y esas túnicas tan estrafalarias? Tú tienes mejor gusto.

A lo que solía responder la modista:

—Es lo que me piden.

Las niñas de la escuela rogaban a sus madres que compraran telas azules y verdes para encargarle a Adelita camisolas y pantalones como los de Longe.

—¡Es que son chulísimas, mamá!

Ninguna lo consiguió, hecho que acrecentó la admiración que le tenían a Longe; a su manera de vestir, a su libertad, a su afición a subir a tejados y árboles, a su risa contagiosa, a su envolvente teatralidad cuando contaba cuentos sobre castaños encantados que ella misma inventaba. Una tarde, las niñas de la clase de Longe, al salir de la escuela, en vez de ir directamente a casa, quisieron acompañarla por el camino de tierra. Cuando llegaron al pie de Magnolia, Longe subió hasta lo más alto de la copa con la rapidez de un gato. Desde arriba gritó:

—¡Miedica la que no sea capaz de subir ni a las ramas más bajas!

Antes del anochecer, don Manuel tuvo que vendar dos esguinces de tobillo y poner ungüento antibiótico en varias rozaduras ensangrentadas. Luisa, la mujer del cartero, se pasó la noche abrazando a su hija, quien lloraba desconsolada:

—Mamá, no he sido capaz de subirme. Se han reído de mí, ¡no valgo para nada, soy una fracasada!

Diez madres se vieron obligadas a tirar la ropa que vistieron sus hijas ese día porque estaban rotas y manchadas de barro.

Poco tiempo después del incidente de Magnolia, las madres descubrieron extrañadas que las niñas de Haftarad solo querían comer vegetales.

—¿Vegetales?, pero si no los has querido nunca. ¡Con lo que te gustan las salchichas, las albóndigas y las hamburguesas!

—¡Pues Longe solo come vegetales!

Neme, en la escuela, pasaba los recreos solo. Se sentaba en un banco del patio y permanecía quieto, mirando al infinito. No se le conocía ningún amigo, nadie se le acercaba excepto para burlarse.

—¡Neme, robot, muévete como Robocop! ¿No te da vergüenza vestir con esa camisola y ese pantalón? ¿De qué es tu bocado?, ¿de lechuga?, ¡compártelo con los grillos!

Al salir, de vuelta a casa, esperaba con paciencia a que Longe subiera y bajara de los árboles que le apeteciera.

Don José Sebastián, el maestro, mandó llamar a Fabiola. La mujer entró en la casa, el maestro se encontraba ordenando su colección de orinales. En aquel hogar no existía un mueble, una vitrina, una repisa, una mesa, una estantería o un electrodoméstico sobre el que no descansara un bacín. Por Navidad, al maestro no se le regalaban jamones ni chacinas ni dulces ni aguardientes. El presente que más agradecía era un orinal. Hacía veinticinco años que reunía su colección viajando por el mundo en busca de ellos. Los tenía de muchos países, de distintos materiales, antiguos y menos antiguos, grandes, medianos, pequeños y tan minúsculos como los de casas de muñecas. A los habitantes de Haftarad cada vez les costaba más conseguir un agradecido detalle para don José Sebastián, porque, cercano ya el siglo XXI, cada año se hacía más difícil encontrarlos. En cuanto llegaba el mes de noviembre, las madres con hijos escolares peregrinaban de mercadillo en mercadillo hasta dar con uno. Siempre que Fabiola entraba en casa del maestro sentía asco y le daban arcadas. Tenía la sensación de que allí olía a pipí.

Don José Sebastián, cuando hablaba, estiraba su siempre trajeado cuerpo pequeño y ridículo, alzaba su bigotito irrisorio y elevaba el dedo índice de su mano derecha en señal de sabiduría y posesión de la verdad.

—La he llamado, Fabiola, para expresarle mi preocupación por la conducta de su sobrino Némesis. No habla más que para contestar preguntas. Se pasa toda la jornada solo, pero eso no parece importarle. No se implica en juegos ni actividades de grupo.

—Sí, sé que es muy raro, su madre también lo piensa. Dice que es porque nació en el primer minuto del día de los difuntos. ¿Usted cree que esa puede ser la razón?

—Puede ser, puede ser.

—Y dígame, ¿su rendimiento académico es bueno?

—¡Brillante!, y eso es lo que más me extraña, porque si fuera tonto, pues tendríamos al nuevo tonto del pueblo y aquí paz y después gloria, pero con esa inteligencia...

—¿Qué sugiere?

—Que lo analice un psiquiatra para que certifique, en caso de ser así, ausencia de maldad intrínseca. Tenga en cuenta que son varios los padres que se han mostrado preocupados por el comportamiento de Neme. Quieren estar tranquilos sabiendo que, en el fondo, el muchacho no es peligroso.

—¿Ha hecho daño a algún compañero?

—Todavía no. Para ser más exacto, están preocupados por su no comportamiento, o sea, de la rareza de su carácter.

—Entiendo. ¿Por qué me ha llamado a mí y no a mi hermana, que es la madre de Neme?

—Comprenderá, Fabiola, que no me relacione con semejante chusma, salvando, por supuesto, la sangre que corre por las venas de su decente familia.

—Lo comprendo, lo comprendo. Se lo diré yo.

A Fabiola, en aquellos días, le dolían las rodillas porque se encontraba ejecutando su promesa número setenta y nueve. Las sufría para «rogar a Dios Todopoderoso» que recondujera a su hermana y la trajera de nuevo al seno de Iglesia. Aquella penitencia consistía en recorrer de rodillas, todos los días durante un mes, los doscientos metros de cuesta que unían la puerta de la iglesia con la capilla del Ecce Homo, cerca del cementerio. Tenía las rodillas inflamadas y ensangrentadas, y aún le quedaban doce días de penitencia. Don Manuel la asustaba:

—¡Te van a tener que amputar las dos piernas! —Ni caso que le hacía.

Se tomó como una ofrenda más el suplicio de caminar sobre los pies, aunque sufrieran sus maltratadas rodillas, convertidas en carne viva; hasta la casa de su hermana para comentarle lo que don José Sebastián le había dicho sobre Neme.

— ¿Un psiquiatra? El que debe consultar con un psiquiatra es él, que colecciona vasijas donde la gente ha miccionado.

— ¿Miccionado?

— Sí, orinado, meado. — Fue la respuesta de Serenidad.

El jueves 2 de noviembre de 1995, día de los difuntos, Neme regresó del colegio por el camino de tierra. El cielo, opaco de densas nubes ceniza, no acababa de romper en aguacero. Al llegar a casa, entró sin necesidad de usar llave. La puerta del hogar de Armonía y Serenidad siempre estaba abierta para quien deseara guarecerse, alimentarse o aliviar un espíritu compungido. No tenía cerradura ni llave, solo un trancón que la fijaba por dentro en los días de viento o tormenta. No había nadie en la casa, Serenidad ayudaba a Alma en la huerta, donde verduras y hortalizas crecían libres de químicos artificiales. Armonía reconfortaba, a domicilio, un alma penosa que necesitaba saber si iba a aprobar las oposiciones o no. «Si no las voy a aprobar, ¿para qué esforzarme?». Pros, como de costumbre, ejercitaba su musculatura junto a su amigo Mario en un gimnasio improvisado en una nave abandonada a la salida de Haftarad, junto a la carretera. En ese momento, levantaba pesas caseras hechas con latas de pintura vacías rellenas de cemento.

Neme; después de soltar en su dormitorio la bolsa de piel de cabra, muerta por causas naturales, en la que portaba libros y cuadernos y de la que tanto se burlaban sus compañeros de clase; se dirigió a la fresquera, un hueco practicado en el muro más ancho de la casa, para servirse un vaso de bebida de avena y partir un trozo de pan que relleno con rodajas de remolacha deshidratada. Todas las tardes merendaba lo mismo, no sentía la necesidad de cambiar. Nada especial para celebrar su decimosegundo cumpleaños. Terminada la merienda, se sentó en el escritorio, compuesto por Armonía con la madera de un pino asesinado por el rayo, a hacer los deberes y

reparar lo explicado ese día en clase. Serenidad entró en casa después de haberse lavado con agua tibia del pozo la tierra adherida a brazos, manos y cara. Subió a la habitación de Neme, al verlo solo, preguntó:

— ¿Dónde está Longe?

— Debajo de la encina Magnolia

— ¿Por qué no viene?, ¿por qué no la has esperado?

— Porque no se puede mover.

— ¿Cómo que no se puede mover?! — preguntó alarmada Serenidad.

— Se ha caído al suelo desde una rama.

— ¿La has dejado allí?

— Sí, no se puede mover.

— ¿Se ha doblado un tobillo, se ha hecho daño en una pierna?

— Se ha golpeado en la cabeza con una piedra.

— Pero, ¿está consciente, habla?

— No habla, tiene los ojos cerrados.

Un grito agudo se oyó en la comarca. Serenidad bajó los escalones de tres en tres, corrió enloquecida por el camino de tierra gritando. Licerio, un vecino hortelano de manos gigantes y redonda panza, al verla pasar preguntó:

— Serenidad, ¿qué ocurre?

— ¡Longe, Longe, Longe! — vociferaba sin dejar de correr.

Licerio soltó el azadón, cruzó la reja abierta hecha con somieres oxidados y corrió detrás de Serenidad. Tomás, otro vecino, preguntó alarmado:

— ¿Qué pasa?

— Llama a don Manuel, Longe se ha caído de la encina grande de la loma — gritó Serenidad sin parar su atropellado correr. Imbuida de una extraordinaria fuerza de pies de liebre, dejó atrás a Licerio. Tras doblar un recodo del camino, vio a lo lejos, arriba en la loma, el cuerpo de su hija caído sobre la hierba. La visión le hizo alargar más la zancada cuesta arriba hasta alcanzar el pie de la encina. Longe estaba tumbada de lado, con la cara mirando al tronco del árbol. Serenidad se arrodilló ante la espalda de la niña, la tomó del cuello y

del hombro derecho, al darle la vuelta vio el rostro ensangrentado, amoratado, negro, inflamado, desfigurado. La zarandeó:

—¡Longe, Longe, hija, despierta, despierta!

Licerio, asfixiado, llegó al lugar. Al ver la cara de la niña se puso ambas manos en la cabeza, quedó paralizado, una expresión de horror e incredulidad se le había colgado del semblante. Serenidad, histérica, fuera de sí, abrazada a su hija, no paraba de aullar al cielo en un lamento desgarrador:

—¡Longeese, Longeese, Longeese!

Los pájaros volaron asustados en desbandada, el sol apagado de la tarde parecía escapar de prisa buscando el horizonte, los animales de las granjas se agitaban nerviosos ante los gritos inhumanos emitidos por una garganta inhumana. Tomás llegó corriendo. Impresionado por la escena, sufrió el ataque de varias arcadas que a punto estuvieron de vaciar su estómago. Cuando logró reponerse, dijo:

—Ya viene el médico.

Y Serenidad:

—¡Longeese, Longeese, Longeese!

El sonido del todoterreno de don Manuel sonó apagado por los lamentos de Serenidad. El médico y Tere saltaron del vehículo cuando aún no había parado su marcha. Tomás y Licerio consiguieron separar a Serenidad del cuerpo de su hija para que el médico pudiera realizar su labor. El tremendo golpe y el ya color macilento de la niña hacían presagiar lo peor y vaciaban de esperanza el ánimo de los presentes. El fonendoscopio confirmó el fallecimiento.

—Lo siento —dijo don Manuel bajando la mirada al suelo.

Tomás y Licerio contenían a Serenidad. La mujer, presa de un ataque de nervios, se arrancaba de raíz mechones de pelo a puñados, bramaba, se arañaba la cara hasta arrancarse sangrientos girones de piel. Fue necesario que el doctor le inyectara un potente calmante.

—El cuerpo no se puede mover hasta que no venga el juez y ordene el levantamiento del cadáver. Hay que dar parte a la Guardia Civil.

Tomás y Licerio quedaron custodiando el cadáver bajo un cielo que se había tornado a negro. Tere montó en el todoterreno abrazada, fundida en un solo cuerpo con Serenidad, quien lloraba y preguntaba al padre cielo:

—¿Por qué, por qué, por qué, por qué?

El auto, conducido por don Manuel, se perdió camino de Haftarad.

La autopsia certificó que Longe había muerto por un traumatismo craneoencefálico perfectamente compatible con una caída desde una altura de quince metros, la de la encina bajo la que se encontró el cadáver. Durante dos días, la Guardia Civil estuvo recabando de los vecinos del pueblo información sobre Neme porque la misma Serenidad había declarado ante la benemérita que Longe estaba con su hermano la tarde del accidente, e hizo hincapié en que no se fiaba de su hijo. El juez no consideró levantar diligencia alguna, por mucho que las sospechas fueran avivadas por la propia madre del muchacho.

Durante el velatorio, hizo un calor más propio de un mes de junio. La casa de Armonía y Serenidad se colmó de paisanos sudorosos que acudían a dar el pésame apenados por la muerte de una niña tan simpática y graciosa; curiosos por comprobar la tremenda desfiguración que, según se aseguraba en conversaciones de vecinas, presentaba el rostro de la difunta. Armonía se mantuvo en todo momento entero, pues «ser hijo de la luz imprime carácter». Serenidad, custodiada por Adelita y Tere, aguantaba gracias a los calmantes que le administraba don Manuel. Pros aprovechó la ocasión para flirtear con Desiré, una rubia teñida de caderas, muslos y pechos curvilíneos. Desiré aprovechó el inesperado bochorno para exhibir su perfecto ombligo y un escote de profundo canal. Alma lloraba tanto que su rostro comenzó a esponjarse y desmoronarse como si fuera de cartón. Neme, sentado en un rincón, impasible, solo miraba por la ventana. Los vecinos, decepcionados porque el ataúd permanecía cerrado y no podían ver el rostro de la niña muerta, se conformaron con murmurar:

—¿Has visto al niño?, parece como si no fuera su hermana.

—Ni se inmuta, ¡vamos!, parece que le da igual.

—Pues dicen que la muerte no está nada clara.

—La culpa la tiene la madre, no quiso llevarlo al psiquiatra cuando se lo dijo don José Sebastián.

Al entierro acudieron vecinos del pueblo y forasteros de la comarca, de las provincias de Huelva, Sevilla y Badajoz, e incluso de Portugal. Tantas personas que el furgón fúnebre y la comitiva que lo acompañaba se vieron obligados a parar su marcha al llegar al aparcamiento porque la carretera estaba atestada de condolentes. Por más que lo intentaba, entre visita y visita al retrete municipal, el Cohete no lograba abrir paso.

—¡Por favor, tengan ustedes respeto! —gritaba mientras mantenía la mano abierta sobre la funda de la pistola.

Fue preciso sacar el ataúd del furgón y elevarlo sobre las cabezas del gentío. El féretro, blanco con una estrella plateada fijada sobre la tapa, navegó sobre el mar de brazos carretera arriba hasta llegar a la fuente. Desde allí, subió por la calle Larga hasta la plaza de la iglesia para ascender después por la cuesta del Ecce Homo hasta llegar al cementerio. Una hora bajo un sol sofocante le costó al Cohete abrir paso para que la familia Estupiñán Sabio alcanzara a pie el camposanto, la misma hora que tuvieron que esperar los enterradores, rodeados piel con piel por atribulados expectantes, para proceder con la inhumación. Tras sendas lipotimias sufridas por catorce asistentes, el nicho quedó sellado. Además del «no somos nadie», «la vida son tres días», «era un ángel, Dios la guarda en su seno» o «estar vivo es la única condición que se necesita para morir», otras frases saltaron, por lo bajini, de boca en boca:

—¡Como si no fuera su hermana!

—¡Qué mala es la envidia!

—¡Los celos, hija, los celos!

Un mes después del entierro de Longe, de madrugada, Alma aporreó con sus puños la puerta del supermercado Hidalguía. Ante la falta de respuesta siguió golpeando hasta hacer caer la corona navideña que ya adornaba el establecimiento. Se encendió una luz, el balcón

principal del primer piso se abrió para que asomara el enorme cuerpo de doña Francisca López, más conocida como la Paca, en camisión cuajado de flores de lis.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —gritó la Paca.

—Abuela, se trata de Neme.

—No me llames abuela, yo no soy tu abuela. Me da igual lo que le ocurra a la casta del piojoso de tu padre. —Metió su corpachón dentro de la casa cruzándolo con el de Virgilio, quien asomaba al balcón.

—Alma, ¿qué ocurre?

—Abuelo, mis padres han echado a Neme de casa, se ha ido antes del amanecer.

—¿Que han echado a Neme?, si solo tiene doce años.

—Me da mucha pena, pero yo no puedo hacer nada.

—Voy enseguida.

Virgilio se vistió apresuradamente. Buscó las llaves de la furgoneta del supermercado Hidalguía, no las encontraba.

—¡No te llevas las llaves, las he escondido! —gritó enfurecida la Paca.

—Entonces, me voy andando.

—¡De aquí no se sale! —La mujer taponó con su cuerpo gigante la puerta de salida a la calle.

—Si no me dejas pasar, llamo a la Guardia Civil.

La Paca sabía que su marido era capaz de llamar a la autoridad. Comprendió que una persona de su «linaje» no podía verse envuelta en escándalos propios de «gente corralera». Se apartó para dejar paso.

—Si te juntas con esa chusma, aquí no vuelvas.

—Volveré, esta es mi casa.

—Pues olvídate de tocarme con esas manos ensuciadas.

Virgilio hizo un gesto de hartazgo y salió a la calle. Trotando lo poco que le permitían sus años, tomó el camino de tierra para dirigirse a la casa de su hija. La mañana era muy fría, la escarcha empapaba sus botas. A medio camino, al llegar a la encina de la loma,

vio a Neme sentado sobre una maleta justo en el lugar donde Longe cayó muerta. Apresuró el paso hasta llegar hasta él.

—Neme, hijo, ¿qué ha ocurrido?

—Papá y mamá me han echado de casa.

—¿Por qué?, ¿qué has hecho?

—Nada.

—¿Entonces?

—Dicen que soy la encarnación del mal.

—Tus padres están locos. ¿No tienes frío?

—Yo nunca tengo frío.

—Ven, acompáñame.

Virgilio cogió la maleta, siguió andando por el camino de tierra, Neme acompañaba a su abuelo. Al llegar a la casa, Virgilio empujó la puerta sin cerradura, dentro encontró a Armonía, a Serenidad y a Alma, quien lloraba sentada en una esquina del salón. Pros estaba acostado.

—¿Podéis decirme qué ocurre con este niño? —preguntó Virgilio mientras echaba su brazo derecho sobre los hombros de Neme.

—Papá, ¡qué alegría! Te damos la bienvenida a esta humilde y acogedora casa bendecida por los dones que la sagrada naturaleza nos proporciona —dijo Serenidad sonriendo, cruzando ambas manos sobre su pecho y bajando la cabeza en señal de respeto.

—Déjate de gilipolleces, ¿qué ha ocurrido con Neme?

Armonía contestó a la pregunta de Virgilio:

—Nunca quisimos aceptar una realidad que sospechábamos desde el mismo día de su nacimiento, justo cuando comenzaba el día de los difuntos. Hemos vivido doce años con una venda sobre nuestros ojos. Una venda que se ha caído después de la muerte de nuestra queridísima Longe en el mismo día del año en que él nació. He consultado con las cartas del Tarot, con los astros, con la madre tierra y el padre cielo. He realizado viajes al pasado más reciente para tener conocimiento de lo que ocurrió, y he contactado con mi hija difunta. La verdad me indica que Neme no es un ser de luz, sino de maldad. El cielo me aconseja que lo aleje de mi casa de paz si quiero

preservar la armonía y la salud en mi familia. La sagrada naturaleza me lo exige, debo obedecer. Si lo hubiera hecho antes, mi hija estaría ahora viva. El dolor por su pérdida es la penitencia que debemos pagar eternamente por nuestra humana ceguera.

—Así se haga la voluntad de la madre naturaleza —dijo Serenidad.

—Eso son estupideces. ¡Estáis locos de atar! Una estancia en el psiquiátrico no os vendría mal.

—No hay marcha atrás, no podemos caer en el mismo error —sentenció Armonía.

—Os podría denunciar, pero no lo haré porque creo que el mayor servicio, la mejor ayuda que puedo brindar a mi nieto, es sacarlo de la sinrazón de esta familia.

Virgilio volvió a coger la maleta y salió al exterior de la casa llevando a Neme cogido por el hombro.

En el balcón de la vivienda, justo encima del supermercado, la Paca iba y venía de un lado al otro sin apartar su mirada del lugar por donde debería aparecer Virgilio. Cuando vio emerger el cabello cano de su marido por la subida desde la carretera nacional y comprobó que Neme caminaba a su lado, combustionó en una llama de ira roja que le congestionaba el cuello y la cara. Gritó:

—Ni se te ocurra, aquí no entra semejante ser, y menos para vivir con nosotros. Antes me ahorco.

Virgilio esperó a acercarse a la casa. Cuando se encontraba bajo el balcón, dijo serenamente:

—Esta también es mi casa, no va a vivir contigo, va a vivir conmigo. Si no abres, llamo a la Guardia Civil.

La frase mágica funcionó una vez más. Neme se quedó a vivir con el abuelo Virgilio, quien lo acogió con todo el cariño. La Paca jamás le dirigía la palabra a su nieto porque huía del lugar de la casa en la que lo encontrara. Comía cuando el niño no estaba en casa y procuraba no cruzarse con él. También dejó de dormir con su marido, no quería que la tocara con «esas manos». A Fabiola, en cambio, cuando supo que Neme se quedaba a vivir, se le iluminó en un fulgor

dorado el crucifijo que colgaba de su pecho de tal manera que hasta el Cristo parecía sonreír. Tomó a Neme de la mano y lo llevó galopando por la calle Larga arriba hasta llegar a la iglesia.

—Don Luis, lo bautiza usted ahora mismo.

—¿Ahora?

—Sin esperar un minuto. ¡Andando! Mis penitencias han dado su fruto.

—¿Qué nombre le ponemos? —preguntó don Luis.

—El del santo de hoy, 19 de diciembre, San Nemesio Mártir, quien fue acusado injustamente de ladrón.

—Yo te bautizo, Nemesio, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El agua cayó desde la concha de plata para emparar los cabellos de Neme, a quien le daba igual que lo hubieran bautizado y le hubieran cambiado el nombre. Por la tarde, Fabiola llevó a su sobrino en la furgoneta del supermercado Hidalguía hasta Aracena, donde le cortó el pelo en la peluquería de caballeros Stilos y le compró ropa «como Dios manda».

16

Brindan con cava, el juego llega a su fin. Alicia recuerda con cariño que cada tarde que atravesaba la plaza de la Magdalena, de vuelta de la facultad de Bellas Artes, lo veía allí sentado. Advirtió su presencia a principios del curso anterior, al comenzar sus estudios, cuando la alegría de comenzar a caminar el camino que la llevara a la fama brillaba en su mirada. Al caminar, no repara en monumentos o personas, se sumerge en su propio mundo imaginativo, más real que la propia realidad. Él atrajo su atención como el centelleo de un faro en una noche sin luna. Necesitada de aventuras que aportaran interés a su nueva existencia, anhelaba penetrar en el pensamiento de aquel desconocido, pensamiento perdido en un horizonte de edificios. Quisiera saber cómo eran sus fantasías para modelarlas en arcilla, sentir en sus propias manos sensuales las obscenidades que pudieran albergar la mente de un hombre que le doblaba la edad. La dejadez en el vestir del desconocido «adorable» la seducía, necesitaba atraer su atención. Procuraba que sus pasos la acercaran a él, pero no la veía, nunca ponía sus ojos en ella. Al llegar a su lado, ralentizaba el caminar insinuante esperando que le dirigiera una palabra, un piropo. No lo hacía. Día tras día, alejaba su decepción camino de casa, donde hundía los suspiros y su irrefrenable deseo contra la almohada.

Hace ahora más de un año, en noviembre de 2022, Alicia visitó a una nueva pitonisa con aspecto de bruja llamada Amatista. Las que había consultado anteriormente la habían decepcionado. La mujer predijo:

—Alguien muy especial, el caballero de copas, aparecerá pronto en tu vida. Conocerás a un mensajero del amor, un ser ungido en su frente de paz y tranquilidad, con gran magnetismo y un

atractivo formidable. Actúa, no te quedes en el plano de las ideas y los deseos.

«El caballero de copas no puede ser otro que el extraño ser de la plaza». Se cargó de valor, superó su timidez, fue capaz de sentarse junto al desconocido y hablarle, buscando hacer realidad el destino que la providencia le había asignado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Alicia.

—Arlequín —contestó él. El extraño nombre encendió aún más su atractivo en las entrañas de Alicia. «¿Quién se llama Arlequín? Nadie vulgar». Deseó sentarse a horcajadas sobre su entrepierna, pudo controlarse.

—¿A qué te dedicas? —volvió a preguntar.

—Resucito gente.

Un rabioso deseo surcó su centro hasta hacerla llorar, se mordió el corazón, su pasión por la parapsicología explotó en fuegos artificiales de interrogantes, pero intuyó que no debía seguir preguntando si quería que el desconocido permaneciera allí. Charlaron sobre los mismos temas intrascendentes que asoman cuando no se sabe de qué hablar. A las nueve de la noche, Arlequín se levantó y se marchó por la calle Méndez Núñez sin decir adiós. Fuese y no hubo nada, como lo hubiera narrado Cervantes. «Mi cara de tonta resplandecía en medio de la plaza, tenía la sensación de que todo el mundo me miraba, me señalaba y se reía de mí».

Al día siguiente; primero de los gozos de diciembre, primera puerta abierta del calendario de Adviento que sus padres le trajeron de la Selva Negra cuando era pequeña; volvió a sentarse junto a él. Todas las tardes aplanaba su lindo trasero junto al de Arlequín. No sabía qué sentía a su lado, le entusiasmaba el creer que «realmente el desconocido es el caballero de copas que predijo la pitonisa». Su paz, su tranquilidad, su escueta conversación la hacían abrirse a hablarle sobre ella misma, a contarle sus temores, inquietudes y ambiciones:

—No me gustan las personas ni las situaciones corrientes, me da pánico convertirme en una persona vulgar de trabajo y casa. Quiero ser única, especial, diferente. Sueño con florecer como una escultora famosa, admirada por mi infinita creatividad.

Otros días, le hablaba de la agria relación que mantenía con su familia:

—Mi hermana Helena es dos años mayor que yo. Es quien hace y deshace en casa, mis padres se fían de ella para todo. Decora el hogar, ordena la dieta que debemos seguir todos, maneja las finanzas de la familia. Por supuesto, es estudiante de matrículas de honor, faltaría más. A mis padres se les cae la baba con ella, ya les he comprado varios baberos, aunque no se dan por aludidos. «¿Para tomar los *calçots*? Muchas gracias, hija, son preciosos». Y se quedan tan frescos. No pueden disimularlo, el orgullo les rebosa por los oídos, la nariz y la boca hasta mancharles el traje. Soy la oveja negra de la familia, la que siempre está discutiendo, la estudiante ramplona que aprueba los exámenes con un cinco. Soy invisible para ellos, como lo era para ti. Necesito ser una persona única, sin embargo, tropiezo en el primer escalón: el de mi propia casa.

Alicia se emocionaba cuando le refería al desconocido cuánto la hacía sufrir su familia. A nadie le había hablado antes de esa espina que tanto le rasgaba y dañaba; junto a él, las dolidas palabras se le caían de la boca en rosario interminable. Ella se tapaba los ojos enrojecidos por el llanto con las manos, le daba vergüenza. Hubiera esperado, al menos, una palabra de comprensión, algo de cariño. Arlequín no se inmutaba ante el desconuelo de la muchacha, y a ella le parecía más raro y atractivo todavía, y le impulsaba a seguir descargando ante aquellos enladrillados oídos toda la hiel que amargaba sus entrañas. Necesitaba ser oída, mas escogió a un interlocutor de piedra, como de piedra son los toros de Guisando. «La ciega impulsiva que hay dentro de mí chocaba mi cabeza contra aquella alma de granito».

Poco a poco, Alicia fue conquistando la confianza del desconocido. «Yo era el zorro; él, el Principito». Al principio, solo contestaba a las preguntas de Alicia con monosílabos. La perseverancia consiguió la hazaña: Arlequín abrió su persona de cemento a la «adolescente caprichosa». Un día, Alicia le dijo:

—Preciso atraer la atención de mis padres como sea, pero no lo consigo, aunque explote de ira como una loca y les grite que para

ellos no existo. Les da igual, dicen que nos tratan a las dos con el mismo cariño, pero de distinta forma. ¿El mismo cariño?, no se lo creen ni ellos. Dice el refrán que no se valora lo que se tiene hasta que se pierde. A veces, pienso en desaparecer sin dejar rastro para que me echen de menos, para que me valoren, para comprobar hasta qué punto sufren por mí y se esfuerzan en encontrarme. Eso es lo que más deseo. ¿Qué anhelas tú?

—Sentir alguna emoción.

Fue entonces cuando le confesó:

—No me llamo Arlequín. Me llamo Octavio, trabajo en la Junta de Andalucía, en el palacio de San Telmo. Te he engañado con el nombre porque me molestan las inoportunas preguntas que me hacen los desconocidos. Ya no eres una extraña, no digo que te aprecie porque el aprecio es una emoción. Antes de que sigas conquistando mi amistad, algo a lo que no me opongo en absoluto, creo que es necesario que sepas que padezco un trastorno esquizoide de la personalidad.

Alicia no conocía ese trastorno, él se lo explicó. Quedó boquiabierta como un besugo, no podía creer que ese hombre no hubiera experimentado jamás placer. No disfrutaba con las relaciones, no sentía amor ni deseo sexual, nada lo motivaba. Una persona fría, inactiva, distante, apática, indiferente ante el odio o el amor. Independiente, no gustaba de la compañía de amigos, era un ser solitario que evitaba las interacciones con terceros. Alicia no tuvo miedo, todo lo contrario, para ella significaba un triunfo que aceptara su amistad. Por fin se sentía especial, su autoestima ascendía como la espuma del cava que ahora disfrutaban sus labios. En aquella tarde especial en la que Octavio abrió su alma, Alicia suplicó enlazando las manos sobre su pecho:

—Háblame de ti, por favor.

Octavio miró al horizonte de edificios, parecía reflexionar, tardó minutos, rompió a hablar:

—He intentado sentir de todas las maneras posibles, pero no lo he conseguido.

—¿Te has acostado con alguna mujer?

—Sí, con varias, y con hombres. Nada de nada. He cometido locuras e imprudencias buscando que la adrenalina se despertara en mí. Los deportes extremos no me atraen. Lo único que me queda es experimentar cómo se vive en la cárcel. No me importaría dejarlo todo para ingresar en prisión, aunque no quiero dañar a nadie para conseguirlo, no porque me importe el dolor ajeno, sino por ser fiel a un código ético autoimpuesto.

De noche; mirando al techo de su habitación, un techo del que conocía hasta la más mínima rugosidad o mancha, un techo que había conversado con ella en tantos momentos de zozobra; Alicia recordó las palabras de la pitonisa: «Desagradable y doloroso conflicto. Se dicen intencionadamente cosas hirientes para causar dolor. Las palabras son navajas que dejan una cicatriz profunda en el corazón de tu oponente y en el tuyo. El conflicto tiene poca salida ni solución. Lo mejor es poner distancia, un muro entre las dos partes para seguir adelante. Todo este caudal creativo que posees debe ser trasladado al mundo real. Convertirse en acción, que no se quede en el terreno de las ideas. El paso tranquilo de su caballo es la clave, debe hacerse todo con calma y tranquilidad, con tiempo para hacer realidad tus sueños y proyectos de forma suave. No es necesario un ritmo de vértigo para alcanzar lo que deseas. Ábrete a la voz interior, explora todo tu potencial y esa inmensa pasión que guardas. Lleva del dicho al hecho tus ideas y el éxito llegará de manera natural. Dispones de gran confianza y optimismo para hacerlo. Hazlo, los caminos se abrirán fácilmente para ti».

Su efervescente creatividad ideó un juego que fuera capaz de conseguir que Octavio albergara alguna emoción, un regalo de Navidad que lo pudiera llevar a ingresar en la cárcel sin dañar a nadie y a la vez le proporcionara a ella el placer de comprobar si sus padres la valoraban, echaban de menos y luchaban por encontrarla. Si lograba, además, que el caso saltase a los medios de comunicación, se hablara de su persona y se hiciera famosa; le habría puesto la guinda al pastel.

Cuando se lo comentó a Octavio, pensó: «Va a salir huyendo de las aviesas intenciones de este monstruo perfumado de ropa cara».

No fue así, Octavio se interesó por lo que le proponía. Sorprendida, tomó las manos del hombre entre las suyas, él permitió que las asiera, era la primera vez que rozaban piel con piel. Mirándolo a los ojos, le detalló el plan. Ajustaron pormenores y nombres. Octavio:

—Conozco a un psicólogo especialista en mi trastorno que me trató hace años, en quien me inspiré para mentirte diciendo que me llamaba Arlequín y que trabajaba resucitando gente. Regenta una revista digital llamada *La princesa y el arlequín*, dedicada a restituir nombres y a encontrar a familiares de indigentes que mueren indocumentados. Dice que así los resucita del olvido y la nada. Él padece el trastorno. Considero que nos podría servir de vehículo. Si logramos que sienta alguna emoción gracias a este juego, le habremos hecho un favor.

—Y a mí me gustaría poner de moda en redes sociales al gran genio olvidado: Antonio Susillo. Conseguir que la gente que tiene cultura de televisor y autoestima de gimnasio lo conozca e idolatre como lo hago yo.

Alicia se había interesado por el estilo del maestro desde que comenzó Bellas Artes. Se enamoró de la obra del artista, también de su leyenda. Sería su manera de demostrarle, si es que la viera desde algún lugar de la eternidad, su admiración. En él se mira, tarde o temprano alcanzará su genialidad, y si un halo legendario envolviera su figura, mejor que mejor.

Llegó Navidad, el plan estaba organizado y dispuesto. En Nochevieja, Alicia cenó con su familia. En aquella velada, el mundo parecía de color dorado. Su hermana, Helena, se había encargado de la decoración y del festín. Como de costumbre, los padres la elogiaron en su presencia sin ningún tacto ni pudor. Las uvas le supieron muy dulces, las tomó soñando con Octavio, pues pronto conocería el sabor de su boca y la suavidad de sus manos acariciando su piel, buscándola en lo más íntimo. Lo haría gozar, se colgaría esa medalla sobre su ego. Se engalanó guapísima, «mi buen dinero me costó». Los padres creían que iba a asistir a una fiesta con amigas y compañeras, Alicia les mintió. Salió de casa, les acentuó un adiós distinto, del que no supieron captar su solemnidad. Helena, doña Isabel y don Fabián

contemplaron desde el balcón cómo se alejaba calle abajo. En medio del puente de Triana, apagó el móvil y lo tiró al río cuando nadie la veía. La suerte estaba echada, no había la posibilidad de vuelta atrás. «¿Cuánto tardaría en volver? El tiempo me lo diría». Se alejó del pasado por la calle Betis en busca del hogar del caballero de copas, quien la esperaba para consumir su primera noche de amor y silbar el pitido inicial que diera comienzo al juego. Nadie más que ella sabía de la existencia de Octavio. Ahora, la aventura acaba.

Alicia y Octavio brindan con cava, el juego llega a su fin. El chocar de los vidrios suena a ilusión, a nacimiento a un mundo nuevo juntos, unidos para siempre. Más de un año lleva la chica sin salir del piso pequeño y húmedo de Octavio. El próximo jueves se asomará por fin a la ciudad, acudirá al cementerio de San Fernando, donde se reencontrará con su familia. Imagina, y se pone nerviosa, la emocionante escena en la que fuertes abrazos y lloros marinos serán captados por la cámara del mejor postor. Los ojos le brillan cuando ensaya ante el espejo la que será su primera rueda de prensa, los gestos, las poses. Sabe de memoria lo que va a argumentar para encender en el público aún más el deseo de conocerla. Tiene preparadas unas gafas oscuras y protector cincuenta para resguardarme del sol de este enero que tanto resplandece, pues no ha visto la luz del día más que a través de visillos. No se le ha hecho largo, aunque ambos creían que iba a durar menos, que la inteligencia de Neme iba a averiguar muy pronto quién era Arlequín, que no iba a tardar en volver a un hogar en el que sus padres la habrían valorado como merece. Un año en el que ha visto desfilar, escondida, cuatro estaciones por delante de la ventana de su habitación. Él lo ha pagado todo, ha hecho la compra, le ha traído lo que necesitaba en cada momento, incluidos artículos de higiene femenina. Los ha adquirido en grandes superficies, donde nadie sospecha y el cajero automático cobra sin mirar ni pensar.

Alicia se ha divertido siguiendo los informativos, ha visto su fotografía en el televisor tantas veces que se considera archiconocida. «No le perdono a mi madre y hermana que no hayan escogido otra en la que aparezca más favorecida. Haberlas, las hay, a cientos, pero

fueron a elegir una en la que parece que se me ha metido un mosquito en un ojo. Lo han hecho adrede, seguro». Sabe que en cuanto reaparezca se habrá convertido en famosa. Eso la ilusiona, le encantará que la gente se pare en la calle para fotografiarse con ella.

Octavio le ha confesado:

—Por fin en mi anodina vida me río, o apeno, o enfado contemplando la fauna que desfila por el espectáculo mediático, comprobando la vileza del ser humano. Y es que nada puede hacer hervir más a una persona conocedora a la perfección de lo ocurrido que oír el rosario de sandeces, de señalamientos con el dedo, de sentencias populares, de agresiones, de ineptitudes, de intereses espurios. ¡Cuatro imputados!, ¡qué vergüenza!, ¿en qué se han basado? Este es el aspecto más triste de esta pantomima, de este pasatiempo.

Octavio ya le había comentado a Alicia en varias ocasiones:

—Estoy a punto de acabar con la partida y confesar para que se acabe el infierno que sufren injustamente estos inocentes.

No lo ha hecho por ella, quien se lo ha rogado poniéndole ojos de gatito menesteroso. «En eso sí he sido egoísta, niña mala. Las tetas de mi capricho han podido más que la carreta de su código ético. Se nos ha ido de las manos, lo reconozco, porque nunca hubiéramos podido imaginar lo que ha ocurrido. He aprendido con este asunto que el factor humano adultera todo lo que toca con sus dedos mezquinos». Sentados en el sofá de dos plazas, llenan de nuevo las copas y se introducen mutuamente y a la vez un bombón en la boca. Se abrazan, esta noche los besos saben a exquisito futuro de escultora genial. Alicia ha conseguido despertar el alma de Octavio, arrancar el motor de su sensibilidad. Han sido doce meses en los que juntos han ideado cada pista-prueba y escrito las cartas sin remite enviadas a Neme. En el mes de enero del año pasado, Octavio alquiló un local para guardar una furgoneta de segunda mano que compró y el material necesario para llevar a cabo su ingenioso plan. Los mercadillos les han aportado suministro, Octavio ha conseguido en ellos el guardapelo donde esconder el mechón rubio, la Polaroid para las fotos, cajitas para zarcillos y collar. «Lo de las bragas en la

hornacina de la Virgen del Buen Suceso fue gracioso, hasta Octavio disfrutó con mi ocurrencia. Imagino que escandalizaría a más de uno. Ese fue mi gran triunfo, el primer momento en el que vi que sus labios se arqueaban y reían con ganas. ¡Yo lo conseguí!, mi hermana Helena jamás lo hubiera logrado con su expediente immaculado. No enciende deseos ni en adolescentes de manos encallecidas». Los tatuajes se los dibujó ella con rotuladores para preocupar un poquitín más a sus padres. La cámara de video y la cinta virgen VHS ya las tenía Octavio olvidadas en una caja en el trastero. «La hoja roja sobre la cabeza de escayola también estuvo bien, asustaba sobre el peligro que corría la mía a la vez que retaba al gran conocimiento literario de Neme». En esos mercadillos, Octavio encontró monos serigrafados con el nombre de diversas empresas y entidades. Ataviado con sus monos; cargando con una escalera, un tubo de silicona y un rollo de cable para disimular; colocó cada pista-prueba a plena luz de la tarde sin que nadie sospechara. Al volver de sus aventuras, comentaba a Alicia:

— ¡Qué fácil es engañar cuando se hace con naturalidad!

Un año de convivencia en el que se han amado ferozmente y han sido felices. No se les ha hecho largo, se han divertido. Es tarde, se acerca el fin de fiesta, acaban de escribir la decimotercera carta. En ella, Arlequín dice así:

«Llegamos al final. Lo he conseguido, por primera vez me siento vivo. Hoy quiero informarte de que no secuestré a Alicia, ha sido ella la que ha convivido conmigo libremente. La idea de desaparecer para jugar se forjó en su rica imaginación de artista. Dicen que Sevilla recurre a la leyenda para perpetuar en la historia de la ciudad a sus principales personalidades. Si esto ciertamente es así, sin duda el genio ha florecido como uno de los personajes principales de esta ciudad en la segunda mitad del siglo XIX, pues ya desde niño algunos pasajes de su vida se encuentran bien aderezados de leyenda. Ignoro por qué no me has delatado, pues no me cabe duda de que pronto, desde la cuarta o quinta carta a lo sumo, sabías quién era. No menos legendaria sería su muerte, cuentan las lenguas que, atormentado por no haber representado correctamente la posición de

los pies de un cristo de bronce, se disparó una bala bajo la barbilla, quitándose la vida por hacer algo que no tenía perdón posible. Alicia y yo habíamos ideado esta aventura para que durara cuatro o cinco meses; el tiempo que, según mis cálculos, tardarías en descifrar la clave. Tal vez, la más conocida y afamada de esas leyendas que nublan su figura y su recuerdo es la que narra cómo tras ser trasladados sus restos desde la tumba donde fue sepultado en 1896, y depositados estos a los pies del Cristo de la Misericordia en abril de 1940, meses después se produjo un milagro, pues de la boca del crucificado comenzó a brotar miel. Dices, de manera metafórica, que resucitas gente. En esta ocasión tenías la oportunidad de evitar una muerte, sin embargo, no lo has hecho. ¿Sabías que yo no tenía intención de hacerle daño?, ¿que jamás cumpliría mi amenaza? Como protagonista de esas leyendas, el genio es más reconocido que otros hijos geniales de Sevilla, aun así, hoy, en el siglo XXI, son muchos los paisanos que consideran que alcanzando su arte al de Montañés, Juan de Mesa, Murillo, Velázquez, Aníbal González o Antonio Machado, no se le considera como tal, pues es, por antonomasia, el genio hispalense olvidado. Es cierto que la pasividad es característica en nuestra personalidad, llevas años luchando contra ella, por eso no entiendo qué te ha ocurrido. En vida, se mezclaban en el entendimiento del genio lo cierto con lo imaginado; después de muerto, realidad y mito se confunden en la memoria colectiva de este pueblo. Me ayudaste con tu terapia, pero me faltaba el último impulso, ese que no me atrevía a dar para licenciarme en el arte de amar, de vivir, de percibir. Alicia me ha enseñado las delicias del amor. Como buen hijo del Romanticismo, su vida y obra guardan para el pueblo enigmas cuyo esclarecimiento demoró en el calendario una maraña de interpretaciones cabalísticas que confunden su verdadero talento e identidad. En este examen final práctico, no podías faltar. Quiero darte las gracias por tu servicio pasado y por tu colaboración presente, y te pido disculpas por lo mucho que has tenido que soportar, aunque soportar es sentir, y sentir, en nuestro caso, es una bendición. Se ha generado una situación bien paradójica, pues si su trabajo y la situación céntrica de sus más famosas obras le

aportaron gran popularidad entre los sevillanos de su época, ahora es un absoluto desconocido debido a los mitos y errores que salpican su historia.

Comunica a la familia de Alicia que acuda el próximo jueves, a las once de la mañana, a la rotonda central del cementerio de San Fernando. Allí encontrarán y podrán abrazar la cabeza de su hija, no horriblemente cercenada, sino llena de vida, pegadita al cuello y al cuerpo, contemplando al Cristo de las Mieles, rezando ante la tumba de Antonio Susillo, su admirado genio. El juego que Alicia y yo diseñamos ha terminado, hemos ganado nosotros.

Arlequín.

Alguien que era como tú».

Meten la carta en su sobre franqueado y dirigido a la dirección de Neme, cierran, lo dejan sobre la mesa del salón para que Octavio la eche al buzón mañana. En la cama, celebran el desenlace de esta extravagante y divertida locura con una acalorada sesión de sexo. Ahora, ninguno de los dos quiere que él ingrese en prisión, bastará con el testimonio de Alicia. «Explicaré que fue idea mía. Servirá como prueba de la inocencia de mi amante, se aclarará el asunto y comeremos perdices. Solo somos culpables de ser traviosos, de tener ganas de aventuras. No hemos hecho daño a nadie, han sido otros quienes han envenenado esta chiquillada». Alicia tiene sueño y, como cada noche, se abraza al pecho cálido de Octavio para quedarse dormida.

Truena, gran estruendo, una explosión, Alicia se despierta asustada. «¿Qué pasa?», no ve nada, una potente luz la ciega. Bramidos guturales de trol encogen su alma, no sabe qué ocurre, Octavio está tumbado boca abajo en el suelo, varios hombres le ponen unas esposas mientras ella vuela en brazos de dos gigantes hacia el exterior del piso a través de la puerta destrozada, la bajan por la escalera, descende piso a piso en un torbellino, policías nerviosos se gritan

órdenes unos a otros. En la calle, periodistas le apuntan con cámaras, flashes se disparan, sigue en volandas, sus pies no tocan el suelo, la meten en un coche patrulla, la colocan en el asiento trasero entre dos agentes, cubren con una manta su pijama de invierno, al otro lado de la ventanilla continúan los disparos de las cámaras.

—¿Alicia Isabel Maqueda Esquivias? —pregunta uno de los policías.

No contesta, la voz no le sale del cuerpo, está aterrada, se tapa la cara con la manta, no quiere ver. El motor arranca, aúllan las sirenas, un convoy la escolta, avanza veloz por avenidas desiertas, no sabe qué hora es, la noche es demasiado negra, palabras crujientes se escapan de la radio del coche patrulla, farolas y árboles cruzan ante la ventanilla en andanadas. La marcha aminora entre calles estrellas del casco antiguo, las sirenas persisten en su sonar, paran. Varios agentes impiden a una jauría de enviados especiales, rabiosos en la madrugada, que se acerquen. Más cámaras de foto y video la acechan, se multiplican, se tapa de nuevo la cara con la manta, vuelve a volar hasta el interior de la comisaría.

Alicia es atendida por dos funcionarias amables y cariñosas en una habitación minimalista de paredes de plástico gris perla. Tienen dispuesta sobre una mesa metálica una bolsa con ropa que su hermana y su madre han preparado. La familia ha estado al corriente de la operación en una noche de nervios telefónicos. La muchacha se viste lenta y torpemente, le pesan los brazos, los agarrotados músculos desobedecen a su cerebro. Le traen en una bandeja sonriente café y dulces que no prueba, su esófago contraído no deja pasar ni el aire. Se sienta en un silloncito, está cansada, no tiene ganas de pensar qué ha ocurrido. Si pudiera, se echaría a dormir, desearía esconder la cabeza en la oscuridad, pero las luces intensas no se lo permiten. Se abre violenta la puerta, entran en la habitación Perfecto acompañado de Samuel. Está el personal al completo de guardia, es su gran noche de celebración y danza. Habla Perfecto en un tono sereno y acogedor:

—Soy el inspector jefe Perfecto Somosierra y Vicente de Aguilar, él es el subinspector Miguel Ángel Samuel Expósito. ¿Es usted la señorita Alicia Isabel Maqueda Esquivias?

Calla, el miedo y el cansancio la paralizan. Llevaba un año esperando la detención, ahora que se ha producido, comprueba lo insoportable que es, nada parecido al Cluedo de camilla y alhucema en tarde de lluvia otoñal que había imaginado. Los policías la tratan con paciencia, esperan a que responda. El silencio trae a Alicia el recuerdo de Octavio, rompe a llorar, contesta entre gemidos:

—Sí, soy yo. ¿Dónde está Octavio?

—¿Se refiere a su secuestrador? Ha sido detenido, permanece en dependencias policiales a la espera de ser puesto a disposición de la señora jueza. —aclara el inspector jefe.

—No me ha secuestrado, vivía con él por voluntad propia. Es mi compañero de piso, mi novio. Le han puesto unas esposas.

Silencio. Caras de sorpresa.

—¿Sabe que ha estado enviando cartas en las que amenazaba con matarla?

—¡Claro!, las escribíamos los dos, no era más que una broma, un acertijo. La idea fue mía. La última de esas cartas la dejamos sobre la mesa del salón lista para ser echada a correos. Deben de haberla encontrado cuando han irrumpido en casa. Si la leen, entenderán que Octavio no tenía ninguna intención de hacerme daño. Somos pareja, nos queremos.

Los hombres se miran extrañados. Sus expresiones de cariño han cambiado a molestas. Perfecto le hace a Samuel un gesto, «debe de estar trastornada», que Alicia percibe. El inspector se excusa:

—Discúlpenos, señorita, entendemos que debe sentirse nerviosa, no la molestamos más.

Salen de la habitación. Las cuidadoras le acercan pañuelos de papel para que se seque las lágrimas. Amanece, las primeras luces de la mañana alivian el estrés, se siente más calmada. Una de las funcionarias le pide con extremada dulzura:

—Alicia, por favor, ¿quiere acompañarnos?

La escoltan cada una a un lado de su cuerpo encorvado. Recorren pasillos de cristal, empleados de la comisaría la miran con asombro, como quien admira a una gran estrella del cine. «¡Me reconocen, soy famosa!». Un impulso eléctrico la pone derecha, nuevas energías le suben sangre arriba desde los pies. «Soy el centro de todas las miradas, de todos los mimos, se solidarizan con mi sufrimiento, soy una heroína». En la puerta de la comisaría, dos agentes relevan a las funcionarias para acompañarla hasta el coche patrulla. Apartan a reporteros, quienes chocan unos contra otros pugnando por lograr la mejor instantánea. «No me tapo, sonrío a las cámaras, aunque debo estar horrorosa». En el juzgado, al entrar al edificio, vuelve a coquetear con las cámaras. «Lo que siempre he soñado se hace realidad». Le acercan un micrófono, un policía lo retira de un manotazo. El ascensor reumático se arruga y encanece al subir hasta una planta cerca de la estratosfera. En un despacho desbordado de papeles, paraíso de ratones cuando se apaga la luz, un administrativo muy serio le informa:

—La señora jueza quiere tomarle declaración. Pueden esperar en la sala contigua.

La estancia en la que aguarda sentada en una silla vieja es oscura, con muebles y presentimientos oscuros. Un tufillo rancio la impregna de punta a punta. Le alegra poder declarar, lo contará todo, no quiere que el hombre de su vida vaya a prisión porque desea seguir viviendo con él desde hoy mismo. También teme la reacción contra ella cuando se sepa que ha sido todo un capricho. «¿Qué pasará si declaro que nadie me ha secuestrado, que todo fue idea mía? Pasaré a ser una villana, una niñata mimada y abominable, digna del mayor de los desprecios, un monstruo que ha infligido sin piedad a su familia un tormento gratuito». Un terror de fuego le sube a la garganta, no quiere dejar de saborear las mieles que ya endulzan su paladar. No quiere renunciar a la felicidad absoluta. Anhela ser famosa, admirada por su fortaleza, no permitirá que su nombre quede asociado a la ignominia. Cree que no va a ser capaz de decir la verdad, el cariño y la ternura con la que la tratan todos al creer que ha sido secuestrada la seducen entre algodones de azúcar. Se declara

una lucha interna, un torneo a muerte entre el caballero de Amor y Verdad contra el caballero de Fama.

—Sus padres ya saben que ha sido rescatada sana y salva, la esperan en casa, donde la llevaremos después de que la interrogué la jueza y la reconozcan en el hospital para comprobar su estado de salud física y mental —tranquiliza uno de los agentes que la escoltan. Alicia asiente con la cabeza, da las gracias con un gesto. Continúa la batalla en su conciencia, los golpes que acierta el caballero de la Fama hacen tambalear a su oponente. «Supongo que la policía tendrá en su poder la decimotercera carta, pues estaba encima de la mesa del salón. Cuando se lo he comentado al inspector, se ha extrañado. Tal vez haya desaparecido en el tornado que irrumpió en la casa. Quizá tenga suerte». Entra una señora vestida con traje de chaqueta y zapatos de medio tacón. Se sienta en una silla junto a Alicia, pretende que la chica la sienta cercana y acogedora. Una sonrisa comienza a hablar:

—Hola, Alicia, soy la jueza María del Pilar Benavides Jiménez. Instruyo el caso de tu desaparición. Quiero que sepas que tu familia está informada de que has sido rescatada y te encuentras bien. Estamos aquí para ayudarte, no debes de temer nada, así que ahora relájate y cuéntame con confianza todo lo que recuerdes sobre lo que pasó en la Nochevieja en la que tu familia dejó de tener noticias de tu paradero.

Alicia calla, mira cómo el caballero de Amor y Verdad yace desarmado en el suelo. Antes de hablar, decide hacer una pregunta:

—¿La policía ha encontrado una carta sobre la mesa del salón?

—¿Una carta?, no, no he sido informada.

«No puede ser, estaba allí, la dejamos la noche anterior». La princesa da la orden para que el caballero de Fama traspase el corazón de su contrincante. El caballero de Amor y Verdad expira, de su boca emanan borbotones de sangre. La ágil imaginación de Alicia improvisa. «No puedo dejar pasar esta oportunidad que la vida me brinda». Comienza a narrar:

—La Nochevieja pasada me dirigía caminando a casa de una compañera en la que íbamos a celebrar la fiesta de Año Nuevo. Por el puente de Triana caminaba mirando los wasaps, que en esos momentos saltaban sin cesar con felicitaciones. Sé que no está bien, pero solía andar por la calle mirando la pantalla. Di un tropiezo y se me cayó el móvil al río. En el Altozano me encontré a un amigo, Octavio, a quien conocía desde hacía unos meses porque coincidíamos y charlábamos en un banco de la plaza de la Magdalena. Él volvía después de cenar con unos amigos. Me invitó a una copa en su casa, que se encuentra cerca de allí. Decía que sería rápida, una copita y nada más. Era todavía temprano para la fiesta, podría llegar un poco más tarde. Monté en su coche, me llevó a su casa, abrió una botella de cava. No me acuerdo de más, cuando desperté, me encontraba en una cama con las manos y los pies amarrados. Ni siquiera grité porque el pánico me paralizaba.

—¿Y después?

—Cuando le prometí que me iba a portar bien, me soltó las ligaduras. He estado encerrada con llave en una habitación insonorizada con baño incluido que tenía la ventana soldada y la persiana echada e inutilizada. Él me proveía de comida una vez al día, y una vez a la semana lavaba mi ropa.

—¿Te ha violado?

—Sí, me obligaba a dormir con él. Por eso estaba en su cama cuando irrumpió la policía.

—¿No intentaste escapar?

—Me amenazaba con matarme si intentaba algo. Estaba aterrorizada.

—¿Te ha hecho daño?

—Daño físico no. Se ha portado bien y me ha cuidado. Me proporcionaba todo lo que necesitara. He estado bien alimentada y aseada. A veces me pintaba con un rotulador para hacerme fotografías en las que pareciese que estaba tatuada.

—Es suficiente, seguiremos hablando, no quiero cansarte más, estarás deseando ver a tu familia. Ahora te van a llevar al hospital para que te reconozcan y después, a casa.

—Gracias.

Un coche patrulla acude a buscarla. Al salir escoltada de los juzgados, el murmullo se vuelve grito, los pasos se vuelven carrera, se disparan fotografías en desconcierto. Alicia sonríe a las cámaras, se acerca a los periodistas para contestar preguntas, el grito se vuelve estruendo, arietes en forma de micrófono la acorralan. Los policías lo impiden interponiendo sus cuerpos y sus rostros destemplados entre la jauría y la muchacha. Ella se enoja, se niega a subir al coche, cruza los brazos, pone cara de enfado de piruleta. Los agentes se miran extrañados, no saben qué hacer, uno de ellos le habla:

—Señorita, no es aconsejable. Además, su familia la espera impaciente y deseosa de abrazarla.

Alicia comprende que sus padres querrán saber lo ocurrido de su boca y no por los medios de comunicación. «Ya habrá tiempo». En el hospital, cariño y atenciones aterrizan en ella en forma de abrazos y besos. Después de ser reconocida, el coche patrulla para ante la puerta del bloque donde viven sus padres. Otra marea de cámaras y micrófonos engulle el auto, los agentes tienen que hacer fuerza para abrirse paso entre una multitud que la aplasta. «Soy una estrella». El monstruo de mil cabezas y micrófonos permanece rugiendo detrás de la cristalera, algún tentáculo se ha querido colar, pero ha sido cortado por el hacha de la autoridad. Al salir del ascensor, la madre de Alicia se lanza hacia ella gritando y llorando para abrazarla, igual que el padre y después la hermana. La piña que forma la familia es prieta, tardarán veinte minutos en liberarse los piñones. «No puedo decirles la verdad, los destrozaría». En el interior del piso, calmadas las emociones, Alicia cuenta exactamente lo mismo que a la jueza. «Deben coincidir los relatos». Los móviles de la casa permanecen apagados, el teléfono fijo suena sin parar, no lo cogen. «Me muero por hacerlo». Alicia dice a sus padres:

—La próxima vez que suene, contestaré yo. —No tarda ni cinco segundos. Lllaman del programa de televisión *El pingüino en pijama*. Quieren que acuda en directo al plató en Madrid.

—Sí, encantada de asistir a su programa, cuenten conmigo.

17

Después de las vacaciones de Navidad, Neme se incorporó a su clase de séptimo de E.G.B. Seguía encontrándose solo, más que nunca, porque ni sus padres ni Pros le hablaban si se cruzaban con él por la calle. Cuando Alma se topaba con el muchacho, quedaba quieta, sin saber qué hacer, deseando abrazarlo; pero comenzaba a gimotear, se daba la vuelta y salía corriendo. Sus iguales lo despreciaban y se burlaban escribiendo en los muros blancos de cal alusiones a «Neme el maligno». Los parroquianos de Haftarad aceleraban el paso para huir cuando lo veían por la calle. Para la abuela Francisca no existía. Fabiola, por la tarde, se sentaba con él a estudiar. Se había autoimpuesto la obligación ineludible de guiar a su sobrino por los rectos caminos de Dios, así le demostraría de una manera indiscutible a Serenidad lo equivocada que estaba. El abuelo Virgilio lo llevaba a pasear por el camino de los castaños encantados, y siempre que jugaba al ajedrez con don Manuel, Neme estaba presente, pues el médico opinaba que era un niño muy inteligente. Solo un año después de que le enseñaran el movimiento de las piezas, ya era capaz de ganar partidas al abuelo y al doctor.

En abril de 1996, un Mercedes biplaza SL 500 rojo descapotable aparcó en la plaza de la fuente junto al hostel restaurante Los Monteros. Del auto bajó un caballero alto que rondaba los cuarenta años. Vestía un terno gris perla y camisa blanca con corbata color calabaza. Del bolsillo corazón de su chaqueta asomaba haciendo pico un pañuelo. Luisa, la de Ramón, y Lola, la del beato quedaron convertidas en estatuas de sal contemplando el Adonis de piel morena e intensos ojos azules; los bidones de plástico que llenaban en la fuente rebosaban sin que sus dueñas pudieran reaccionar. El caballero entró en el hostel restaurante.

Carmelita, al verlo, también quedó hipnotizada. La caña de cerveza que estaba sirviendo colmó y chorreó sobre el vaso en cascada de espuma. Sin duda, aquel hombre hacía derramarse a las mujeres. Arcadio también quedó deslumbrado por el Rolex de oro que el forastero lucía en la muñeca, por el anillo de rubí de su dedo anular y por los gemelos de lapislázuli. Corrió para acomodar al caballero en la mejor mesa, junto al ventanal, con vistas a la plaza.

—¿Qué va a tomar el caballero?

—¿Cuál es la especialidad de la casa?

—Las carnes de cerdo ibérico o de ganado retinto a la brasa y los guisos de venado. También tengo unas gambas de Huelva excepcionales que me llegan frescas todas las mañanas. ¿Le traigo la carta?

—Sí, por favor.

Tras ojear la carta, el hombre pidió una ración de jamón cinco jotas y otra de gambas, solomillo de retinto con guarnición de gurumelos y chalotas, y copa de nueces con nata con gotas de caramelo casero para rematar la faena. De beber: Viña Ardanza del 82. En la cartera de Arcadio sonaron trompetas celestiales, le había pedido lo más caro que se servía en su restaurante. Cuando el forastero acabó de almorzar:

—¿Ha estado todo del gusto del caballero?

—Exquisito, tengo que felicitarlo, y se lo dice alguien que ha probado los mejores restaurantes del mundo.

—Muchísimas gracias.

—Me presento, soy Ricardo Federico de la Lastra Falcó y Borbón Parma, marqués de Aguamarina, duque de Oropesa, pero me gusta que me llamen Richard. Encantado de conocerle. —Tendió la mano, Arcadio la estrechó.

—Arcadio Gutiérrez, para servirle.

—Quería preguntarle, señor Gutiérrez, si dispone de alguna habitación para alquilar en la que pudiera pasar la noche, pues quiero ofrecer hoy y mañana mis servicios en este pueblo.

—¿A qué se dedica su excelencia? Perdón, ¿tal vez sea vucencia su trato?, disculpe mi ignorancia.

—Solo Richard, señor Gutiérrez, por favor. Soy genealogista.

—¿Y eso qué es?

— Pocos son los hombres inmunes al orgullo más o menos inocente de su genealogía. La genealogía es la ciencia de encontrar antepasados nobles en personas que creen que no los tienen. Mi labor resulta en extremo importante porque los árboles genealógicos representan un capítulo importante de la enciclopedia inédita de cada familia. Príncipes y nobles, llevo hasta ellos y sigo remontándome a lo largo de ciento veinte generaciones hasta llegar a Adán. Sin duda, la Biblia afirma que todos descendemos de Adán, pero pocos son los mortales comunes que pueden permitirse probar las diversas etapas de esta línea genealógica. Yo lo consigo y lo certifico, pues tengo acceso a antiquísimos, completos y secretos árboles genealógicos de mil familias nobles y reales de Europa.

—Y si hay personas que desciende de la nobleza, ¿por qué no lo saben? —preguntó, fascinado, Arcadio.

—Porque existe una solución de continuidad oculta e inexplorada, pues el adulterio no era de ningún modo raro entre la realeza y la nobleza. Las personas, en su anhelo de hallar antecesores ilustres, no se oponen a que el vínculo sea fruto del amor adúltero o del nacimiento de bastardos, y es que la sangre real a nadie ensucia, ¿verdad?

—¡Verdad, verdad!

—Y dígame, señor Gutiérrez, ¿cree que hay alguien en el pueblo que pudiera estar interesado en mis servicios?

—Alguno o alguna sí que hay, se lo aseguro.

—Si fuera tan amable de proporcionarme nombres y direcciones, se lo agradecería añadiendo una generosa propina al pago del suculento almuerzo que acabo de disfrutar.

—Ahora mismo, apunte.

Richard visitó en primer lugar a don Torcuato, el alcalde, quien, después de dar un sonoro taconazo, ponerse firme y saludar a la manera militar, se mostró muy interesado:

—Me alegro de que haya venido su majestad a nuestro pueblo. Siempre he estado convencido de provenir de alta cuna.

En el salón de la casa, le enseñó a Richard los enormes retratos de Alfonso XII, Franco y Juan Carlos I, también los de Manuel Fraga y José María Aznar. Por aquel entonces ya había descolgado y tirado a la basura el de Adolfo Suárez, cuyo marco le sirvió de leña para encender la chimenea. Pagó las primeras cien mil pesetas necesarias para que el conde comenzara sus investigaciones. También las pagó don José Sebastián, pues un orinal muy antiguo, que según le aseguraron en París cuando lo compró fue utilizado por Luis XIV, tenía inscritas las letras J y S. Quien más entusiasmo e ilusión mostró fue doña Francisca. Para recibir a Richard, sacó el juego de café de porcelana estampada con pequeñas flores de lis en color azul, y cubiertos de plata para degustar una tarta que había encargado en el obrador de Juan Ramón. Después de cobrar las cien mil pesetas, Richard extendió un recibí por dicha cantidad en el que se especificaban los servicios que la Paca contrataba.

—¿Sabe los nombres y apellidos de sus antepasados? — preguntó Richard.

La Paca conocía los de sus cuatro abuelos, pero ahí se quedaba, ni siquiera sabía el de un solo bisabuelo. Lo mismo había ocurrido antes con don José Sebastián y don Torcuato.

Por la noche, en el hostel, cuando las luces se habían apagado, Magdalena, la hija de Arcadio y Carmelita, salió de su habitación en camisón para dirigirse a la de Richard. Tocó con los nudillos, la puerta se abrió, la muchacha entró para meterse en la cama del hombre. Magdalena disfrutaba entonces de veintitrés años entraditos en carnes, pero con curvas y forma de mujer. Los hombres del pueblo decían que estaba buena «para reventar», las mujeres que «estaba más caliente que el palo de un churrero» y que se había pasado «por el arco del triunfo» a la mitad de los hombres de la comarca. Carmelita, desde su colchón detrás de la barra, y Arcadio desde su habitación, escucharon primero los pasos de su hija dirigiéndose a la habitación de Richard, después los gemidos de placer con los que la muchacha rompía el silencioso descanso del hostel.

A la mañana siguiente, Arcadio preparó un suculento desayuno con su mejor aceite de Baena y jamón ibérico cinco jotas sobre un pan único. Aunque estaba cansado porque se había pasado la noche rezando a Santa Ana y a San Gerardo para que el marqués dejara embarazada a su hija, se levantó temprano para amasar y hornear la hogaza. Richard, después de disfrutar con los alimentos con el que su anfitrión lo agasajaba, montó en su Mercedes descapotable y puso rumbo a Madrid dejando tras de sí una estela de suspiros femeninos.

En el pueblo se rumoreaba, e incluso se apostaba, que el marqués no volvería, que había estafado y se había reído de «los tres tontos». Llegó el mes de mayo, «calma, es muy pronto». En junio, alguno, cuando compraba en el supermercado Hidalguía, ya sonreía maliciosamente ante doña Francisca mientras esta le servía un cuarto de nabos. En julio, los interesados comenzaron a sentir una moderada preocupación, aunque atenuada porque siempre que llamaban a Richard por teléfono, incluso a un móvil, siempre contactaban con él y les daba explicaciones de la marcha de los trabajos. En agosto, un cachondeo general brillaba en los ojos y las muecas socarronas de los paisanos. En septiembre, las burlas se desvistieron de prudencia para convertirse en escarnio descarado y directo. A primeros de octubre, el Mercedes de Richard subió la carretera hasta alcanzar la plaza. El marqués, como siempre impresionante, puso pie sobre el adoquinado de Haftarad. En su cartera portaba árboles genealógicos certificados.

Resultó que don Torcuato era descendiente directo de Napoleón, y más allá, de Adán. El alcalde compró inmediatamente una lámina del emperador cruzando los Alpes a lomos de un caballo blanco, obra pictórica de Jacques Louis David. Y otra lámina de Adán, del insigne y magno Durero. De Eva no, pues, aunque no dejaba de ser su abuela, no merecía semejante honor por su «execrable comportamiento pecaminoso».

Don José Sebastián era descendiente del rey Salomón, y, por supuesto, de Adán.

—Dedicaré el resto de mi vida a encontrar el orinal de mi antepasado, el rey Salomón.

Desde que conoció su parentesco con semejante sabio, don José Sebastián, cuando hablaba, erguía aún más su cuerpecito, su bigotito y su dedo índice como muestra de plena y absoluta sapiencia.

—Como el rey Salomón, seré magnánimo y comprensivo con quienes se han burlado de mi procedencia. Ellos no tienen la culpa de su propia ignorancia.

Doña Francisca era descendiente de un hijo bastardo de Fernando VII, y de Adán. Ese hijo bastardo era su tatarabuelo.

—¡Soy Borbón, prima tuya, Richard, mi querido pariente, y de Juan Carlos I! —exclamó la Paca mirando al cielo.

—Sí, prima, sí, así es —contestó Richard.

—¿Dónde te hospedas, primo?

—En Los Monteros.

—De eso nada, esta es tu casa, te quedas aquí. Inmediatamente mando a limpiar y preparar una habitación que esté a la altura de tu nobleza.

—¿A quién le vas a encargar la limpieza? —Preguntó Richard.

—A Maribel, la del tuerto, ¿por qué?

—¿Podrías cambiarla por Magdalena, la hija de Arcadio?

—Sí, claro —respondió la Paca, quien no entendía ese repentino empeño.

Virgilio trabajaba su huerta, en las afueras de Haftarad. En ella poseía una vivienda, aunque casi nunca se quedaba allí a dormir, la utilizaba más para guardar utensilios y aperos de labranza. Al atardecer, como cada día, volvió a casa, donde se encontró la muy desagradable sorpresa de que el «payaso» de Richard se había instalado en su hogar por iniciativa de «la loca delirante de mi mujer».

—¿Hasta cuándo se queda el fante?

—Hasta cuando quiera, es mi primo, está en su casa.

—¿Tu primo?

—Quiero que sepas que desde hoy me llamo Francisca López Gómez y Borbón.

—Tú estás loca, todo eso son estupideces. Te han estafado cien mil pesetas. Te lo dije, pero no escuchas a nadie, y menos a mí.

—No me han estafado, mira el certificado. —Virgilio no miró el diploma colorido en azul pavo y pergamino, escrito con letras doradas. La Paca prosiguió:

—Si te han parecido mucho cien mil pesetas, reza, porque ahora necesitaré muchísimo más para alternar con personas de mi alcurnia.

—¡Yo no puedo ver esto!, y ya que no te puedo ingresar en el psiquiátrico, me iré yo. No viviré aquí mientras el mamarracho ese esté presente.

—Como quieras, ¿dónde vas a ir?

—A la casa de la huerta. La adecentaré.

—Podías llevarte al pijooso de Neme. No es digno de vivir entre Borbones.

Virgilio miró a su mujer de arriba abajo con un desprecio que resbalaba hasta el suelo, se dio media vuelta y escapó del salón. Antes de salir de la casa, le dijo a Neme:

—Puedes visitarme en la huerta cuando quieras.

—Sí —contestó Neme.

—Obedece a tu tía Fabiola, ya ves que se porta muy bien contigo.

—Sí.

—Y no hagas caso, para nada, ni de tu abuela ni del chufla ese de Richard.

—Vale.

La vuelta de Richard al pueblo ocasionó una serie de tiranteces entre los habitantes. La Paca recriminó muy seriamente a don Torcuato el que su antepasado, Napoleón, hubiera encarcelado en Francia al suyo, Fernando VII.

—Y es que eso, don Torcuato, no se hace. Y menos invadir nuestra patria.

Los ánimos se exaltaron tanto que Pros y Mario, su compañero de músculos, a la salida de misa, agarraron a don Torcuato por la solapa y lo zarandearon fuertemente.

—¡Invasor de mierda, devuelve las obras de arte que le robaste al pueblo español!

Pros y Mario fueron detenidos por el Cohete, quien los tuvo dos días arrestados en su propia casa. En esos dos días, los jóvenes arrasaron con todas las cervezas y la comida existentes en la nevera del policía municipal. Don Torcuato, a su vez, se vengaba de cualquiera que se hubiera reído de él durante la ausencia de Richard negándole cualquier menester que el burlador necesitara del ayuntamiento. Don José Sebastián se ensañaba poniendo interminables deberes a los alumnos cuyos padres hubieran puesto alguna vez en duda sus incuestionables conocimientos. Las mujeres dejaron de entrar en el hostel restaurante Los Monteros porque Magdalena, cada día que pasaba, «es más puta».

El otoño fue calmando ánimos. Virgilio no había vuelto a su casa, la Paca encargó para enmarcar láminas de todos los reyes borbones españoles. Magdalena «limpiaba» tres veces en semana la habitación de Richard, quien se paseaba en calzoncillos y camiseta de tirantas por la casa, circunstancia que provocaba en Fabiola intensos sofocos que le subían desde su centro, se enrollaban en sus pequeños senos y se evaporaban sin conocer consuelo. Entonces corría a su habitación, apretaba el cilicio contra su muslo, se arrodillaba y rezaba el Rosario. Entonces seguía dedicada por entero en hacer de Neme un hombre estudioso, de bien, digno siervo de Dios.

Poco antes de Navidad, Richard habló con la Paca:

—Querida prima. Creo que ha llegado el momento de que goces de un privilegio reservado a nuestra familia.

—¿De qué privilegio se trata?

—Del derecho a comprar semillas de vid de oro.

—No te entiendo, no había oído antes hablar de ello — respondió la Paca poniendo ojos de búho.

—De todo el mundo es sabido que en la tierra se encuentra oro en estado blando, semilíquido, imposible de extraer. Ciertas plantas, especialmente la vid áurea, hunden sus raíces en este oro blando y líquido, y absorben el precioso metal de modo que el oro se eleva por las ramas, pasa a las hojas y aun al fruto formando pepitas. En España hay muchas de estas vides bebedoras de oro, pero todas pertenecen a la familia Borbón, pues, como ya te he aclarado, es un

privilegio reservado a nuestra sangre. Nadie que no pertenezca a nuestra familia puede adquirir semillas de vid áurea. Yo mismo poseo en la provincia de Toledo varias hectáreas plantadas. En septiembre, tras la vendimia, mis uvas no se destinan al consumo humano ni a la fabricación de vino. Se abren uva a uva para extraer las pepitas de oro y las maravillosas semillas, lo que me hace inmensamente rico. Tu árbol genealógico certificado es suficiente documento para que te sea permitido adquirir este tipo de semillas. Yo mismo te las puedo vender.

—¿Y si en esta tierra no hay ese oro blando que dices?

—En todas las tierras se encuentra ese oro. Es cierto que unas son más ricas que otras, eso no te lo voy a negar, pero hasta la más pobre hace rico a su amo. No se conoce ningún caso que esta especie de vid no haya formado pepitas de oro en su interior.

—¿Cuánto cuestan las semillas?

—Puedes imaginar que son extraordinariamente caras. No compras semillas, inviertes en tu futura riqueza. Cincuenta semillas de vid áurea cuestan un millón de pesetas.

—Es muchísimo dinero.

—Sí, sin duda. Claro está, querida prima, que se trata de un privilegio, no de una exigencia. No estás obligada en absoluto.

—Déjame que lo piense, primo.

La Paca pasó toda la tarde dando vueltas a la cabeza, hasta que, en un alarde de inusitada valentía, vio la luz. Durante la cena, a base de buenas viandas como exigía su estatus, le dijo a Richard:

—Un miembro de la familia Borbón no debe seguir sirviendo patatas en un supermercado. Yo poseo media hectárea de terreno en el camino de las huertas, ¿cuántas semillas harían falta para sembrarla?

—Con mil bastará.

—Y eso es...

—Veinte millones de pesetas. No te arrepentirás, dentro de dos años, cuando den fruto, podrás vivir como merece tu rango.

—Afortunadamente los tengo ahorrados. Mi marido no querrá ni oír hablar de ello, no permitirá sembrarlas o plantarlas,

tendré que contratar a hombres que lo hagan. Me quedaré sin dinero, pero cuando den frutos, seré rica y, además, venderé el supermercado a una persona de más baja alcurnia que la mía.

—Esta misma semana viajaré a mis tierras para traerte las semillas. Esto hay que celebrarlo.

—Mañana te invito a comer en el restaurante, primo.

—Encantado, prima.

En la primavera de 1977, la Paca mandó preparar las semillas de vid áurea que le había comprado a Richard para ser sembradas primero y plantadas después. Se había quedado sin dinero, razón por la que pidió un préstamo para comprar ropa y joyas que hicieran honor a su apellido, incluida una pequeña corona fabricada en plata con incrustaciones de perlas. Se paseaba a menudo junto a Richard en el Mercedes descapotable, cuya gasolina pagaba ella, saludando con la mano para que «el pueblo tenga la oportunidad de demostrarme su cariño». En el supermercado, cuando le compraban verduras o un cuarto de mortadela o un trozo de bacalao en salazón, las vecinas le decían con sarcasmo:

—Doña Francisca, ¿le importa a su majestad despacharme medio kilo de cebollas?

Ella se lo tomaba con naturalidad, pues lejos de notar el tono de socarrona burla, estaba convencida de que se dirigían a ella con el debido tratamiento.

—Majestad, yo creo que las vides de oro es un cuento, una estafa. Se lo comento porque la aprecio y me dolería verla sufrir.

A lo que la Paca contestaba:

—Si fuera una estafa, no seguiría el Marqués en mi casa, se habría ido.

—Sí, sí. Todas sabemos que duerme y come en su casa, y que Magdalena le «limpia» la habitación varias veces en semana.

En el verano de 1999, la cosecha estaba a punto de germinar, por fin, su fruto. La Paca puso guardianes de absoluta confianza que le costaron muchísimo dinero para que vigilaran de noche. No podía desaparecer ni una sola incipiente uva. Richard viajó a Madrid para

despachar unos asuntos con el rey. En septiembre, aún no había vuelto.

—¡Qué raro! No lo localizo en ningún teléfono y no coge el móvil. ¿Le habrá pasado algo?

Llegó el ansiado momento. Un ejército de guardianes vigilaba a los vendimiadores. Mediante furgón blindado, contratado a una empresa de seguridad, se transportaron los primeros doscientos kilos de uva hasta una nave alquilada. La Paca, ataviada con un vestido de raso y con la tiara de plata sobre su cabeza, dijo solemne ante Fabiola, el personal contratado para abrir las uvas, los vigilantes y los dos guardias de seguridad que habían escoltado el fruto:

—Señores, este es el momento más importante de mi vida. Hoy alcanzo el nivel económico que mi nobleza exige. Procedo a abrir las primeras uvas de oro. Comienza la ceremonia de inauguración del proceso de recogida de pepitas.

Emocionada, alargó su mano derecha para que Fabiola le pasara un cuchillo de oro encargado en Sevilla a un reputado orfebre. Tomó la primera uva; hermosa, de un bello color dorado; entre los dedos índice y pulgar de su mano izquierda, la colocó sobre una tabla de cocina, cortó la uva por la mitad. Buscó dentro del fruto.

—Esta no tiene oro. Es normal que no lo encuentre justo en la primera.

Cortó la segunda uva, la tercera, la cuarta...

—¡Vaya!, parece que se resiste, será que este racimo no es bueno.

Tomó otro racimo. Continuó cortando, nada. Nerviosa, temblorosa, no atinaba a seguir abriendo uvas. Dio la orden de comenzar. Cincuenta hombres, vigilados muy de cerca por los ojos de otros cincuenta vigilantes, comenzaron la labor. Aquellos primeros kilos fueron seccionados, uva a uva, en menos de dos horas. No apareció ni una sola pepita de oro. La Paca palideció, cayó al suelo, comenzó a convulsionar a la vez que otros furgones blindados cargados de uvas llegaban hasta la puerta de la nave. Don Manuel fue

avisado de urgencia, ordenó su inmediato traslado al hospital en ambulancia.

Quince días después, acompañada de Virgilio y de Fabiola, la Paca volvió a casa. Interpuso denuncia contra Richard en la Guardia Civil. Después de una primera y somera investigación, se confirmó que no existía nadie con el nombre de Ricardo Federico de la Lastra Falcó y Borbón Parma, marqués de Aguamarina, duque de Oropesa. En la pantalla de un ordenador, «mediante una cosa que decían los guardias que se llamaba Internet», la Paca logró reconocer la fotografía de Richard. Aparecía en la base de datos de la Guardia Civil como un conocido y buscado estafador llamado Juan García Torrejón, alias el Guapo.

No se sabe cómo, antes de que la Paca y Virgilio volvieran de Aracena de interponer la denuncia, en Haftarad ya se conocía hasta el nombre del estafador. Las primeras burlas se cebaron con don Torcuato y don José Sebastián. Don Torcuato descolgó del salón de su casa los retratos de Napoleón y de Adán, don José Sebastián desistió de viajar a oriente medio para buscar el orinal del rey Salomón. El escarnio más directo, indisimulado, generalizado y cruel lo sufrió la Paca, pues casi todos los habitantes del pueblo corrieron a por sus hachas para hacer leña de la mujer caída. Se metió en cama deprimida, atormentada por su estupidez, las burlas y la ruina de muchos millones de pesetas con la que había rehipotecado su casa y su negocio para comprar las semillas, pagar al numeroso personal, contratar los servicios de la empresa de seguridad y alquilar la nave.

—No se preocupe su majestad. Pronto, con la entrada del euro, verá que la cifra de dinero que debe es mucho menor —gritaban desde la plaza para que la gracieta se colara por el balcón abierto y alcanzara sus avergonzados oídos.

—Ha llamado el rey para interesarse por ti. Dice que mañana viene a verte.

—¿El coño de sangre azul también te lo ha certificado el marqués?, ¿le ha puesto el sello en forma de carajo?, ¿te lo ha firmado con tinta blanca?

Una noche de noviembre, cuando Fabiola ya había cerrado el supermercado Hidalguía, Neme bajó al almacén porque necesitaba un cuaderno nuevo para hacer un trabajo de tercero de B.U.P. Al encender la luz, vio que su abuela, la Paca, colgaba por el cuello de una soga amarrada a una viga del techo. La soga aún oscilaba en un pendular macabro, la abuela dio una última patada refleja, tenía el rostro amoratado, los ojos semicerrados y le asomaba la lengua hacia la comisura izquierda. Neme cogió un cuaderno y un bolígrafo de la zona de papelería, apagó la luz, cerró la puerta del almacén y subió a su habitación para comenzar el trabajo de literatura. Estuvo escribiendo dos horas, copiando de una de las enciclopedias del abuelo Virgilio. Cuando acabó, cogió del frigorífico un emparedado de lechuga, tomate y queso. Lo tomó, sentado en la mesa de la cocina, junto con un vaso de leche. Después se fue a la cama.

De madrugada, un grito aterrador despertó a todo el pueblo de Haftarad. Fabiola, una de las veces que se había levantado a orinar, fue a la habitación de su madre para ver si se encontraba bien. Al no verla en la cama, la buscó por la casa, después bajó al supermercado y, por fin, abrió la puerta del almacén. Fue entonces, al encontrarse a su madre colgada, cuando lanzó el espeluznante grito que pudo escucharse en Portugal. Virgilio bajó corriendo, intentó descolgar a su mujer, no podía, pesaba demasiado. Fabiola, en shock, deambulaba como un fantasma incrédulo, con los ojos perdidos en sus impresionados pensamientos. Virgilio llamó gritando desesperado:

— ¡Neme, Neme!, baja al almacén.

Un grupo de vecinos llamaba a la puerta. Fabiola, temblorosa, logró meter la llave en la cerradura y abrir. Los paisanos corrieron hacia donde la mujer señalaba y ayudaron a Virgilio a descolgar a la Paca. Neme bajó en ese momento.

Fabiola se abrazó a Neme.

— Neme, la abuela ha muerto.

— Ya lo sabía.

— ¿Ya lo sabías?

— Sí.

— ¿Por qué lo sabías?

—Porque anoche, a las diez, bajé al almacén a por un cuaderno y la vi colgada.

Fabiola soltó a Neme electricado y dio varios pasos atrás. Lo miraba como quien contempla a Satanás sonriendo el día del juicio final.

—¿Por qué no has dicho nada? —preguntó espantada.

—Porque nadie me ha preguntado.

Una semana después, una vez enterrado el enorme cuerpo de la Paca, Fabiola echó a Neme de la casa. «De la misma manera que Nuestro Señor expulsó a Adán y Eva del paraíso. Dios sabe que he intentado arrojárselo en brazos de la Santa Madre Iglesia, pero ha sido misión imposible, es la encarnación de Lucifer en la tierra».

Virgilio se llevó a Neme a vivir con él en la casa de la huerta, acondicionada desde que huyó de la «estupidez de mi esposa» cuando daba albergue al primo Richard. La convirtió en su retiro de una humanidad de la que sentía un desprecio universal. El muchacho continuó asistiendo al instituto en Aracena, pero no ponía un pie en el pueblo porque la sabiduría popular no albergaba ni la más mínima duda sobre su malignidad. «Yo tengo un *pesqui* que no se me va una, me di cuenta desde pequeñito, y no suelo equivocarme». Varias personas aseguraron que olían a azufre cuando se cruzaban con él.

—Es un hecho más que probado que por donde pasa se hace presente el mal —comentaba Encarni mientras teñía los cabellos de sus clientas en el salón de peluquería Enkarny.

Fabiola se quedó a vivir sola en casa de su madre, se hizo cargo del supermercado y de la deuda generada por la estafa sufrida. Atormentada por su fracaso con Neme, penaría en una eterna expiación para pedir perdón a Dios Todopoderoso.

El nuevo milenio amaneció, 2001 se hizo realidad con la decepción de quienes habían soñado con él durante una vida: los coches no volaban, tal como habían imaginado desde niños. Neme había aprobado la selectividad, fue capaz de estudiar a la vez que ayudaba al abuelo Virgilio en los trabajos de la huerta. Desde que dejó de ir al instituto no salía de los límites de la finca. Don Manuel, gran lector, le prestaba las novelas que él acababa de comprar y de leer.

Neme no sentía placer al leerlas, pero consideraba que así dedicaba su tiempo libre a algo provechoso, enseñanza que le inculcó Fabiola, ahora arrepentida y mortificada por haber instruido a Satanás en la tierra. Don Manuel estaba empeñado en que Neme estudiara una carrera, el joven estaba de acuerdo:

—Pero a distancia.

En el mes de febrero, Arcadio sufrió un ictus que le ocasionó una hemiplejía en el lado izquierdo de su cuerpo. Cuando volvió del hospital, Carmelita y Magdalena se dieron cuenta de que solo se afeitaba el lado derecho de la cara, dejando el izquierdo sin rasurar. Alertadas por el curioso hecho, decidieron observar más detenidamente los actos de su padre y esposo. Pudieron comprobar que al ducharse no enjabonaba ni secaba su lado izquierdo, ni peinaba la mitad izquierda de su cabeza, ni ponía desodorante en esa axila, y solo cepillaba los dientes de su lado derecho. Comía la mitad derecha del plato y se limpiaba ese lado de la boca. En la cama, se tapaba con la manta solo el lado derecho. En la cocina, leía la mitad de la receta y cocinaba con los ingredientes que en la mesa se encontraban en el lado derecho, omitiendo los que se encontraban en el izquierdo. No encontraba alimentos almacenados en un lado de los pasillos del almacén, y en la caja registradora solo utilizaba las teclas de su lado derecho. Don Luis, Fabiola y don José Sebastián sentenciaron que, sin duda, era consecuencia del intenso terror que a Arcadio le habían producido toda su vida los partidos de izquierda. Don Manuel les explicó que se trataba de una heminegligencia izquierda provocada por el ictus sufrido, pero ellos siguieron convencidos de la indiscutible solidez de su teoría. En lo que sí estaba todos de acuerdo era en que no podía seguir regentando el hostel restaurante Los Monteros.

Carmelita, ante la posibilidad de verse obligada a salir de detrás de la barra, sufrió un ataque de pánico. Se agarró fuertemente al tirador de cerveza y gritó histérica:

—¡De aquí no me saca nadie!

Magdalena comprendió que tendría que ser ella la que tomara el timón del negocio familiar. No le sería difícil, pues había

crecido entre peroles y botas de vino. Desde los dieciocho, había conocido también la suavidad de las sábanas de todo huésped bien parecido. Continuando con su afición, una noche de primavera se metió en la cama de Dionisio, un representante de lanas, cintas, cordones, hilos y botones que había acabado la jornada firmando un pedido de la mercería Pury. Dionisio le descubrió prácticas sexuales que Magdalena desconocía. Los gritos de placer alcanzaron hasta el Ecce Homo, en la parte alta del pueblo.

—¡Ya está la Magdalena dándole al lerele!

El escándalo duró hasta el amanecer. Por la mañana, Rosa, la del Pichulo y María, la del Lechuga juraron que cuando se acercaron para limpiar la hornacina del Ecce Homo, la imagen aún se tapaba los oídos con sus manos de madera policromada.

Dionisio se quedó a vivir con Magdalena, pues eran tal para cual. Dejó la representación de artículos de mercería para colaborar en las tareas del restaurante. Junto a él, el deporte favorito de Magdalena se había enriquecido con cambios de pareja, tríos, orgías y contactos homosexuales. La mujer disfrutaba de sus días y de sus noches, se sentía realizada, plenamente feliz.

Don Manuel consideraba insano que Neme no se relacionara con nadie, aunque sabía que al joven no le importaba la soledad, que incluso la prefería al contacto con otros seres humanos. Convenció a Virgilio para que le pidiera a Magdalena que le diera trabajo al joven, pues un restaurante era lugar ideal para que aprendiera a relacionarse.

—Mañana mismo comienza a trabajar, y además no tendrá que ir y venir de la huerta, le prepararemos una habitación para que viva en ella —contestó Magdalena. Virgilio y don Manuel eran las únicas personas en el pueblo a quienes la mujer tenía consideración, respeto y admiración. Conceder lo que le pedían significaba un honor. Del resto de paisanos, «me suda el coño».

Neme comenzó a trabajar en noviembre, justo cuando cumplía dieciocho años. Pronto aprendió a servir las mesas y a dejar el salón comedor y los servicios pulquérrimos. Su día a día era

trabajar y estudiar, pues se había matriculado en la U.N.E.D., en la licenciatura de psicología. Don Manuel le preguntaba:

— ¿Te gusta la psicología?

— No.

— Entonces, ¿por qué quieres estudiarla?

— Quiero saber qué es lo que me pasa.

Desde que Neme entró a trabajar en el restaurante, el negocio fue perdiendo clientela del pueblo. Unos estaban convencidos de que atraía las desgracias, otros que estaba involucrado en la autoría de esas desgracias. El temor a que las malas energías de Neme se les pegaran a la ropa los alejaba del local. La fama del muchacho peligroso había alcanzado oídos de representantes y viajeros, quienes dejaron de pernoctar en sus antiguas habitaciones sin baño. Meses después, excepto Virgilio y don Manuel, ningún habitante de Haftarad ponía un pie en sus centenarias lozas. Magdalena y Dionisio comprendieron que era el momento de dar un giro al negocio, un aire más moderno, más acorde con sus personalidades. Para ello fue preciso realizar una obra.

— Quiero mantener el aroma antiguo y genuino del hostel a la vez que le doy un estilo nuevo y actual. Creo que puede funcionar esa fusión — decía Magdalena.

El Live Los Monteros House quedó precioso. Se conservó lo antiguo y hermoso combinado con materiales actuales, nuevas tecnologías, muebles cómodos y luces de neón. La oferta de una exquisita y succulenta cocina serrana, copas a la luz de las velas con música relajante más habitaciones insonorizadas con yacusi, caló pronto en forasteros que acudían los fines de semana en busca de naturaleza, gastronomía, alcohol de calidad y sexo libre. Fue preciso contratar a un barman para que le enseñara a Carmelita, detrás de la barra, a preparar cocteles. Ofrecía, además, el aliciente de que los propios dueños se incorporaban gustosos y entusiastas a cambios de pareja, a tríos o a orgías, y ese encanto le imprimía al lugar un ambiente más cercano y familiar.

A Magdalena tampoco le parecía sano que Neme no se relacionara, sexualmente, con nadie. Habló respetuosamente con él,

sin coaccionarlo, pues para ella la libertad era el don más preciado que pudiera gozar el ser humano. Le ofreció sus favores, o los de Dionisio, si es que le apetecía más un hombre. Neme aceptó. No porque le atrajera aquel mundo ni porque sintiera deseos, sino porque consideraba que el sexo era una experiencia imprescindible que debiera experimentar un psicólogo. Comenzó con la pareja, quienes le enseñaron el arte de amar. Conoció a mujeres, a hombres, a grupos. Saboreó las mieles del sexo, solo que esas mieles no le sabían a nada, y aunque alcanzaba el orgasmo, aquello era más un trabajo que un placer.

—Magdalena, te agradezco el interés, pero esto del sexo no me interesa en absoluto.

Los años pasaron tranquilos. El estrecho universo de Neme era trabajar, ahorrar, estudiar, leer novelas y jugar al ajedrez con don Manuel y su abuelo Virgilio. Se licenció en psicología en junio de 2006 con media de sobresaliente. Necesitaba seguir trabajando varios años para ahorrar dinero, pues su proyecto era ubicar su consulta en Sevilla, en una gran ciudad, donde no tuviera que relacionarse con gente, donde no tuviera que soportar que se metieran en su vida. La historia se precipitó, en marzo de 2008, Pros apuñaló en el corazón a un conductor, vecino de Haftarad, que le recriminó que no le hubiera cedido el paso en el cruce de la plaza. Fue detenido, encarcelado, juzgado y sentenciado por homicidio a veinte años de cárcel. Debido al incidente, se convocó frente al Live Los Monteros House una agresiva manifestación para exigir que Neme abandonara el pueblo. «Dado el mal influjo que ejerce su persona sobre los habitantes, su salida se ha convertido en algo indiscutible e insoportable. Cuestión de vida o muerte, o tal vez, instinto de supervivencia».

Aunque todavía le quedaba mucho por ahorrar, Neme abandonó el pueblo el día de su vigésimo quinto cumpleaños. Metió en el maletero del coche de don Manuel su pequeña maleta en la que llevaba ropa interior, dos pantalones de color beige, dos camisas blancas y dos rebecas azules. El coche se perdió por la nacional. El doctor había comprado hacía años un piso en Sevilla, en San Juan de la Palma, y lo había decorado con exquisito gusto combinando piezas

de anticuario con la más fina loza en baños, cocina, y salón, donde los adornos de frutas naturales conseguían un ambiente relajado y bucólico. Lo habitaba cuando acudía a la ciudad necesitado de libertad y cultura. Los lustros habían encanecido sus cabellos y enlentecido sus articulaciones, las bocanadas de aire fresco las aspiraba de una manera muy distinta a la alocada de los años ochenta, en los que milagrosamente sorteó la negra sombra del S.I.D.A. El piso permanecía vacío entre semana. Don Manuel permitió que Neme se alojara en él hasta que la economía le permitiera alquilar otro.

Neme compró un ordenador, contrató publicidad de su consulta de psicología *online* en Google y comenzó a cursar un máster, también *online*, en trastornos de la personalidad. Acudía a desayunar al bar Santa Marta atraído por el buen trato, el delicioso café y las generosas tapas de tortilla. Solía sentarse en una mesa alta circular al fondo a la derecha, cobijado por el rincón. Desde allí observaba cómo diariamente, justo a las diez y media de la mañana, entraba en el establecimiento una chica que no aparentaba más de veinte años. En cuanto aparecía por las puertas revolucionaba el murmullo y el tintineo de tazas con un parloteo incesante. Las camareras del bar reían con ella a carcajadas contagiadas por simpatía al resto de clientes. Cuando abandonaba el establecimiento después de desayunar, quedaba el local adormecido en un silencio huérfano y desierto. Desde el primer día que la vio, Neme quedó hipnotizado por la muchacha. Le recordaba a Longe y a su torbellino ir y venir, subir y bajar, reír y reír. Quedaba tan absorto que una mañana la muchacha cayó en la cuenta de que aquel «chaval de enorme cabeza» no le quitaba ojo de encima. Comentó a las camareras en voz suficientemente alta para que se oyera en el rincón:

—Anda, mira, habéis disecado un búho.

Si Neme hubiera tenido la capacidad de avergonzarse, se hubiera enrojecido. Cuando las risas descendieron en decibelios, Neme dijo mirando hacia la chica:

—Lo siento, te pido disculpas.

La muchacha, enternecida por las sinceras disculpas, tomó el café y la tapa de tortilla con su poquito de mayonesa en una esquina

del plato y se sentó, sin pedir permiso, en la mesa donde se encontraba Neme.

—No, cariño, no hace falta que te disculpes, ha sido solo una broma. Es que yo soy muy burra y suelto las cosas así, sin pensar. En el fondo estoy encantada de tener un admirador porque no me echan un piropo desde que tenía cuatro años, cuando mi abuela me dijo: «¡Qué bonita eres!». Ahora, eso sí, tienes que saber que estoy recién casada. Mi marido es policía y muy chapado a la antigua, así que no puedes hacerte ilusiones, pero estoy encantada de gustarte.

—No me gustas de esa manera que tú piensas.

—¡Anda, coño!, con la ilusión que me había hecho. Entonces, ¿por qué me miras de ese modo?

—Porque me recuerdas a mi hermana.

—¿A tu hermana?, ¡qué decepción, hijo! Y a esa hermana, ¿la quieres o la odias?

—La quiero muchísimo.

—¡Vaya!, un alivio. ¿Por qué te la recuerdo?, ¿está tan loca como yo?

—Las dos sois la alegría hecha persona. Un hombre que no la conoce, se imagina cómo es cuando os ve.

A la mujer se le descolgó el alma. La tontura se le derramaba en la expresión como gotas de aguamiel descendiendo cuerpo abajo.

—¡Qué bonito! ¡Mira que me he puesto colorada! ¿Por qué estás triste?

—No estoy triste.

—Pero dices que no conoces la alegría.

—Ni la tristeza.

—Ahora sí que no te entiendo. ¿Cómo se llama tu hermana?

—Longe.

—¡Qué nombre tan raro! ¿Dónde está?

—Muerta.

La muchacha quedó callada, cortada, impactada, no sabía qué decir, tan solo se le ocurrió:

—Encantada de conocerte, me llamo Bárbara.

—Yo, Neme.

Bárbara se dio media vuelta y salió del bar Santa Marta. A las diez y media de la mañana del día siguiente, volvió. Buscó a Neme con la mirada, lo encontró sentado en la misma mesa. El café y la tortilla con su poquito de mayonesa en un lado del plato volvieron a viajar hasta la mesa.

—Disculpa que me fuera ayer así de una manera tan brusca, es que me quedé un poco cortada cuando me dijiste que tu hermana había muerto. Tú dirás que a mí qué me importa y que soy un poco cotilla, pero no he podido dormir apenas. Ni siquiera la conozco, pero es que yo soy así, muy emocional. ¿Te quieres creer que tu hermana me cae bien y que me da pena? Ilógico, lo sé, no tengo por dónde cogerme. ¿Qué edad tenía cuando murió?

—Ocho años.

—¡Ay, pobrecita mía! ¿Qué le pasó al angelito? No contestes si no quieres, me estoy poniendo muy pesada. Te estoy importunando.

—No me molestas. Longe se cayó de una encina, se golpeó en la cabeza con una piedra.

—¡Ay, por Dios! —Bárbara se tapó la cara con las manos. Neme prosiguió:

—Yo vi cómo perdió pie y cayó.

—¡Ay, no, no, no, no, no, no! —Bárbara tardó varios minutos en liberar sus ojos. Cuando pudo apartar las manos, Neme observó que corrían por su rostro lágrimas sinceras.

—Lo siento, tú me has preguntado.

—Soy yo la que te pido disculpas, no tengo enmienda, mi marido dice que Dios me va a castigar porque la curiosidad es un pecado.

Bárbara y Neme desayunaron juntos en el bar Santa Marta todos los días de esa semana. A las diez y media en punto y, si estaba libre, en la misma mesa. La mujer había encontrado el amigo ideal, hablaba y hablaba mientras el hombre escuchaba y escuchaba.

—Tengo diecinueve años. Hace solo tres meses que me casé, lo he hecho más por darle gusto a mi madre que por que se me apeteciera. Mi marido se llama Perfecto, el nombre parece que se lo

escogieron los padres a los veinte años, porque le viene como anillo al guante. No quiere que trabaje, así que tuve que despedirme del laboratorio de fotografía donde estaba empleada. Soy ama de casa, pero no tengo niños, y de la casa se ocupa una interna, así que tengo todo el día para aburrirme, y yo no valgo para aburrirme, me entra así una angustia para arriba que explota. Me he apuntado en un gimnasio a clases de boxeo, porque si no le pego al saco, me entra un sarpullido por el cuerpo. Prefiero pegarle al saco que a mi hermana o al gordo de mi cuñado. Han tenido ahora una niña, la verdad es que es un poquito fea, se parece al padre, aunque no es que mi hermana sea Miss Mundo precisamente, no nos parecemos en nada. Me gusta cogerla en brazos y oler a niño chico; a la niña, no a mi hermana. Mi marido quiere que tengamos cuatro hijos como poco, y yo no sé si quiero tantos. Pero dime, ¿a qué te dedicas tú?

—Soy psicólogo *online*.

—¡Qué interesante!, venga, diagnósticame. Te lo digo yo: ¡chocholocura general crónica atosigante nerviosa! Eso es lo que tengo. ¿Te gusta tu profesión?

—No.

—¿Entonces?

—Creo que es la mejor manera que tengo de servir a los demás.

—¡Oh!, ¡qué bonito!, pero ¿qué es lo que te gustaría hacer?

—Me gustaría resucitar a Longe, resucitar personas.

—Ahora sí que me ha entrado el cague, Frankenstein.

—Es imposible.

—Todo lo que te detiene está solo en tu mente. Eso me lo dijo un psicólogo al que me llevó mi marido cuando aún éramos novios porque decía que lo mío no era normal. Lo que él tiene entre las piernas sí que no es normal, pero de chico y porquería. El tío me enseñaba una foto de un caballo al que habían amarrado a una silla de plástico, y allí permanecía el pobrecito mío; el caballo, no el psicólogo, porque pensaba que no se podía mover. En ese tiempo andaba yo triste por la muerte de mi padre, entonces me dijo el loquero que no estaba muerto porque yo lo recordaba: «Solo mueres

si te olvidan». Así que nos vamos a mover arrastrando la silla de plástico. Punto primero, Longe no está muerta porque vive en tu recuerdo. Punto segundo, sé, porque me lo cuenta mi marido, que hay personas que mueren indocumentadas, no se puede saber quiénes son o si tienen familiares. Son enterradas en el anonimato, olvidadas en un nicho sin nombre y depositados sus restos en un osario cuando pasan siete años. Esos sí que mueren de verdad. Se me ocurre que, si somos capaces de investigar y encontrar la identidad de esas personas, rescatar su historia y hallar familiares, sería como resucitar gente. Podríamos crear una revista digital en la que colgáramos nuestras investigaciones. Sería muy interesante.

—¿Cómo vamos a saber si aparecen personas muertas indocumentadas?, ¿cómo vamos a acceder a esa información?

—Eso déjalo de mi cuenta, no hay puerta que se me cierre ni torre a la que no le pegue un trompetazo. ¡Qué ilusión! Ahora mismo corro a Pichardo a comprarme un disfraz de Sherlock Holmes.

Neme se levantó, pagó el desayuno y se fue sin despedirse de Bárbara, quien quedó asombrada. Hasta ese día, ella había salido antes del bar porque daba clases de boxeo a las once. Aquella mañana, con el entusiasmo de la conversación, se le había pasado la hora. Era la primera vez que Neme salía antes.

—¡Será maleducado! Mañana le tiro de las orejas. A este le enseño yo modales, aunque se los tenga que escribir en un manual.

18

La noche es cálida, propia de este mes de julio. La maleta, rayas fucsia y verde agua, está abierta sobre la cama, Rodolfo mete ropa en ella. Los pensamientos se mezclan en su memoria de pintor. Turbios son sus recuerdos, como cuando agrega demasiados colores a la paleta y el resultado es de un color sucio. Se marcha porque sigue sintiéndose acusado. Poco después de que Alicia fuera rescatada, la señora jueza Benavides le comunicó que dejaba de estar imputado, que se retiraban los cargos contra él. Aun así, aunque hay de todo como en botica, el dedo popular acusador le sigue señalando. Dobla una chaqueta, blanca con bovinas manchas negras. Conversa con su mente y su dolor:

«Los medios informativos, esos que tanto me han vilipendiado durante meses, no han tenido la decencia de rectificar ni de pedirme perdón. Cuando les conviene, titulan en letras gigantes; microscópicas son las que utilizan para lo contrario. En mi caso, inexistentes, ni una sola línea. El proceso ha resultado sumamente sensacionalista, ejemplo de un relato de perfecto morbo, escandaloso, con gente famosa implicada. Cultivo ideal para que se realice un juicio paralelo por gente ignorante que no conoce del derecho absolutamente nada. ¡Todos en posesión de la verdad! La sociedad disfruta del espectáculo como chancho en poza, ¡pasen y vean auténticos monstruos de la naturaleza! Destrozaron la presunción de inocencia, nadie evitó mi linchamiento público en un tsunami imparable de lodo. Hoy se puede calumniar gratuitamente. Difama, que algo queda. Han creado un ambiente agresivo contra la homosexualidad y la inmigración, nos tratan como criminales.

Imposible ser maricón o machupichu y no ser siniestro. En busca de ese morbo tan sabroso, ávidos de carnaza, incluso hacían quinielas publicadas en las que se apostaba por quién iba a ser el próximo famoso progre o invertido en ser imputado. Ruido, mucho ruido, cuanto más, mejor. Ni periodistas, ni jueces, ni asociaciones, ni alumnos han rectificado ni pedido disculpas porque se haya condenado, día tras día, a una persona inocente. ¿Quién me recupera el honor? ¿Quién borra mi nombre, Rodolfo Pantaguano, de esta historia? Quedará siempre ligado a la infamia. La gente recordará el escándalo, no la sentencia, y seguirán pensando que soy culpable».

Ahora es un pantalón color berenjena el que viaja hasta la maleta. «No sabíamos qué gente era, de donde venían ni por qué lo hacían; contra este rompeolas de papel han proyectado su ira tempestades de distinto signo político. Fiscalía, juez, policía y periodistas del morbo iban de la mano, pero hoy es imposible exigirles responsabilidades. No conocíamos ni siquiera por qué se nos acusaba, ¿cómo te defiendes de eso? Todavía me pregunto por qué fui involucrado. Lo mismo les ocurre a Violeta Alvarado y al presentador Arnold Gutiérrez. Ella, poeta y cantautora libertaria y feminista, en su poema *Historia de una infamia*, nos dice:

“Una sola nación, la tierra.

Un solo himno, el canto de los pájaros.

Una sola bandera, el cielo.

Una sola raza, la humana.

Una sola religión, la ciencia.

Un solo idioma, la cultura.

Una sola batalla, la deportiva.

Una sola sexualidad, la libre.

Un solo credo, el respeto”.

Este tipo de filosofía es la que ni soportan ni admiten ni respetan esos extremos, tan extremos que se dan la mano en un círculo vicioso que no permite a los humanos aprender de los errores. Ni siquiera he sido

juzgado, sin embargo, el número de mis exposiciones no es el que era, no se ha recuperado, ni se ha recuperado la venta de mis obras. Es cierto que me restituyeron en mi puesto de profesor en la universidad, pero lo hicieron sin pedirme excusas, como si no hubiera ocurrido nada. Ninguna de las alumnas que me habían difamado en televisión tuvo la vergüenza de acercarse a mí. ¿Cuánto cobraron? También notaba un cierto recelo en los alumnos. Las mujeres temían que las secuestrara; los hombres, que abusara sexualmente de ellos. “Como se acerque a medio palmo, le rompo la nariz”, me amenazó un alumno. El mayor de mis desprecios para todos ellos. Necesito olvidar, han convertido mi mundo en una pesadilla que se prolonga en el tiempo. Tanto el psiquiatra como el psicólogo me han diagnosticado síndrome de estrés postraumático. Me marchó, no puedo más».

Guarda una camiseta con el rostro de John Lennon serigrafiado. «¿Cómo puede derrumbarse la vida de una persona en un segundo? Pasé mucho miedo aquella tarde en la que elefantes azules entraron en mi cacharrería. No tuvieron consideración de que estaban tratando con personas y con obras de arte. Un policía me puso una pistola en la sien, aunque yo le rogaba que no fuera malito, persistía en su bravuconada. Era odio lo que reflejaban sus ojos, y mientras sentía el frío cañón que me helaba el cuerpo entero, oía cómo la gente aplaudía desde los balcones. La primera vez que me encontré ante la jueza fue espeluznante. Me tuvieron más de dos horas esperando. Ni mi abogado ni yo sabíamos qué era lo que estaba ocurriendo, de qué se me acusaba, permanecía allí quieto, confiado en que pronto se aclararía el error. La jueza se mostró cruel conmigo. Muy sobrada, su mirada era una daga, imponía hablando. La fiscal no abrió la boca, solo se me dijo que las pruebas de las cartas que enviaba un tal Arlequín me señalaban. No entendía nada, no se me explicó más. La señora jueza plasmaba en el informe palabras y frases que yo no había dicho. Cuando se lo hacía ver, decía:

—Da igual lo que usted diga, el informe va a ir así.

La señora jueza Benavides se reía descarada y maliciosamente de mí. Siempre me trató como culpable. También

pasé miedo cuando la turba quiso lincharme y me vi obligado a salir escoltado por la policía por la puerta de atrás del CaixaForum. Cada día aparecía mi nombre en la prensa. Los periodistas pedían que nos encerraran en mazmorras y tiraran la llave al río, como si fuéramos fieras y monstruos depravados. Decían cosas horribles. Pronto comenzaron las pintadas en el exterior de mi taller. Mi madre veía todo esto en el televisor, sufría muchísimo. Murió sin saber que me declararían inocente. Sé que esa herida, abierta en lo más sensible de mi padecimiento, no sanará jamás. La señora jueza instructora insistía en que siguiera imputado. Deseaba que sufriera el escarnio en juicio, aun cuando la chica había aparecido y declarado lo que había ocurrido. Ahora sé que instancias superiores la obligaron a desistir de mi imputación. Necesito olvidar, ya no jalo, me marchó de este país. Hasta aquí, no más».

Mañana temprano tomará un ave que lo llevará a Madrid para volar desde allí al Ecuador. Su abogado y amigo se queda encargado de liquidar sus posesiones en España. «No quiero volver jamás, estaba en mi mejor momento, ahora me va como a perro en misa. No creo en Dios, pero mi madrecita era muy devota de la Virgen del Carmen. Me enviaba estampas para que me ayudara en el momento de máxima dificultad».

Lo último que mete en la maleta es una estampa de la Virgen del Carmen. «En su rostro veo el de mi madre».

Calor, abanicos revolotean a la puerta de la parroquia de la O. La medalla de la Virgen sobre el pecho de Perfecto, muy cerca del corazón, resplandece bajo el último sol de la tarde de verano. Porta una vara de plata entre sus manos, custodia a la Santísima Virgen del Carmen. A su lado, Camino lo acompaña. «Todo el mundo entiende

que esta virtuosa mujer es mi novia, no pueden estar más equivocados. Debido a mi obligado divorcio con Bárbara, no me está permitido, ni debo, contraer matrimonio católico con ella. Cualquier roce con su piel no debe franquear el dintel de un casto apretón de manos entre amigos. Aunque a veces el Diablo nos tienta con deseos impuros, nos mantenemos fieles a la virtud que debe resplandecer en estos humildes siervos de Dios. No somos novios, solo compañeros de virtud». También lo acompaña su hija Clara. «Cada día se cree más rebelde, esperable sufriendo a la madre que tiene. Ahora se ha ubicado unos artefactos plateados en la nariz y en la lengua. Permanezco tranquilo en ese sentido, la he atraído a la procesión para que la Santísima obre la necesaria transformación en ella. No me cabe duda de que así será».

Marinos de blanco, «como blanca es la pureza de Nuestra Señora», escoltan «su divina imagen». A Perfecto siempre le cautivaron los uniformes, desde que era muy pequeño y veía cómo su padre se vestía cada día con el de infantería, con sus tres estrellas de seis puntas en la gorra de plato y en la manga. Cuando su pubertad alcanzó a ser hombre, antepuso la policía al ejército, mas su atracción por los uniformes se mantiene. El suyo, ahora que es inspector jefe, es un impecable traje complementado con corbata cara y zapatos negros que pudieran confundirse con espejos. «Así lo luzco y así lo exijo a mis colaboradores. Llevo en la sangre el servicio a los demás, por eso hoy doy gracias a la madre de Dios por haberme iluminado y guiado para esclarecer el secuestro de Alicia, hoy viva, sana y salva gracias a mi labor profesional».

Tañen las campanas del templo «alabando su sagrada figura», la Sociedad Filarmónica Nuestra Señora del Carmen de Salteras proyecta a la tarde sus notas amorosas. Rosas de color rosa a sus pies, y en el paseo de la O, costaleros de blanco la mecen al compás que ordena el capataz, coordinados bajo la voz de la experiencia. «Donde hay patrón, no manda mariner». Perfecto no concibe cómo en el caso Mariposa Mexicana solo ha quedado un

imputado para ser juzgado por el secuestro. «Si nos hubieran permitido investigar un poco más, habiéramos demostrado cómo esos invertidos de Rodolfo Pantaguano y Arnold Gutiérrez, la “iluminada” de Violeta Alvarado y el anormal del señor Némesis colaboraron con ese tal Octavio».

La gente se agolpa, se disparan las fotos a «la Madre Celestial y a su precioso niño». Le retiran la corona y el aura de plata a la Virgen, «más bella aún reluce», para salvar los bajos del puente. Una señorita de un canal local de televisión entrevista a algún presente. «No acude adecuadamente vestida, escandaliza con un pantalón blanco muy ceñido y una camiseta de tirantas que licencia para contemplar su cuello, hombros y brazos». La Virgen es embarcada. «¡Bendita sea esa barcaza que va a acunar en su regazo a la más divina!» La calle Betis es un balcón abarrotado desde donde descubre el gentío a la «siempre dulce María» pisando la serpiente del mal. «Al igual que yo obré en un servicio a la ciudadanía al señalar con mi infalible dedo a esta calaña criminal». Vibran sirenas de barcos «proclamando la alegría de nuestros corazones porque ella está con nosotros». Zarpa la barcaza, ondean al viento las banderas, deja atrás el puente de Triana, que se va haciendo más pequeño. «Como pequeña es nuestra existencia ante su grandeza». Suena la banda. «Los jueces se han dejado convencer escuchando otros tipos de música falaces». Sevilla, torre del Oro, saludos de cruceros fluviales de turistas. «Protestantes que admiran boquiabiertos la suprema verdad».

La barcaza se acerca a la orilla. «El Círculo Mercantil e Industrial con la virgen del Carmen del puente de Triana», reza un longilíneo cartel. Allí aguarda el alcalde. Bellas jóvenes damas embarcan para realizar una ofrenda floral. Un grupo de mujeres ataviadas de blanco le canta «virgen del Carmen, sálvame».

Regresa la barcaza, principia a ocultarse el sol. «Al igual que yo oculté la carta que los agentes encontraron sobre la mesa en el piso donde el secuestrador mantenía retenida a la muchacha. Aquello era

un ardid, urdido para confundirnos a la gente de bien con el objeto de quedar impunes de su execrable delito. Afortunadamente, Alicia dio fe de cómo ese monstruo la secuestró y la mantuvo cautiva durante más de un año. Ella desconocía que Octavio era auxiliado desde fuera por estos seres infames que han quedado libres de cargo. Esa carta ya es ceniza, ardió purificada por las brasas de encina de mi chimenea».

Reflejos dorados en el río, desembarca «la sublime» al son de la música. De nuevo bajo el puente. Las calles de Triana la vitorean. Visita la capilla de los Marineros, las dos Vírgenes se miran, «es el momento más emocionante», suena la Salve. Las campanas de la capilla la despiden, Alfarería llora a su paso, accede triunfante al templo. Conmovidos, Camino y Perfecto se abrazan. «No corro peligro de que mancille mi camisa, pues el rostro de Camino solo es besado por agua clara. Luce libre de maquillajes propios de vulgares meretrices». Clara bosteza y mira el reloj desesperada.

Ahora el maquillaje. Los focos del camerino hacen que sienta más calor aún. Alicia mantiene los ojos cerrados mientras la maquilladora, sonriente, hace su trabajo. Desde que fue liberada, no ha parado de asistir a programas de radio y televisión. Las redes sociales explotan de incondicionales, plasmados en millones de seguidores. Aprovecha estos programas para lucir su rico armario, se ha convertido en *influencer*, muy bien pagada por varias marcas de ropa femenina. Varias asociaciones le han dedicado homenajes. No puede andar por la calle sin que la paren para hacerse fotos con ella, y ella, encantada, amable y humilde, accede siempre con una sonrisa en los labios. Recibe numerosos encargos para que reproduzca en arcilla, en catorce centímetros, los sevillanos ilustres que concibiera su adorado Susillo y que adornan la balaustrada del palacio de San Telmo. Los modela en su nuevo taller, donado por un mecenas que desea

permanecer en el anonimato. Ha acudido también a varios programas de celebridades, donde famosos cocinan, cantan o contestan preguntas. Ha alcanzado la fama que tanto ansiaba. «Ahora soy feliz». Volvió a la facultad, fue recibida como a una heroína. Ella sabía por las noticias que un profesor de su facultad había sido imputado en el caso. «Lo sentí mucho, no pretendía que nadie, excepto mis padres y mi hermana, sufriera con mi locura». Se siente nerviosa porque, pasado el tiempo, considera que la versión que ha dado a la jueza no es creíble. «¿Mi buen estado de salud no les hace dudar?, ¿cómo no encontraron la carta?, ¿se me cayó el móvil al río accidentalmente?». Hasta ahora, nadie ha dudado de su relato, nadie ha creído a Octavio.

La maquilladora amplía su sonrisa, termina su labor, le quita la toalla de papel que impide que se manche la blusa. Sonrisas pululan de un lado a otro en un trabajo nervioso. Una sonrisa vestida con pantalón vaquero y camiseta negra abre la puerta del camerino.

— Alicia, cariño, es el momento.

Alicia sigue a la sonrisa, sonriente hasta de espaldas, por un pasillo. La sonrisa le señala una cortina de color azul. Oye que en el plató, Claudia grita entusiasmada:

— Hoy visita *La noche con Claudia* Alicia Maqueda.

Estruendo de aplausos, retumba una moderna música de fanfarria. Alicia traspasa las cortinas azules, cientos de sonrisas del público se ponen de pie para aplaudirla y contemplarla con admiración. Saluda con la mano y responde a las sonrisas con su sonrisa. La sonrisa de Claudia se levanta de la mesa para abrazarla y darle dos besos sonrientes.

«¡Qué bochorno hace!, y eso que acabo de darme una ducha fresquita. Es la tercera de hoy, no sé si es que estoy ya menopáusica o son los humores de la abstinencia sexual. Odio estas calores que me tienen el cuerpo arrastrado por el suelo y sin ganitas de nada. Pondría el aire

acondicionado, pero luego viene la factura de la luz y me caigo en redondo, y con lo que me pasa el cara cartón no me da ni para media hora de fresquito. Le ajusto la temperatura al abanico y *palante*. ¡Ya empieza el programa!». Grita Claudia desde el televisor:

—Hoy visita *La noche con Claudia* Alicia Maqueda.

«Ahí está la muchacha, qué guapa es y qué clase tiene. Este programa no me lo pierdo por nada del mundo. Estoy tranquila y a gusto porque mi hija está con el padre. La iba a llevar a no sé qué procesión, piensa que así la va a convertir en una meapilas como él y la canija de la novia esa que se ha echado, que mea agua bendita y los pedos le huelen a incienso. Pues ahora la puta niña, además del pelo morado, de los tatuajes de tumbas y calaveras y de los ojos, labios y uñas pintados de negro; se ha plantado una argolla en la nariz, como si fuera el oso de un zingaro, y un *piercing* en la lengua. Me dan ganas de amarrarle una correa a la argolla esa y llevármela tirando de un lado a otro. ¿No querías dos tazas, Perfectito?, ¡pues toma caldo! Esta noche sí que le da un infarto al cara cartón. Que se me va el santo al cielo, me concentro en el programa, ahora habla la Claudia».

—Alicia, todos admiramos tu fuerza y entereza, eres la resiliencia personificada.

«Pobrecita mía, lo que ha tenido que pasar, ya estoy llorando. Me la imagino amarrada y sangrando en una mazmorra húmeda, y me entra de todo en la barriga y en el pecho. Maldigo a ese tal Octavio que tanto daño le ha hecho a ella y a nosotros. El mundo está lleno de majaras. Yo creo que vemos demasiadas películas, y alguno que no tiene los tornillos bien apretados, pues les da por jugar, que mejor sería que les diera por plancharse un huevo. Dicen los psicólogos que pasamos demasiado tiempo solos en nuestra habitación y que eso no es bueno, porque ya se sabe, cuando el rabo se aburre, el Diablo mata moscas. La Claudia no deja a la chiquilla hablar».

—Tenemos entendido que estás recibiendo numerosos encargos de distintos museos, y eso que no has acabado aún la carrera.

«Yo me alegro mucho por ti, *miarma*. A nosotros no nos ocurre lo mismo, la loquería de Neme se ha quedado casi sin pacientes y la publicidad no ha vuelto a nuestra revista digital. Pronto estaremos comiéndonos los mocos. Al menos, me voy a quedar más delgada».

—Este programa ha estado siempre contigo durante tu cautiverio, intentando en todo momento realizar un periodismo serio y profesional que sirviera como servicio público. Si hemos podido aportar nuestro granito de arena para conseguir tu libertad, ese es nuestro mayor orgullo. El servicio público es lo que nos guía, nuestra razón de ser.

«¡Serás hijaputa, Claudia! ¡Con la cantidad de mentiras que has soltado por esa boquita arrugada de cincuentona que está a dos velas! Desde el primer día, estabas convencida de que Neme estaba implicado en todo esto, montaste en tu programa un juicio paralelo en el que se dictó sentencia. ¿Acaso tú eres jueza? Y ahora te pones de muy profesional y muy recta. Si hasta pagabas más para que dijeran barbaridades, y llevabas a cualquiera que asegurara que conocía a Neme o a Rodolfo o a Violeta. Y sobre todo te cebaste con Arnold, por ser también presentador en otra televisión. Los mostrencos se daban su viajecito por Madrid, soltaban lo que les daba la gana y a ti te sudaba el chichi rancio sin comprobar nada. Consejos vendo, pero para mí, recojo tempestades. Vaya el descontrol de las televisiones, nadie quería perder su parte del pastel en esta desgracia. No era una película, el caso no estaba resuelto, pero el *show* mandaba. A mí me encantan, no lo puedo evitar. Ahora los he sufrido en persona y comprendo que son vomitivos, por mucho que me chiflen. Yo no haría nunca ese tipo de televisión, así que, ¡a tomar por culo la bicicleta!, los principios son los principios, apago esta mierda de programa, no volveré nunca a verlos».

Bárbara apaga el televisor, siente que le falta la adrenalina del cotilleo, toma de nuevo el mando, desiste de volver a encender. «¿Cómo voy a redactarle a Neme un manual de conductas apropiadas si después no sigo mi ética personal? Los principios son

los principios. Ya sé que la gente los cambia según les convenga, y luego, con autoinventarse excusas, todo arreglado. No quiero ser así, por eso no he vuelto a ver a mi madre. Mi deseo quiere salir corriendo para comérmela a besos, mas no puedo hacerlo, solo pensar en acercarme a ella me paraliza. Ahora es mi hermana quien la cuida. Imagino que esto que hago no está bien, que tal vez tendría que perdonarla por ser mi madre y por el estado en el que se encuentra. El crimen que estoy segura perpetró es el más abominable que pueda cometer un ser humano. Mi hermana y el gordo de mi cuñado me han retirado la palabra, están convencidos de que el caso Mariposa Mexicana me ha trastornado la cabeza. No conocen la verdad, no les he dicho nada, solo lo saben Neme y la familia de Carmen. No sé si manipularán el testamento y la herencia, me da igual ocho que ciento volando».

Se echa a todo lo largo del sofá, se cubre los ojos con el brazo. «Rocío está ahora muy implicada con la asociación que investiga los niños robados, desea encontrar a su hermana. Hablamos todos los días por WhatsApp, nos sentimos muy unidas, y eso me da ánimo, porque desde que descubrí lo de mi madre, me siento muy triste, no tengo ganas de nada, no puedo con mi cuerpo, solo quiero meterme en la cama y taparme la cabeza con la sábana. Lo único que me sigue apeteciendo es hablar, me pongo a mí misma la cabeza como un bombo. El psicólogo me ha pasado un test, dice que sufro una depresión moderada-severa. Ya lo sabía, ahora peno en un vacío negro y profundo, en un pozo al que no le veo el fondo. Lo inteligente sería no sufrir por el crimen cometido por otra persona, por muy madre mía que sea. Es como si ella robara gallinas y me metieran a mí en la cárcel por el robo. Sé que seguiré cuidándola, pero no porque ella lo merezca, lo haré pensando en mí misma, pues no quiero que la culpabilidad me persiga para siempre. Merezco un poco de paz. Además, ya no es ella, está perdida en la noche oscura del Alzheimer. Solo mueres si te olvidan, ese es lema de nuestra página, pero, ¿y si eres tú quien olvida?, ¿no mueres de la manera más cruel cuando

todos tus recuerdos escapan de tu memoria dejándola desierta como tierra cuarteada?, ¿no mueres de la manera más perversa cuando dejas de ser tú misma para convertirte en un vegetal sin historia? Los principios son los principios. Cuando me reponga, cuando me vuelva el genio alegre, la volveré a cuidar hasta que muera. Después, dedicaré mi vida a mi hija, a buscar trabajo, a encontrar a mi madre biológica y a resucitar vidas de indigentes. Pero eso será cuando escape de esta cárcel de gruesos barrotes en la que me siento presa».

Hace mucho calor en la celda de diez metros cuadrados en la que Octavio está obligado a permanecer a partir de las ocho de la tarde, cuando la cerradura automática toca a soledad hasta las ocho de la mañana. Le sobran metros, en esa jaula de zoológico no se pasea un tigre, un perezoso retoza su desidia. De noche, no existe el resto de la humanidad, solo puede contactar con los funcionarios por telefonillo en caso de emergencia, cordón umbilical que lo ancla al mundo de los libres. En su morada no existen cajones, solo estantes de mampostería dispuestos para que los funcionarios puedan comprobar sin dificultad sus pertenencias. Huecos en la pared, ojos que contemplan cada segundo que se aburre en el aire viciado de tiempo. El mono naranja que viste es el único toque de color en una vida en gris de la que el arcoíris escapó buscando lugares más luminosos.

Cinco meses esperando el juicio. Cinco relojes no adelantan el tiempo más que uno, y por mucho que madrugue, el compás tortuoso de las manecillas le suena a compañía lejana. La jueza instructora lo envió a prisión sin fianza con su dedo inquisitorio, deshumanizado. Octavio le explicó que no se había tratado de un secuestro, solo de un juego, y que todo fue idea de Alicia. Jugar no es secuestrar ni matar. La jueza Benavides contestó que no era eso lo que había declarado la muchacha, sino todo lo contrario. La boca más dulce puede ser la más falaz. Cinco meses en los que los días son

iguales, incluso los fines de semana y festivos. Las semanas no son circulares como lo fueron antaño, se pierden en una línea infinita de la que se han volatizado los lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábados o domingos. En la prisión se desayuna pronto, se almuerza pronto, se cena pronto, se muere pronto. De las ocho de la mañana a las ocho de la tarde está prohibido permanecer en las celdas. Las mariposas escapan del bote de cristal para revolotear en una habitación cerrada. Octavio se pasea por las zonas comunes del módulo segundo, donde sestan una sala de televisión, un campo de futbito o baloncesto, un ping-pong y un fútbolín. Intoxicado de tiempo, intenta vomitar horas impasibles. Se pasa el día solo, no tiene interés de relacionarse con nadie, se sienta en un banco de piedra del patio y observa cómo el día avanza en su declive, como lo hacía en la plaza al atardecer. Ya le han puesto un mote: el Raro.

No ha visto a Alicia desde la noche en la que lo detuvieron con una tormenta enfurecida de golpes e insultos similar a la que destruya este mundo un día próximo en el tiempo. Silencio de gritos. Ella no ha ido a verlo, él no puede ponerse en contacto con ella. Él y ella, creía que se habían convertido en un solo ser. ¡Qué duro es el desengaño, incluso para alguien que no conocía emociones! Se le permite llamar por teléfono a diez personas previamente seleccionadas en un máximo de diez llamadas a la semana con una duración de diez minutos. Diez mandamientos de la comunicación de los que le sobran nueve. Solo dio un nombre, un número: el de Alicia. No se le aceptó. No se le permite al dragón acercarse a la princesa, podría calcinarla con su aliento.

Cálida es esta noche de julio. Ahora, en la celda, Octavio no deja de darle vueltas a la cabeza, no puede creer que Alicia no diga la verdad, que él le importe menos de nada. Dicen que amar es sufrir. Sufrir antes que la nada. «La carta la pusimos encima de la mesa, la policía debe de tenerla en su poder. No entiendo nada. Nadie me ha escuchado. Miopía, ceguera, sordera premeditada, parestesia de la conciencia». Sueña, cada noche, que habla con ella en el locutorio, que

la abraza en la visita de sala, que goza de su cuerpo en una visita íntima, permitida durante tres horas veloces una vez al mes. La imaginación es libre, vuela como los vencejos en los atardeceres de primavera. Puede escribir a quien quiera, menos a ella.

Le permiten tener en la celda un modelo concreto de aparato de televisión, comprado en el economato de la cárcel con su propio dinero. Lujo oriental en el templo del padecimiento. Hoy ha visto a Alicia en *La noche con Claudia*. Esperaba el programa ansioso por comprobar si ella se había arrepentido y contaba lo que en realidad ocurrió. La verdad os hará libres, nunca mejor empleado que en su caso. No lo ha hecho, una vez más ha narrado un cuento salido de su imaginación. Mantiene que fue un secuestro. «Ella sería capaz de imaginar las mil y una mentiras para endurecer las mil y una noches multiplicadas que peno en la celda». En esa jaula de zoológico no se suele pasear un tigre, un perezoso retoza su desidia, pero hoy es diferente. Octavio se siente nervioso, va y viene sobre los cuatro pasos que separan el norte del sur, más tigre que perezoso. El testimonio de Alicia en el programa lo ha ejecutado en una horca invisible. «Impaciente, dolido, hastiado, despechado; luego siento, en fórmula cartesiana. Prefiero haber aprendido a albergar emociones en esta caja antes vacía, prefiero desear tal como ella me enseñó, prefiero el dolor al vacío compuesto de la nada. Gracias, Alicia, por enseñarme a amarte y a odiarte».

En la celda, la lectura es su gran compañera. Se sienta en el catre, abre una novela. Es *La milla verde*, de Stephen King. Lee:

«La noche de la ejecución de John Coffey no hubo tormenta. Hacía frío, como correspondía en aquellas latitudes en esa época del año, y un millón de estrellas derramaban luz sobre los campos arados, donde la escarcha brillaba en los postes de las vallas y destellaba como diamantes sobre los esqueletos secos de las mazorcas de julio».

Hace calor, Neme no lo sufre, aunque el mes de julio se cuele por la ventana abierta a la noche trayendo el canto del último grillo de ciudad. Tiene puesta una rebeca azul. Ya ha cenado, ahora está sentado en su sillón. Abre una novela entre sus manos, es *El extranjero*, de Camus.

«Puedo decir que, en rigor, el verano reemplazó muy pronto al verano. Sabía que con la subida de los primeros calores sobrevendría algo nuevo para mí».

Lee bajo la escasa luz de una lamparilla, las subastas han convertido a la electricidad en un lujo. El dinero se va acabando, no han vuelto los pacientes a su consulta ni la publicidad a la revista digital. Nadie responde de lo perdido. Lo han llamado de numerosos programas de televisión que tienen la intención de pagarle bien. No acepta. No desea aclarar nada porque «la gente seguirá pensando lo que quiera, con justicia o sin justicia, con conocimiento de causa o sin conocimiento de causa, con razón o sin razón, en la creencia de estar en posesión de la verdad». Sentiría hastío, pero el hastío no se encuentra en su catálogo de emociones. «Siempre fui tratado como culpable, desde que era un niño, estoy acostumbrado, nada nuevo».

«En cierto modo parecían tratar el asunto prescindiendo de mí. Todo se desarrollaba sin mi intervención. Mi suerte se decidía sin pedirme la opinión. De vez en cuando sentía deseos de interrumpir a todos y decir: Pero, al fin y al caso, ¿quién es el acusado? Es importante ser el acusado. Y yo tengo algo que decir. Pero pensándolo bien no tenía nada que decir. Por otra parte, debo reconocer que el interés que uno encuentra en atraer la atención de la gente no dura mucho».

Hoy, todo el país conoce el nombre del secuestrador. En ningún medio se publicó que fue la inteligencia de Neme la que aclaró el caso. «Como de costumbre, las medallas se las ponen otros».

«Yo escuchaba y oía que se me juzgaba inteligente. Pero no comprendía bien cómo las cualidades de un hombre común podían convertirse en cargos aplastantes contra un culpable».

A Neme ya no lo insultan, ni hacen pintadas en la fachada del bloque donde vive, tampoco recibe cartas ni llamadas con amenazas de muerte. La gente continúa evitando permanecer en el lugar donde él se encuentra, no acaban de fiarse. «¿Y si se ha equivocado la justicia?». Piensan, y huyen.

«Cuando volvió a sonar el campanileo, la puerta del lugar de los acusados se abrió y el silencio de la sala subió hacia mí, el silencio y la singular sensación que sentí al comprobar que el joven periodista había apartado la mirada. No miré en dirección a María. No tuve tiempo porque el presidente me dijo en forma extraña que, en nombre del pueblo francés, se me cortaría la cabeza en una plaza pública».

Nunca más retomará el Manual de Conductas Apropriadas. «Son los arlequines risueños y los príncipes y princesas vestidos de terciopelo los que deberían seguir un manual ético, y cumplirlo».

«Para que todo sea consumado, para que me sienta menos solo, me queda esperar que el día de mi ejecución haya muchos espectadores y que me reciban con gritos de odio».

Neme no experimenta odio ni desprecio por la humanidad, son sentimientos que no se encuentran en el catálogo de sus emociones, porque ese catálogo solo ha abrigado dos sentimientos: el cariño que le guarda a su hermana Longe y el profundo dolor por su muerte. A Neme no le gusta leer, lo hace porque cuando se sumerge en una historia deja de escuchar los ecos de la risa de ruiseñor desaparecida y cesan en sus recuerdos las imágenes del ángel cayendo desde la rama más alta de Magnolia; de su siempre alegre rostro aplastado contra la piedra, de su dulce sangre fluyendo hacia la nada. Lectura

es igual a paz. Cariño y dolor, excepciones en un catálogo que siempre ha vivido, y vive, vacío.

Fin

Epílogo

Nací a este mundo, tan triste como apasionante, a las once de la noche del 16 de abril de 1855, en el número 11 de la calle Renovada de esta mi amada ciudad de Sevilla. Fui bautizado en la parroquia del Sagrario cuatro días después de mi nacimiento, en él recibí el nombre de Antonio María de los Dolores Toribio y Margarita de la Santísima Trinidad. Mi abuelo, José, era dueño de un almacén de aceitunas de mesa en la calle Varflora. Mi padre, Manuel Sucillo, era tonelero de bocoyes destinados a la preparación, transporte, almacenaje y comercialización de aceitunas aliñadas. Vivíamos en el barrio de los toneleros. A la calle donde nací se le cambió el nombre años después, precisamente por el de Toneleros.

No recuerdo la casa de la calle Renovada porque, siendo muy pequeño, mi familia se mudó a una nueva morada en el barrio de la Alameda, al número 20 de la calle Relator. Mi padre quiso acercarse al mercado de la calle Feria para convertirse en abastecedor de aceitunas de los puestos que allí vendían. Mientras fue un simple empleado, no le dio importancia a que su apellido fuera diminutivo de sucio. Sin embargo, al convertirse en comerciante, con una actividad más pública, debió parecerle mejor registrar el apellido familiar con S en lugar de C, pasando de ser Sucillo a Susillo. En esa nueva casa nació mi hermano Ignacio en mayo de 1858, ocasión que se aprovechó para inscribir al niño, por primera vez, con el apellido Susillo.

La buena posición económica de la familia me proporcionó una esmerada educación. Fui matriculado en el colegio de los jesuitas del Puerto de Santa María, aunque por cuestiones de salud permanecí

poco tiempo allí y regresé a Sevilla para continuar con mis estudios. Volvimos a cambiar de hogar, a la Alameda de Hércules número 48. En esa casa, impregnados muros, muebles y patio con el entrañable olor a aceitunas aliñadas, se mantuvo la vivienda familiar y el negocio hasta la muerte de mi padre en 1884. Mi progenitor fue inhumado en una sepultura de primera clase, solo asequibles a personas pudientes. El haber nacido en una familia privilegiada de la mediana burguesía de Sevilla fue circunstancia que me permitió llegar a ser escultor autodidacta, si hubiera tenido que ganarme el sustento diario como empleado, no me hubieran quedado fuerzas ni tiempo para aprender los secretos de este arte.

Me encantaba, ya desde niño, modelar figuritas de barro. Las vendía a los transeúntes de la Alameda, quienes observaban a través del amplio ventanal cómo trabajaban mis manos, y admiraban mi pequeña exposición de imágenes religiosas hechas con tierra de lluvia y secadas al sol del valle del Guadalquivir. Mis dotes artísticas fueron mal acogidas en el seno familiar, mi padre me implicó más en el negocio, así alternaba mis obligaciones laborales con el modelado en barro. La duquesa de Montpensier, María Luisa de Borbón, se paró un día ante mi puestecito ventanal. Quedó tan impresionada por mi talento y mi precocidad que se ofreció entusiasta a costear mis primeros estudios artísticos. Desde entonces, me cubrió bajo su abrigo y ambos nos brindamos provechosa amistad hasta el día que partí en busca de mi ansiada muerte.

Pese a la voluntad paterna, caminé desde temprano por direcciones distintas a las previstas. En 1875, el pintor José de la Vega Marrugal oyó hablar de mí y me acogió como aprendiz cuando mis manos apenas contaban la mayoría de edad. Se dio cuenta de que tenía talento, decidió enseñarme dibujo y composición. En su taller personal, me descubrió los rudimentos básicos del modelado y las artes plásticas necesarias para convertirme en un profesional con la instrucción necesaria. Por entonces, tenía otras obligaciones que atender. Bien pasados los veinte años, aún no me dedicaba por completo a mi arte, pues continuaba al lado de mi padre asistiendo en el negocio familiar, lidiando por vencer aquella notable resistencia

que me impedía lograr la libertad necesaria para dedicarme a mis asuntos artísticos. De la Vega me animó a presentarme a algunos certámenes locales para reforzar mi nombre y mi posición.

Me desposé joven con una alegre señorita de las Lumbreras, Antonia Huertas Zapata. Nos casamos en la parroquia de Omnium Sanctorum el 22 de junio de 1878, yo tenía veintitrés años, ella diecinueve. Residíamos en la calle Relator. Todavía no me había convertido en escultor profesional, seguía unido al negocio paterno. Mi matrimonio duró poco más de un año, pues ella falleció en 1880, poco después de tener a nuestro primer hijo, como consecuencia de una lesión de corazón, estadio final de la tuberculosis que venía padeciendo. Nuestro hijo, Manuel, también murió muy pronto. La tragedia, puñal afilado que me desgarraba el alma, no afectaría decisivamente a mi trabajo, incesante desde el principio, pero mi vida sentimental sería cortada de raíz desde muy temprano. No volvería a casarme hasta quince años después. La espiral creciente de trabajo o el duelo sentimental de larga duración, seguramente un poco de ambos, me llevaron a sumergirme en una vida reservada y discreta pese a las grandes oportunidades de las que dispuse a mi alrededor. Tampoco mi carácter melancólico ni mi aire ausente y fugaz de artista devoto dejaron traslucir mis sentimientos por la muerte de Antonia, mi amada esposa. Corto y afligido fue mi matrimonio, envuelto en el dolor y la enfermedad. Desde entonces, trabajar y trabajar obsesivamente.

Los buenos resultados y distintos reconocimientos que obtuve me reafirmaron en mi empeño profesional, doblegando finalmente la resistencia de mi padre y sellando mi destino inmediato. En 1879 participé en la Exposición de Cádiz, obtuve una medalla de bronce. Un año después, me acomodé en un pequeño taller en la propia casa, apenas un cuarto en el patio del almacén de aceitunas, donde comencé a desarrollar mis creaciones. Mi actividad era constante, bajorrelieves y estatuas de estilo clásico protagonizaban mi producción. Me dediqué generoso hasta conseguir que se popularizaran mis obras. En 1882, participé con tres en la Exposición Regional de Sevilla: *El último día de una cortesana*, *La*

madre hebrea y *Bajo la esfinge*, y con una obra alegórica de barro en una exposición organizada por Ricardo Hernández en el hotel Manuel Arenzana Echarri de la calle Olózaga de Madrid. En ese año realicé mi *Alegoría de la muerte*, un relieve de pequeño tamaño muy al gusto del Romanticismo. Tras ser expuesta, unos amigos la llevaron a los Reales Alcázares para que la viese la reina Isabel II. La soberana pidió que se la dejaran unos días para mostrarla a unos señores cuya visita estaba esperando. Entre esos visitantes se encontraba el príncipe ruso Romualdo Giedroik, chambelán del zar Nicolás II, quien pidió a la reina conocerme. Se presentó pocos días después en mi taller, me ofreció casa, comida y formación en París bajo su mecenazgo, algo que acepté encantado. Isabel II también visitó mi estudio y adquirió tres bajorrelieves: *Los dos guardianes* y dos escenas de la vida de San Antonio de Padua para decorar el Alcázar de Sevilla. En 1883, residí en la *Rue d'Assas* número 84, de París. Estudiaba en la escuela de *Beaux Arts*, obtuve la máxima calificación lograda por un extranjero. La revista *La Ilustración Española y Americana* publicó una noticia sobre mí, además de una imagen de mi bajorrelieve *La oración de la tarde*, inspirado en unos versos de Larra y que era propiedad de Evaristo Sagastizábal. El Ayuntamiento de Sevilla acordó erigir un monumento al artillero Luis Daoíz, me encargó el trabajo.

Mi padre falleció el 4 de marzo de 1884, desgracia que me hundió de nuevo en la depresión. Regresé de París, no tuve fuerzas ni intención de hacerme cargo del negocio familiar, así que lo hizo mi hermano Rafael. Gracias a la reputada fama conseguida como artista, el ministerio de Fomento pensionó mi estancia en Roma entre 1885 y 1887. Residí en la *Vía San Nicola da Tolentino*, número 72. Allí terminé la estatua de Daoíz y los dos relieves del pedestal. Envié los moldes para su realización en bronce. El monumento fue inaugurado en 1889 en la plaza de la Gavidia. Mi florecimiento fue fulgurante. Ya por esas fechas se preguntaba el periódico regional *La Andalucía*: «¿Quién es ese Susillo, que con tanta fortuna da sus primeros pasos en el difícil camino del arte?». También desde Roma, envié mi obra *La primera contienda* para la Exposición Nacional de Bellas Artes, que tuvo lugar en Madrid. A mi regreso de Roma, no paré de exponer, de recibir

premios y de ser nombrado para diversos cargos como el de académico numerario de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría de Sevilla. Las estancias por Europa completaron mi estilo creativo, inicialmente sobrio, neoclásico, figurativo, para añadirle un aire modernista por influencia francesa que tampoco me llevaría nunca más allá de mi innato estilo realista, acaso naturalista. Evolucioné desde mis notables bajorrelieves, mi gran especialidad, hasta la creación de mis primeras grandes esculturas.

Mi imagen, proyectada en su tiempo por la prensa nacional, muy interesada en mis nuevos trabajos, trazó una estela que me elevaría como la figura genial de mi época, a la altura de Mariano Benlliure, cuando alcanzaba los treinta y cinco años. Los principales mecenas de entonces me confiaron no pocos encargos, recibí importantes honores, los jurados de los certámenes artísticos se rindieron ante mi obra, que encendía los elogios de una crítica especializada y dudaba si esta procedía de la inspiración poética o era la propia poesía la que se escribía a partir de tan líricas creaciones. Un genio elegante, idealista, locuaz, melancólico y perfeccionista. En 1892, comencé a dar clases de escultura en la Escuela Provincial de Bellas Artes de Sevilla. Entre 1892 y 1894, realicé un monumento al almirante Cristóbal Colón para Valladolid, la estatua en bronce del pintor Diego Velázquez de la plaza del Duque de Sevilla, restauré la imagen de la Virgen de la Amargura tras el incendio que sufrió el paso un Domingo de Ramos en la plaza de San Francisco. También le hice unas manos nuevas, fue la única obra que modelé para las cofradías sevillanas.

El 20 de febrero de 1894 falleció mi madre. Con anterioridad había muerto también mi hermana María de los Reyes. De nuevo, la guadaña implacable me sumió en la depresión, aunque mi actividad no decayó. Un grupo de artistas sevillanos; entre los que se encontraban José García y Ramos, Emilio Sánchez Perrier, Gonzalo Bilbao o José Lafita y Blanco; creamos el Círculo de Bellas Artes, que se mantuvo hasta 1911. Este círculo organizó una exposición con treinta y tres pintores y tres escultores. Los escultores fuimos Miguel Sánchez-Dalp, Viriato Rull y yo. Después llegó el singular encargo de

los Duques de Montpensier, con quienes mantenía relaciones desde hacía años. La duquesa Luisa Fernanda planteó la idea de inmortalizar algunas personalidades locales y me ofreció dos mil quinientas pesetas por talla realizada. Convinimos que serían doce, con cobro total de treinta mil pesetas. Era el año 1895. Tallaría otra vez a Daoíz y a Velázquez, aunque ya tuvieran presencia individualizada en la ciudad, al considerarlos imprescindibles en esta relación escultórica de personalidades, y añadimos diez nombres más de gran parangón local.

La tan aciaga experiencia matrimonial que experimenté, más mis muchísimos compromisos laborales provocaron que dilatara una futura relación amorosa. Quince años después, volví a contraer matrimonio con una joven malagueña perteneciente a una distinguida familia local, María Luisa Huelin Sanz. Yo tenía cuarenta, ella veintiséis años. Por entonces, yo vivía en la Alameda de Hércules número 42 y ella en el número 9. La boda se celebró el 29 de septiembre de 1895, la ceremonia se llevó a cabo en la casa de la madre de la novia en Málaga. Nos instalamos en mi domicilio sevillano. Para dedicarle más tiempo a mi esposa, dimití de mi puesto como profesor de escultura de la Escuela Provincial de Bellas Artes, donde llevaba cuatro años impartiendo clases.

En 1895 fundí en bronce el Cristo de las Mieles. Hoy se ubica en la rotonda central del cementerio, en el punto donde se cruzan el *cardus* y el *decumanus* de esta enorme ciudad de los muertos hispalense. Realicé la escultura para presentarla en la Exposición General de Bellas Artes de Madrid de 1894, no fue un encargo como suele decirse habitualmente, así que nadie lo encargó y, por tanto, nadie lo pagó. Lo imaginé fundido en bronce sobre cruz del mismo material. El crucificado tendría que aparecer con una actitud serena en su rostro, asimilando su fatal destino, con la boca entreabierta y la mirada elevada hacia el Padre. Con corona de espinas, que le cayera sobre su cabellera ondulada, con uno de sus mechones apoyado sobre el hombro derecho y una sencilla aureola a modo de resplandor que marcara su carácter divino. El cuerpo, en anatomía clara y marcada, aparecería cubierto por un sencillo paño de pureza que dejaría al

descubierto por completo la anatomía de su cadera izquierda, recurso este que los escultores gustábamos de utilizar para demostrar nuestros completos conocimientos anatómicos. Lo más destacable de la imagen serían sus piernas, con el pie derecho clavado en el madero vertical de la cruz y con el izquierdo en el *staticum* de la misma, recurriendo al uso de cuatro clavos. La escultura seguiría la tradición imaginera de la ciudad, pero, a la vez, presentaría las novedades emanadas de las nuevas corrientes artísticas que se estaban dando en el resto de Europa. Así lo imaginé y así lo hice. Dos años después de mi muerte, el Ayuntamiento, presidido por el marqués de Paradas y bajo la sugerencia del arquitecto municipal José Sanz López, lo adquirió por catorce mil pesetas.

Cuenta la leyenda que me esmeré en su realización, ya que en el momento del encargo me encontraba endeudado y la obra podría suponerme una mejoría económica con la que retomar mi carrera profesional. Dicen también que al finalizar y contemplarlo, pensé que el Crucificado de bronce no sería bien acogido por los críticos debido a la extraña posición de sus pies, alejada de lo convencional. A eso se le unía que el Cristo no reflejaba dolor, sino más bien una tranquila dulzura impropia de los momentos previos a la muerte física. Aseguran que me sentí angustiado, pues comprendí que había cometido un error irreparable, algo que me llevó al suicidio. La causa de mi muerte fue otra muy distinta.

Cuando decidí quitarme la vida, tenía cuarenta y un años, me encontraba en el culmen de mi carrera y habían pasado solo quince meses desde mi segundo matrimonio. A las ocho y media del 22 de diciembre de 1896, salí de mi domicilio dispuesto a suicidarme tirándome a las vías. Me coloqué junto a los raíles y esperé a que pasara el tren. Ya lo había intentado antes, dos días atrás, en la estación de la Puerta de la Barqueta, pero cuando llegó el tren correo vacilé, no me atreví, volví a casa con la tez blanca. Estaba obsesionado, insistí en mi macabro propósito. Volví a la estación de la Barqueta, esperé el paso del tren correo ascendente, tampoco pude hacerlo, pero estaba decidido. Caminé junto a las vías hasta la estación del Empalme en San Jerónimo. Una y otra vez me acercaba a

las vías al paso de los trenes hasta que comprendí que jamás tendría valor de lanzarme bajo ellos. Me dirigí entonces al embarcadero de reses, saqué una pistola de mi bolsillo izquierdo y me pegué un tiro bajo la barbilla. Eran las cuatro y media, pasaba entonces el correo descendente, sus pasajeros pudieron ver el hecho. Una pareja de la Guardia Civil que estaba de servicio mandó a parar y se bajó para ver lo ocurrido. Tras confirmar el suicidio, llamó a la autoridad judicial. Se encargó del caso el juez del distrito El Salvador, señor Fernández Amaya. Llegó al lugar a las siete de la tarde. Identificó mi cadáver y comprobó mi identidad. Yacía tendido en el suelo, en el lado izquierdo de la vía, vestía traje negro, con chaleco y sombrero del mismo color. Junto a mí, bajo mi mano izquierda, una pistola niquelada de cinco cápsulas, de la que solo se había disparado una bala. Presentaba una herida bajo la barba, con los bordes quemados, por la que salía sangre, al igual que por la boca y la nariz. Entre mis ropas se encontraron, además de objetos personales, una carta de don José María de Pereda, fechada en Santander, con un recorte de prensa en el que se leía un artículo titulado *El busto de Pereda*, dos cartas dirigidas, una a Nicolás Luca de Tena y otra a Enrique Pineda, y dos tarjetas escritas a lápiz, una para el juez y otra para mi esposa. La primera decía:

«Al señor juez, me mato yo, mi mujer, doña María Luisa Huelin, es mi única heredera.
Antonio Susillo».

Y la segunda:

«Perdóname, María de mi alma. Me he convencido de que mi carrera no produce para ganar la vida. Adiós, mi vida».

Tras el levantamiento de mi cadáver, este fue conducido al Departamento Anatómico Forense para practicarle la autopsia. La llevaron a cabo los doctores León Escolar y Ricardo Filpo. Concluida y en presencia de algunos amigos y de mi hermano pequeño Ignacio,

un operario de mi taller sacó la mascarilla de mi rostro. Estaban presentes mis discípulos Joaquín Bilbao, Francisco de la Cuadra, Joaquín Gallego, Miguel Sánchez Dalp, Lorenzo Coullaut Valera, Gustavo Luca de Tena y Viriato Rull, quien fue encargado de realizar la mascarilla funeraria.

El 23 de diciembre, pasadas las cuatro de la tarde, mi cadáver fue trasladado al cementerio de San Fernando. El entierro, con un marcado tono privado e íntimo, tuvo lugar a las cinco. Quedé inhumado en una tumba de primera clase, junto a la del malogrado pintor Ricardo Villegas. La circunstancia de que fuese enterrado en sagrado y recibiese honras fúnebres católicas se debe a la piadosa actuación de mis amigos, quienes consiguieron de las autoridades judiciales y eclesiásticas que se omitiera el suicidio como causa de la muerte, pues estaban convencidos de que me había quitado la vida en el último y más trágico episodio de una larga enfermedad mental. Gracias a la piedad y cariño de mis amigos más íntimos, así como a la tolerancia de que la sociedad sevillana siempre hizo gala, especialmente para con sus hijos, quedé católicamente sepultado.

En 1926, a través de la prensa, se dio a conocer a los sevillanos el carácter temporal de mi sepultura y los riesgos que ello entrañaba. Permanecía en ella, pero aquello era posible, y muy pocos lo sabían, gracias al cariño y la generosidad de un amigo que periódicamente, conforme se agotaban los plazos, renovaba el alquiler de mi tumba. Se trataba de una solución provisional para mis restos, que corrían el riesgo de acabar en la fosa común si no se le daba una solución digna y permanente. Se señalaba como posible ubicación de la tumba el calvario pétreo sobre el que se erguía, en el centro del cementerio, el crucificado que yo realicé en vida. En abril de 1940, mis restos fueron trasladados al mausoleo construido bajo ese Gólgota.

En el primer verano de reposar mis restos en la nueva ubicación, los visitantes del cementerio comenzaron a percatarse de que al Cristo le salía miel de la boca, noticia que correría como la pólvora por la ciudad. Sevilla veía mito, leyenda y milagro, pero la realidad era más simple. La escultura era hueca para evitar un peso excesivo, como la mayoría de las realizadas en bronce. Las abejas,

habitantes habituales de lugares ajardinados como el cementerio, habían formado una colmena en su interior. El calor del verano sevillano hizo el resto, la miel se derramaba al exterior por la boca del Cristo, llamado popularmente de las Mieles desde aquel verano de 1940. Seguidores de mi obra y, sobre todo, devotos de la imagen no tardaron en proclamar la naturaleza milagrosa del fenómeno. Sería, sin duda, un episodio añadido con el que decorar mi fecunda leyenda. Incluso hoy, como podéis comprobar, he inspirado al autor de esta novela de ficción.

La causa inmediata de mi suicidio fue el fracaso de mi matrimonio. Hubo falta de entendimiento entre nosotros como consecuencia de la disparidad de temperamentos: espiritual y soñador yo, realista y frívola ella, pues era de vanas minucias. Mi segundo matrimonio no aportó más que ansiedad y desasosiego a mi depresión. María Luisa se reveló pronto como alguien déspota y arribista con un desmedido gusto por el dinero. Quiso sacar desde el principio el máximo partido posible a mi posición ventajosa de artista muy conocido y mejor pagado. Me presionaba para que trabajara más y por mejores cantidades, que menguaba con tremendos gastos y peticiones. Incluso menospreciaba mi oficio llamándome albañil despectivamente. Rechazaba mi profesión artística, tanto por la vulgaridad artesanal de mi trabajo escultórico, como por, según ella, los escasos rendimientos económicos que producía. En cierta ocasión, a la hora de la comida, volviendo del taller a casa manchado de barro y yeso, al verme, me increpó:

—Creí que me había casado con un artista y no con un albañil.

María Luisa Huelin fue una maldición, pues a todas luces ni me amaba sinceramente ni su vida estaba empeñada en nada que no fuera mejorar su posición social tanto como pudiera. Deliraba queriéndose igualar a gentes de gran nobleza como los de Alba o los Guzmán, incluso con los duques y las infantas de Sevilla. Yo esperaba ansioso la paz y el consuelo que necesitaba, pero estos no llegaron, me volví desdichado. Sabía que en algún momento estallaría mi mente consumida por la presión profesional, la infelicidad de mi

matrimonio y mi pertinaz melancolía. La realidad fue que creí que mi mujer me acarrió la ruina económica, lo que unido a otros problemas me llevó a la muerte. Mientras vivió mi madre, con su afecto y consejos, logré mantener el equilibrio emocional. Ella era la tabla a la que me aferraba para no ahogarme en el mar de mi propia depresión. Por mi esposa sentía un apasionado amor, sentimiento incompatible con la realidad que vivía día a día. Desde que la conocí, comenzaron mis intentos de quitarme la vida como única salida para los problemas que surgían. No encontré en María Luisa el apoyo emocional que necesitaba, sino todo lo contrario. Sintiendo que había defraudado a mi amada, me suicidé.

Yo era un neurótico patológico. Padecía una astenia que no me quitaba la razón, pero sí me aplacaba la voluntad. Aparentemente, era una persona extravagante, como es común en los artistas. Bueno, soñador, apasionado en todas las manifestaciones del amor: hacia la familia, hacia la esposa, hacia los amigos. Irascible, vehemente, que vivía sumido en una somnolencia fantástica en la que, arrastrado por mis impulsos creativos, trabajaba infatigablemente, lo que desarreglaba mis costumbres cotidianas. Mis amigos intuyeron un enfermizo desequilibrio que me acompañó toda la vida, hasta que en un momento indeterminado surgió como un monstruo. Fue cursando lenta y progresivamente, pero en los últimos años se vio acentuado por la muerte de mi madre y de mi hermana, así como por una pasión amorosa desmedida y patológica. Arrastrado por mi mal, llegué a creer que estaba arruinado y sumido en la pobreza, cuando no era así, pues a mi muerte dejé trescientas cincuenta mil pesetas. Tuve cuatro intentos de quitarme la vida, uno de ellos por una calumnia y otro por cuestiones económicas, además de los propios por amor. Mantenía la razón clara, pero la voluntad vencida, como lo probaban las tarjetas encontradas en mi cadáver, donde con lucidez dejaba zanjado cualquier problema jurídico derivado de mi suicidio. El doctor Roperó vio en mí a la víctima de un proceso de envejecimiento prematuro, que se situaba en un primer estado de astenia simple, y para confirmarlo clínicamente se personó en la autopsia. Pudo comprobar que, aun no mostrando degeneración en la piel o más

envejecimiento que el normal en los cadáveres, presentaba un cráneo duro como el de un sexagenario y la grasa amarillenta en las vísceras propias de los ancianos. Además, descubrió la existencia en las meninges de una dura placa de tejido condensado adherida al parietal derecho, precisamente en la zona donde me quejaba de que me nacían mis frecuentes y terribles jaquecas. Sin duda, yo padecía una enfermedad mental.

Mi historia es extraordinaria porque desafía al tiempo y a los logros. Si fui tan precoz fue, sobre todo, porque en apenas quince años de carrera, pues no me dediqué de lleno a mi profesión hasta los veinticinco años y morí a los cuarenta y uno, revitalicé por completo el panorama artístico de la ciudad. Se me considera redentor de la escultura sevillana por sacarla del vacío después de doscientos años desde la desaparición de los grandes autores del Barroco. Y, por si fuera poco, mi vida fue exitosa casi desde el principio, rodeándome de los más altos mecenas, viajando por las cunas del arte europeas, sirviendo encargos a los más ilustres demandantes y recibiendo honores de todo personaje importante, todo ello con una insultante juventud. A los treinta años se me otorgó la Encomienda de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, y a los treinta y dos fui nombrado académico numerario de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría. También tuve prisa por marcharme. El lado sombrío de una vida de gran esplendor es la historia de mi melancolía, de mis amores y matrimonios. Supe elegir bien y forjar una obra de grandes méritos, pero la infelicidad me asaltó sin remedio y acabé por la fuerza con una carrera de infinita proyección.

Ahora aseguráis que encarno la imagen perfecta del escultor puro, un artista de portentoso genio creativo, mano firme, destreza virtuosa, dotado de un espíritu refinado capaz de plasmar mis inquietudes en las más variadas tipologías y técnicas escultóricas. Aun así, nunca he llegado a ser suficientemente reconocido por el gran público, probablemente por pertenecer al grupo del realismo, tan infravalorado en los finales del XIX y comienzos del XX, así como por mi escasa relación con el mundo de la Semana Santa, fundamental en el ambiente artístico local. Cuando me marché,

vinieron a llamarme el Bécquer de la escultura por imprimir un vital impulso a una escuela sevillana que no acababa de recuperarse. Así se me honró desde entonces, aunque mi figura estuvo, y está, claramente eclipsada por otras siluetas más rotundas, nombres de más fortuna o mejor mimados por el tiempo. Es lo que ocurre cuando tu trabajo insiste en inmortalizar mitos como Martínez Montañez, Velázquez, Murillo, Lope de Rueda o el Capitán Daoíz, pues poco importa el imaginero cuando de sus manos aflora el genio mismo o la historia esculpida en piedra.

En el cartel anunciador de los actos de Semana Santa y Feria de abril de 1890, el ayuntamiento daba noticia:

**«SEMANA SANTA Y FERIA DE ABRIL
SEVILLA
1890**

El Excelentísimo Ayuntamiento ha procurado con viva solicitud que en el presente año hagan estación durante la Semana Santa gran número de cofradías y entre ellas la suntuosa hermandad titulada del Santo Entierro.

La feria se celebrará en los días 18, 19 y 20 de abril, durante los cuales ostentarán brillantes iluminaciones la calle de S. Fernando y el Prado de S. Sebastián. En el primer y tercer día de los expresados se verificarán notables funciones de fuegos artificiales y el segundo una gran retreta militar. En los días 13, 14, 15 y 16 habrá exposición de ganados en el Huerto de Mariana y corridas de toros el 6 y 13 de abril y los tres días de feria en cuyas corridas tomarán parte los aplaudidos diestros Fernando Gómez (El Gallo), Manuel García (El Espartero), Rafael Guerra (Guerrita). Lidiándose reses de las ganaderías más acreditadas.

Para los anteriores y posteriores a la feria hay organizados otros festejos entre los que figuran conciertos por las bandas militares y por los alumnos del colegio de sordo-mudos y ciegos, carreras de velocípedos, regatas en el Guadalquivir, globo cautivo en el real de la feria, exposición de Bellas Artes, acoso y derribo de reses en la Dehesa de Tablada, cuadros disolventes, tiro de pichones anunciado por la Sociedad de Sevilla, carreras de caballos en

el hipódromo de Tablada, carreras de cintas en el circo taurino, montaña rusa.

En el teatro de S. Fernando se inaugurará la temporada de Ópera Italiana y en los del Duque y Cervantes se efectuarán escogidas representaciones lírico-dramáticas.

Por último, en la plaza del Duque de la Victoria se ejecutan las obras necesarias para inaugurar la estatua del insigne pintor sevillano gloria de España Diego Velázquez, a cuyo acto concurrirán las autoridades y corporaciones científicas y literarias.

Sevilla, 1.º de marzo de 1890.

El alcalde presidente, Augusto Plasencia, Conde de Santa Bárbara.

Por A. de S. E. El secretario, Manuel Sánchez Pizjuán».

Mi nombre, ni siquiera fue mencionado.

